

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIHUAHUA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
SECRETARÍA DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO



REVALORIZACIÓN DEL OCIO EN LA EXPERIENCIA EDIFICANTE

POR:

GUSTAVO ADOLFO MALDONADO MARTÍNEZ

TESIS PRESENTADA COMO REQUISITO PARA OBTENER EL GRADO DE
DOCTOR EN EDUCACIÓN ARTES Y HUMANIDADES


CHIHUAHUA, CHIH. MÉXICO


JUNIO DE 2022

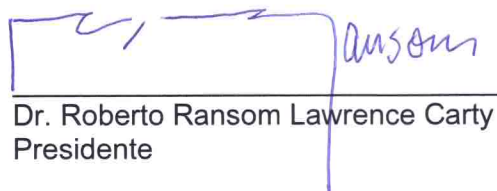


Revalorización del ocio en la experiencia edificante. Tesis presentada por Gustavo Adolfo Maldonado Martínez como requisito parcial para obtener el grado de doctor en educación artes y humanidades ha sido aprobado y aceptado por:


Dr. Armando Villanueva Ledezma
Director de la Facultad de Filosofía y Letras


Dr. Jorge Alan Flores Flores
Secretario de Investigación y Posgrado


Dr. Erslem Armendáriz Núñez
Coordinador Académico


Dr. Roberto Ransom Lawrence Carty
Presidente

Fecha: 15 de junio de 2022

Comité:

Vocal 1: Dr. Jaime Cuenca Amigo
Vocal 2: Dr. Jesús Erbey Mendoza Negrete
Vocal 3: Dr. Iram Isaí Evangelista Ávila
Secretario: Dr. José Luis Evangelista Ávila

© Derechos Reservados

Gustavo Adolfo Maldonado
Martínez, (Priv. Urueta 3812)

Fecha: 15 de junio 2022

Director:

Dr. Erbey Mendoza

Co-director:

Dr. Jaime Cuenca Amigo

Miembros del comité tutorial:

Dr. Iram Evangelista Ávila

Dr. José Luis Evangelista Ávila

**A Cristal y a Antonio por ser esperanza en
mis búsquedas**

**A Domingo y Belem, por ser aliento en cada
paso y consuelo en cada desierto**

Agradecimientos

En el marco de la culminación de esta ardua labor quisiera comenzar por agradecer a mi Domingo, mi padre, y a Belém, mi madre, por su incansable apoyo y motivación hacía mí en la realización de ésta investigación. La pasión la búsqueda de conocimiento, que ellos bien supieron cultivarme desde que comencé mis estudios ha sido piedra angular en mi formación.

Quisiera también agradecer a mi esposa Cristal, por su cariño y tolerancia materializados en compañía y cuidados durante el tiempo en que realice esta investigación. Asimismo, no podría dejar de agradecer el incondicional apoyo moral de mis hermanos, quienes son también para mí un ejemplo de perseverancia.

Para la realización de esta tesis fue imprescindible la atención de mi director, el Dr. Jesús Erbey Mendoza, a quien agradezco su constancia y su responsabilidad en las revisiones hechas a mí trabajo, así como sus invaluable enseñanzas en la redacción y corrección de estilo. Su compromiso y sus lecturas siempre fueron alentadoras y enriquecedoras.

En la elaboración de esta tesis fue también imprescindible el apoyo y atento compromiso de mi Codirector, el Dr. Jaime Cuenca Amigo, a quien agradezco su atención y solidaridad a pesar de la distancia. A él debo gran parte del acervo con el cual logré concretar mi investigación. Gracias a su apoyo en la gestión de mi estancia de investigación en el Instituto de Estudios del Ocio de la Universidad de Deusto, pude nutrirme de la discusión y bibliografía, tanto clásicas como actuales sobre el debate del ocio. Por ende, quisiera agradecer a su vez, a los miembros del Instituto que tuvieron a bien hacer comentarios a mi trabajo, el Dr. Manuel Cuenca y el Dr. Fernando Bayón, así como a la Dra. María de Jesús Monteagudo por permitirme asistir a sus seminarios. Les estoy plenamente agradecido por su valiosa contribución en mi formación.

De igual modo, no podría continuar sin agradecer a los miembros de mi comité tutorial, el Dr. José Luis Evangelista y el Dr. Iram Evangelista. Sus observaciones, cuestionamientos, y sugerencias a mi investigación fueron importantes contribuciones para el desarrollo de mi labor.

Me gustaría agradecer también a tres pilares de mi formación en mi paso por el doctorado en Educación, Artes y Humanidades: el Dr. Luis César Santiesteban, el Dr. Arturo Ricobovio y el Dr. Roberto Ransom. Agradezco a ellos las importantes aportaciones que me hicieron a través de sus seminarios, diálogos y comentarios respecto a mi investigación.

Agradezco a su vez, a tres estimados colegas y amigos, el Dr. Efraín Gayosso, la Dra. Heidi Rivas y el Mtro. José María Rodríguez. Expreso a ellos mi gratitud por los diálogos que mantuvimos constantemente sobre el fenómeno del ocio desde el ámbito filosófico y social. Sin duda, a ellos también debo gran parte de la motivación por escribir esta investigación, pues el tener interlocutores es siempre un buen aliciente.

Finalmente, agradezco también a los buenos amigos que, bien viene decirlo, durante los ratos de ocio, siempre escucharon y dialogaron conmigo sobre el tema en cuestión: David Mustieles, Nelson Solorio, Rubén Rey, Guillermo Ortega, Iván Antuna, Eduardo Limas, Martín Arias, Eduardo García Fuyivara, Nahúm Acosta, Víctor Martínez y Víctor Batista.

INDICE

Introducción.....	1
I.-La actualidad del ocio, una cuestión de contexto.....	1
II.-La connotación de concepto de ocio y la incidencia en su valoración.....	2
III.-Planteamiento del problema: El contexto actual del binomio ocio-trabajo, entre la desvalorización y la necesidad.....	7
IV.-Preguntas de investigación.....	13
V.-Objetivos.....	13
VI.-Justificación.....	14
VII.-Antecedentes.....	15
VIII.-Interconexión de conceptos centrales.....	17
IX.-Metodología de la investigación: Breve recapitulación para justificar el proceder metodológico.....	26
Capítulo 1.-Crítica del valor en los conceptos de ocio, trabajo y tiempo libre.....	29
1.1-El valor más allá de la utilidad; Aspectos a recuperar de la concepción aristotélica de ocio.....	30
1.1.2.- Elogio a lo improductivo y rechazo por la utilidad en la distinción entre actividades nobles y serviles.....	31
1.2.- El ocaso del ocio y el primado de la vita activa en la modernidad.....	39
1.2.1 El ocio en la era industrial: Los usos del tiempo como productores de valor mercantil.....	45
1.3.1.-El ocio como experiencia.....	56

1.3.2- Distinción entre ocio y tiempo libre.....	61
1.4.-El ocio de la civilización técnica.....	69
Capítulo 2: La mercantilización del ocio a través del consumo: cambio de paradigma.....	76
2.1.-Detrimiento y mercantilización del ocio en la monetarización de su valor.....	77
2.2.-El cambio de paradigma de la experiencia de ocio.....	86
2.2.1.-La mercantilización del ocio.....	91
2.2.2.-Mercantilización y consumo en la valoración utilitaria del ocio.....	93
2.3.-Trabajo, ocio y consumo: crítica a la valoración mercantil del uso del tiempo.....	98
Capítulo 3: - Crisis de la valorización: Noción de valor y afirmación del valor del ocio.....	107
3.1.-Precisiones sobre los criterios de valorización en la modernidad.....	109
3.1.1.-Politeísmo del valor y diversidad de las instancias valorativas en la modernidad.....	116
3.1.2.-El sentido objetivo y subjetivo del valor.....	122
3.1.3.-El valor en medios y fines.....	125
3.1.4.- Valor intrínseco y extrínseco.....	127
3.2.-El valor del ocio.....	130
3.2.1-Ocio y valores.....	137
3.2.2.-El Ocio como expresión de libertad y dignidad.....	140
3.2.3.- El derecho al ocio como dignificación del trabajo.....	145
Capítulo 4.-El ocio edificante.....	154

A) Preámbulo: La valoración del tiempo propio.....	155
4.1.-El cuidado de sí como pauta del valor del ocio.....	157
4.1.1.-El ocio como expresión del cuidado; Una lectura de Hadot, Foucault y Heidegger.....	161
4.2.-El ocio, de la reafirmación de la individualidad al tiempo para hacerse así mismo; Tras el espíritu de Nietzsche y Montaigne.....	168
4.3.-El ocio edificante: Valoración no utilitaria del tiempo.....	174
Aportaciones y conclusiones de la investigación.....	182
Conclusiones: Preguntas de investigación y capitulado.....	182
Conclusión general.....	186
Limitaciones de la investigación.....	189
Aportaciones.....	190
Obras consultadas.....	193

La valía del ser humano no reside en la verdad que uno posee o cree poseer, sino en el sincero esfuerzo que realiza para alcanzarla. Porque las fuerzas que incrementan su perfección solo se amplían mediante la búsqueda de la verdad, no mediante su posesión. La posesión aquieta, vuelve perezoso y soberbio. Lessing.

Introducción.

I.-La actualidad del ocio, una cuestión de contexto.

En esta investigación, la importancia del ocio no supone en ningún momento una desvinculación de su relación con el trabajo. Puesto que su indagación emerge no solamente de una cuestión teórica, sino del vínculo con una problemática de contexto, por lo que es imprescindible en primera instancia cuestionarnos ¿Por qué es importante en la actualidad hablar del ocio en México? Hablar de la importancia del ocio en México es al mismo tiempo una discusión inseparable de las problemáticas relativas a la precariedad laboral.

El binomio ocio-trabajo en el contexto mexicano se encuentra en una situación muy particular. Por un lado, tenemos el sentido despectivo en el que comúnmente se asocia el ocio a la ociosidad y el vicio, en contraste con una moral del trabajo que demanda un uso productivo del tiempo. Así, el ocio es concebido como un tiempo residual, como una pérdida de tiempo. Incluso, y con mayor énfasis en esa connotación peyorativa existe un consenso social por confundir el derecho al ocio con un privilegio. Sin embargo, esto no sucede sin motivo. Por ejemplo, en México, tener tiempo para el ocio es considerado también como un indicador de condición de clase o bien, de riqueza.¹

¹En este sentido en México se han desarrollado interesantes y pertinentes trabajos sobre el vínculo entre pobreza y tiempo disponible, como la investigación de la Dra. Araceli Damián (2014) “*El tiempo, la dimensión olvidada en los estudios de pobreza y bienestar*”. En dicha obra la autora se centra en la importancia del tiempo de ocio como indicador importante en la medición de la pobreza desde un enfoque multidimensional. Asimismo, se inclina por una concepción del tiempo de ocio ligada al florecimiento humano, que resulta imprescindible para el desarrollo individual y social.

II.-Raíces de la connotación actual de concepto de ocio y la incidencia en su valoración.

El término "ocio" contiene en su historia una connotación positiva que en gran medida se ha ido perdiendo o bien ha ido cambiando. No obstante, el ocio a pesar de los cambios de época que ha experimentado, sigue siendo un referente de liberación de las obligaciones, asociado a la inactividad o al descanso en contraposición con la actividad. A lo que es preciso matizar que se contrapone a la actividad que corresponde a la obligación, pues el ocio también está entrelazado a la actividad del pensamiento. Es decir, a la actividad por excelencia, como diría Aristóteles, esto es, a la contemplación.

La polisemanticidad del verbo griego *scholazo* y del sustantivo *scholé* y sus derivados recogen todas las posibles determinaciones de la palabra castellana ocio, tanto las positivas (estudio, escuela, ser discípulo de; paz, tranquilidad; estar libre de) como las negativas (pereza, lentitud, dilación, inactividad, estar indeciso, diferir, demorar), lo que prueba que los antiguos contemplaban todas las virtualidades del mismo (Royo, *El capitalismo como negación del ocio*, 194).

La palabra ocio proviene de la raíz griega "*skhole*", en cuanto a la esencia de su significado. De ella los romanos tuvieron una fuerte influencia por el ocio en sentido griego. Así para nuestra lengua, el castellano, el término ocio viene casi directamente del latín "otium". El ocio como palabra que designa la experiencia valiosa se extendió por las lenguas de Europa bajo la influencia de las culturas griega y romana, raíces de la cultura occidental.

En el caso del francés *loisir*, del cual proviene la expresión anglosajona también para designar al ocio *leisure*, converge a un significado más cercano a las actividades placenteras o lúdicas, es decir, a las aficiones, o pasatiempos. De manera similar o suele usarse *parese* (pereza), usado no como sinónimo de ocio, pero sí de modo análogo por Paul Lafargue, del cual su obra no tuvo una connotación del todo negativa como en el caso del inglés *idleness*, traducido al castellano como holgazanería. Dicho término en inglés nos recuerda a la obra de Bertrand Russel *The phraise of idleness*, (Elogio a la holgazanería), título osado, pero con la radical y justa intención reivindicativa para con el ocio. Hablar de las posturas en torno al término del ocio en distintos idiomas se sugiere una comprensión diversa al uso de las palabras relacionadas a él, y que suelen contener un sesgo moral en su comprensión.

Lo dicho aquí nos lleva pensar en las diversas formas en que se ha entendido el concepto de ocio y cómo estas corresponden a situaciones de cada época en la historia. El término como tal fue exportado de Europa a América, pero esto se dio en el marco de la modernidad, de modo que la época tuvo una influencia importante en la recepción del concepto. De ahí la problemática de que el ocio ha sido entendido de forma distinta en Estados Unidos y Latinoamérica. El concepto de ocio llegó traído por los europeos, quienes estaban en la modernidad, pero una modernidad que se distinguía por el imperativo de la actividad y la caída del ocio en sentido clásico. Esto aunado a la influencia puritana estadounidense señalada por Max Weber en sus referencias a las máximas de los almanaques de Benjamín Franklin². En cambio, en latitudes como Latinoamérica la palabra ocio fue sustituida por el concepto de recreación y ocio tomó una connotación moralmente reprobable y asociada al vicio, la pereza y la ociosidad.

El uso común de la palabra ocio, y el uso correcto en sí en relación a su raíz y significado ha sido alterado según la época y sus prácticas. Lo que ha sido también parte de la reflexión de los estudios del ocio, nacidos en la segunda mitad del siglo XX. Pero ¿Qué entender de manera general por Estudios del Ocio? “La denominación genérica de Estudios del Ocio, se aplica actualmente a una serie de programas universitarios, docentes y de investigación, que tienen el denominador común de preparar especialistas en los diversos campos en los que la persona desarrolla su ocio, considerado como actividad libre, gratificante y desinteresada” (Cuenca. *Aproximación Multidisciplinar a los Estudios del Ocio* 11). Ante ello los Estudios del Ocio plantean un objetivo: “difundir los nuevos conocimientos científicos y técnicos que se desarrollan en torno al ocio y su tiempo” (11). Se habla de nuevos conocimientos que se desarrollan en torno al ocio y su tiempo puesto que en cada época el ocio ha tenido determinadas prácticas.

² Los cambios en los modos de producción, el trabajo, la división social del tiempo y la división del trabajo incidieron en la organización de la vida y los regímenes de acción perpetuados por la sociedad industrial gracias a sus avances tecnológicos por los cuales se logró ganar tiempo a las tareas cotidianas. Sin embargo, ese tiempo ganado comenzó a ser altamente cotizado y valuado en términos monetarios, muestra de ello es la máxima de Franklin “*Time is money*”, misma que se divulgó ampliamente y promovió un afán por un uso del tiempo productivo, lo que incidió fuertemente en la valoración del uso del tiempo. Así, el tiempo debía ser usado a modo que generase ganancias o bien tuviera una finalidad dentro del campo de la utilidad mercantil, esto en menosprecio de toda actividad de uso de tiempo que no pudiese valorarse en términos de mercado.

El ocio actual ha sido considerado por autores como Joffre Dumazedier, como producto de la civilización técnica, es decir, que el ocio está en relación con el avance científico-técnico. Esto no solo se ha hecho notar en el tiempo ganado en cuanto al trabajo y sus condiciones, sino también hacia la obtención atomizada de recursos, satisfacción de necesidades y servicios, y en las actividades destinadas a la experiencia de ocio. Por ejemplo, hoy en día el ocio se encuentra estrechamente vinculado al uso de redes y tecnologías digitales, de modo que se considera que hay un tipo de ocio digital. El ocio se distingue entonces en cada época y revela mucho de la idea de ser humano que se tiene en ella. Ya sea el hombre destinado a la contemplación, el individuo religado a una oscilación entre la actividad y el entretenimiento alienante, o bien hacia el enfoque en desarrollar sus capacidades en beneficio propio y de los demás.

Dadas las circunstancias de cómo llegó el concepto de ocio a América y en concreto a América Latina, (siendo ésta última más pionera en las investigaciones en torno al ocio), los Estudios del Ocio han presentado invariablemente una tendencia claramente europea que podría ser incluso interpretada como eurocéntrica. La exclusión de las concepciones y prácticas de otras culturas como las de Asia, África y Latinoamérica sitúan a los estudios del ocio en un eurocentrismo del que solo se puede desprender a través de su actual tendencia, que es el estudio multidisciplinar.

El enfoque multidisciplinar en los Estudios del Ocio abre el panorama a más áreas del conocimiento al estudio de prácticas, concepciones y realidades de éste fenómeno social. Esto se posibilita en gran medida, por qué el ocio es una actividad presente en todas las culturas y épocas de la humanidad. Así, éste siempre vinculado con la experiencia valiosa y el pasar el tiempo, conforma una práctica común a todos los seres humanos y qué resulta incluso benéfica desde diversas aristas.³ Es decir que, el carácter esencial de la multidisciplinariedad posibilita la apertura de un objeto de estudio a fin de acercarnos de manera integral a un objeto de conocimiento. Un enfoque multidisciplinario es compatible y viable con los Estudios del Ocio por el hecho de que ese estilo de aproximación puede ofrecer

³ En "Los Beneficios del Ocio, ¿qué son y para qué sirven? Monteagudo (2004) nos ofrece una perspectiva multidisciplinaria al analizar desde la psicología y las ciencias de la salud no solo los beneficios mismos que nos proporciona el ocio, sino las pautas por las cuales es necesario para el bienestar físico y mental de los individuos.

las condiciones necesarias para abordar un fenómeno desde distintas ciencias. Tal rasgo esencial del enfoque multidisciplinario ayuda a los Estudios del Ocio a evitar sesgos y elitismos. De ese modo, podemos apreciar que el ocio, al ser un fenómeno tan amplio y a la vez difícil de delimitar puede ser estudiado con avidez desde un enfoque multidisciplinario, y a su vez, resultar más enriquecedor en sus aportes.

No obstante, en Norteamérica, en concreto en Estados Unidos y Canadá, los estudios del ocio han tenido gran cabida en el ambiente académico y con una línea definida y distinta a la de las investigaciones europeas, pero más que nada muy complementaria.

El fenómeno del ocio como actividad libre, gratificante, desinteresada y sobre todo no utilitaria a la vez que benéfica para el individuo y la sociedad, ha estado presente desde la antigüedad y surge en todo el orbe, aunque de distintas maneras y con distintos nombres.

Se puede considerar que los estudios del ocio tienen distinta procedencia según el lugar hacia donde los miremos. En Estados Unidos se relacionan tradicionalmente con la naturaleza, los parques y espacios naturales. También con la pedagogía recreativa y terapéutica. Allí se ha desarrollado una importante línea de estudio que relaciona el ocio con la psicología, la terapia y la rehabilitación. En el caso de Europa, existe una tradición filosófica que une el ocio al ejercicio de la libertad y, consiguientemente, al desarrollo de la persona (11-12).

Ante un claro panorama de predominio europeo y americano en los Estudios del Ocio, influenciado por la raíz misma del término en cuestión y su llegada a otras latitudes, se vuelve imprescindible el avance de una tendencia global que inmiscuya aún más a Latinoamérica, África y Asia. Esto con la finalidad de enriquecer los Estudios del Ocio. A ello, le favorece el hecho de que: “El movimiento universitario de los estudios del ocio tiene un carácter interdisciplinar” (12). Aquí, lo interdisciplinar conlleva lo multidisciplinar que engloba a diversas disciplinas con un objeto de conocimiento en común, en este caso, el ocio. Un enfoque de tal inclinación permite entonces una visión global y más integral del fenómeno del ocio, donde las generalidades nos han de aportar referencias a lo particular y viceversa.

Además, es necesario agregar que la manera en que entendemos actualmente el ocio ha pasado diversos procesos de cambio muy de la mano a los cambios de las condiciones de

trabajo. En la época antigua los griegos lo vincularon con la contemplación y el principio de todas las cosas. Era una actividad imprescindible para la educación de los jóvenes y la formación de los ciudadanos. En la edad media fue concebido entre dos extremos: por un lado, la acedia, ligada al pecado capital de la pereza; por otro, estaba relacionado con la contemplación e introspección, que servía de medio para llevar una vida en constante contacto con la divinidad. Más tarde, en la modernidad, ya iniciaba a darse la diferencia más notable entre el trabajo y el ocio. Es en la modernidad, en su fase tardía, al inicio de la era industrial, cuando la división del trabajo trae una nueva condición y concepción de éste, como actividad central y esencial de los individuos. De manera que ello tuvo evidentes cambios en el uso del tiempo y su valor, lo que repercutió notablemente en la valoración y la concepción del ocio.

En la modernidad, la valoración del ocio en relación al trabajo fue invertida. El ocio quedó subordinado al trabajo, la contemplación a la actividad. La compulsión por llevar a cabo un uso del tiempo necesariamente productivo y útil cambió inclusive la perspectiva moral del trabajo y el ocio, enalteciendo al primero en menoscabo del segundo. En consecuencia, imperó una moral basada en el trabajo como ideal necesario e insustituible de realización del hombre. El ocio habría de ser marginado por no ser ni productivo ni útil, y en su lugar se encausó al entretenimiento o bien fue racionalizado en la mera retribución del descanso.

III.-Planteamiento del problema: El contexto actual del ocio y su relación con el trabajo, entre la desvalorización y la necesidad.

En nuestra época, el trabajo y el ocio corrompen tanto el uno como el otro.
Simone Weil. *La condición obrera*, 264.

La condición actual de la cultura occidental y su concepción del trabajo y el ocio ha cambiado mucho, pero en sus raíces, el ocio era más valioso que el trabajo, tanto que el trabajo quedaba subordinado al ocio y no a la inversa como ocurre en la actualidad. Y es en esas mismas raíces de la cultura occidental (la cultura griega y romana, así como el cristianismo) donde se puede rescatar también el valor del ocio ante el trabajo, sin dejar de lado el hecho de que no podemos despreciar por ello el valor del trabajo mismo. Sino más bien recordar que el valor del ocio le da valor al trabajo, un ocio digno es obtenido en virtud de un trabajo digno, así el ocio dignifica al trabajo.

Por su parte, los griegos tenían un especial valor por el tiempo de ocio, bajo el enfoque de una dimensión espiritual⁴. Los griegos concebían una sociedad donde según Aristóteles se trabajaba para tener ocio, poniendo así al ocio como más valioso que el trabajo y como actividad a la cual quedaba subordinado el trabajo. De manera que la importancia y valor del ocio se despliega no solo en la esfera de lo individual, sino en la de lo social, pues para los griegos el ocio también debía educarse y dirigirse a la formación de los ciudadanos y su participación en la *polis*.⁵

En contraste, en el contexto de la modernidad distinguido por el primado por la actividad, la división del trabajo trajo consigo nociones de tiempo en función del trabajo, es decir, el trabajo se volvería rector de los regímenes de acción y uso del tiempo de los individuos. El

⁴ También el cristianismo le daba un valor espiritual al ocio, especialmente en Tomás de Aquino, concibiendo el tiempo en una dimensión de lo sagrado, tanto del descanso como de la contemplación, la cual se vinculaba a la oración y reflexión hacia Dios.

⁵ Por tanto, el ocio es también un medio para el ejercicio de la virtud, y “se necesita ocio para el nacimiento de la virtud y las actividades de la política” (Aristóteles, *La política*, 1329a).

ocio y la contemplación, como tiempo ausente de actividad, producción y ganancia serían limitados a un residuo temporal dirigido a la reposición de fuerzas, o bien a un divertimento del mero goce y vicio. Por tanto, el cambio de valoración del ocio, que fue puesto en virtud del trabajo implicó un giro que apuntaba a una valoración instrumental.

Pero dicho cambio de valoración contenía una confusión que vendría desembocar en una concepción desvirtuada del ocio, en el sentido en que este se veía desprovisto de sus rasgos esenciales marcados por sus raíces. Tal confusión, radica en concebir el ocio como uso de tiempo que es, solo un medio para satisfacer un fin relativo al trabajo y circunscrito así a la utilidad de los esquemas de producción y consumo. Esto, en lugar de tender a otorgarle un valor relativo a sus raíces y rasgos esenciales, en los que el ocio es un fin en sí mismo y su valor no es mercantil. De modo que el cambio de valoración de uso del tiempo que implicó atribuirle a este un valor mercantil afectó también al ocio que, en tanto tiempo, no apunta hacia la utilidad. Sino que, es relativo a la realización, al cultivo de la virtud y la promoción de valores asociados al despliegue del espíritu, el desarrollo de capacidades para el mejoramiento individual y social. Por lo que el valor del ocio en torno al cual hemos de argumentar de aquí en adelante apunta a estar desprovisto de utilidad mercantil.

Queda entonces por decir que, un ocio dirigido a la educación, a las artes, a la formación del ciudadano, a la convivencia, a la contemplación y el cuidado de sí, refiere mucho más valor y dignificación al trabajo que un ocio que meramente reproduzca los esquemas de este a través del consumo de mercancías. Un ocio alienante centrado en el consumo, no sería otra cosa que un tiempo de consumo sin más. Sería, por tanto, tiempo de consumo de las mercancías que el mismo trabajador en muchos casos produce, de un consumo de mercancías alienante. Este correspondería a un uso del tiempo espectacular donde no se cultiva ni la formación, ni valores de convivencia que no sean bajo los parámetros de valor de la mercancía. Por esto, es necesario pensar en exigir a qué ocio tenemos derecho, a que uso de tiempo libre y calidad de éste, a deliberar de manera crítica nuestro uso y valor del tiempo en virtud de las actividades en las que lo empleamos y los valores que éstas promueven.

Puesto que, así como existe un derecho al trabajo bajo el supuesto de condiciones dignas del mismo (aunque más que de un derecho se trate de una necesidad en forma de imperativo por la sobrevivencia), dentro de las condiciones dignas necesarias para el trabajo, la que más ha

de valorarse es el derecho a tener tiempo libre para el ocio. Conforme al artículo 24 de la declaración universal de los derechos humanos: “Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas”. Paul Lafargue, afirma en su tratado “*El derecho a la pereza*”, una magna crítica al derecho al trabajo, que antes de la Revolución francesa se garantizaban a los obreros 90 días de descanso al año. Actualmente en Francia se otorgan 30 días de descanso al año. Por otra parte, en México para alcanzar esa cantidad de días de descanso al año, se tendría que trabajar durante 50 años. Tal contraste no nos muestra solo una lamentable brecha de desigualdad, sino la manifestación legal de la compulsión por la productividad y la conquista del tiempo de los individuos, que se traduce en anteponer la necesidad al derecho, esto es la necesidad de vender su tiempo para trabajar y subsistir en menoscabo del derecho a disponer de tiempo para sí.

De acuerdo con el artículo 76 de la Ley Federal del Trabajo⁶ en México, todos los trabajadores con más de un año laborando pueden exigir y disfrutar de sus vacaciones; según dicha ley, los días de las vacaciones tienen que pagarse, de manera que, tal remuneración por esos días no podrá ser menor a su equivalente de seis días laborales. La misma ley citada enfatiza además en que, el periodo vacacional se irá incrementando en dos días de acuerdo a la acumulación de años laborales hasta llegar a los 12 años, una vez concluido el cuarto año de labores, los días vacacionales aumentarán en dos días. Lo cual podemos apreciar de la siguiente manera:

Año 1: 6 días

Año 2: 8 días

Año 3: 10 días

Año 4: 12 días

De 5 a 9 años: 14 días

De 10 a 14 años: 16 días

De 15 a 19 años: 18 días

De 20 a 24 años: 20 días

De 25 a 29 años: 22 días

⁶ Ley Federal del Trabajo. Texto vigente. Última reforma publicada 23/04/21.

De 30 a 34 años: 24 días

De 35 a 39 años: 26 días⁷

La explicación anterior sobre los días a los que se tiene derecho a descansar y que pueden emplearse para el ocio, ponen en evidencia la falta de ocio que acaece en la actualidad. Además, representa la medida de la libertad sobre el tiempo que puede obtenerse a través del trabajo. El tiempo que nos resta es cada vez menor al que debemos emplear para subsistir. El hecho de que la misma ley que imparte los derechos del tiempo libre varíe de un país a otro, indica una brecha de desigualdad en tanto medida de la riqueza para unos en perjuicio de otros. Pero hay que destacar que, lo puesto en cuestión no es una comparación equitativa y ambos contextos devienen de historias y luchas⁸ por los derechos muy distintas.

La alusión a todo esto viene al caso por la imperiosa necesidad de pensar el valor dado al trabajo y su retribución que no solo compete al salario sino también al derecho a tener descanso. Ante lo cual vale la pena preguntarse... ¿Qué tanto dignifica el trabajo? ¿No es acaso el descanso lo que hace también digno al trabajo? La democratización del ocio y el común acceso de este como un derecho para la mayoría de los trabajadores a ser poseedores de su tiempo y disponer de él a voluntad, parece presentárenos en contraposición a la realidad, un tanto paradójica de que, actualmente: “vivimos en una sociedad en la que nunca había habido tantas posibilidades de liberación del trabajo y, a la vez, nunca se había trabajado tanto” (Royo, *El capitalismo como negación del ocio*, 193). Pese a la existencia de una enorme diversidad de ocupaciones ofertadas por la industria del entretenimiento (que nunca antes había dominado con tanta avidez y aceleración nuestra vida cotidiana y nuestro tiempo libre), el ocio sigue subordinado al trabajo.

La subordinación del ocio ante el trabajo radica en el impulso moral por la producción de valor mercantil. O, dicho de otra manera, por la presión o imperativo porque nuestro uso del tiempo tenga que ser productivo. Optar por el trabajo nos lleva a la creencia de que es el

⁷ <http://laeconomia.com.mx/tabla-de-vacaciones/>

⁸ Resulta interesante apreciar ante estos ejemplos a modo de contraste, que, si bien se menciona que ambos países refieren a luchas muy distintas por los derechos, en países como Francia y España, la jornada laboral de 8 horas se promulgó hasta 1919. En cambio, en México se obtuvo en 1917, como consecuencia de la revolución, al integrarla a la constitución gracias a los esfuerzos del anarquista Ricardo Flores Magón.

trabajo el que nos hará libres, libres de esa presión por la productividad quizá momentáneamente, pero no libres para nosotros mismos. Es decir, en el trabajo no se nos da total libertad en la disposición de nuestro tiempo a voluntad, sino es para el consumo y sus alternativas que pueden ampliarse en la medida justa en que ampliamos nuestra jornada de trabajo. De manera que, lo valioso de nuestro tiempo parece apuntar a la capacidad que tengamos de emplearlo en la producción y el consumo, en el lucro y la utilidad. Ese es justamente el error de valoración sobre nuestro tiempo, el cual es de un valor incalculable e irreversible más allá de cualquier ganancia en términos de valor mercantil.

El valor del tiempo que nos resta el trabajo cultiva nuestra conciencia para reafirmarnos y ejercer nuestra libertad de disponer de él para estar con nosotros mismos, o con los otros. A ese tiempo que se nos apropia en el trabajo o que, vendemos impulsados por la necesidad, le corresponde en sentido de retribución valorarlo de forma no utilitaria o mercantil, a través de diversas formas de recreación que nos puede ofrecer el ocio.

Sin embargo, en la acción de valorar el tiempo, comúnmente, o bien bajo influencia del imperativo del tiempo productivo, se encuentra una confusión en relación al valor del tiempo que empleamos en el trabajo. Pues, en nuestro tiempo de vida, ¿no es acaso el trabajo la actividad a la que terminamos dedicando más tiempo que a ninguna otra? ¿No es acaso eso una forma de esclavitud también? Lo que se debería considerar como un derecho, de tener tiempo, se malinterpreta como un privilegio, en un contexto donde pareciera no haber muchas opciones viables.

Con demasiada frecuencia es el abuso del trabajo lo que no permite traducir la capacidad adquisitiva en actividades de ocio, o en el predominio en éstas de las que tienen un carácter pasivo. Como exponen Paramio y Zofio (2007, 104), “unos, los profesionales postmodernos no tienen suficiente tiempo para disfrutar de todo lo que tienen (incluso para consumir es necesario tener tiempo), mientras que los trabajadores precarios no pueden trabajar todo lo que quisieran y, de este modo, disponer de mayor renta para poder acceder a las mayores cuotas de consumo que exige el ocio actual”. De esta forma, siendo verdad que la mayor o menor solvencia económica ensancha o restringe el acceso a las actividades de ocio, también lo es que en nuestras sociedades existen serias dificultades para conciliar la calidad de vida con

el nivel de vida (Caride, *Lo que el tiempo educa: el ocio como construcción pedagógica y social*, 307).

El pensar en el valor de nuestro tiempo para el ocio resulta urgente en una actualidad en la que la precariedad laboral orilla a un trabajar sin más. En un contexto donde las alternativas posibles se ven condicionadas por el encarecimiento de la mera solvencia de las necesidades básicas: vivienda, vestido, alimentación, educación, etc.; a consecuencia de contratos con pocas o nulas prestaciones, de recortes y desaparición de las pensiones y los servicios de salud universales y gratuitos. Más allá de la subsistencia que pretendemos ganar con el salario, ¿cuál es la verdadera retribución del trabajo? ¿No es también el tiempo de ocio una retribución posible? ¿Por qué se nos niega el disponer de más tiempo? ¿Cuál es nuestra capacidad para emplear el tiempo para nosotros mismos? Parece claro ante estos cuestionamientos que, nuestras ocupaciones son reflejo de la libertad con que contamos.

Pero toda condición humana en la cual una persona se encuentra necesariamente en la misma situación el último día de un período de un mes, de unos años, de veinte años de esfuerzos que el primer día en que se comienza, guarda cierta semejanza con la esclavitud. La semejanza consiste en la imposibilidad de hacer otra cosa distinta de la que ya se hace, de no poder orientar el esfuerzo hacia la adquisición de un bien. Se realizan únicamente esfuerzos para subsistir (Weil, *La condición obrera*, 238).

Es claro hasta aquí que la falta de tiempo libre, el cual puede ser empleado para el ocio⁹ revela también falta de libertad, análoga al tiempo disponible que podamos tener. El tiempo disponible o libre es valioso tan solo por el hecho de que propicie la libertad de emplearlo en el ocio, en tal o cual cosa para nosotros mismos o para relacionarnos con los otros.

“La falta de tiempo para realizar *lo valioso* devela una pobreza no identificada por los enfoques tradicionales, a pesar de que su carencia limita las posibilidades para que los individuos lleven una vida valiosa y logren florecer (Damián. *El tiempo, la dimensión olvidada en los estudios de la pobreza y el bienestar*, 147).

⁹ Es importante advertir que, en el primer capítulo de la presente investigación, se llevarán a cabo las precisiones conceptuales relativas a la distinción entre ocio y tiempo libre.

Esa falta de tiempo para el ocio es un reducto para lo valioso. Esto último entendido en términos no utilitarios ni mercantiles, los cuales habremos de desarrollar en el recorrido de esta investigación. La necesidad por valorar el tiempo para sí y el poder disponer de él con libertad emana de la capacidad para emplear dicho tiempo en un ocio que resulte edificante en lo social e individual. Por ello es que enseguida continuaremos esta introducción exponiendo las preguntas de investigación que han surgido de la necesidad por problematizar el valor del ocio como edificante. Tras lo cual, se presentan los objetivos, que prefiguran el “para qué” de esta tesis que consiste en una reivindicación del valor del ocio como experiencia edificante, mismo que trasciende a toda valoración utilitaria.

IV.-Preguntas de investigación:

Pregunta principal: ¿De qué manera la experiencia edificante puede reivindicar al ocio?

1.- ¿Cómo argumentar una posible democratización del ocio? ¿Cómo educar respecto al uso y valor del tiempo? ¿En qué consiste la dignificación del trabajo y cuáles son las críticas más relevantes sobre su culto? ¿No es acaso el descanso lo que hace también digno al trabajo?...

2.- ¿Bajo qué usos o prácticas podría deslindarse el tiempo de su valor mercantil? ¿Cuál es el valor del tiempo? ¿Cuáles son las perspectivas/parámetros/enfoques del valor del tiempo?

3.- ¿Qué valores promueven las prácticas de ocio y cómo se valora el tiempo en las actuales condiciones de trabajo y derechos de los asalariados en la sociedad de rendimiento?

V.-Objetivos

Objetivo general

- Reivindicar el valor del ocio como experiencia edificante

Objetivos Específicos

- Plantear cómo la sociedad actual del rendimiento necesita del ocio.

- Identificar el valor de lo edificante en la experiencia de ocio.
- Analizar los cambios de paradigma en la relación entre ocio y trabajo en la modernidad
- Argumentar que el valor intrínseco abre una vía emancipatoria y edificante del ocio

VI.-Justificación

El porqué de esta investigación en torno al valor del ocio, viene en gran medida de la preocupación en torno al valor que se le da al tiempo libre. El tiempo aquí entendido en una dimensión individual que, sin embargo, nos lleva a dimensiones sociales. Pues el ocio individual repercute socialmente en los otros desde el hecho de que involucre nuestras relaciones sociales. Así el dar valor al tiempo en ese sentido implica poner cierta preocupación de tinte humanista en dicha valoración, lo cual pone en controversia la manera generalizada de pensar el tiempo, que es como productor de valor mercantil. Visto de tal manera, el problema del ocio surge de la preocupación por tomar conciencia del valor del tiempo de ocio como cuestión irreversible. Bajo el entendido de que su valor ha de ir más allá de lo cuantificable. Dado que, en lo individual, si partimos de nuestra experiencia del tiempo de ocio, de él se adquieren tanto recuerdos como enseñanzas, conocimientos y sensaciones que van más allá de un valor de mercancía, pues corresponden a la experiencia sensible y originaria de cada individuo. Dicho de otro modo, son invaluable.

El problema sobre el valor del ocio viene entonces de la confusión de valor del tiempo, esta estriba en otorgarle un valor mercantil por la posibilidad de que este pueda generar utilidad y ganancia. Así la reivindicación del ocio y su apología se presentan como una alternativa de pensar la valorización del uso del tiempo, y concretamente el de ocio, de otra manera.

Entonces para reivindicar el ocio será necesario pensar el modo en que esto es posible, esto a partir del tipo de ocio que nos edifica, desde lo cual se propone con esta investigación plantear el valor del ocio desde lo edificante que hay en él. Por tanto, la presente investigación resulta pertinente para el área de la filosofía y de las humanidades en general. Puesto que, implica la reflexión sobre nuestro tiempo, las condiciones materiales de nuestra época y la producción de subjetividades que desembocan en la configuración de un sistema de valoraciones y de observación de fines desde una mirada crítica.

En la actualidad el ocio es corroído por una tendencia valorativa muy despectiva. Se corre el riesgo de tenerle un prejuicio y verlo meramente como un tiempo muerto o inútil que dedicamos a actividades de menor valía, restando de igual modo valor a dicho tiempo. En un sentido moral el malentendido respecto al valor se encuentra en que el ocio se concibe como una pérdida de algo que es imperativo de la producción, es decir, de tiempo, y ello se considera irreparable. El malentendido sobre el valor lleva a un problema por conceptualizar el ocio hacia el valor mercantil del consumo y otorgar así un valor mercantil al tiempo. Entonces, esta investigación busca la reivindicación de dicha confusión, aclarar cuál es el valor del ocio y reafirmar el motivo por el que se considera valioso e imprescindible. Así, darle valor al ocio es también valorar a la vida, comprenderla como fuente de valor y de conciencia para lo valioso, nuestro tiempo de vida, y no solo desde la esfera de lo individual sino desde lo social.

VII.-Antecedentes

El ocio que se pretende revalorizar y defender en esta investigación será planteado desde una valoración fuera de lo útil, que aspira a un valor de naturaleza distinta al valor mercantil. Se trata del ocio edificante, ese tiempo que se extrae de la utilidad mercantil, donde se concibe un tiempo fuera del aprovechamiento de la mercantilización que conlleva el mundo totalizador y utilitario del trabajo y su afán por el rendimiento. Para fundamentar la noción de ocio en cuestión se recurrirá al pensamiento de Aristóteles, por su posicionamiento del ocio como fin en sí mismo y como lo más valioso en tanto que propicia la virtud y lo divino en lo humano. Esto se aborda en *La política* y *La ética*, pasando incluso por *La metafísica* a partir de la distinción entre actividades nobles y serviles. El estagirita marca la diferencia entre hombres libres y esclavos, desde el modo de vida que llevan, la contemplación o la actividad. La principal justificación de tomar como referente a Aristóteles, es que su valoración del ocio es una exaltación por lo improductivo. A la vez que, matiza los rasgos esenciales del ocio mismo, como el principal de ellos, su autotelismo, que quiere decir, que es valioso en sí mismo. Por ello es que se trata de un fin, sin necesidad de un medio para otra cosa, y por el cual, quien lo experimenta obtiene un beneficio para sí mismo.

En una época de reduccionismo y contrastes, de saturación, cansancio y vacío, es permitido buscar en los orígenes una respuesta, así es posible buscar en los orígenes del ocio, la reivindicación del ocio actual. Por lo tanto, el ocio dentro de la libertad del disponer del propio tiempo, se inclina a la contemplación y disfrute no utilitario ni mercantil de las cosas, situaciones y sensaciones: “el ámbito del ocio es, el ámbito de la cultura propiamente dicha, en cuanto que esta palabra indica lo que excede lo puramente utilitario.” (Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, 73) Podemos agregar que el ocio entraña un tipo de experiencia más cercana no a valores económicos sino a valores estéticos y espirituales, esto es a un valor cultural, dado que, como se ha dicho anteriormente, la cultural emana del ocio, emerge de éste, son elementos del mismo ámbito, tanto el ocio como la cultura contienen un valor que es superior a cualquier otro, es decir, un valor humano.

A lo largo de éste panorama se ha visto que es fundamental para los antecedentes y para la investigación en sí, partir del concepto de ocio, en específico del concepto de los clásicos que plantean los griegos, y que será expuesto aquí desde Aristóteles. Además de la reflexión sobre la concepción y papel del ocio desde la visión griega, se contextualizó en lo anterior la manera en qué será abordado el ocio. Esto es, desde qué óptica se pretende valorar la experiencia edificante en el ocio, que, como se ha argumentado ya, parte desde una mirada crítica en pro de la des-mercantilización del tiempo. Es decir, desde el no valorar al tiempo de ocio bajo los parámetros de la mercancía sino valorarlo en medida de qué tanto edifica y cultiva al ser humano en sus actividades.

Es relevante mencionar las investigaciones más recientes en cuanto al tema, y de las cuales nos servimos como fundamento durante el desarrollo de la investigación en los textos del Instituto de Estudios del Ocio, de la Universidad de Deusto, en Bilbao, España. En específico en las obras de Jaime Cuenca, quién desarrolló una tesis doctoral sobre el valor de la experiencia de ocio en la modernidad tardía. Asimismo, en las obras de Manuel Cuenca, *Ocio Valioso y Ocio Humanista*”.

Sirva ante ello de igual modo la reflexión en torno a la relación del ocio con la cultura, ya que si la cultura bien involucra a nuestras percepciones y valoraciones en costumbres, comportamientos y creencias éstas influyen en las actividades del ocio y su valor. El valor dado al tiempo de ocio es necesario pensarlo en relación al trabajo, pues como ya se dijo:

trabajamos para tener ocio. La valoración del ocio ha de proceder también de la valoración que se le otorga al trabajo, partiendo de este supuesto se desarrollará en esta investigación la cuestión en torno a la idea de que el ocio dignifica al trabajo. Pero lo aquí señalado será preciso retomarlo más adelante, para pasar ahora a la demarcación de los antecedentes y puntos de partida del marco teórico de la presente investigación.

VIII.-Interconexión de conceptos centrales

Para una mejor comprensión de la magnitud del fenómeno del ocio y en virtud de la necesidad de su valoración en términos de edificación del ser humano, presentaremos la relación conceptual que dimana del ocio en virtud de la problematización en cuestión. Vale decir que, el reparar en las relaciones conceptuales que surgen de la problematización del ocio nos dará una reafirmación de los rasgos valiosos que éste posee. La pertinencia de este recorrido incide en que en el primer capítulo se expondrá un análisis de los rasgos valiosos a recuperar de la concepción antigua de ocio, misma que será puesta en contraste con la de la modernidad y el surgimiento de la noción de tiempo libre. Recuperar los rasgos de valor del concepto de ocio griego constituye un ejercicio teórico importante como punto de partida para el desarrollo de esta tesis. Su importancia reside en la construcción misma de la propuesta valorativa que será presentada en el último capítulo. En este se llevará a cabo una recuperación de diversos autores que no competen a una sola época en cuestión, pero que tienen en común la reflexión en torno a aspectos que consideramos aquí edificantes para la valoración del ocio.

Las principales relaciones conceptuales establecidas de acuerdo con cada capítulo se encuentran ordenadas de la siguiente manera:

Capítulo 1: Ocio griego-Ocio moderno y tiempo libre

Capítulo 2: Los regímenes de acción en la modernidad: Trabajo y ocio

Capítulo 3: Valorización de los regímenes de acción: Noción de valor y afirmación del valor del ocio.

Capítulo 4: Ocio y edificación: Cuidado de sí y valor del tiempo.

En suma, puede considerarse que los conceptos medulares en esta investigación son: ocio, trabajo, tiempo libre, valor, mercantilización y edificante. Sin embargo, a continuación, se expondrán a detalle los conceptos centrales de cada capítulo y cómo estos se conectan en el conjunto que compone esta tesis.

Capítulo 1: Ocio griego-Ocio moderno y tiempo libre

En el caso del primer capítulo, este tiene como propósito exponer una caracterización íntegra del ocio que nos sirva de punto de partida para plantear el valor del ocio desde lo edificante. De esa manera, las relaciones conceptuales mantendrán un orden prescrito a la tesis en cuestión respecto al valor del ocio.

En el primer capítulo el desarrollo del concepto griego de ocio nos servirá para plantear su reivindicación. Esto no implica volver al pasado, pues las condiciones materiales de cada época han sido distintas. Se trata de hacer énfasis en que se torna necesario reflexionar sobre las raíces del ocio y su sentido más auténtico si se pretende hacerle apología y más aún argumentar el por qué es necesario el ocio. Siendo así, podremos revalorar el ocio, desarticulando esa visión peyorativa que hay de él en la actualidad, su concepción errónea. La importancia entonces de hacer alusión a los clásicos reside también en detectar qué aspectos de las raíces conceptuales del ocio se encuentran aún vigentes y pueden servirnos para fundamentar la reivindicación que se busca aquí desarrollar.

El ocio para los griegos estaba dirigido hacia la felicidad. Aristóteles comenta en la política: “El ocio en cambio parece contener en sí mismo el placer, la felicidad y la vida dichosa. Pero esto no pertenece a los que trabajan sino a los que disfrutan del ocio” (Aristóteles, *La política*, 1338a5). Aquí es importante mencionar el vínculo existente entre ocio y trabajo y que para comprender la concepción griega de ocio es imprescindible comprender también la de trabajo. Dado lo expuesto en la cita, en cuanto a que el ocio contiene la felicidad y la vida dichosa, ello es solo para quienes lo disfrutan y no para los que trabajan. Es menester reparar en un hecho que se desarrollará aquí más adelante: los griegos despreciaban el trabajo y en específico un tipo de trabajo. Y curiosamente los griegos no tenían una palabra para designar al trabajo.

Para los griegos, el ocio, la *scholé*, implicaba la liberación de la necesidad de trabajar. Así, es posible ver que la relación entre ocio y trabajo conlleva la necesidad de dotarlos de

un sentido, de un para qué, de una finalidad, la cual ha de pensarse y estar ligada a la educación, de ahí la necesidad de un ocio edificante o fecundo, o bien, según lo dicho por Aristóteles, “hacer buen uso del ocio”.

Una importante noción de lo valioso que era para los griegos el ocio, respecto a un primer indicio de una interpretación de una conexión conceptual entre el ocio y el valor se encuentra presente en la idea de que trabajamos para tener ocio. Tal noción es desarrollada en la caracterización del ocio que se hace presente en el primer capítulo, para luego vincularse a la idea de un ocio para la realización, lo que apunta a la edificación que implica la presente propuesta. Esta idea resulta medular en la investigación, pues nuestra tesis se centra en que el ocio edifica y concibe como tiempo para el desarrollo y la realización, es decir, para el mejoramiento humano como fin último. Así, el concepto de ocio griego, expuesto por Aristóteles en *La política*, posee una conexión, aunque no directa, con el concepto de ocio como tiempo para la realización teorizado por Dumazedier (1962).

A pesar de que Dumazedier llegase a confesar que su concepto de ocio poco tenía que ver con el de Aristóteles, ya que considera que el ocio que vivimos actualmente ya nada tiene que ver con el de los griegos y es meramente un producto de la modernidad. Sin embargo, aquí diferiremos de esa posición y detectaremos los rasgos esenciales aún vigentes del ocio según Aristóteles, que, si bien contribuyen a la realización y edificación, guardan distancia con la concepción moderna de ocio, más religada al trabajo y al subyacente concepto de tiempo libre.

En la modernidad la valoración de los regímenes de acción cambia en menoscabo de la contemplación y en pro de afán por la actividad, la producción y la extracción, como parte de la motivación por el ideal moderno de dominio sobre la naturaleza. De esa forma, con el avance técnico y el cambio en el sistema de los medios de producción para dar paso a los inicios del capitalismo y posteriormente el auge de la industria, surge un cambio de paradigma muy significativo en cuanto a la connotación, semántica y práctica del ocio. Se da la ruptura con la noción griega de entender el ocio como una actividad de orden superior.

“Es en la modernidad, con el advenimiento de la sociedad capitalista, y los consiguientes cambios no sólo sociales y políticos sino también epistemológicos, cuando frente al mundo antiguo, el trabajo, el negocio, se convierte en el valor

esencial, exclusivamente considerado desde el que se interpreta y valora la vida, en los últimos siglos” (Palmero et al. Ocio, política y educación. Reflexiones y retos veinticinco siglos después de Aristóteles. 11).

De esa manera el trabajo pasó a ser figura central en la realización del ser humano y en su dignificación¹⁰. Los incipientes cambios y desarrollos del sistema económico y los medios de producción en relación a los avances tecnológicos, incidieron de modo radical en la ruptura con la *skholé* griega que pasó a invertir la visión sobre el ocio: de verlo como actividad de orden superior y al trabajo como lo despreciable.

El cambio de paradigma del cómo es concebido el ocio en relación al trabajo, muestra que no podemos desligar un concepto del otro. Tal distinción es común situarla en el protestantismo (11) que de acuerdo a las ideas de Max Weber en “*La ética protestante del capitalismo*”, da las pautas e indicios de la relación cultural con el trabajo en contraposición a la ociosidad que ha sido moralmente reprochable.

“Durante la reforma el trabajo cobra un significado que va más allá de las necesidades vitales. Se relaciona con un sentido teológico, que lo legitima y valoriza. Lutero vincula el trabajo como empleo a la llamada de Dios a los hombres” (Chul Han. *El aroma del tiempo* 128).

El trabajo se dimensiona como actividad última. “No se trabaja solo para vivir, sino que se vive por el trabajo, y si ya no se tiene que trabajar, o se sufre o se muere” (Max Weber. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* 230). Aquí se observa la alteración de la fórmula aristotélica en la que se afirmaba que trabajamos para tener ocio, en ella el trabajo puede ser un medio para obtener el ocio. En cambio, en la concepción protestante el trabajo se vuelve totalizador, es medio y fin de la vida, se vive por él.

En dicha crisis valorativa de la modernidad el ocio se perfila como un tiempo que por no ser usado para la producción era concebido como inútil. De ahí que el ocio llegara a ser confundido con la ociosidad. Entonces lo que sería lo opuesto al ocio, a lo visto como inútil, sería el trabajo, como el mayor bien y actividad útil que habría de realizar al hombre.

¹⁰ La pregunta de en dónde puede estar la realización humana si en el ocio o en el trabajo, es una cuestión que no tiene aún una respuesta clara. Pero en esta investigación nos empeñaremos en analizar la alternativa que sitúa la respuesta en el ocio.

Comienza por tanto el culto al trabajo y el ocio pasa a ser conceptualizado dentro de lo comprendido como tiempo libre, que sería un tiempo liberado del trabajo bajo ciertas restricciones, principalmente la idea a modo de imperativo de que el trabajo es lo que hace posible al ocio.

El Ocio y el tiempo libre se dimensionan de manera muy similar, más aún en virtud de la evolución de la ciencia y el uso de la técnica, evidentes en avances de la tecnología según ha sido en cada época: “Históricamente el ocio es la *skholé* griega, aunque se puede decir que ha existido siempre y de diversa forma, mientras que la concepción de tiempo libre arranca en el desarrollo industrial.” (Manuel Cuenca. *Ocio humanista* 20). A pesar de todo, el ocio sigue siendo en gran medida relacionado y hasta entendido como tiempo libre.

Pese a la cercanía de ésta distinción para con el concepto de ocio, hemos de aclarar que, distinguimos ocio de tiempo libre desde los postulados de De Grazia como se verá en el desarrollo del primer capítulo. Así, el ocio se da dentro del tiempo libre, como sucede con el juego o el descanso. Entonces, lo que esencialmente se resalta en el ocio es la inclinación por el gusto, nuestras aficiones e intereses, que nos llevan a considerar al ocio como valioso.

Capítulo 2: Los regímenes de acción en la modernidad: Trabajo y ocio

Para ahondar más en estas relaciones conceptuales y resaltar sus rasgos valorativos, en el segundo capítulo será necesario además distinguir los conceptos de ocio y ociosidad. Para tal fin, es necesario recordar que, desde el siglo XX este concepto ha tomado una connotación valorativa tanto perniciosa como legitimada en el marco hegemónico de regímenes de acción del capitalismo. Aunque la concepción contemporánea del ocio tampoco dista mucho del desprecio moderno y la reprobación medieval que llegó a tener socialmente. Por lo cual, partiremos de los conceptos que emergen en el capitalismo desde la obra de Walter Benjamin, en particular sobre el legajo titulado “*m*” dedicado a la ociosidad en el *Libro de los pasajes*.

Benjamin distingue el ocio clásico del ocio en el capitalismo desde la transformación de las condiciones de trabajo a partir de la manufactura de las mercancías a causa del desarrollo industrial. Así, para Benjamin: “la sociedad burguesa no conoce el ocio sino a la

ociosidad” (Benjamin, *Libro de los pasajes* 805). Al mencionar que la sociedad burguesa no conoce el ocio, Benjamin hace una distinción entre ocio y ociosidad dejando en claro que el ocio en el sentido griego clásico no se da en la sociedad burguesa, sino lo que se da en ella es la ociosidad, el no trabajar, pero enriquecerse con el trabajo de otros. “La ociosidad intenta evitar cualquier contacto con el trabajo del ocioso, y en general con cualquier proceso de trabajo. Eso es lo que la diferencia del ocio” (802). Benjamin explica que la ociosidad se encuentra más ligada a la pereza y a la inactividad por el hecho de evitar cualquier contacto con cualquier proceso de trabajo. El ocio, en cambio, se encuentra en una relación necesaria con el trabajo. Sin embargo, en el capitalismo entre el tiempo de trabajo y el tiempo de consumo es posible medir la riqueza, puesto que el tiempo de consumo u ocio equivale a la riqueza, a la conversión de la propiedad privada del tiempo. Esto es a la conversión del tiempo a la categoría de mercancía, por lo tanto, durante el trabajo el tiempo es comprado, en cambio el tiempo del ocio se tiende a ocuparse en el consumo de mercancías.

“El tiempo de ocio, como el del consumo en general, pasa a ser el tiempo social fuerte y marcado, productor de valor, dimensión no de la supervivencia económica, sino del estatus social” (Baudrillard, *La sociedad de consumo* 195).

Cabría preguntarse por el valor que el ocio puede producir como tiempo y de ahí considerar el hecho de que se le vea como parámetro de riqueza. En el ocio, en su sentido más original, se busca la realización, se ve como un tiempo para el individuo, desde el pensamiento griego clásico es ligado a la contemplación, la reflexión y el ejercicio de la virtud. Así, el tiempo de ocio que no es dedicado al consumo trae beneficios de autorrealización, cuidado de sí y edificación del ser humano, de ahí su riqueza dado que:

“la «necesidad» imperiosa de no hacer nada, porque esa inactividad tiene un valor social distintivo. Aún hoy, lo que reivindica el individuo medio a través de las vacaciones y el tiempo libre no es la «libertad de realizarse» (¿en cuánto a qué? ¿Qué esencia oculta habrá de surgir?), sino que es, ante todo, demostrar la inutilidad de su tiempo, exhibir el excedente de tiempo como capital suntuario, como *riqueza*” (195).

Ante eso, sobre la inserción del ocio a la industria del consumo, en relación a nuestro tiempo, vuelve urgente la necesidad de que los momentos del tiempo libre, del consumo de dicho tiempo, se ocupen en acciones edificantes.

La industria del ocio, ligada al consumo en la sociedad actual, marca a las prácticas de ocio dado que: “el consumo alienado se convierte en un deber para las masas, un deber añadido al de la producción alienada” (Debord, *La sociedad del espectáculo* 55). Por tanto, el ocio en sentido mercantil remite a que su finalidad de mercancía, que es cubrir alguna necesidad, la cual se asocia con el entretenimiento que es regido por la mera utilidad comercial que tiene como fin el consumo del tiempo y la ganancia, y no el ocio por sí mismo con la edificación implicada. Entonces sucede que “el consumidor real se transforma en consumidor de ilusiones. La mercancía es la ilusión efectivamente real, y el espectáculo es su manifestación general.” (58). Esta relación notable de la mercancía con las ilusiones, da paso a la fetichización de las mercancías y pone en evidencia a una sociedad ociosa que a su vez promueve un alarmante afán por el trabajo, que se configura en forma de culto, de lo que esto resulta como una especie de paradoja del capitalismo (Royo 2002).

Cabe destacar asimismo en este capítulo la inserción de los conceptos de trabajo alienado, este como un afirma Marx, entendido como un obstáculo para la realización. Pues el trabajo alienado no permite el desarrollo y ni siquiera la posibilidad del tiempo de ocio como un resquicio de tiempo para la emancipación. Así se vincula tal concepto de trabajo, no solo con otro concepto que es el de alienación, sino con el de necesidad. Ya que, de acuerdo con Agnes Heller (2004) para el desarrollo de los seres humanos es imprescindible que estos tengan necesidades desalienantes, pues solo así se les puede hacer conscientes de su propia potencia. Así, el ocio es aquí entendido como una necesidad desalienante y por ende un resquicio de tiempo para la emancipación y la realización. Por lo tanto, dicho lo anterior, este capítulo plantea que el valor del ocio se encuentra en su rasgo desalienador y emancipatorio, esto es, en su carácter recreativo y liberador.

Capítulo 3: Valorización de los regímenes de acción: Noción de valor y afirmación del valor del ocio.

En este apartado, el concepto de valor es analizado desde la crisis de instancias valorativas de la modernidad y sus afectaciones en los regímenes de acción. Primeramente, se expondrá un comentario crítico del concepto de modernidad desde el enfoque de Bolívar Echeverría. Posteriormente, para fundamentar la reflexión sobre la crisis de la modernidad en las instancias valorativas nos serviremos del pensamiento de Max Weber. De ahí que, en delante

gran parte de los autores que servirán de sustento a nuestro análisis, serán de corte antimoderno. Un ejemplo de eso lo encontramos en las referencias a Schiller y Nietzsche, no solo como críticos de las instancias valorativas modernas, sino como críticos del afán por buscar el provecho en toda acción, es decir, de la reducción del valor a lo utilitario. Por ello, al inicio, se plantea una exposición de la crisis de valor de la modernidad a modo de diseccionar las razones por las cuáles las valoraciones tuvieron una inclinación mercantil y utilitaria. Todo eso, con el propósito de explicar el por qué el ocio no debe de entrar en esa dinámica valorativa por el hecho de trascender a ese tipo de valoración. Dado que su valor es intrínseco, es un fin en sí mismo y no medio para, o de otra cosa externa al agente y es, además, próximo a la fuente de todo valor, que son los seres humanos.

Lo anterior implica además exponer no solo un concepto de valor desde el cual regirnos, sino también sus implicaciones, es decir, la relación necesaria dentro del concepto de valor, a saber, la del valor intrínseco y el valor extrínseco. Para tal cuestión nos valdremos de exponer estos conceptos desde Moore y Villoro. Sobre el concepto de valor, se pretende plantear no solo los matices entre valor extrínseco y valor instrumental, donde el valor se dice instrumental porque se encuentra concebido en función de los medios-fines. Sino, principalmente, la diferencia entre el valor intrínseco, en el que el valor no depende de nada externo, y el extrínseco, éste último en forma de valor dado por algo más. O bien, en la que el medio es valioso por el hecho de perseguir asimismo un fin bueno.

En consecuencia, el vínculo entre los conceptos de ocio y de valor se planteará en que el valor del ocio remite a lo intrínseco. Sin embargo, puede llegar a tener también valor extrínseco, pues el ocio puede tener valor de igual modo por el hecho de ser un medio propicio para el ejercicio de la virtud. De ese modo, el ocio puede tener valor intrínseco e instrumental, a disposición de medios y fines. El ocio tiene valor intrínseco, vale por sí mismo, pero en virtud del contexto puede contribuir al cultivo de virtudes. Lo anterior, puede parecer contradictorio a lo segundo, si no se argumenta que el valor del ocio estará determinado por el contexto.

Al aclarar la interconexión entre los conceptos de valor y sus variaciones en relación al ocio, podrá argumentarse de manera más pertinente cuál es el valor del ocio. De igual manera, tras

presentar los matices del valor, y sobre cuál es el valor del ocio, será posible agregar qué valores propicia el ocio, a fin de enriquecer su idea de valor.

Tras la caracterización del problema del valor desde el marco de la modernidad y la exposición sobre el concepto de valor, estos son vinculados al concepto de virtud. Pues de acuerdo con Aristóteles el ocio es necesario para el nacimiento de la virtud. El valor del ocio se encuentra también en que éste propicia la virtud.

Afirmar el valor del ocio en vinculación con ciertos valores nos lleva a que el ocio sea entendido como valioso, equivale a que el ocio se relaciona estrechamente con el valor de las personas, que son, la fuente de todo valor. En este orden de ideas y los conceptos en cuestión, concernientes a la dignidad y los valores serán analizados principalmente a la luz de Kant y Scheler. El valor de las personas resulta de que estas poseen dignidad, que es la base de los derechos, mismos que tienen como propósito satisfacer una necesidad práctica. Y a ese respecto, el ocio es también una necesidad humana y por consiguiente implica un derecho como tal, es parte de nuestra dignidad. El ocio entonces habrá de vincularse no solo con la dignidad sino también con la libertad, la cual en sí ha de potenciar su dignidad al mismo tiempo que dignifica el trabajo mismo. La dignificación del ocio será correlativa a la dignificación del trabajo.

En suma, en este tercer apartado el trazo de relaciones conceptuales sirve de fundamento para legitimar el discurso de preguntarnos por qué el ocio es valioso hoy. De lo que se sigue, que la tesis sobre el valor del ocio en lo edificante se exprese en la afirmación de la propuesta del siguiente capítulo, a saber, del paso de la afirmación del valor a la de lo edificante.

Capítulo 4: Ocio y edificación: Cuidado de sí y valor del tiempo.

Para esclarecer el uso del término “edificante” en relación a la tradición, se plantea la distancia tomada de esta en relación a autores como Kierkegaard y Hegel. El carácter edificante del ocio radica en la acepción del término como una actividad en vías de la realización, que implica desarrollo, mejoramiento, contribuye a un hacerse a sí mismo y a su vez nos invita a la virtud. De ahí se sigue que sea posible afirmar que el valor del ocio radica en su carácter edificante.

De esa manera, lo edificante se vincula al concepto de ocio al que nos ceñimos durante toda la investigación, que es el de tiempo para la realización. (Dumazedier 1962). Pero la realización en este sentido requiere de una preocupación inicial, y esta es la del sí mismo, que en términos morales de la antigua Grecia remite al cuidado de sí. Este principio moral es analizado desde sus raíces griegas y su recuperación planteada desde Heidegger, Hadot y Foucault. A la luz de dichos autores se expone la valía del cuidado y su vínculo con el ocio, éste último entendido como expresión del primero.

El cuidado de sí tendrá su expresión más en el ocio que pretende la edificación, y por ende la necesidad de hacerse a sí mismo como parte de la preocupación del cuidado de sí. Esta interconexión de conceptos, muestran una apelación por el libre desarrollo de la individualidad, que será un rasgo esencial del surgimiento del ocio moderno. Este aspecto parece contrariarse con el advenimiento de un ocio mercantilizado, que resulta paradójico por ser también llevado a cabo por la necesidad de reafirmar la individualidad. La controversia ante ello reside en esa necesidad de afirmar la individualidad cuya denuncia será paradójicamente exigida por autores de corte antimoderno, críticos de las valoraciones utilitarias del provecho propias de la modernidad. Concretamente esto será traído a discusión por medio de autores como Montaigne, Nietzsche y Bataille.

IX.-Metodología de la investigación: Breve recapitulación para justificar el proceder metodológico.

En la actualidad la concepción de ocio dista mucho de lo que alguna vez fue en las raíces de la cultura occidental. En épocas anteriores como la de los griegos o los romanos. Para los griegos el ocio era la *skholé*, un uso del tiempo vinculado a la contemplación y la especulación filosófica, implicaba el estar liberado de la necesidad de trabajar. Para los romanos, era el tiempo libre de las obligaciones impuestas por el estado. No obstante, para griegos y romanos por igual el poder tener ocio constituía un privilegio de clase dirigido a los nobles. Por ello el tiempo de ocio era reconocido como un tiempo valioso, que estaba relacionado a la contemplación y el ejercicio de la virtud, así como la introspección, el diálogo y el cuidado. Todo esto fue en gran medida desarrollado por Aristóteles, quien impulsó el valor del ocio en la educación de los jóvenes y en su formación como ciudadanos

a través de éste uso del tiempo para el ejercicio de la virtud. De ahí que, el ocio fuera visto a su vez como un fin en sí mismo y un tiempo propio para la felicidad.

Sin embargo, con el comienzo de la era industrial, y su auge tecnológico que propicio el capitalismo surge la noción de tiempo libre tras los cambios en las condiciones de trabajo y la lucha de los trabajadores por sus derechos. La connotación del ocio cambia a ser entendido como tiempo improductivo. Es mal visto en virtud de que su parámetro de valor es en base al valor de cambio. Así, pasa a ser un tiempo destinado para el consumo de mercancías, al ser el mismo una mercancía hasta nuestros días.

El problema en cuestión versa sobre la pérdida del valor del tiempo de ocio al ser conceptualizado a partir de dirigir dicho uso del tiempo solamente al consumo de mercancías. De ahí que el ocio haya pasado a ser confundido y entendido como un concepto emanado de la transformación de su relación con el trabajo, a saber, con el tiempo libre. Y es en la transformación del trabajo en relación al ocio como consecuencia del surgimiento del capitalismo, en dónde surgió su desvalorización. El ocio ya no era visto sino como tiempo improductivo. De ahí que se haya vuelto un tiempo destinado para el consumo de mercancías.

La temática del ocio en el sentido que pretende recuperar ésta investigación, tiene vigencia con la actualidad en tanto que el problema del valor del ocio se vincula con la sociedad de consumo y al mismo tiempo con el modo de concebir, valorar y usar el tiempo libre.

En el caso de la presente investigación en torno al ocio cabe destacar que se trata en concreto de una investigación teórica. Por el hecho de partir de dicho enfoque queda inscrita en su finalidad el esclarecer, reivindicar y analizar conceptos para de ahí partir a la reflexión en torno a las problemáticas del ocio y sus posibles vías de comprensión. De manera que ésta investigación no pretende sino defender el valor del tiempo de ocio situado en el capitalismo de la sociedad contemporánea, donde se le da prioridad y valor a lo útil.

En cambio, ésta propuesta implica la defensa de un valor por encima de lo útil y al mismo tiempo la crítica de valor a los criterios de utilidad a fin de vincular al ocio con el ejercicio de la virtud. Entonces será necesaria la exposición de un marco interpretativo para la comprensión de la problemática que surge en torno a la desvalorización actual del tiempo

de ocio, que no es otra cosa que buscar la elaboración de una crítica del valor del tiempo de ocio en aras de su reivindicación hacia la virtud. Todo ello desde una perspectiva teórica y reflexiva. Dado el enfoque de la investigación no será expuesto un campo concreto de aplicación. No obstante, es necesario proponer pautas interpretativas en torno al ocio y su lectura desde la virtud a modo de reivindicación ante el ocio alienante de consumo. La metodología a seguir, por tanto, es la relativa a la investigación en el marco del discurso teórico, y consiste en la revisión bibliográfica del campo de estudio, el análisis de contenido de las obras de referencia y la extracción, comparación y discusión tanto de sus principales tesis y argumentos como de sus interpretaciones y vigencia.

Es importante agregar, que ésta investigación por el enfoque de la temática dada al ocio, contiene un planteamiento ético, que se desarrolla principalmente desde la filosofía, pero también incursiona en otras disciplinas como la sociología y la pedagogía. Al afirmar que se desarrolla principalmente desde la filosofía es debido poner de manifiesto que los análisis hechos respecto al contenido conceptual y su modelo interpretativo son hechos desde categorías definidas, en éste caso, desde los valores. Pues la tesis central de la investigación gira en torno a una crítica del valor del tiempo de ocio, es decir que, busca llevar a cabo un análisis desde determinados valores expuestos bajo un modelo interpretativo a seguir, el cual hemos de esbozar más adelante.

Ésta investigación implica también un planteamiento transdisciplinario, dada la naturaleza de las implicaciones del ocio a través de sus prácticas, las cuales es posible vincular con el deporte, las artes, la religión y espiritualidad y la educación por medio de la pedagogía y la sociología. No obstante, en el caso de la presente investigación sobre el ocio se presenta un problema de enfoque ético, principalmente desde la filosofía. Así en la investigación se muestra el concepto de ocio desde su genealogía filosófica en la tradición griega, de dónde es posible recuperar el carácter del ocio en sentido formativo que converge a la pedagogía; así como también, su análisis social del uso del tiempo por parte la sociología y la filosofía en relación al surgimiento de la noción de tiempo libre, desde la modernidad, hasta el capitalismo tardío.

CAPÍTULO 1.- Crítica del valor en los conceptos de ocio, trabajo y tiempo libre.

Introducción.

El presente capítulo contiene el punto de partida de la revalorización del ocio en el capitalismo tardío. Tal revalorización es posible situarla históricamente en la división del trabajo y el surgimiento de la noción del tiempo libre, que surgió en parte como derecho y en parte como uso del tiempo en función del trabajo enfocándolo al descanso y el entretenimiento. Esto vino a cambiar la percepción de la experiencia de ocio que ya no solo ha sido destinada a un contenido orientado al desarrollo de las capacidades, la formación y contemplación. Para ahondar en la comprensión de cómo cambió el paradigma del ocio en relación al trabajo y el afán por el rendimiento y la aceleración que dieron lugar a un ocio alienante, hemos de reparar en las categorías que influyeron que se llegase a determinada concepción del ocio.

Para comenzar es necesario explicar qué se entiende por ocio, en relación al sentido clásico y la concepción actual, comprendida ésta última como experiencia. El ocio de hoy es producto de la civilización industrial y técnica. Asimismo, los cambios de las condiciones de vida reflejadas en el trabajo, a partir de la sociedad industrial, han traído una perspectiva particular del ocio que incita a su confusión con el tiempo libre y más que nada a un ocio alienante vinculado al consumo de mercancías. Por tanto, ha de trazarse aquí una distinción inicial entre ocio y tiempo libre, para poder indagar posteriormente en tal confusión. Lo cual es importante para una mayor comprensión del ocio actual.

Este capítulo mostrará el ocio actual como producto de una sociedad técnica e industrial que cambió el paradigma y la percepción del ocio mismo por influir en la valoración instrumental del uso del tiempo, reducido a pensarse en función del trabajo. De modo que aquí he de profundizar y ubicar el momento y las condiciones en las que el trabajo se constituyó como actividad productora de valor en conjunto con la mercancía mediante un uso del tiempo en sentido instrumental. Así, habrá de distinguirse el momento en que el ocio dejó de ser concebido como actividad valiosa por sí misma, para ser influida por la valoración

instrumental en su relación con el trabajo, las mercancías y el consumo. Todo ello será relevante analizar para una mayor comprensión de la revaloración de los procesos y cambios de paradigma que presenta el ocio su actualidad, desde su vínculo en apariencia indiscernible de la experiencia de consumo.

1.1-El valor más allá de la utilidad; Aspectos a recuperar de la concepción aristotélica de ocio.

El principal motivo de este primer abordaje es argumentar una recuperación del concepto de ocio que nos proporcione pautas para su valor y condiciones de posibilidad para contribuir con la reflexión sobre una reivindicación valorativa del ocio. Más que pretender reivindicar el ocio a partir de la concepción de Aristóteles, se busca recuperar los aspectos de esta que resalten el valor intrínseco del ocio, para abonar a la crítica de una valoración instrumental de este. Por tanto, ha de abordarse el concepto de ocio en primera instancia desde su genealogía griega bajo la mirada aristotélica, de la cual se han de recuperar principalmente dos aspectos que convergen a la reivindicación actual del ocio y por ende a contribuir con su valorización. Dichos aspectos son principalmente:

1.-La contemplación como el elogio a lo improductivo y rechazo a lo útil. Lo cual será planteado desde la raíz del ocio griego en relación a la valoración de las actividades nobles por encima de las serviles. Así, será también recuperado en relación al discurso que se pretende aquí generar sobre ese elogio a lo improductivo y rechazo a lo útil, que versa en oposición a la concepción actual, que valora al ocio en virtud de su utilidad como mercancía de consumo. Desde tal posicionamiento se abstrae que ese rechazo a lo útil y primicia por el elogio a lo improductivo a través del ocio y la contemplación proporciona parámetros de valor. Estos, desde la concepción del tiempo como duración en la calma que implica la contemplación, que a su vez le da un sentido y por tanto un valor determinado pero improductivo en cuestión de utilidad mercantil.

2.-El ocio como ejercicio de la libertad, y tiempo necesario para el nacimiento de la virtud y la felicidad. El ocio, visto así, conduce a la realización y el desarrollo de las capacidades del ser humano en general. Aspecto que será comentado en conjunto a un diálogo

con los principales autores de los estudios del ocio contemporáneo para enriquecer la perspectiva de un discurso de reivindicación del ocio.

1.1.2.- Elogio a lo improductivo y rechazo por la utilidad en la distinción entre actividades nobles y serviles.

Para comenzar la argumentación en torno a lo señalado es preciso partir de la raíz etimológica del término en cuestión (*Skholè*, σχολή), a fin de ahondar más en su genealogía. Del mismo modo, hay que señalar la relevancia vital del ocio y el lugar que éste ocupa en la vida. El aumento en la importancia del uso del tiempo de ocio es lo que actualmente le da cierta vigencia a la noción griega.

Los conceptos de ocio de los griegos siguen teniendo actualidad, a pesar del paso de los años y de las diferentes circunstancias históricas... El ocio del que habló Aristóteles se refería a la actividad que es cauce para lograr el fin supremo del ser humano, su realización personal y el logro de la felicidad... El ideal del ocio clásico trasciende lo personal y se orienta hacia la formación del ciudadano, como algo necesario para el ejercicio de la ciudadanía y el servicio a la comunidad. Este concepto de ocio, sin dejar de entenderlo en el contexto social y cultural del momento, contiene un mensaje de superación, integridad y exigencia que lo mantiene vivo.” (Cuenca M, “Retos actuales de los Estudios del Ocio, en *El Ocio en la investigación actual Una lectura desde ámbitos, disciplinas, grupos de población y contextos geográficos* María Jesús Monteagudo Sánchez (ed.)32).

La vigencia de la raíz griega del ocio permea incluso al ocio de la actualidad, pese a que éste último es más resultado del avance de la técnica y la lucha por los derechos de los trabajadores. El ocio posee aún implicaciones que lo orientan a la realización y la felicidad, así como a la formación de la ciudadanía, por tanto, conserva aún resquicios de su raíz que hacen indispensable destacar su valor. No como actividad residual, o de enajenamiento derroche o mera reposición de fuerzas, sino como un ejercicio de libertad y virtud fuera de la ocupación, fuera de los tiempos marcados por la actividad, y en cambio enfocada a la conciencia de un tiempo en el que el individuo se hace así mismo.

Según Aristóteles, en la vida el ocio llega a tener una importancia vital. Llega, incluso, a considerarlo el principio de todas las cosas¹¹ y el fin último que habría de vincular a una vida dichosa, en sí, a la felicidad.¹² De ahí que “Aristóteles divide la vida en dos terrenos: el de la falta de ocio como ocupación (*a-skholia*) y el ocio (*Skhole*), es decir, la falta de tranquilidad y el de tranquilidad. El trabajo como falta de tranquilidad, como falta de libertad debe someterse al ocio” (Byung Chul-Han, *El aroma del tiempo* 124). Para los griegos entonces el ocio estaría vinculado a la tranquilidad, y el trabajo a la falta de ésta. Pues como los griegos no tenían una palabra para designar a la actividad del trabajo lo consideraban como un no tener ocio *askholia*, que era entendida más como ocupación que como trabajo en sí.

Sebastián De Grazia, considerado uno de los padres de los estudios del ocio, comenta también respecto a la relación del ocio con el trabajo que: “El ocio es una condición o un estado, el estado de estar libre de la necesidad de trabajar” (De Grazia, *Tiempo, trabajo y ocio* 3). Por eso el ocio era visto fuera de toda relación con el trabajo, pues el trabajo era la actividad del esclavo y el ocio la del hombre libre.

Aristóteles mantenía un ideal en la relación entre ocio y trabajo, y era que “Trabajamos para tener ocio”: “Estamos no ociosos para tener ocio” (Aristóteles, *La Ética*, 1177b). Esto en cuanto a la subordinación y grado de importancia, en tanto valor, que debían tenerse ante el uno o el otro. El orden de valoración de ambas actividades se fundaba en la primacía que Aristóteles había establecido de las actividades nobles sobre las serviles, entendidas por nobles el ocio y la contemplación. Así como por serviles el trabajo.

Habría entonces que recuperar la relación que plantea Aristóteles entre ocio y trabajo como elemento de revalorización del ocio. Por ello, consideramos aquí, la primicia por otorgar más valor a lo improductivo y al fin en sí mismo, en lugar de a lo útil y que es un medio para llegar a otros fines. Así, volviendo entonces a lo entendido por los griegos en cuanto a la actividad del trabajo, ésta era concebida no solo como mera ocupación sino como

¹¹ “La naturaleza misma procura no solo el trabajo adecuado sino también estar en capacidad de tener un ocio decoroso, el cual es, para decirlo de nuevo, el principio de todas las cosas. (Aristóteles, *La política* 1337b30-35-1338a5).

¹² “Pero el ocio parece encerrar en sí mismo el placer, la felicidad y la vida bienaventurada” (1337b30-35-1338a5).

servil, por consiguiente, como útil y un medio para llegar a otras cosas. “El trabajo está ligado a las necesidades de la vida. No es un fin en sí mismo, sino un medio, un medio de vida necesario que se ocupa de la necesidad. No es digno de un hombre libre” (Byung-Chul Han, *El aroma del tiempo*, 125). Dado que las nociones aristotélicas vienen de una sociedad esclavista hay que recordar que esa misma base de su sociedad, la esclavitud, era la que permitía en gran medida el ocio. Lejos de pretender justificar una sociedad basada en la esclavitud, lo que se intenta hacer aquí es matizar el contexto y cómo hemos de vincularlo con lo actual en cuanto a una revaloración del ocio. ¿Qué habría de ponerse sobre la balanza? Obviamente no es justificable la esclavitud con la finalidad de que algunos puedan tener ocio. La cuestión es ver esto en relación a cómo se da valor, tanto a la actividad de trabajo como a la de ocio. Puesto que, si bien en la antigüedad el ocio se daba con base en la esclavitud, en la modernidad se daba por la explotación de los trabajadores. Los cuales, luego, con base en movimientos de lucha social lograron el derecho de tener ocio y tiempo libre.

En la actualidad el ocio dado en parte por la explotación de los trabajadores, y en parte por el avance tecnológico que trae mayor oportunidad de tener tiempo libre es dirigido al consumo. De manera que el tiempo libre produce valor de cambio y esto hace que no dejen de producirse ganancias para el capital, pero en el acto se incurre en una valoración utilitaria del ocio y todo lo que éste implica. Y de ahí el afán por recuperar el aspecto de elogio a la improductividad que encontramos en la concepción de ocio aristotélica.

Ante todo, es importante considerar, que, lo que está haciendo Aristóteles es el peligro de elaborar una ideología de una clase dominante ante una sociedad esclavista. Si analizamos el valor dado al ocio por los griegos es también importante preguntarse, ¿de dónde viene el interés por despreciar el trabajo manual en una sociedad que busca justificar la esclavitud? De Aristóteles, hay que rescatar en sí la idea de ocio no reducida a una ideología de una sociedad esclavista, y el porqué es valioso el ocio. Para eso será necesario dar cuenta de la teleología de medios y fines proveniente de la *Metafísica* de Aristóteles, y que dio la pauta para la distinción valorativa entre actividades nobles y serviles. Lo cual, pese a la interpretación esclavista, tuvo resonancia en la valoración del ocio, en tanto actividad por excelencia, en el desprecio de la utilidad y elogio a lo improductivo, causa de que siga siendo valioso Aristóteles para la reflexión sobre el ocio.

En *La política*, Aristóteles posiciona al ocio como un modo de vida a la vez que como el fin de la misma. El ocio era entendido en forma de actividad valiosa por ser un fin en sí misma e implicar la felicidad y la vida dichosa.

La naturaleza misma procura no solo el trabajo adecuado sino también estar en capacidad de tener un ocio decoroso, el cual es, para decirlo de nuevo, el principio de todas las cosas. Siendo ambos necesarios, el ocio es, con todo, preferible al trabajo y tiene razón de fin, por lo cual hemos de investigar cómo hemos de emplear nuestro ocio. Seguramente que no en jugar, porque entonces el juego sería necesariamente el fin de la vida, lo cual es imposible. Los juegos, en efecto, deben practicarse más bien en conexión con los trabajos (porque el trabajador ha de dar un descanso a su fatiga y el juego es para descansar, mientras que el trabajo va acompañado de fatiga y esfuerzo). Por esto hay que introducir los juegos, pero vigilando la oportunidad de su empleo, como si aplicáramos una medicina, porque la actividad del juego es un relajamiento del alma, y de éste placer resulta el descanso. Pero el ocio parece encerrar en sí mismo el placer, la felicidad y la vida bienaventurada (Aristóteles, *La política* 1337b30-35-1338a5).

Entonces más aún que vital, el ocio habrá de tratarse bajo la forma de esencial, por lo que podríamos decir que la esencia del hombre para Aristóteles era el ocio. “La esencia del hombre para Aristóteles no sería el cuidado (Sorge) sino el ocio” (Byung Chul-Han, *El aroma del tiempo* 124). Ocio se define por ser el ámbito o vía que permite un pleno despliegue de la esencia humana. Aristóteles entiende esa esencia en cuanto a fin, lo que se liga a la idea del desarrollo, pues el ocio es una vía de perfeccionamiento. La restricción de Aristóteles de que el ocio sea para unos pocos no restringe que hablemos del ocio hoy en día como autodespliegue y mejoramiento necesario para todos.

Una capacidad que implica el principio de todas las cosas, a la vez que contenedora de placer y felicidad. El ocio, a diferencia del descanso y el juego, habría de conducir a la felicidad, “no era un mero medio para seguir trabajando, sino un fin en sí mismo, la meta y el cauce de una vida feliz” (Cuenca. *Ocio valioso* 34). Además, la actividad de ocio no requiere de justificación, no es un medio para otra llegar a otra cosa o fin, como el trabajo lo es. Por eso los griegos veían en el ocio la libertad, por el hecho de estar libre de ocupaciones, puesto que el ocio era solo para individuos libres y el trabajo para los esclavos. Por el

contrario, el ocio estaba ligado a la contemplación, a la libertad, la ausencia de ocupación y la vida dichosa. Visto así es comprensible porque Aristóteles afirmaba que "El buscar en todo la utilidad es lo que menos se adapta a las personas magnánimas y libres" (Aristóteles, *La Política*, 1338b). Entonces los griegos concebían lo útil en relación a la necesidad, que estaba ligada a la ocupación y por ende a la actividad, es decir, al trabajo: "La vida toda a su vez se divide en trabajo y ocio, en guerra y paz, y los actos por su parte en unos que son necesarios y útiles, y en otros que son bellos" (Aristóteles, 1333a12). Podemos apreciar tal división de la vida entre las actividades de trabajo y ocio, como una forma de plantear en el discurso griego el debate del momento, sobre cuál era el mejor de los modos de vida, si la vida contemplativa o la vida activa. Tomando en cuenta a la vida activa como aquella que se desarrolla bajo un proceder instrumental como un medio para llegar a un fin. Por otro lado, a la vida contemplativa, la del ocio y la teoría, la de la especulación filosófica, como la del desarrollo de los actos que son bellos.

Aristóteles daba relevancia a plantear en qué debía emplearse el ocio como algo fundamental en la educación de los jóvenes, y en concreto con las artes, principalmente la música, que era concebida como menos útil pero también como la más bella. La importancia del ocio radicaba, entonces, en el formarse, en cierta medida, en el hacerse a sí mismo, lo cual da sustento a concebir el ocio como una capacidad que debía de ser educada y formada.

Para Aristóteles era una preocupación la educación de los jóvenes y la formación de los ciudadanos, motivo por el que incluía esa reflexión en *La política*. El cuestionamiento sobre el empleo del ocio, llevaba también implícita la educación y la importancia de que el legislador supiera proveer de ocio a los ciudadanos. Por lo que se refiere a la dicotomía de valor entre medios y fines y las actividades nobles y las serviles, Aristóteles concebía que: "...deben aprenderse y formar parte de la educación ciertas cosas para poder dirigir nuestros ocios, y que estos conocimientos y disciplinas tienen un fin en sí mismas, mientras que aquellas orientadas al trabajo se estudian por necesidad y como medios para otros fines" (1338a10). Ante lo dicho respecto a la teleología planteada por Aristóteles en torno a medios y fines, es preciso comentar en las líneas siguientes, aunque sea con brevedad en qué se fundamenta y de dónde proviene tal valoración de los regímenes de acción propuestos en *La ética* y *La política*.

La teleología de medios y fines proviene de la *Metafísica* de Aristóteles. La fundamentación de la diferencia entre actividades nobles y serviles en relación a la identificación de medios y fines se gesta en la obra de Aristóteles en el modo de comprender la relación entre acto y actividad. La primacía del acto sobre la actividad cierra la distinción entre actividades nobles y serviles. Aristóteles en su *Metafísica* propone una respuesta a uno de los problemas de la metafísica de su época, el movimiento, que era concebido en torno a un caos provocado por la ilusión de los sentidos y la dispersión del orden. La respuesta en cuestión conllevaba un cambio en la comprensión del movimiento, “como cambio ordenado¹³”. El cambio ordenado del movimiento nos recuerda también a las nociones de acto y potencia de Aristóteles. Lo que no es acto, se configura de manera latente como tal siendo potencia. El movimiento es relativo a los actos, éste se realiza a través de ellos:

“Puesto que la sustancia y la especie son actos¹⁴ lo cual expresa un predominio claro del acto sobre la potencia. Y si se sostiene que el acto es superior a la potencia, en los casos en que hay algunos fines aparte de las acciones, las obras son naturalmente preferibles a las actividades” (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1094a3-6).

Es entonces que queda aún más claro que el acto es preferible no solo a la potencia sino también a la actividad, dado que es de mayor valor el acto y su resultado o realización que la actividad que lo ejecuta. Pero en una sentencia más de la *Metafísica* podemos ver con más claridad la supremacía del acto con fin en sí mismo, como lo es el ocio. “Cuando se produce un resultado distinto de la propia actividad, el acto se da en la cosa producida; cuando no se produce nada en la propia actividad, el acto se da en el agente mismo” (Aristóteles, *Metafísica* 1050a30-1050b1). Por tanto, cuando no se produce nada por la actividad, el acto se da como un fin en sí mismo, como en el caso del ocio, que correspondía a las actividades nobles, con esto se remarca el predominio de la teoría y del acto sobre las actividades, más aún de los fines sobre los medios. Cuando hay un producto que no viene del fin externo hay que buscar ese producto en su propio agente. No podríamos decir que Aristóteles prefiere el

¹³ “Quedaba aún el reto del movimiento: si el cosmos es una jerarquía eterna e inmutable de perfecciones, parece que el movimiento solo puede entenderse como una ilusión de los sentidos o como la disolución del orden ideal en el caos pertinaz de la materia. La principal aportación de Aristóteles consiste precisamente en hallar el modo de concebir el movimiento como cambio ordenado” (Cuenca Amigo, *Claves de la existencia. El sentido plural de la vida humana*. “La existencia valiosa”, 450).

¹⁴ Aristóteles: *Metafísica*, 1050b3-4. (450)

acto a la actividad, pues prefiere el acto. La diferencia es, que el acto este en el agente o no. Siempre será el *telos*, lo que está en el fondo del acto y la actividad. De modo, que, finalmente, la relación entre actividades nobles y actividades serviles es la distinción entre acto y agente.

Pero cabe destacar aún, ¿Cuáles eran tales actividades en concreto? Aristóteles marca éstas actividades con la distinción que hay entre *poiesis*, *praxis*, y *teoría*. Refiriendo la primera a la producción en cuanto a actividades de trabajo de los esclavos y los artesanos, como las que se hacían en los oficios. En tanto la segunda, la *praxis* era entendida dentro de los menesteres de la vida política, pero la *praxis* también mantiene un vínculo con la teoría como actividad que tiene un fin en sí misma, “Aristóteles habla de las actividades en las cuales no se produce nada fuera del acto mismo que se da en el sujeto (que es la definición de *praxis*)” (Cuenca Amigo, *Claves de la existencia. El sentido plural de la vida humana. “La existencia valiosa”*⁴⁵¹). Sirva entonces lo anterior para aclarar aquí la discusión y proveniencia de la distinción entre actividades no utilitarias y utilitarias que hace Aristóteles y que recuperamos aquí como un incentivo a la crítica del valor instrumental del uso del tiempo ocio de ocio en la actualidad. Tomando en cuenta que para Aristóteles y los griegos dicha distinción entre un tipo de actividades y otro no era una cuestión de derecho para todos los ciudadanos. Pues la preeminencia por una vida de ocio era solo para hombres libres, y no para esclavos, refiriéndose a hombres también en cuanto a género, pues las mujeres no eran consideradas como seres libres.

El optar por dar mayor valor a una actividad que no produce bienes útiles nada tenía entonces que ver con un sistema económico esclavista. La contemplación es la actividad más valiosa, es la actividad por excelencia, no es el caso entonces, que se tratara de una supremacía sobre la actividad. La contemplación no era una cuestión de modos de vida, de cuál era el mejor de los modos de vida¹⁵, o bien, el más valioso, esto a partir del tipo de actividad por el que habría de decantarse. “Quién realiza una actividad cuyo fin es su propio ejercicio, se perfecciona a sí mismo. Ésta es en última instancia la justificación de la distinción valorativa

¹⁵ “Según Aristóteles, la vida mejor para el hombre es la que realiza lo mejor que hay en el hombre” (Cuenca Amigo, *Claves de la existencia. El sentido plural de la vida humana. “La existencia valiosa”* 453).

entre actividades nobles y serviles” (451). El dar más valor a un cierto tipo de actividades que a otras, contenía también una inclinación a valorar más las actividades que apostaban por cultivar los modos de ser, la mente, la especulación, y la sensibilidad. Por ello buscamos aquí rescatar dicho parámetro de valor de los regímenes de acción de la época de Aristóteles.

Finalmente, con la intención de recapitular, hemos de reparar en tres aspectos sobre lo ya dicho, mismos que se pretenden recuperar del concepto aristotélico para abonar a la reflexión sobre el valor del ocio que aquí nos atañe. Primeramente, está el elogio a la improductividad, que constituye una crítica hacia la primacía actual por la tendencia valorativa hacia lo útil, muy ligada a la manera de dar valor las mercancías. Se resalta entonces un desprecio por lo útil como primer parámetro de valor del ocio. Por ser una actividad con fin en sí misma y medio para otro fin, no requiere de justificación en cuanto a su utilidad, eso a pesar de que sí podríamos hablar de los beneficios que atrae. No obstante, ese elogio por lo improductivo y rechazo por lo útil ensalza una valoración más allá de lo utilitario en miras a una actividad que trasciende por ser un fin y no un medio. El ocio en ese sentido ha cambiado en relación a la actualidad, dado que el trabajar para tener ocio ha quedado invertido, en un orden que subordina el ocio ante el trabajo:

“El *skhole* griego no tiene mucho que ver con el ocio o el tiempo libre en el sentido actual. Es un estado de libertad, ajeno a la determinación y la necesidad, que no genera esfuerzos ni preocupaciones. El trabajo, en cambio, roba la libertad, puesto que está sujeto a las necesidades de la vida. A diferencia del ocio, no reposa en sí mismo, sino que está entregado a producir lo útil y necesario” (Byung Chul-Han, *El aroma del tiempo* 123-124).

Observamos en la idea anterior, que Chul-Han no elabora una distinción entre ocio y tiempo libre, pese a que identifica a ambos con el ejercicio de la libertad, una característica que tienen en común dichos términos. Tal distinción del ocio identificado con un estado de libertad, de estar sin necesidades ni preocupaciones, lo asocia con el reposo, en contraposición con el trabajo que limita la libertad y hace depender de él por necesidad y subordina a las valoraciones utilitarias. Con esa distinción recordamos en cierta medida que ésta tiene que ver con las actividades nobles y las serviles. Las serviles como ya se ha comentado, están ubicadas en el terreno de lo útil, de lo que genera o más bien produce

utilidades, o mejor dicho hoy en día valor de cambio. En las nobles radica el elogio a lo improductivo, a la contemplación y la calma que dentro de un tiempo en que se está liberado de ocupaciones es posible desarrollar una capacidad que puede educarse y formarse para su mejor provecho. La cual es clave para el nacimiento de la virtud y la felicidad, en sí, para la realización.

Por último, cabe destacar el aspecto del ocio como ejercicio de la libertad, como acto de liberación por el hecho de no estar ocupado. Ello remite a otro de los aspectos que nos interesa recuperar. Puesto que el ocio radica en el uso del propio tiempo a voluntad, se asemeja al tiempo libre y en ocasiones contribuye a la confusión conceptual que existe entre ambos términos. Pese a que Aristóteles lo circunscribía más que nada a una capacidad, hemos de recuperar ambos sentidos del ocio, el de un momento en el tiempo y el de capacidad que puede educarse, lo que nos lleva también a contemplarlo como experiencia. De lo cual ahora nos ocuparemos, pero no sin antes ofrecer una necesaria distinción entre el ocio, un concepto de la tradición griega clásica, y el tiempo libre, un concepto nacido en la modernidad tardía.

1.2.- El ocaso del ocio y el primado de la vita activa en la modernidad

La condición humana presenta una necesidad imperiosa por la labor, la actividad y el trabajo. Los filósofos griegos alguna vez debatieron por años respecto a cuál era el mejor de los modos de vida, si la vida activa o la vida contemplativa, sin llegar a solución absoluta. Ya se han visto los estragos del optar por una u otra en cada época. Si bien la antigüedad y la edad media vieron con gran reverencia y sacralidad la contemplación, la modernidad se distinguió por el predominio de la actividad. Ante ello, cabe recordar que la acción es inherente al género humano. El mismo desarrollo del cuerpo, su crecimiento y desenvolvimiento de habilidades físicas y cognitivas, es por sí misma una labor de nuestra naturaleza¹⁶, pero a esta ha de sumársele un tipo de labor bajo el imperativo económico de la sobrevivencia implicada a la adhesión de determinados valores. Por tanto, el detenimiento, la contemplación, y necesidad de pausa, de descanso y demora también han de ser inherentes

¹⁶ “Labor es la actividad correspondiente al proceso biológico del cuerpo humano, cuyo espontáneo crecimiento, metabolismo y decadencia final están ligados a las necesidades vitales producidas y alimentadas por la labor en el proceso de la vida. La condición humana de la labor es la vida misma” (Arendt, 2015, 21).

a la misma naturaleza humana. La vida misma parece ser inherente al trabajo, la acción y lo laborioso.

De cara a reflexionar en torno a labor y trabajo es necesario destacar la distinción entre ambas. La primera corresponde a un movimiento natural, la otra deviene de exigencias y necesidades creadas por el ser humano. El fin de esta última es producir valor a través de la producción y consumo de mercancías. Sea cual sea el fin, el trabajo implica labor y acción en sí. Las tres actividades son parte de la naturaleza humana. Hanna Arendt en su obra “*La condición humana*” hace alusión a ellas a través de la expresión “*vita activa*”, la cual enmarca a las mencionadas actividades fundamentales: “labor, trabajo y acción” (Arendt, 2015, 21). Esas actividades en cuestión resultan imprescindibles para la vida, pero debe cuidarse de que no marginen a sus igualmente necesarios complementos: juego, descanso y ocio.

Entonces, para señalar la caída del ocio y el cambio en su valoración hay que destacar que, la actividad en la forma del trabajo desplazó la importancia del ocio paulatinamente, y dio fin al ideal clásico de los griegos, se produjo una inversión de él, sobre todo de su valor. El ocio, en el sentido de actividad contemplativa que es valiosa por sí misma, ha pasado una serie de cambios acordes a las condiciones materiales y al espíritu de cada época. El ocio en el sentido clásico de los griegos fue retomado por los romanos, y más tarde por la tradición cristiana hasta la Edad Media, donde se asoció al ideal contemplativo de la vida monástica. “Al monasterio no iba uno a holgazanear: el lema benedictino *ora et labora* lo prohibía. Pero la tarea principal del monasterio era la vida contemplativa. Incluso el trabajo estaba teñido de aquella improductividad de la contemplación” (Quintana, *La pereza*, 12). En aquel periodo, el ocio se diferenciaba de la ociosidad y la pereza, concebidos como pecados y emparentadas con la acedia¹⁷.

Tras el final de la Edad Media y a la llegada del Renacimiento, la concepción del ocio cambió. Su valoración comenzó a ser afectada por la importancia puesta en la virtud, en un sentido inherente a las acciones. Se consideró el ocio como un impedimento para la virtud a

¹⁷ “La acedia o el demonio meridiano (el demonio que ataca a medio día) ... Proviene, de hecho, de la tradición de los primeros anacoretas, de los primeros cristianos que se iban al desierto a poner en práctica públicamente su consagración a Dios... Los primeros síntomas de su ataque eran los sentimientos de vacío, de desánimo y, evidentemente, de pereza. El anacoreta ya no tenía ganas de seguir tan estrictamente su plan de vida” (Quintana, *La pereza*, 35-36).

diferencia de cómo era comprendido esto en la antigua Grecia (desde Aristóteles quien concebía el ocio necesario para el nacimiento de la virtud). En su lugar, el ocio fue en gran medida despreciado por su posibilidad de dar pauta a la ociosidad, la cual era relacionada con el vicio, lo contrario a la virtud. Es posible localizar en el Renacimiento estos rasgos del cambio de paradigma del ocio y esa tendencia a la primicia por la actividad en el pensamiento de Maquiavelo: “Los hombres trabajan, o por necesidad o por elección, y se sabe que la virtud tiene mayor imperio donde la elección ocupa menos espacio” (*Discurso sobre la primera década de Tito Livio*, 101). De ahí que la inacción, aunque se tratase de la contemplación, fuera proscripta como un atentado contra la virtud, que estaba más en la acción, y en tanto, en el trabajo.

De igual modo, la alta valoración por la virtud y el desprecio moral por la ociosidad y todo lo que se le asemejara, estaba motivada por la formación del Estado que entonces se gestaba. En él, las leyes debían también procurar la virtud a través su obediencia, el trabajo y la acción, como lo era en la guerra¹⁸, la labranza, o el comercio. “En cuanto al peligro de la holganza que la fertilidad de la tierra pueda desarrollar, debe procurarse que las leyes obliguen al trabajo” (101). El vínculo de referencia de la actividad era principalmente a la guerra, la política y el trabajo. En el caso del trabajo se trataba en mayor medida del trabajar la tierra, por eso en las tierras muy fértiles habría que tener especial cuidado en ejercer la virtud y evitar el ocio. Se creía que se corría el peligro de estar más propensos a la ociosidad por tener menos necesidad de trabajar con mayor rigor, lo cual podría volver a los hombres perezosos: “...aptos para ocasionar la ociosidad e inhábiles para todo virtuoso ejercicio” (101). Por el contrario, el trabajo y la obediencia a las leyes harían a los hombres virtuosos y más capaces de sobrellevar carencias y adversidades: “Dícese que el hambre y la pobreza hacen a los hombres industriosos, y las leyes, buenos” (112). Tras tales afirmaciones es notable entonces que Maquiavelo sostuviera su rechazo al ocio desde una asociación entre virtud y necesidad como ideales imperantes para el Estado en su época, dentro de los cuales el ocio y la contemplación no tenían cabida.

¹⁸ “Si el cielo favorece hasta el punto de no necesitar la guerra, ocurrirá que del ocio nacerán, o la afeminación de las costumbres, o las divisiones y ambas cosas, juntas o aisladas, pueden acabar con ella” (Maquiavelo. *Discurso sobre la primera década de Tito Livio*, 122).

Al término del Renacimiento con la entrada de La Edad Moderna, el pensamiento imperante en los modos de obrar, gobernar, y vivir se iba inclinando de manera cada vez más clara hacía un afán por la actividad, la riqueza material, el progreso y el dominio, que influían en el rechazo del ocio. Sin embargo, “hasta el comienzo de la Edad Moderna, la expresión *vita activa* jamás perdió su connotación negativa de *in-quietud, nec-otium, a-skholia*. (Arendt. *La condición humana*, 28). Durante la Edad Moderna, que tuvo sus inicios en el siglo XVIII y terminó con el comienzo del siglo XX, hubo en algunos filósofos la proliferación del imperativo por el trabajo y la acción, incluso como visión totalizadora del género humano y su espíritu, idea fervientemente defendida por Hegel y que en Marx tuvo cierta resonancia al formular una concepción del ser humano cuya esencia radica en el trabajo.

Pese a esto, otros filósofos, tanto en su pensamiento como en su modo de vida, fueron críticos ante el imperativo del trabajo, sobre todo en su carácter liberador, que podía también encontrarse en el ocio. Así, hubo resquicios en defensa del ocio y su valor en cuanto a contraponerse a actividades relativas al lucro, el trabajo, el dinero y las mercancías, esto desde algunos pensadores, como Rousseau, quién en su *Discurso sobre las ciencias y las artes* afirmaba que: “El espíritu tiene sus necesidades, lo mismo que el cuerpo. Éstas son fundamento de la sociedad, las otras son su atavío” (12). Aquí es notable la escisión de valor que Rousseau propone respecto a las necesidades que pueden ser cubiertas de modo material y las necesidades del espíritu. También es apreciable un pensamiento de ocio y crítica al lucro en *Las confesiones* de Rousseau, cuando en el libro primero dedica unas líneas a fin de expresar la naturaleza de sus gustos:

“Ajoutez qu’aucun de mes goûts dominants ne consiste en choses qui s’achètent. Il ne me faut que des plaisirs purs, et l’argent les empoisonne tous” (69)¹⁹.

Rousseau manifiesta su desprecio por el dinero, pero más que por el dinero, por los placeres comprados, y se inclina más bien por aquellos que no tienen precio alguno. Aquí es dónde radica el sentido de una valoración de alguien que vive en el ocio y que conoce el valor de dicha experiencia. La postura de desprecio al dinero de Rousseau se encuentra en gran

¹⁹ “Agregaría que ninguno de mis gustos dominantes consiste en cosas que se puedan comprar. Pues no me hacen falta más que placeres puros, y el dinero los envenena todos.” Traducción propia.

medida identificada con su pereza, en ese sentido, con su ocio. Lo afirma así en una explicación por el desprecio en cuestión:

“Mon désintéressement n’est donc que paresse ; l’plaisir d’avoir ne vaut pas la peine d’acquérir : et ma dissipation n’est encore que paresse...” (71)²⁰

El desinterés por el dinero y los bienes materiales, frente al placer que puedan provocar, contiene una valoración que supone una impronta por la contemplación, la pereza e inclusive quizá por la inacción. Pero más que nada, se trata de una confesión de protesta por la necesidad de comprender el ocio como experiencia valiosa, al exaltar la gratuidad de esta como un valor irremplazable que también puede implicar placer. Resulta entonces interesante un filósofo como Rousseau para la temática del ocio, pues su estilo de vida, que podríamos catalogar de ocioso por el poco tiempo que llegó a ocuparse en trabajar, le permitió desarrollar un pensamiento libre a la vez que crítico para la sociedad de su tiempo. Además, cabe señalar, todo ello se vio plasmado en su obra filosófica, la cual se volvió imprescindible también para otras disciplinas como la pedagogía y la sociología.

La Modernidad transcurre entonces bajo la fuerte influencia de la idea de la acción que se recompensa con una ganancia, en el sentido del deseo de riqueza, además impulsado por la idea de progreso. “La acción subordinada al principio de utilidad ocupa ahora el lugar preponderante bajo la forma de progreso...El resultado no es solo el olvido de la concepción clásica del ocio, sino su total inversión” (Cuenca Amigo. *Claves de la existencia. El sentido plural de la vida humana*. “La existencia valiosa”,457). Es decir que, el ideal del ocio clásico que proponía Aristóteles, que radicaba en el “trabajar para tener ocio”, y que subordinaba el trabajo al ocio, queda invertido. A raíz de ese tipo de pensamiento, imperante en el espíritu de aquella época, parecía gestarse cada vez más una suerte de proscripción del ocio en el sentido clásico contemplativo, en forma tal que:

El papel que la modernidad reserva al ocio no puede ser sino residual: precisamente el tiempo que resta tras cumplir con todas las demás obligaciones, el tiempo libre. Pero más importante aún, es que, incluso en el reducido ámbito que le corresponde, el ocio moderno no mantiene las características clásicas, sino que es subordinado a la

²⁰ “Mi desinterés no es más que pereza, el placer del tener no es para mí algo que valga la pena adquirir: y mis disipaciones no son todavía más que pereza...” Traducción propia.

utilidad, cobrando así un significado opuesto al tradicional (Cuenca Amigo. *Claves de la existencia. El sentido plural de la vida humana*. “La existencia valiosa”457).

Por tanto, la modernidad trae consigo un ocaso del sentido clásico del ocio, que reside en un cambio de paradigma en su valoración en gran parte promovido por los avances en la técnica, manifestados en las condiciones materiales de dicha época. Así, ante el influjo del afán por la utilidad en cuanto a medio de obtención de ganancias y riquezas, era inminente una pérdida de valor de una experiencia que propiciaba un tiempo fuera de todo esquema utilitario. En definitiva, a través del imperativo de la eficiencia, el ideal de dominio sobre la naturaleza y los demás individuos, sumado al incipiente afán de la acción representada en el trabajo y la labor, más tarde traería la propagación del imperativo de la productividad y la utilidad.

Es prudente agregar que, en base a la recopilación a las ideas antes expuestas, que el cambio de valoración del ocio en la Modernidad, tuvo tres motivos notables: en primera instancia, por parte de la moral de un determinado modelo de Estado. En segundo lugar, y ligado anterior, el avance de la ciencia y de la técnica puesto al servicio del ideal de progreso de dominio de la naturaleza materializado en las condiciones de vida de los individuos a través del trabajo, que resultó en una moral y un culto a éste.²¹ Por último, la moral religiosa²² centrada en las obras, principalmente del protestantismo²³, vino también a acentuar el énfasis de los motivos ya nombrados. Todo esto dio pauta al surgimiento de un ideal de ser humano religado a la actividad. Por tanto, el ideal del ocio clásico que perseguían los griegos pretendía otro tipo de ser humano, el cual debía estar entregado a la contemplación, exaltando su

²¹ En la modernidad solo se considera lícito el ocio en cuanto descanso conducente a la recuperación de la fuerza laboral. Cualquier intento por liberarlo de su subordinación al trabajo lo convierte de inmediato en objeto de condena moral” (Cuenca Amigo. *Claves de la existencia. El sentido plural de la vida humana*. “La existencia valiosa”457).

²² “Richard Baxter subraya éste rechazo a la contemplación: No es el ocio y el disfrute, sino la actividad la que sirve para aumentar la gloria de Dios, según su voluntad inequívocamente revelada. Así que el primero y el más grave de los pecados es el desaprovechamiento del tiempo. (...) No se llega a decir, como en Franklin, el tiempo es dinero, pero esta frase vale en cierta manera en un sentido espiritual: el tiempo es infinitamente valioso, porque cada hora perdida se le sustrae al trabajo para gloria de Dios” (Weber, M.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, pp. 197-199. Citado por Cuenca Amigo en *El valor de la experiencia de ocio en la modernidad tardía*, 50).

²³ “Cuando el protestantismo ascético rechaza el ideal monástico y limita severamente el papel de los sacramentos, está dinamitando también, por lo tanto, la noción tradicional de experiencia valiosa, ligada a la contemplación y heredera del ocio clásico” (*skholé*). (49).

autonomía y su libertad, pero más aún, acercándolo a lo divino que hay en lo humano. Así, una defensa del ocio, con su respectiva protesta de la necesidad de tal experiencia, constituye una crítica a ese ideal de ser humano fundado en la actividad, cuya esencia llegó alguna vez a ubicarse en el trabajo. De algún modo, esto parecería análogo a la vieja discusión griega sobre el mejor de los modos de vida; sin embargo, es más bien una crítica a la polarización sobre uno de ellos y la marginación del otro. Es decir, una crítica a que, a partir de dicho ideal de ser humano, el tiempo fue vuelto un productor de valor en sentido instrumental a través de las mercancías producto del trabajo. Por lo que la valoración de la experiencia de ocio como uso del tiempo se tornó en virtud de su utilidad. De igual manera, es necesario repensar y revalorar el ocio a la luz de una realidad que exige hacer dicho ejercicio en virtud del trabajo, pues de ahí emanó, por así decirlo, el concepto de tiempo libre. Finalmente, cabe destacar que, lo que subyace a estos tres elementos antes mencionados es, el abandono a la metafísica de Aristóteles, y a la ontoteología clásica, que posibilita cambios en la técnica, la política y la moral.

1.2.1 El ocio en la era industrial: Los usos del tiempo como productores de valor mercantil.

El ocio tuvo un cambio significativo en su valoración y en su sentido durante el inicio de la era industrial. Dicho periodo, marcó la última fase de la modernidad en el siglo XVIII, y con su auge industrial sobrevino una valoración distinta del uso del tiempo y un afán exacerbado por la producción. El tiempo debía emplearse en el trabajo, es decir, en la producción. De tal modo, el tiempo debía ser tiempo de trabajo. El tiempo fuera del trabajo, entendido como tiempo libre, surge como un derecho que fue ganado y exigido por los trabajadores. Al ser puesto en práctica distaba más del ocio en sentido clásico y se inclinaba más hacia el mero entretenimiento.²⁴ Por ello, comenzó a ser mal visto y ligado al vicio y la pereza en lugar de a la experiencia contemplativa y formativa. Fue desaprobado moralmente y puesto en contraposición al trabajo. El trabajo, por su parte, cobró un auge tal que se concebía como virtud y fuente de riqueza e incluso como esencia del ser humano. Entonces el ideal del ocio clásico padeció una inversión. Pasó de ser principio de todas las cosas y

²⁴ “Como tantos otros fenómenos el entretenimiento comenzó en el siglo XVIII, porque solo en el siglo XVIII surgió la diferencia entre trabajo y ocio en sentido moderno” (Byung Chul-Han. *El buen entretenimiento*. 157).

subordinar ante ella al trabajo, a ser valorada como actividad residual en función del trabajo. El tiempo no empleado en el trabajo era entendido como un desperdicio. El ocio fue visto más como ociosidad e inactividad. El trabajo se tornó en la actividad central del ser humano; por lo tanto, el uso del tiempo fue enfocado en la producción, la ganancia, el consumo y la acumulación constante del capital.

La economía volvió al trabajo la base de toda riqueza. El trabajo, por tanto, era señal de progreso de la civilización, lo que lo posicionó como la actividad moral imprescindible y propia del género humano, e incluso como esencia del mismo. Según Karl Marx, en su breve ensayo *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, el trabajo es: “la condición básica y fundamental de toda la vida humana. Y lo es en tal grado que, hasta cierto punto, debemos decir que el trabajo ha creado al propio hombre” (166). Sin embargo, esa idea en Marx deviene de su crítica a la sociedad capitalista, aunque esta se basaba más en el valor que en el trabajo²⁵. El mismo Marx veía que el trabajo constituía una actividad humana que pone a los individuos al servicio de las cosas y las mercancías que produce, circunscribiendo su valor a lo útil.

El valor centrado en lo útil es el proceder instrumental que se pretende enfrentar respecto al ocio y su relación con el trabajo y el consumo de mercancías. Tres categorías fundamentales del capitalismo: valor, trabajo y mercancía, alteraron la percepción y valor otorgado al uso del tiempo, y ello es observable en el concepto de valor que pregona el capitalismo: “El valor está determinado por el tiempo que, en una sociedad particular, con cierto grado de desarrollo de fuerzas productivas, es necesario de *media* para producir la mercancía en cuestión” (Anselm Jappe, *Las aventuras de la mercancía* 34). El concepto de valor queda totalmente ligado a la valoración dada a las mercancías a partir de los procesos de producción y consumo. Dichos procesos son efecto de la actividad del trabajo. El trabajo se percibe desde siempre bajo el entendido de que “es en sí mismo un fenómeno histórico... Toda actividad considerada como trabajo en el modo de producción capitalista

²⁵ Marx no establece el trabajo como punto de partida: para alcanzar el concepto del capital es necesario partir del valor y no del trabajo y concretamente ya del valor de cambio ya desarrollado en el movimiento de la circulación” (Grundrisse I, p198). Si a pesar de esto puso el trabajo en el centro de su análisis, es porque habla específicamente de la sociedad capitalista. El papel central atribuido al trabajo forma parte pues, de su método crítico, en lugar de constituir una afirmación suprahistórica sobre la esencia de la vida humana (Jappe, *Las aventuras de la mercancía* 104).

solo es aquella que produce valor y se traduce en dinero” (102-103). Así, el trabajo tiene por consecuencia la producción de valor además de la ganancia de un salario para quien lo lleva a cabo.

El trabajo ha sido concebido como una actividad útil, productora de valor y no solo moralmente aceptada sino imprescindible²⁶, puesto que el fin del trabajo es, más allá de la producción, la utilidad. Marx ha de agregar que: “Todos los modos de producción que han existido hasta el presente solo buscan el efecto útil del trabajo en su forma más directa e inmediata. No hacían el menor caso de las consecuencias remotas, que solo aparecen más tarde y cuyo efecto se manifiesta únicamente gracias a un proceso de repetición y acumulación gradual” (181-182). Dichos efectos siguen agravando la condición humana y el entorno natural; socialmente son aún objeto de discusión relativa a la exigencia de derechos y condiciones dignas del trabajo como tal.

El trabajo es productor de valor y depende en gran medida del tiempo. Pues el tiempo de trabajo desempeña un papel de suma importancia en el valor dado a las mercancías. El tiempo de trabajo es medida de valor y por tanto de riqueza: “El valor está constituido por el trabajo; lo que crea el valor, pues, es la facultad de trabajar. El poseedor del dinero no compra ni al trabajador (como era el caso del régimen esclavista) ni el trabajo, sino la facultad de trabajar del otro. El valor de esta se evalúa como cualquier valor, según los costes de producción.” (Jappe, *Las aventuras de la mercancía* 73). Por ello, el tiempo de trabajo implica un valor. El tiempo mismo es comprado a los trabajadores en tanto que conlleva la facultad de llevar a cabo el trabajo. El valor entonces es producido por el consumo de las mercancías a través del dinero, como valor de cambio, y por el trabajo en medida del tiempo, el cual, como ya se ha dicho, también influye en el valor de las mercancías. El trabajador produce mercancías en la medida en que el tiempo de trabajo las dota de cierto valor.

Por tanto, la dominación del patrón ante los trabajadores se basa en dicho tiempo y en dichas mercancías. Entonces sucede que: “La dominación de los capitalistas sobre los trabajadores es por tanto la dominación de la cosa sobre los seres humanos, del trabajo muerto sobre el vivo, del producto sobre los productores” (81). De ese modo el capitalismo ha puesto

²⁶ Con ello hay que recordar que: “Marx es heredero de la tradición burguesa a la que le horroriza la pereza” (Jappe 105).

a los trabajadores a merced de las mercancías, en tanto su dominación por medio del consumo y fetiche de éstas. Es en realidad una cuestión de valor, en sentido instrumental, donde lo útil figura como lo máspreciado. De ese modo el tiempo vuelto una mercancía se pone al servicio de esa dominación de la cosa sobre los seres humanos, que no es más que la dominación de la valoración instrumental de la mercancía sobre cualquier otro valor. Por tanto, pensar más allá de tal dominación es ya señal de emancipación y deseo de libertad: “Marx identificaba la necesidad natural de los intercambios con la naturaleza con la del trabajo, y sería solamente más allá de ésta necesidad donde comenzaría el reino de la libertad” (*El capital III*, 3, p272. Citado por Jappe 105). No obstante, es debido destacar el sentido en el que Marx piensa el trabajo, su posición ante dicha actividad. Es decir, destacar en qué sentido Marx le da importancia al trabajo, pues no solo se ciernen a desprestigiar la pereza por sí misma, y menos lo hace en virtud de un culto por el trabajo y el tiempo empleado en este²⁷, sino por desarrollar una crítica sobre una sociedad que funda su riqueza en virtud de un imperativo del uso del tiempo exclusivo para el trabajo. Lo que Marx critica es el hecho de que el tiempo de trabajo sea lo que produce valor, ya sea en mercancías y en la actividad misma de la producción. Esto sitúa al tiempo como un valor de cambio, que, a través de su ocupación en la actividad del trabajo, crea valor y explota diversos recursos de las capacidades humanas y el entorno natural.

La postura de Marx al respecto nos interesa pues resalta el tiempo como un recurso que hace posible que el trabajo sea productor de valor. Es decir que la medida del tiempo ha de dar pautas para la riqueza. Pese a que Marx defiende el ideal del trabajo como esencia del ser humano, elabora una crítica en el sentido en que el trabajo mismo puede deshumanizar, a través de la explotación y el dominio de las mercancías sobre los individuos. Marx elucida dicha crítica a la sociedad capitalista para esbozar cómo será posible otro tipo de sociedad. Sin embargo, aquí lo que nos interesa es reparar en la crítica que hace Marx al trabajo en la sociedad capitalista, y de ella el rasgo del tiempo en el trabajo como el carácter del que emana el valor producido. El valor se ve materializado en las mercancías y se observa en las prácticas de producción y consumo. Marx fue muy influenciado por la moral protestante de su época (lo cual es notable por su ideal de esencia de ser humano vinculado al trabajo), se

²⁷ Como imperaba moralmente en su época.

inclinaba por despreciar el ocio y enaltecer el trabajo. Llegó a identificar el tiempo de trabajo con la explotación y la acumulación capitalista que produce valor, lo que le hizo también posicionarse en favor de la reducción del tiempo de trabajo:

El capital mismo es la contradicción en proceso, (por el hecho de que) que tiende a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo, mientras que por otra parte pone al tiempo de trabajo como única medida y fuente de riqueza. (...) Se propone medir con el tiempo el trabajo de esas gigantescas fuerzas sociales creadas de esta suerte y reducirlas a los límites requeridos para que el valor ya creado se conserve como valor (*Grundrisse* II, 229. Citado por Jappe 107). Marx no solamente aboga aquí por la reducción más amplia posible del tiempo de trabajo, sino sobre todo por la abolición del tiempo de trabajo como medida de la riqueza: Ya que la riqueza real es la fuerza productiva desarrollada de todos los individuos (Jappe, *Las aventuras de la mercancía*, 107).

Cabe destacar que la postura de Marx aún en favor de la reducción e incluso la abolición del tiempo de trabajo, es con la intención de seguir enalteciendo la fuerza productiva del trabajo de los individuos, es decir, que su reivindicación va más hacia ubicar el valor como tal en el trabajo mismo y no en el tiempo en el que éste es llevado a cabo. Pues, el tiempo de trabajo como productor de valor a través de la fuerza de trabajo es lo que da lugar a la acumulación de riqueza por medio de la explotación. La explotación es resultado de la plusvalía, que es, el trabajo no pagado al asalariado, es decir, la ganancia del capitalista. El trabajador entonces resulta explotado y alienado.

En la sociedad industrial, el trabajo, más que nada el tipo de trabajo que Marx denomina como trabajo abstracto, es el que produce la mercancía mediante su fuerza de trabajo. Este tipo de trabajo es el que expropia más tiempo a los trabajadores. Por lo que resalta aún más la división del trabajo, por sus implicaciones sociales, pues, la división del trabajo conlleva la división del tiempo en sentido social. “Es solo el trabajo asalariado en su forma clásica el que se corresponde plenamente con el concepto de trabajo abstracto. El trabajo posfordista se encuentra de nuevo mezclado con toda la vida de los sujetos económicos” (109). Esto remarca cómo el trabajo industrial tiene más implicaciones sociales en las vidas de los trabajadores, sobre todo en sus experiencias del tiempo. Posee un papel central en sus vidas: “Todas las facultades de una persona, que esta adquiere naturalmente fuera de las horas de trabajo, contribuyen a su rendimiento. Todo el mundo está obligado a consagrarse perpetuamente a la formación continua” (109). El trabajo así se atomiza en

conjunto con la vida, y orilla tanto al ocio como al tiempo libre a convertirse en actividades residuales. El trabajo se vuelve el centro de la vida del individuo y todas sus capacidades han de servir en función de él. “Esta superación de la división de la vida en esferas, de las cuales solo una es considerada como trabajo productivo de valor, no tiene sin embargo nada de emancipadora si ha de entrar en el esquema del valor, que al mismo tiempo contribuye a poner en crisis” (109). Tal condición interpela el trabajo como una suerte de sometimiento, por un lado, y como esencia y posible sentido de vida de los individuos, por el otro. Sea cual sea el caso, se trata de una producción de valor que le es ajena al trabajador, pues el valor que produce al expropiarse su tiempo en el trabajo no le retribuye el valor real de su tiempo, ni sus capacidades. Limitar nuestro uso del tiempo al trabajo y limitar el mínimo fuera de éste al mero goce, el descanso y el entretenimiento, en lugar de dedicarlo al desarrollo de las capacidades de la persona en virtud de su realización, constituye un uso del tiempo alienante.

Sin embargo, esto contribuye a una de las grandes conquistas del capitalismo, que es la del dominio del tiempo: “Los nuevos hábitos de trabajo se formaron, y la nueva disciplina de tiempo se impuso, en todos estos modos: la división del trabajo, la vigilancia del mismo, multas, campanas y relojes, estímulos en metálico” (Thompson. *Tradición, Revuelta y Conciencia de clase* 284). La vida, más aún, el tiempo para esta, se sublevó en virtud del trabajo. Esto marcó el dominio del capitalismo sobre el tiempo, y en gran medida es lo que ha puesto a los seres humanos al servicio de las mercancías y no a la inversa. De ahí que autores como Anselm Jappe (2016) y Moishe Postone (1993) lleguen a afirmar que el sistema capitalista es impersonal, y su producción de valor se liga necesariamente con el valor del tiempo, valor concebido cual si se tratase de una mercancía. Por ello: “Una reinterpretación adecuada del valor debe demostrar la importancia de la determinación temporal del valor para la crítica de Marx y para la cuestión de la dinámica histórica del capitalismo” (Postone. *Tiempo, trabajo y dominación social* 112). Así, el capitalismo ha fincado la producción de valor sobre el tiempo²⁸. El tiempo es mediador del valor de las mercancías. El uso del tiempo de los trabajadores fue una conquista del capitalismo en la época industrial²⁹.

²⁸ “Las sociedades industriales maduras de todo tipo se distinguen porque administran el tiempo y por una clara división entre «trabajo» y «vida»” (Thompson. *Tradición, Revuelta y Conciencia de clase* 288).

²⁹ “No está de ningún modo claro hasta qué punto estaba extendida la posibilidad de disponer de relojes precisos en la época de la revolución industrial. Desde el siglo XIV en adelante se erigieron relojes en iglesias y lugares

No obstante, antes de la era industrial, los campesinos y trabajadores de las tierras centraban el uso de su tiempo en los quehaceres, aunque bajo otro sentido del trabajo. Y tal sentido vino a cambiar con el inicio de la revolución industrial que vino a dinamizar y cronometrar los tiempos de trabajo en virtud de la producción. “El tiempo para los campesinos estaba concebido en virtud de los quehaceres antes «no es el quehacer el que domina sino el valor del tiempo al ser reducido a dinero. El tiempo se convierte en moneda: no pasa, sino que se gasta» (Thompson. *Tradición, Revuelta y Conciencia de clase* 246-247). El tiempo se convierte en productor de valor a la vez que en valor de cambio. De ese modo, el trabajo en relación al uso del tiempo obtiene una connotación moral. Es decir, que debía hacerse un uso adecuado del tiempo, y ese uso adecuado y respetable, era el trabajo. El trabajo tomó una connotación moral en sentido religioso, que más tarde Max Weber habría de vincular con el espíritu del capitalismo, en específico, por la moral puritana y protestante.³⁰

Así, la moral religiosa imponía una moral sobre el trabajo, muy *ad hoc* a las exigencias del capitalismo industrial que estaba en pleno auge. En esa concepción del tiempo radica la comprensión del trabajo como obligación, como imperativo moral que instauró el capitalismo para someter a los trabajadores a la producción de valor a través de la expropiación de su tiempo. “El puritanismo, en su matrimonio de conveniencia con el capitalismo industrial, fue el agente que convirtió a los hombres a la nueva valoración del tiempo” (290). Esa nueva valoración del tiempo era en función del trabajo, de la producción de valor, en resumen, de la mercancía. Con el capitalismo industrial y la moral de culto al trabajo comienza a cobrar fuerza la mercantilización del tiempo, que contribuyó a un detrimento del valor del ocio: las experiencias, el uso del tiempo, y el tiempo mismo

públicos; la mayoría de las parroquias inglesas deben haber poseído un reloj de iglesia hacia finales del siglo XVI. Pero la precisión de estos relojes es una cuestión polémica y se mantuvo el uso de relojes de sol (en parte para poner los demás en hora) en los siglos XVII, XVIII y XIX “(249).

³⁰ “Mucho antes de que el reloj de bolsillo estuviera al alcance del artesano, Baxter y sus compañeros ofrecían su propio -reloj moral interior a cada hombre. Así, Baxter, en su *A Christian Directory*, practica muchas variaciones del tema de la Redención del Tiempo: «utilizad cada uno de los minutos como la cosa más preciosa. Y empleadlos todos en el deber». Las imágenes del tiempo como moneda están fuertemente destacadas, pero parece que Baxter tuviera ante los ojos de su pensamiento a un público de mercaderes y comerciantes: Recordad lo recompensadora que es la Redención del Tiempo... en el mercado, o en comerciar; en la labranza o en cualquier ocupación remuneradora, solemos decir que el hombre se hace rico cuando ha hecho uso de su Tiempo” (Baxter, *A Christian Directory* 274-275. Citado por Thompson. *Tradición, Revuelta y Conciencia de clase* 280).

adquirieron valor mercantil. Por ende, esa adquisición de valor mercantil dada a las experiencias y al tiempo, provocó que ya no fuera posible la apreciación del ocio como algo valioso en sí mismo, sino que éste debía ser orientado en su valor en sentido extrínseco en virtud del trabajo. Jaime Cuenca reflexiona en torno a esta idea en su tesis sobre *El valor de la experiencia de ocio en la modernidad tardía*, donde la mencionada argumentación sobre la inversión del valor del ocio y su marginación hacía la utilidad, es analizada desde la obra de Weber y Benjamín Franklin.

Esta es exactamente la actitud que muestra Benjamín Franklin respecto al ocio. Su testimonio es significativo porque Weber lo toma como prototipo del «espíritu del capitalismo». En efecto, Weber se esfuerza en distinguir entre la forma capitalista de una economía y espíritu del capitalismo, los cuales no tienen por qué ir necesariamente unidos. Es el espíritu el que le interesa, el cual queda definido como: «esa mentalidad que aspira profesional y sistemáticamente al lucro racionalmente legítimo». Weber, M.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, pp. 197-199. Citado por Cuenca Amigo en *El valor de la experiencia de ocio en la modernidad tardía*, 51).

Cuenca considera a ambos autores puesto que son relevantes por su visión del capitalismo industrial de la modernidad tardía. Por un lado, Weber lo asocia a las consideraciones morales y éticas de la conformación de un espíritu como tal influido por la religión imperante en los países donde tal sistema tuvo mayor auge. Por otra parte, el entrecruce con Franklin llama la atención por su interpretación del ocio. A pesar de tener tintes de una valoración utilitarista, goza de una peculiar mirada laica, lo cual puede considerarse tanto crítico como novedoso para su tiempo, y se debe también al ateísmo del propio Benjamín Franklin. Lo cual se puede apreciar en lo siguiente: “Emplea bien tu tiempo, si quieres adquirir el ocio, y no pierdas una hora, pues no estás seguro de un minuto. El ocio es tiempo para hacer algo útil: solo el hombre diligente puede darse este ocio, que jamás podrá lograr el perezoso.” (Franklin, B.: “The way of whealth” en *Autobiography and other writtings*. Oxford University Press, Oxford-New York, 1993, p268. Citado por Cuenca J. *El valor de la experiencia de ocio en la modernidad tardía*, p51). Aquí es claro entonces, que Benjamín Franklin, pensó el ocio más desde una racionalidad del tiempo que desde una moral reprochable. No obstante, en el siglo XIX, siguiente al de Benjamín, la interpretación moral que veía al ocio como reprochable habría de dar una importante vuelta de tuerca.

1.3.-Caracterización del ocio tras la crisis de la modernidad

Para una caracterización de la experiencia de ocio es precisa la distinción de dicho término en relación al juego y el entretenimiento. Referente a eso, la necesidad de tal distinción radica en el sentido que cada uno toma al momento de su práctica. Esto es, sentido en cuanto a valor y significado encausado a un fin. Para qué jugamos y para qué necesitamos del entretenimiento, es una cuestión que desde la mirada del ocio no debe perder de vista la razón de fin de estos. Asimismo, dicho fin para concretar un sentido valioso es conveniente que se objete hacia la pregunta que plantea Aristóteles en *La política*, sobre “¿En qué debemos emplear nuestro ocio?” en cuya exposición es apreciable una distinción entre juego y ocio en lo relativo a los fines:

La naturaleza misma procura no solo el trabajo adecuado sino también estar en capacidad de tener un ocio decoroso, el cual es, para decirlo de nuevo, el principio de todas las cosas. Siendo ambos necesarios, el ocio es, con todo, preferible al trabajo y tiene razón de fin, por lo cual hemos de investigar cómo hemos de emplear nuestro ocio. Seguramente que no en jugar, porque entonces el juego sería necesariamente el fin de la vida, lo cual es imposible. Los juegos, en efecto, deben practicarse más bien en conexión con los trabajos (porque el trabajador ha de dar un descanso a su fatiga y el juego es para descansar, mientras que el trabajo va acompañado de fatiga y esfuerzo). Por esto hay que introducir los juegos, pero vigilando la oportunidad de su empleo, como si aplicáramos una medicina, porque la actividad del juego es un relajamiento del alma, y de éste placer resulta el descanso. Pero el ocio parece encerrar en sí mismo el placer, la felicidad y la vida bienaventurada (Aristóteles, *La política* 1337b30-35-1338a5).

La diferencia que Aristóteles hace notar entre el juego y el ocio está influenciada por su teleología, siempre posicionando al ocio como fin último y al juego en un estrecho vínculo con el descanso como un medio. El ocio como fin último tiene como medio al trabajo, pero durante el no trabajo, o bien ocio, pueden llevarse a cabo los juegos, que nos sirven como medio para descansar del trabajo. Por tanto, son necesarios para la vida, pese a que no sean estos el fin del ocio. Esa estrecha relación del juego con el descanso puede serlo en un sentido mental y también físico, gracias a la diversión y entretenimiento que proveen los juegos. Por ejemplo, en los deportes, es necesario el esfuerzo físico, pero por otra parte eso brinda relajación a la mente. Otro ejemplo lo podríamos tener en los juegos que no requieren de esfuerzo físico sino de habilidad y destreza de la mente.

El juego como actividad tiene un fin compensatorio, este se encuentra en el aporte brindado por el acto mismo en el goce de su experiencia. De ahí que, el juego sea una necesidad, aunque no es exclusiva del ser humano, como si lo es el ocio, puesto que, en particular, la mayoría de los mamíferos juegan. No obstante, el juego ha estado presente en todas las culturas humanas, Johan Huizinga señala al respecto que:

El juego es más viejo que la cultura; pues, por mucho que estrechemos el concepto de ésta, presupone siempre una sociedad humana y los animales no han esperado a que el hombre les enseñara a jugar. Con toda seguridad podemos decir que la civilización humana no ha añadido ninguna característica esencial al concepto de juego. Los animales juegan, lo mismo que los hombres. Todos los rasgos fundamentales del juego se hayan presentes en el de los animales (Huizinga, *Homo Ludens*, 11).

La diferencia entre el juego de los animales y el de los seres humanos, es que estos últimos juegan no solo para ejercitar el desarrollo de sus capacidades como lo hacen los animales, sino que lo hacen para recrearse. El juego en los seres humanos implica la doble función de recreación y convivialidad. Es por eso que, el juego también puede contribuir a aportar al desarrollo y la realización como actividad recreativa de carácter positivo del ocio. De igual manera, y pese a su incipiente inserción al consumismo, la mercantilización y la industria del entretenimiento, el juego puede prescindir de generar valor de cambio. Es decir, puede llevarse a cabo como actividad no utilitaria.

La necesidad de que el juego pueda prescindir de generar valor en sentido mercantil, emana del peligro reducir la noción de ocio como mero consumo de entretenimiento y diversión. El ocio ofrece la posibilidad para el juego, en este, la diversión proporcionada puede también ser fuente de evasión, que a su vez suelen obtenerse en el descanso y la recreación, pero no necesariamente como razón de fin. “El problema surge cuando la diversión, como única referencia de ocio, se transforma en medio de manipulación y enajenación” (Cuenca, *Ocio valioso*, p. 63). Aunque no es que el ocio no deba proveernos de diversión por medio del juego, sino que, en lo que ha de ponerse atención en su fin, en cuál es el fin del juego y su diversión. Pues es posible otorgarle una razón de fin cercana a la realización y la posibilidad de potenciar el desarrollo de capacidades y no solamente a la

evasión o el descanso por la mera reposición o distracción. En suma, sería entonces prudente que el juego no se lleve a cabo en una función que lo subordine al trabajo sino más bien que lo vincule a la realización y el desarrollo.

El ocio, entonces, es una experiencia de un tiempo determinado orientada a la realización y al desarrollo (Dumazedier 1964). Se trata de un tiempo para una experiencia que posee el carácter de potenciar las posibilidades del ser humano con la finalidad de la realización de lo mejor que hay en él. El ocio para la realización trasciende al del mero entretenimiento y en su lugar, pretende la edificación y una retribución positiva. En consecuencia, es indispensable también diferenciar el ocio del entretenimiento.

De acuerdo con Dumazedier, el ocio como tiempo para realización contiene determinadas funciones: “el ocio, cualquiera que sea su función, es en primer término, una liberación y un placer. Luego se separa en tres categorías que, en nuestra opinión corresponden a sus tres funciones primordiales de descanso, diversión y desarrollo” (Dumazedier 1964, 30-29). El descanso se remite a la función de recuperación en todo su esplendor. Este como función responde a una necesidad que, el hecho de cubrirla constituye el cese de cualquier actividad ajena a ella. En contraste, la diversión y el desarrollo responden a una función necesariamente relativa a la actividad, y que pretende ser agradable.

La tendencia por un ocio evasivo y reducido al mero entretenimiento y la diversión hedonista, es un perjuicio para la función de desarrollo del ocio en beneficio de la diversión. Sin embargo, no todo el ocio orientado al entretenimiento y que su fin se finque en la función de la diversión, ha de ser carente de desarrollo o descanso. A su vez, no todo entretenimiento ha de resultar nocivo y evasivo en relación a la función de desarrollo. Byung Chul-Han en *El buen entretenimiento* se refiere a “la ubicuidad del entretenimiento” bajo la forma de lo que promueve la totalización del entretenimiento, haciendo lo posible porque todo sea entretenido. “La ubicuidad del entretenimiento se expresa como su totalización, que suprime justamente la distinción entre trabajo y ocio” (Han 2018, 158). Suprimir esa distinción da pautas para que no solo el ocio, sino también el trabajo pueda proveernos de entretenimiento. Aunque, finalmente, la razón de fin, a saber, el fin y beneficio del entretenimiento serán lo que pueda justificarlo moralmente o no. Es decir, no podrá tratarse de un ocio edificante, si a través de él se nos ofrece diversión sin ningún resquicio para el benéfico para el desarrollo individual o social de nuestra libertad, y realización.

El ocio potencia nuestra capacidad de disponer de nuestro tiempo con libertad, puesto que, “el ocio es un tiempo del que podemos disponer libremente, o en el que podemos ser libres” (Svendsen 2006, 44). En él es necesario que nuestra conducta sea verdaderamente autónoma en relación con las actividades en las que ocupamos nuestro tiempo. De ello depende que estén preferentemente encausadas a experiencias tanto agradables como benéficas y edificantes. Por ejemplo, algunas actividades pueden estar enfocadas al cuidado, tanto de la salud a través de la actividad física, como del espíritu o intelecto mediante el interés y gusto de cultivarse en la lectura y la reflexión a partir de ella, u otros aspectos culturales.

1.3.1.-El ocio como experiencia.

Una vez expuesta la crítica sobre el valor del ocio, es preciso dejar en claro qué tipos de ocio son valiosos. Para lo cual hay que reparar en algunos conceptos desde los principales autores contemporáneos de los estudios del ocio. Tales conceptos han de estar relacionados con los aspectos que buscamos recuperar: un acto voluntario, una actividad sin fines utilitarios, y un contenido de tiempo que ofrece una experiencia para la realización. De cara a éste concepto de ocio, es necesario enfatizar en él, el ejercicio de la libertad y distinguirlo como uso del tiempo no utilitario en un sentido no improductivo como suele hacerse cuando es vinculado hacia el consumo. Como bien señala Manuel Cuenca:

“Ocio es todo aquello que las personas realizamos de un modo libre y sin una finalidad utilitaria sino, fundamentalmente, porque disfrutamos con ello. El ocio no es un tiempo, ni unas actividades que se denominan así, sino una acción personal y/o comunitaria que tiene su raíz en la motivación y la voluntad. Se hace realidad de forma personal pero también se manifiesta como fenómeno social.” (*Ocio valioso* 83-84)

Así, el ocio se erige desde la voluntad, la libertad, y los valores no utilitarios. No obstante, pese a que la concepción citada no ubica como un tiempo al ocio, aquí hemos de concebirlo, como ya lo hemos estado haciendo, a modo de uso del tiempo, a partir del cual se reafirma su valor mismo.

Ahora, para matizar la relación entre ocio y tiempo, el mismo Manuel Cuenca nos sugiere que el tiempo solo es de ocio en relación al tiempo mismo disponible para llevar a cabo el ocio: “¿Qué queremos decir al referirnos a «tiempo del ocio»? Lo más común es hacer alusión al tiempo dedicado a las prácticas de ocio, es decir, al tiempo que requiere el ejercicio de un ocio determinado; pero también al tiempo disponible para llevar a cabo ocios diversos” (Tiempo de ocio: *Transformaciones y riesgos en la sociedad apresurada* 15). Así se distingue que el ocio no es del todo entendido como tiempo, sino más bien como experiencia. Sin embargo, esta experiencia ha de formar parte de un tiempo que transcurre. La concepción de ocio que expresa Manuel Cuenca tiene una inclinación que suele predominar en los estudios del ocio actuales, que es la de concebirlo dentro del campo de la experiencia. También existe una propensión en común por concebirlo, ya sea experiencia o tiempo, como un momento para la realización, el disfrute y el desarrollo de las capacidades. A fin de cuentas, esto deja la parte experiencial situada con mayor relevancia. Por consiguiente, en esta investigación hemos de considerar la crítica y la reflexión del valor del ocio actual en cuanto sus dos connotaciones:

- 1.-Experiencial: ligada al desarrollo y formación de una capacidad para la realización.
- 2.-Temporal: ligada al valor, la duración y el sentido.

El ocio, por ser una experiencia cercana a la realización y el desarrollo, con la finalidad de ocuparse de sí mismo, remite a la voluntad. Radica en la acción voluntaria y libre del individuo sobre en qué ha de emplear su tiempo, en qué ha de desarrollarse su capacidad o enfocar su experiencia. Visto así, sobraría decir que se trata de algo valioso, aunque haría falta matizarlo en una acción ética o dirigida a algún bien, de ahí que Manuel Cuenca sugiera determinados valores que identifica como propios de la experiencia de ocio y que fortalecen tanto a esta como a quien la vive. Por ello es importante hablar de un tipo de ocio que prosiga de esa manera. Es posible entonces dar cabida aquí al concepto de Ocio autotélico, el cual es “una experiencia vital, un ámbito de desarrollo humano que, partiendo de determinada actitud ante el objeto de la acción, descansa en tres pilares esenciales: elección libre, fin en sí mismo (autotelismo) y sensación gratificante” (Cuenca M, *Ocio valioso* 85). El concepto en mención tiene una directa relación con el elogio a la improductividad y desprecio por los valores utilitarios destacada en la idea de ocio aristotélica. Además, resalta el valor de la autonomía

y libertad del individuo, el valor de lo gratificante, y lo reparador que puede ser la experiencia de ocio. Ahora que hemos recurrido a hacer alusión a la experiencia de ocio, es conveniente traer a discusión su concepto:

“La experiencia de ocio tiene que ver con su parte vivencial, con la vivencia humana subjetiva, libre, satisfactoria y con un fin en sí misma. Una vivencia que se caracteriza por enmarcarse en un tiempo procesual, estar integrada en valores, vivirse de un modo predominantemente emocional, no justificarse por el deber y estar condicionada por el entorno en que se vive” (Cuenca M, *Ocio valioso* 85).

La experiencia de ocio se constituye en la subjetividad y la libre elección por un fin en sí mismo, enmarcada en un cierto tiempo que transcurre además de promover determinados valores. Por ello, no requiere de justificación alguna ni es condicionada bajo ningún imperativo. Si es un fin en sí misma y no necesita justificación, se trata de un derecho a la vez que una experiencia valiosa circunscrita en una vivencia de connotación positiva, de disfrute y una fuerte carga emotiva. Más que carga, es una re-carga a las emociones. El ocio es valioso siempre que se encuentre subordinado a la virtud, la dignidad, los valores y la edificación. Por el contrario, no puede ser valioso si está subordinado al consumismo y al trabajo alienado, que orilla al ocio a ser un momento residual propenso a la alienación, el vicio y una desconexión nociva de la realidad.

Cuando nos referimos al ocio como experiencia, este es asociado a la vivencia, dado que la experiencia misma implica la vivencia. La experiencia de ocio entonces es un tipo de experiencia orientada a la realización y el desarrollo humanos. Esto lo hemos visto por la preocupación sobre la formación de dicha capacidad de potenciar las posibilidades del ser humano para llevar a la realización lo mejor que hay en él. Eso es lo que distingue a este tipo de ocio como experiencia que puede verse también como un ocio autotélico, pues:

“El ocio autotélico es una importante experiencia vital, un ámbito de desarrollo humano que parte de una actitud positiva e induce a la acción. A todos los demás ocios se les puede denominar de otro modo: negocio, consumo, educación, vicio, ociosidad...” (Cuenca M, *Ocio valioso*, 85)

Es apreciable entonces que el ocio como actitud contemplativa es, en primera instancia, también una capacidad, una experiencia en un determinado espacio de tiempo que invita a la acción y conduce hacia el acto en cuanto al desarrollo de capacidades y además del ejercicio de ciertas virtudes. Todo ello, por medio de la vivencia de un ocio autotélico, es una experiencia integral a la que ha de aspirar toda persona, de ahí que se conciba como un derecho humano, que, aunque en el artículo 24 de la declaración universal de los derechos humanos se encuentre estipulado como tiempo libre, dicho tiempo libre puede ocuparse en la experiencia de ocio, que es condición de posibilidad para una experiencia valiosa. “Para transitar por una experiencia y una vivencia de tal magnitud es necesario tener en cuenta que ésta se conforme de ciertos valores que enaltezcan al ser humano” (Maldonado G. A y Cuenca J. “Espacios de ocio para el desarrollo humano”. *Terra* (8), 634). Lo cual ha de considerarse pauta para un ocio humanista:

El ocio humanista es una experiencia integral y compleja, motivada por la vivencia del ocio autotélico y el reconocimiento del ocio como derecho humano... “El ocio humanista es aquel que defiende ante todo la dignidad de la persona humana. Se reconoce como un ocio positivo, que favorece la mejora de la persona y la comunidad, y se sustenta en los tres valores fundamentales de todo ocio: libertad, satisfacción y gratuidad, sin olvidar tampoco los referentes de identidad, superación y justicia (Cuenca M, *Ocio valioso*, 86).

El concepto de ocio humanista vincula directamente ocio con valores, en particular, bajo un marco ético que se presenta en defensa de la dignidad de la persona. El ocio se sitúa como una experiencia que enaltece la dignidad de la persona, por el hecho de tratarse de una actividad cuyo fin último es la realización propia, lo cual lo hace valioso por sí mismo. Dicho enfoque va orientado a la promoción de valores, del ejercicio de la libertad y el cultivo y desarrollo de las capacidades y virtudes de las personas. De manera que es una experiencia, dentro de un determinado tiempo, que favorece a la persona y la mejora para sí misma y su comunidad. Por tanto, defender un ocio que promueve valores, un ocio humanista, implica defender los valores de la persona, su dignidad y por ende uno de los que es condición de posibilidad del ocio mismo, la libertad.

El ocio actual dominante a nivel global puede ser considerado, de un modo genérico, como un ocio de consumo. Un ocio predominantemente pasivo, en cuanto que unos lo disfrutan y son otros los que lo piensan y lo organizan; un ocio que forma parte de una importante industria cuyo objetivo es el rendimiento económico. Un ocio así no puede ser el referente del ocio humanista. El ocio humanista va en otra dirección. (Cuenca M, *Ocio valioso*, 86-87)

Es importante señalar que Manuel Cuenca encuentra en el ocio de consumo, que es el que es comúnmente confundido con el tiempo libre, la posibilidad de un tipo de ocio pasivo que puede resultar negativo y poco asequible a la realización. Respecto a esto conviene recordar la diferencia entre ocio y tiempo libre, que radica en que el ocio se ejerce dentro del tiempo libre pero no por ello toda actividad que se realiza durante el tiempo libre ha de ser ocio. El ocio conlleva libertad, por su condición de ser una elección, que parte del ejercicio de la voluntad para emplearse en una actividad u otra. Éste punto en que el ocio es condición de posibilidad para la libertad es amenazado por el malentendido ya señalado respecto al tiempo libre del cual deriva el ocio de consumo, que puede desvirtuar el sentido del ocio ligado a los valores e inclinarlo más hacia antivalores y vicios.

El malentendido entre ocio y consumo radica en la concepción que se tiene de ocio, que por lo que ya hemos comentado respecto a tal término, es posible afirmar que vincular lo que es tiempo de ocio con tiempo de consumo es el resultado de una concepción errónea que trae como resultado que nuestro ocio esté mal empleado. Y surge entonces una cuestión que supone un motivo para revalorizar el ocio ¿Por qué se ha desvirtuado el ocio de manera que no es posible hacerlo concordar con nuestra conciencia y caer en cuenta que el tiempo libre debe traernos libertad? Vincular lo entendido tanto por ocio como por tiempo libre, como experiencias que nos proveen de libertad, permite descubrir que pese a las diferencias entre ambos términos: “el ocio es el reino de la libertad” (Baudrillard. *La sociedad de consumo* 188) y, con ello, revalorarlo. Debe entonces distinguirse por la acción libre de nuestra voluntad, es decir, por el ejercicio de nuestra autonomía.

El ocio actual enlazado al consumo dimite la libertad hacia el mero acto de consumo y sus posibles opciones. El ocio del consumo se distingue por ser un modo de generar ganancia: a partir de la actividad del consumo, el tiempo propio para el ocio se vuelve una mercancía. Se

trata de la expansión de la explotación capitalista al uso del tiempo y más aún de la existencia y la vida. “El grado de libertad existente en una sociedad se evalúa también por la medida en que está dispuesta a cultivar cosas que no poseen un valor mercantil” (Weber, *El problema del tiempo libre* 273). La libertad que implica el ocio corresponde a una posibilidad de valor improductivo, no instrumental, resultado de una actividad que no es un medio sino un fin, y en la que el cambio y beneficio son recibidos por el mismo individuo que la lleva a cabo. Por ello también es que el ocio en tanto ejercicio de la libertad, es una experiencia que estimula el vínculo del individuo con sí mismo. La libertad del uso del tiempo que otorga el ocio denota la capacidad de los individuos para hacer algo consigo mismos, a la vez que contribuye a hacer a sí mismo. Es común que se pretenda evitar el aburrimiento a través del entretenimiento, lo cual supone una evasión del aburrimiento mismo. Pero el aburrimiento, en gran medida, incluso posiblemente en su totalidad, implica el soportarse a sí mismo. Soportar el aburrimiento es soportarse a sí mismo. De ahí que el ocio pueda deducirse como una alternativa ante el aburrimiento, dado que el ocio es también disponer de sí mismo, tanto como hacerse a sí mismo. Resulta así que, la experiencia de ocio es una alternativa para soportarse a sí mismo.

El hecho de que haya un ocio alienante, nocivo, o evasivo, es porque, no hay, como decía Aristóteles, capacidad para tener un ocio decoroso. El ocio tiene que ver con esa capacidad de hacerse a sí mismo, de estar con sí mismo, y de ahí se derivan muchos de los beneficios de su actividad. Sin embargo, hay una resistencia al ocio que invita a disponer de sí mismo y estar consigo mismo. En su lugar se opta por un ocio alienante, en el que, el sentido del juego y el entretenimiento se han desvirtuado a la mera evasión y el goce efímero. Más allá de cubrir una función de descanso en sentido mental o físico, están alienando, evadiendo a los individuos se sí mismos y, de desarrollar sus capacidades, entre ellas, la de tener ocio y hacerse a sí mismos.

1.3.2- Distinción entre ocio y tiempo libre

El ocio por el hecho de estar implicado con el uso del tiempo en una actividad no remunerada y con fin en sí misma, se encuentra en una relación indisoluble con el trabajo. Pese a ser entendido como ausencia de ocupación, no se le puede desligar de manera absoluta de ella. En su raíz griega *Skhole*, que significa “estar libre de toda ocupación”, Aristóteles

expone ese inevitable vínculo: “Estamos no ociosos para tener ocio” (*Ética a Nicómaco*, 10. 7 (1177 b), lo que suele interpretarse como “trabajamos para tener ocio”. Dicha interpretación sigue conservando vigencia incluso en la actualidad. Aunque si bien, nuestra idea de ocio dista mucho del ideal clásico, y sus condiciones de posibilidad están más asociadas con el avance tecnológico y organización de las condiciones del trabajo. Por lo cual, de acuerdo con Dumazedier: “El ocio forma parte integrante de la civilización técnica...el ocio es en sí una creación de la civilización industrial” (*Hacia una civilización del ocio* 49). En consecuencia, desde sus inicios hasta nuestros días, el capitalismo industrial no ha cesado en su conquista por el uso del tiempo (Kurz 2014). Lo cual se observa ya en la definición de valor que Marx estipulaba en las mercancías, basado en el tiempo de trabajo.

Dicha conquista por el uso tiempo para el trabajo tenía como fin el incremento de la producción sin contemplar el bienestar de los trabajadores. Estos fueron explotados al extremo de consentir a los patrones jornadas extenuantes de más de la mitad del día en condiciones infrahumanas. La explotación del tiempo de los trabajadores atentaba contra su dignidad como personas. Por tal motivo, surgen las primeras luchas por la reivindicación del derecho al ocio en el siglo XIX. Tales movimientos sociales tenían como primordial exigencia la obtención de tiempo libre de trabajo, como parte de sus derechos. Dicha exigencia implicaba una reducción de su jornada laboral.³¹

“El ocio que vivimos en la actualidad hunde sus raíces en el siglo que le precede. Allí se producen las grandes conquistas sociales relacionadas con el tiempo de no trabajo. Los movimientos sociales y sindicales del siglo XIX, animados por la voz de intelectuales como Paul Lafargue (1880), R.L. Stevenson (1881) u otros posteriores como Bertrand Russell (1935), consiguen hacer realidad, en el último tercio del siglo XX, la reivindicación utópica de un tiempo libre equilibrado, cuantitativamente, con el trabajo y el sueño” (Cuenca M. *El tiempo de ocio: transformaciones y riesgos en la sociedad apresurada* 14).

³¹ Durante esa segunda mitad del siglo XIX las primeras reivindicaciones tuvieron resonancia en los pensadores de la época, principalmente en los anarquistas. Por ejemplo, filósofo cubano-francés Paul Lafargue (1880), en “*El derecho a la pereza*” arremete contra las condiciones de trabajo de su época, en vista de una reivindicación del ocio basada en la reducción de la jornada laboral en virtud de revalorar la importancia del tiempo de ocio. Algunos años más tarde Bertrand Russell (1932) retomaría tal mensaje para darle continuidad y plasmarlo en su “*Elogio a la ociosidad*” (Maldonado Martínez, G. A., y J. E. Mendoza Negrete. «El Sentido Liberador Del Juego a través Del Ocio». *Cuerpo, Cultura Y Movimiento*, 159).

Ambos aspectos, tanto las condiciones mencionadas sobre el ocio y sus primeras reivindicaciones, contribuyeron a la constitución de las condiciones materiales de nuestra época presente. La utopía de un tiempo equilibrado con el trabajo y el sueño se consumió de manera inesperada. No como un tiempo a voluntad del todo, sino más como un tiempo usado en función del trabajo, en lugar de un tiempo para la felicidad o la virtud que suponía el sentido clásico. Lo cual trajo la idea del tiempo libre, ganado en función del trabajo y libre en función de este también. De modo que, tras las reivindicaciones del uso del tiempo libre, éste comenzó a ser concebido como un privilegio de clase, y por lo tanto, un artículo de lujo³². Comúnmente, el ocio es confundido con el tiempo libre. A partir de lo que se ha trazado hasta aquí, es posible apreciar diferencias entre ambos conceptos, al menos considerando de dónde han surgido y cuál ha sido su razón de fin. En ese sentido, se torna necesario aquí recurrir a una distinción entre ocio y tiempo libre. De acuerdo con Sebastián De Grazia en *Tiempo, trabajo y ocio*:

“Todo el mundo puede tener tiempo libre, y no todos pueden tener ocio. El tiempo libre es una idea de la democracia realizable; el ocio no es totalmente realizable, y, por tanto, es un ideal y no sólo una idea. El tiempo libre se refiere a una forma determinada de calcular una determinada clase de tiempo; el ocio es una forma de ser, una condición del hombre, que pocos desean y menos alcanzan” (Sebastián De Grazia XIX).

En *La política* de Aristóteles ya se hacía referencia al ocio como capacidad, la capacidad de tener un ocio decoroso³³. Pese a sus diferencias, ocio y tiempo libre poseen ciertas similitudes. Por ejemplo, el disponer de ellos libre y voluntariamente, o al menos tener esa intención en la mayor medida de lo posible.

El ocio desde sus raíces clásicas ha estado asociado con un estado de liberación de las ocupaciones que impliquen cualquier tipo de obligación. De ahí que se haya entendido también como una forma de contemplación vinculado a la tranquilidad, el sosiego y el

³² “Sí bien el surgimiento de la noción de tiempo libre referida a las masas ha sido ubicado precisamente a fines del siglo XIX el tiempo libre mismo enseguida se interconectó de manera estrecha con la comercialización y el shopping...el shopping se convertía en una actividad típicamente burguesa del tiempo libre, un modo socialmente aprobado de pasar el tiempo, como ir al teatro o visitar un museo” (Sassatelli 2012, 72).

³³ “La naturaleza misma procura no solo el trabajo adecuado sino también estar en capacidad de tener un ocio decoroso, el cual es, para decirlo de nuevo, el principio de todas las cosas” (Aristóteles, *La política* 302).

descanso. “La raíz de *schole* significaba, etimológicamente, parar o cesar; de aquí el tener reposo o paz. Más tarde significó tener tiempo desocupado o, específicamente, tiempo para uno mismo” (De Grazia, *Tiempo, trabajo y ocio* 2). El tener tiempo para sí mismo era ligado a la necesidad de orientarlo adecuadamente, si bien por actividades nobles, debían también de tener un sentido ligado al bien y a la virtud. Sebastián De Grazia, hace algunos comentarios referentes a cuestiones éticas en el sentido en que Aristóteles hace uso del término ocio, así:

“el tiempo desocupado cuando se malgasta, no es ocio. El caso de los helotes, que vivían en espera del día en que pudieran matar a sus amos, revela que el tiempo libre, si está revestido de miedo, no es ocio. La más clara acusación contra Esparta es la que va contra sus mujeres, cuyo tiempo, aunque totalmente libre, se convirtió en libertinaje y no en ocio. Es obvio que el tiempo solo no hace el ocio” (3).

De Grazia extrae con esta idea la definición de Aristóteles en *La política* respecto al ocio, entendido como “liberarse de la necesidad de trabajar”. Aquí es observable que el ocio no es entendido como tiempo. Según lo dice el autor: “En la corta definición de Aristóteles el tiempo no aparece” (3). Sin embargo, más tarde aparece una definición más concertada “El ocio es el estar libre de la necesidad de estar ocupado” (4). Ante esto, Josef Pieper, en su magna obra *El ocio y la vida intelectual*, hace mención desde la concepción aristotélica de dicha particularidad del ocio como “tiempo libre de ocupación”, en estrecha relación con el ideal ya mencionado con antelación de que “trabajamos para tener ocio”. Según Pieper: “La frase traducida literalmente es la siguiente: estamos no ociosos para tener ocio³⁴” (12). Literalmente y aunado a la liberación de la ocupación, la frase parece indicar un estado no más allá de ese estar liberado de ocupación.

Pieper avizora la relevancia de una revaloración del trabajo desde nuestra actualidad para poder acercarnos a una recuperación de la noción de los antiguos griegos, concretamente de Aristóteles. Pero tal revaloración y recuperación chocan con nuestra actualidad de una sociedad totalitaria del trabajo, que nos orilla a una negación del ocio en sentido clásico. De ahí que se produzca el orden inverso de la máxima aquí antes citada de “trabajamos para tener ocio”, que parece mostrar un tiempo con sentido a través de su liberación del trabajo,

³⁴ “Estamos no ociosos para tener ocio” (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 10. 7 (1177 b)). Citado por Pieper. *El ocio y la vida intelectual* (12). En esto hemos de reparar en capítulos posteriores.

más allá de la ocupación y no estar ocupado sino dotado de sentido de liberación. Este es el tiempo que el mismo Aristóteles consideraría necesario para el nacimiento de la virtud y más aún para la educación de los ciudadanos.

Pieper en su propia traducción a la referencia a la concepción de ocio de Aristóteles aclara que: “Estar no ociosos es la palabra que tenían los griegos para designar a la actividad laboral cotidiana” (12). Por lo tanto, el no estar ocioso equivale a no estar en el ocio, que es, no estar en un tiempo liberado que habría de constituir el principio de todas las cosas³⁵.

Así como la mayoría de pensadores, filósofos, pedagogos y sociólogos y demás expertos que han profundizado debidamente en la temática del ocio desde su raíz clásica, De Grazia hace constantes referencias a Aristóteles, que, como ya hemos visto en *La ética y La política* sitúa las más importantes reflexiones hechas sobre el ocio en la filosofía griega. Dichas obras siguen siendo un recurso imprescindible de referenciar para la reflexión en torno al ocio, sin importar la época, su condición como clásicas les hace trastocar la condición humana y seguir atinando en esencia a lo que se entiende por ocio. Es decir, a la felicidad, la vida dichosa, el ejercicio de la virtud y la promoción de valores. Ligada a la cuestión de la formación del ocio en la pregunta que planteaba Aristóteles y que constantemente se le sigue recurriendo de ¿En qué debemos emplear nuestro ocio? Y vaya que mucho de lo que se ha escudriñado hasta ahora nos puede acercar a la respuesta. Por ejemplo, siguiendo de cerca a Aristóteles, De Grazia comenta que:

“El ocio o *scholē* significaba, según Newman, el especialista en Aristóteles, estar ocupado con algo deseable en sí: escuchar buena música y buena poesía, hablar con amigos elegidos por sus méritos, y sobre todo el ejercicio, en soledad o en compañía, de la facultad especulativa” (De Grazia. Tiempo, trabajo y ocio 7).

Vemos entonces que las actividades del ocio implicaban acciones dentro de un orden de consumo de recursos de goce inagotable, como es el ejercicio o expectación del arte, o bien el disfrute del diálogo, la reflexión, o bien la introspección y la actividad del pensar. Con esto es preciso aclarar, que, si bien en la actualidad los recursos para el ocio son mucho

³⁵ “...la naturaleza misma procura no solo el trabajo adecuado, sino también estar en capacidad de tener un ocio decoroso, el cual es, para decirlo de nuevo, el principio de todas las cosas” (Aristoteles, *La política* 302).

más diversos, no por ello precisan de brindarnos del todo un goce inagotable, pues en su mayoría se encuentran vinculados al consumo de mercancías. Aquí lo importante es la capacidad de los individuos para poder tener como decía Aristóteles, “un ocio decoroso”, vinculado en gran medida a la actividad contemplativa o de la mente. Pero, más allá de la noción aristotélica, es importante pensar esa capacidad para tener ocio en conjunto con la capacidad de cada individuo para poder disponer de sí mismos y de su propio tiempo a voluntad. De Grazia nos afirma a su vez que: “Todo esto cabe en la palabra que Aristóteles empleaba para describir las actividades del ocio, específicamente, el cultivo de la mente (*Diagoge*)” (7). De ahí que consideremos el ocio como actividad valiosa. Dado que implica el cultivo de la mente, ligado a la contemplación y la especulación filosófica, que conduce a la felicidad, la realización y el ejercicio de la virtud. En este mismo orden de ideas, el filósofo surcoreano Byung Chul-Han, en su obra *El aroma del tiempo*, reflexiona en torno a la noción aristotélica de ocio desde la cual presenta su concepción propia:

“El ocio como *schola* está más allá del trabajo y la actividad. Es una capacidad especial que debe ser educada. No es una práctica de relajación o de desconexión...remite al pensar como contemplación de la verdad...El ocio no tiene que ver con no hacer nada, sino que más bien lo contrario. No está al servicio de la dispersión sino de la reunión. El demorarse requiere una recolección de sentido” (126).

La noción de ocio que expone Chul-Han sigue la línea aristotélica. Enfatiza el ocio como actividad más allá del trabajo y la actividad en general, entendido bajo la forma de una capacidad contemplativa del pensamiento que bien puede educarse. Asimismo, tal noción tiene tintes reivindicativos en enfatizar que el ocio no tiene que ver con no hacer nada, sino que el ocio implica la acción del pensamiento. A través de la contemplación, el cultivo de la mente conlleva el detenerse, el pausarse ante la actividad y reunir en diálogo lo social y lo individual. Como afirma Chul-Han, “una recolección de sentido”, desde el ejercicio contemplativo del cultivo de la mente y acto de pensar, condición sine qua non de la demora que se busca defender en su texto *El aroma del tiempo*.

Por su parte, Manuel Cuenca, en *Ocio valioso* analiza el valor del ocio en Aristóteles, que nos interesa aquí por remarcar el valor intrínseco y no utilitario del ocio y aludir que: “El

término *Skhole*, hacía referencia a la actividad no utilitaria, a ocupación y estudio con los que el ser humano podía enriquecer y desarrollar su mente de forma más específica” (34-35). De modo que todo ese conjunto configura un sustento para que el estagirita haya ubicado el ocio como principio de todas las cosas y como fin último. “Un ocio que los griegos identificaban con el ejercicio de la facultad especulativa...el ocio del que hablaba Aristóteles se refería a la actividad humana cauce para lograr el fin supremo del ser humano, su realización y el logro de la felicidad que le es propia en cuanto ser dotado de inteligencia y de libertad para forjarse a sí mismo” (35). Y este forjarse así mismo coincide con el ejercicio de libertad y autonomía en el ocio, que es también condición de posibilidad para el desarrollo de la potencia humana, sus posibilidades de ser, y sus capacidades.

Entonces el ocio produce valor, en el sentido humano, por ser tiempo de ejercicio de libertad y tiempo que se orienta hacia el sentido de la realización y la felicidad. El ocio es un tiempo con sentido por ser un fin en sí mismo. En cuanto a ello, De Grazia nos muestra un elemento más de apoyo para ahondar en la comprensión del concepto de ocio. Desarrolla un análisis de la concepción aristotélica en la cual afirma los dos sentidos en que Aristóteles empleó dicho término: “Uno como tiempo disponible, el otro como ausencia de la necesidad de estar ocupado” (*Tiempo, trabajo y ocio* 7). Ambas connotaciones nos interesan aquí porque entenderlo como tiempo disponible lleva a considerarlo un tiempo valioso. Y el verlo bajo la forma del liberarse de estar ocupado o de cualquier condición que conlleve el deber o la obligación, lo sitúa en el campo del ejercicio de la libertad y por consiguiente de la voluntad y la autonomía, lo cual lo hace valioso también.

Otro aspecto dentro de lo entendido por cultivo de la mente, es la contemplación, que lleva también a la felicidad: “La contemplación como ocio, o porque es ocio, trae felicidad. Aristóteles afirma en la *Ética* que la felicidad llega solamente hasta donde llega la contemplación” (9). La contemplación se da en el ocio por la capacidad de ser un tiempo para la libertad, de no estar ocupado, sino de estar disponible para el uso a voluntad. “El hombre en contemplación es libre; no necesita nada; en consecuencia, nada determina o deforma su pensamiento. Hace aquello que le gusta hacer, y lo que hace no tiene otro fin más lejano” (9). La contemplación va de la mano con la libertad y en sí ambas con el ejercicio de la voluntad.

El ocio se presenta como condición de posibilidad. Si hay ocio, hay libertad y voluntad. De ellas surge la contemplación en el ocio mismo. “Si el hombre tiene ocio solamente cuando es libre, el buen estado debe existir para darle ocio” (9). A lo que Aristóteles afirmaba que también el legislador es responsable de instruir en la formación y en el empleo del ocio a los ciudadanos, es responsable de proveerlos de libertad para el ocio. Los griegos pensaban que era lo ideal, pero en nuestra época las condiciones materiales no es posible a causa el afán por el trabajo, la producción y el consumo. A lo que hay que sumar la pauperización y precarización de los modos de vida y los imperativos de sobrevivencia. Los estados no se preocupan ya ni siquiera por dar ocio a los ciudadanos, sino apenas en algunos casos por dar trabajo o las mínimas condiciones de vida digna o menos que eso. Todo esto en la actualidad sigue siendo cuestión de disputa en el desarrollo de las naciones y las condiciones de vida, en donde haría falta señalar, como lo afirma De Grazia “la conexión entre la libertad y el ocio como fines de estado” (9). Lo cual sigue siendo una asignatura pendiente sobre todo en los países latinoamericanos en vías de desarrollo, que actualmente se enfrentan contra la crisis del modelo neoliberal.

La libertad y el ocio, actualmente, más que fines de estado se han constituido como fines del mercado. Incluso más que fines, como meros medios de alienación y consumo, con algunas excepciones marginales. El problema de eso estriba en la confusión sobre la diferencia ya no muy marcada entre ocio y tiempo libre. El consumo difumina la diferencia, aún más acaparando a ambos usos de tiempo. Para esclarecer la diferencia y hacer frente a la confusión ya dicha, es preciso explicar aún más en qué consiste el ocio. Más que abordar sus raíces, hemos de señalar qué es lo que posee ese uso del tiempo; esa experiencia que implica el ocio que pueda argumentarse que es posible dotarla de un valor no mercantil al orientarla a actividades de contenidos no alienantes. Es decir, que habremos de distinguir entre un ocio que edifica al ser humano, que puede ser concebido como experiencia y es valioso por sí mismo (autotélico), y un ocio de consumo, alienante y coludido por el valor mercantil. Lo que nos lleva a distinguir entre un ocio con valor intrínseco, en sí mismo y un ocio con valor instrumental.

1.4.-El ocio de la civilización técnica

Dumazedier asume una postura sobre el ocio, en la que lo considera una “parte integrante de la civilización técnica... una creación de la civilización industrial” (*Hacia una civilización del ocio* 49). Dumazedier deja de lado la concepción clásica del ocio griego y propone que el ocio proviene del progreso de la civilización, es decir, del avance industrial de la técnica aplicada a la producción, al trabajo, y a la extracción y transformación de recursos en bienes y servicios. Así, de una modernidad de imperante vida activa, se obtuvo, como consecuencia, una actualidad con mayor tiempo para el ocio. No obstante, dicho resquicio ganado vino a convertirse en un empleo del tiempo enfocado hacia la alienación en lugar de hacia la felicidad y la realización para sobrellevar una existencia de manera más íntegra. Por tal motivo, su obra “*Hacia una civilización del ocio*” aludía a los retos de repensar el valor del ocio y el ocio como valor, a lo que en sus propias palabras insistía en que:

“El ocio se ha afirmado no solo como una atractiva posibilidad, sino como un valor. Conocemos los estudios sobre el protestante Max Weber sobre los tipos ideales que guiaban a los fundadores del capitalismo: el trabajo justifica el beneficio, y cualquier actividad que sea inútil para la sociedad es una actividad menor. Esta sociología idealista constituía un reflejo parcial de las tesis de Ricardo sobre la necesaria acumulación del capital. Aunque una perspectiva opuesta, Marx tenía la misma idea acerca de la impotencia fundamental del trabajo (el trabajo es la esencia del hombre). El desarrollo del ocio amenaza tanto a los valores de Marx como a los de Ricardo... En 1883, cuando el militante Paul Lafargue escribió su famoso libro *Le droit a la paresse*, el ocio era todavía más o menos asociado a la ociosidad. En la actualidad, el ocio funda una nueva moral de la felicidad, ya que aquel que no aprovecha o no sabe emplear su tiempo libre, es un hombre incompleto, retrasado, o algo enajenado” (22).

Dumazedier hace notar la relación siempre presente entre el ocio y el trabajo y nos señala que las transformaciones de las condiciones de trabajo a partir del progreso de la técnica, trajeron un ocio que no solo ha de volcarse hacia la ociosidad y la vagancia, como la moral del trabajo profesó tanto³⁶. Este tiempo adquirido debía procurar ser orientado a la realización de la persona y su felicidad, persiguiendo así el ideal de reivindicación del valor del ocio. Frente a los ideales del trabajo como realización y esencia del hombre, y como agente dignificante, el ocio salió avante para reivindicarse. Sin embargo, es evidente que la

³⁶ Esto en referencia a la moral protestante, la cual ensalza el trabajo y desprecia al ocio por vincularlo con la ociosidad y la pereza.

tarea no está completa: el ocio sigue siendo desvirtuado y desvalorizado, sobre todo por estar mal conceptualizado desde su vínculo con el consumo.

La reflexión ahora se inclina por distinguir entre el ocio orientado hacia los valores proclives a la virtud a diferencia del ocio alienante que se liga al consumismo y los valores mercantiles. En primera instancia, buscamos profundizar en la contribución de una revaloración del ocio enfocado a la realización humana y el desarrollo de las capacidades para el ejercicio de la virtud. Hay que dar cuenta de que la realización contiene por sí misma una valoración ya implícita de la persona, a la vez que del uso del tiempo mismo. Aquí hemos de recuperar con cierto énfasis algunas ideas de Dumazedier ya comentadas con antelación, pero ahora enfocadas hacia el vínculo del ocio con la realización como parámetro de valor. En consecuencia, esta investigación se posiciona en una adhesión al concepto de ocio de Dumazedier como:

“Ce contenu du temps orienté vers la réalisation de la personne comme fin dernière. Ce temps est octroyé à l’individu par la société lorsque ce dernier s’est acquitté, selon les normes sociales du moment, de ses obligations professionnelles familiales, la régression des obligations socio-spirituelles et la libération des obligations socio-politiques rendent disponible ; l’individu se libère à sa guise de la fatigue en se délassant, de l’ennui en se divertissant, de la spécialisation fonctionnelle en développant de façon intéressée les capacités de son corps ou de son esprit. Ce temps disponible n’est pas le résultat d’une décision d’un individu ; c’est d’abord le résultat d’une évolution de l’économie et la société. Comme nous l’avons dit plus haut, c’est une nouvelle valeur sociale de la personne qui se traduit par un nouveau droit social, le droit pour elle de disposer d’un temps dont la fin est d’abord la satisfaction d’elle-même” (*Sociologie empirique du loisir critique et contre-critique de la civilisation du loisir* 93)³⁷

La perspectiva de Dumazedier sirve a nuestra reflexión por situar el ocio como tiempo para la realización y por fundamentar su valor en ello y en el hecho de que sea un derecho humano. Esto hemos de recuperar de su pensamiento, pues en cuanto a concebir el

³⁷ “Ese contenido de tiempo orientado a la realización de la persona como fin último. Ese tiempo que se otorga al individuo por la sociedad cuando éste cumple sus deberes según las normas sociales del momento de sus obligaciones profesionales y familiares, en disminución de sus obligaciones socio espirituales y la liberación de sus obligaciones sociopolíticas a su disposición; el individuo se libera de la carga de la fatiga y se relaja del aburrimiento y se divierte, en especial en función de su desarrollo de manera desinteresada de las capacidades de su cuerpo y de su espíritu. Ese tiempo disponible no es resultado de una decisión del individuo; es en efecto un resultado de la evolución de la economía y la sociedad. Como nosotros ya hemos dicho anteriormente, es un nuevo valor social de la persona que se traduce en un nuevo derecho social, el derecho de disponer de un tiempo cuya finalidad es la satisfacción de sí mismo” (93). Traducción propia.

ocio en conjunto desde la visión de Aristóteles nos inclinamos por De Grazia, así como en su distinción entre tiempo libre y ocio que aquí rescatamos con fines conceptuales. Aunque el mismo Dumazedier concebía el ocio como resultado de la relación entre el trabajo y la evolución de un sistema económico, así como en relación con una liberación del mismo, también lo definía como un valor social de la persona que se traducía en el derecho a la satisfacción de sí mismo. Las ideas de Dumazedier provenían de una visión influenciada por el progreso técnico. Consideraba el ocio como resultado del avance de la ciencia y la técnica en gran parte impulsados por el sistema económico capitalista, que da lugar también al tiempo libre³⁸ a través de la división del trabajo y su división social del tiempo. Para Dumazedier el ocio no podía entenderse a la manera de los griegos, ni de manera igual en cualquier época o civilización, eso era más bien lo que él reclamaba como idea de De Grazia. Por tal motivo, Dumazedier liga el progreso técnico con el ocio: “El ocio forma parte integrante de la civilización técnica...el ocio es en sí una creación de la civilización industrial” (*Hacia una civilización del ocio* 49), y ubica la primera reivindicación social del ocio en la reducción de las jornadas de trabajo: “El ocio no podía desarrollarse mientras fuese tan larga la jornada de trabajo. La primera reivindicación tenía que afectar a la reducción del horario de trabajo” (52). Por eso lo conceptuaba como un resultado del progreso técnico por parte de un sistema económico basado en la producción y por otro lado como un resultado social, en tanto derecho humano, conseguido por las luchas de los trabajadores en aras de la reducción de su jornada laboral.

Ahora, volviendo a las ideas en torno al valor del ocio, hemos visto que, el mismo Dumazedier entiende el ocio como un valor basado en la facultad del aprovechamiento del tiempo, es decir, en el modo en que se emplea, con una orientación en vistas de la realización y la felicidad. Enfoca el ocio en una experiencia de tiempo que hace a los individuos llevar una vida más auténtica, de modo que quienes no emplean bien su ocio corren el riesgo de vivir incompletos y alienados.

Más allá del paralelismo entre ésta concepción de ocio y la de Aristóteles en *La política*, y más allá del hecho de que Dumazedier considerara que el ocio no había existido

³⁸ En la obra de Dumazedier se usan ocio y tiempo libre entendidos casi por igual, a diferencia de De Grazia que marca la distinción que ya se ha citado aquí con antelación. A pesar de eso, en esta investigación hemos de ceñirnos por cuestiones de claridad a la distinción conceptual que ya fue señalada al inicio de éste capítulo.

(al menos como lo conocemos) en todas las época y civilizaciones³⁹, nuestra atención se centrará en la noción del ocio como fin último y en su vínculo con la realización. Esta postura propone que el valor del ocio queda ubicado en la persona. Si el ocio es tiempo para la realización de la persona y es un fin en sí mismo, posee un valor intrínseco y vinculado al desarrollo de las capacidades y potencialidades de la persona.

Y en cuanto entender el valor, o lo valioso de determinadas prácticas de ocio: “se entenderá como el conjunto de prácticas sociales a las que se les reconoce un valor por sí mismas y no como medio para conseguir un fin externo” (Cuenca Amigo, *Claves de la existencia. El sentido plural de la vida humana*. “La existencia valiosa”, 449). Aplicamos dicho criterio a comprender lo valioso en la práctica de ocio, dado que es, como ya se ha dicho, un fin en sí mismo, sin pretender ser un medio para otra cosa, de ahí también su valor en el mismo sentido. Entender el valor de una actividad como fin en sí misma y no como medio, la deja fuera de cualquier criterio de utilidad. Dicho aspecto resulta esencial para entender el valor del ocio, el cual, queda fuera de los criterios de utilidad. Por eso se le ha distinguido aquí del ocio del consumo, el cual sí es valorado en criterios de utilidad de las mercancías.

El ocio que promueve valores de la persona y está orientado hacia el desarrollo de las capacidades humanas concierne a un criterio de valor más allá de lo útil y lo instrumental, que por ende ha de pretender la trascendencia, la edificación, la búsqueda o construcción de un sentido en sí. Por eso es imprescindible ante el avance de las tecnologías que nos han podido proveer de más tiempo para disponer del ocio repensar que:

Si van a aumentar nuestras horas de ocio, en un futuro automatizado el problema no consiste en cómo podrían los hombres consumir todas estas unidades de tiempo libre adicionales», sino «qué capacidad para la experiencia tendrán estos hombres con este tiempo no normatizado para vivir». Si conservamos una valoración puritana del tiempo, una valoración de mercancía, entonces se convierte en cuestión de cómo hacer ese tiempo útil o cómo explotarlo para las industrias del ocio. Pero si la idea de finalidad es el uso del tiempo, se hace menos compulsiva, los hombres tendrán que reaprender algunas de las artes de vivir perdidas con la revolución industrial: cómo llenar los intersticios de sus días con relaciones personales y sociales más ricas, más

³⁹ Algunos consideran que el ocio ha existido en todos los periodos, en todas las civilizaciones. Ese no es nuestro punto de vista. Esa es la tesis de De Grazia. Orig. Certains considèrent que le loisir existait á toutes les périodes, dans toutes les civilisations. Ce n'est pas notre point de vue. C'est la thèse de De Grazia. (Dumazedier, *Sociologie empirique du loisir* 23)

tranquilas; cómo romper otra vez las barreras entre trabajo y vida (Thompson. *Tradición, revuelta y conciencia de clase* 291)

Ante la idea expuesta, se hace imprescindible buscar la capacidad de apreciar el valor de disponer del tiempo para nosotros mismos, que sea regido, normatizado a nuestra voluntad. Y eso nos conduce a preguntarnos ¿Qué es aquello que buscamos en el ocio, más allá de la evasión paliativa de la distracción del entretenimiento, no es acaso un hacerse a sí mismo lo que está de fondo? ¿Un tiempo para nosotros mismos no habría de edificarnos, reorientarnos, emanciparnos y realizarnos más que alienarnos o distraernos? El ocio, más allá de percibirlo como un tiempo libre, que es libre solo en función del trabajo, hemos de considerarlo como un tiempo propio usado a voluntad para la libertad, la preservación de nuestra dignidad, el descanso a través del juego y la recreación, la diversión, y el desarrollo de nuestras capacidades. Lo que coincide con las funciones del ocio planteadas por Dumazedier (1964): descanso, diversión y desarrollo. Solo a los seres humanos les surge la necesidad de hacerse a sí mismos, de encontrarse, conocerse y saber quiénes son, para ello es imprescindible un tiempo para sí mismos, el disponer de nosotros mismos a través del ocio. Tal necesidad requiere cubrirse dado que: “La tensión, que se acrecienta con la racionalización y tecnificación del trabajo, además de acrecentar la fatiga, plantea paralelamente una mayor necesidad de diversión y tiempo privado, un tiempo para sí” (Cuenca M, *Ocio humanista*. 286). Durante el trabajo se nos expropia nuestro tiempo. Lo vendemos para obtener una ganancia con la cual subsistir. El tiempo que nos resta ha de ser incluso más valioso por ser un tiempo destinado no al imperativo de la obligación y la necesidad de la subsistencia y manutención, sino de nuestra realización.

Por ello, encausar toda concepción y valor de ocio hacia el consumo, viene de la mano con una tendencia reduccionista de limitar la noción de ocio como mero entretenimiento y diversión. Una visión de tan ligera magnitud resta valor al ocio por limitarlo a la diversión y el consumo, y ante ella puede fácilmente sobrevenir un consumismo fetichista a través del ocio como entretenimiento, que puede vincularse también a un ocio alienante con tendencia a actividades viciosas y autodestructivas. “Las diversiones actuales enajenan, y esto es precisamente lo que se pide de ellas” (López Aranguren. *Ética de la felicidad y otros lenguajes* 52-53. Citado por Cuenca. *Ocio valioso* 62-63). Vemos entonces con claridad la desvalorización del ocio cuando se le ubica como contenedor de diversiones alienantes que

implican una consecuencia más de la relación entre ocio y consumo.⁴⁰ Existe además una inclinación de vincular ocio y juego, derivada del afán por la diversión, por llegar a ser vistos bajo la forma del descanso o la recreación. Sin embargo, esto es una confusión común entre tales términos. El descanso, siempre necesario para el trabajo, se da como mera reposición de fuerzas, ya sea física o mentalmente. Y es por eso que tiene mayor cercanía con el juego, que suele darse en forma de descanso.

Finalmente, una de las consecuencias de un ocio que es producto del desarrollo técnico y de la división del trabajo y el tiempo, ha sido la mercantilización. Todo el auge industrial de finales del siglo XIX, dio lugar a un aumento del tiempo para el ocio mismo y trajo consigo el desenvolvimiento de una industria del ocio y el entretenimiento que se vio reflejado en el surgimiento de la sociedad de consumo durante el siglo XX. Todo éste proceso constituyó en gran medida la mercantilización del ocio, estimulada por el consumo. Por lo tanto, tras la crisis del ocio en la modernidad el ocio se mercantiliza. Sin embargo, esto resultado ciertamente paradójico, pues al mismo tiempo el ocio se convierte en una vía de afirmación de la individualidad y una actividad para hacerse a sí mismo. Aunque pese a todo ello, la vía por la cual los individuos se reafirman en el ocio actual difícilmente se desliga de su mercantilización.⁴¹ En la actualidad el ocio y el juego son coludidos por la mercantilización en un afán generalizado por el entretenimiento, que podría también interpretarse en un miedo o incapacidad para el aburrimiento. La sociedad de consumo vicia la posibilidad de aporte de los juegos al enfocarlos a la mera producción de valor de cambio. Esto ha afectado mucho al ocio en tanto que lo ha degradado a ser visto como un tiempo residual de mera diversión con una connotación que puede ser peyorativa y nociva.

Se ha visto en éste recorrido que el ocio ha comportado distintos matices en distintas épocas y su reivindicación no es una tarea terminada. Además, su reivindicación es aquí fundamentada por la exaltación de su valor orientado hacia la realización y el ejercicio de la virtud, esto por medio de un tipo de ocio que edifique al ser humano. En otras palabras, se opta aquí por la defensa de un ocio que sirva como aliciente para la realización y

⁴⁰ “El problema surge cuando la diversión, como única referencia de ocio, se transforma en medio de manipulación y enajenación” (Cuenca M. *Ocio valioso*, 63).

⁴¹ Sobre éste aspecto paradójico del ocio volveremos a hacer énfasis en el cuarto capítulo de esta investigación.

emancipación y haga frente a la alienación. Pero para concretar más la necesidad de todo esto, es preciso reflexionar sobre el origen de la desvalorización y revaloración del ocio, así como de su mercantilización que propaga la alienación y amenaza a los valores que el ocio promueve. Esa valoración que contribuye al detrimento del valor del ocio en la primicia por la utilidad es el valor de las mercancías. Para ahondar en dicho régimen de valorización. Ocio y trabajo, como ya hemos dicho, se han relacionado en todas las épocas. Y es la división del trabajo y el valor de las mercancías lo que ha traído la desvalorización del uso del tiempo de ocio. Este ha dado el valor de las mercancías al tiempo, supliendo el valor de toda experiencia. Por ello conviene recordar el concepto de valor de Marx, que es relativo a las mercancías, y se basa en el tiempo de trabajo que se gasta en producirlas.

Para elaborar una crítica a un ocio alienante que es promovido por la mercantilización del ocio a través del consumo, es necesario ahondar en ambos procesos. Por un lado, en el de mercantilización, que en este caso se refiere a la mercantilización del uso del tiempo que emana de la concepción del mismo como productor de valor de las mercancías (la cual hemos analizado ya desde la óptica de Marx en el caso del trabajo). Por el otro, ahora es preciso analizarlo desde la mercancía. Así, partiremos de la categoría de mercancía para mirar en torno a ella el vínculo que establece con el ocio, desde la alienación, el fetiche y la producción de valor. Además, es debido reflexionar sobre las consecuencias del consumo, del ocio de consumo, y su aspecto alienante de mero goce y entretenimiento.

CAPÍTULO 2: La mercantilización del ocio a través del consumo: cambio de paradigma

La sociedad burguesa está atacada por una monomanía: la de la contabilidad. Para ella, nada tiene otro valor que el que se le pueda cifrar en francos y en centavos. Simone Weil. *La condición obrera*, 143.

Introducción.

En este apartado se pretende plantear una crítica a la mercantilización del valor del ocio a través del consumo de mercancías. Para ello será necesario incursionar en la obra de Marx, en particular en lo relativo a las categorías de valor, valor de cambio y valor de uso, así como de mercancía y fetichismo de la mercancía. Todo ello con el fin de analizar la repercusión de las categorías con las que funciona el capitalismo en la esfera del ocio, y enfatizar en cómo el uso del tiempo se configuró como un valor de cambio, lo cual afectó de manera significativa el valor del ocio.

Será necesario también abordar el cambio de paradigma que presentó el ocio en su inserción al consumo, mismo que derivó en una industria del ocio y el entretenimiento. Con la intención de profundizar en ello indagaré en las repercusiones del avance de la técnica en las condiciones de trabajo respecto a la experiencia y división social del tiempo de los trabajadores.

Por último, me inclinaré en una puesta en cuestión del valor del ocio en la sociedad de consumo. Esto, en sentido de crítica a una sociedad con signos de aburrimiento profundo, estimulada por el imperativo de evitar a toda costa el aburrimiento mismo. Todo ello por medio de la industria y el consumo que logran valerse de cuanto medio le es posible para el entretenimiento y el juego, los cuales, terminan siendo las actividades más comúnmente empleadas durante el ocio. Por tanto, en lo que a éste capítulo respecta, centraré el análisis crítico de la mercantilización del valor del ocio en tres momentos: el cambio de paradigma

del ocio, la mercantilización como detrimento del valor del ocio, y la desvalorización del ocio.

2.1.-Detrimento y mercantilización del ocio en la monetarización de su valor; o de porque el ocio no debe tener un valor reducido a lo monetario.

Para argumentar en torno a una crítica de la mercantilización del ocio y por qué se considera que tal conversión provoca un detrimento en su valor, es necesario primeramente ahondar en el concepto de mercancía. En su título *El Capital*, Marx define a la mercancía como un “objeto que en lugar de ser consumido por el que lo produce se deslinda al cambio, a ser vendido” (Marx Karl, *El Capital*, 33). Para ser vendido el objeto-mercancía requiere de una oferta para su cambio, ser dotado tanto de valor de uso como de valor cambio, a fin de lograr satisfacer alguna necesidad. Como se ha dicho ya en el capítulo anterior, para Marx las mercancías obtienen un valor determinado en gran medida por la fuerza de trabajo, que refiere al tiempo empleado en haberlas producido. Pero las mercancías también contienen un valor indirecto en tanto logran cubrir una necesidad, lo cual viene a ser la finalidad de su consumo. En este sentido, la mercancía satisface una necesidad en tanto a su valor de uso:

Marx define la mercancía como valor de uso del siguiente modo: «La mercancía es (...) una cosa apta para satisfacer necesidades humanas, de cualquier clase que ellas sean. A este respecto es irrelevante el hecho de que se trate de necesidades del estómago o de la fantasía. La satisfacción de la necesidad constituye la *conditio sine qua non* para cualquier mercancía. (Heller. *Teoría de las necesidades en Marx*, 21).

La mercancía misma pueda presentarse en cualquier objeto que pueda cubrir una necesidad, en la forma de un útil producido por determinadas fuerzas de trabajo que se transforman asimismo en mercancía empleada en la producción. Dicha situación da lugar a que, en la actualidad, cualquier objeto adquiere valor en tanto su capacidad de ser una mercancía, y esto también sucede en el conocimiento y las habilidades humanas, como el saber y el saber hacer. La mercantilización supone la expansión de los caracteres de la mercancía a cualquier objeto, sujeto, espacio o tiempo, esto es, a casi cualquier aspecto de la realidad que sea alcanzada por la acumulación de capital.

Por tanto, la mercancía posee una dimensión que abarca tanto lo individual como lo social, de modo que puede impregnar el uso del tiempo libre y el del ocio, tal como lo hace con el del trabajo. Este carácter social de la mercancía en palabras de Marx supone que: “La mercancía, antes producto *individual* de un artesano independiente que hacía cosas muy diversas, se convierte ahora en el producto *social* de una asociación de artesanos, cada uno de los cuales ejecuta constantemente sólo una operación, siempre la misma” (Marx, *El capital*, 411). A pesar de que en éste fragmento Marx parece apelar al carácter social de la mercancía. La esfera del consumo está plagada de esa dimensión social de la mercancía, que es donde más se encuentra el vínculo entre necesidad y valor.

Para Marx todo puede convertirse en mercancía, tanto el trabajador y lo que produce pueden ser valorados en ese sentido, pero esto no es lo negativo en Marx, es decir, que sean mercancía, sino el valor que se les da a las mercancías. Marx crítica la disminución del valor del trabajador en tanto que produce más riqueza. De esta manera, mientras se le otorga más valor a la mercancía que produce el trabajador, éste es menos valorado.

Entonces, ¿qué es lo que da valor a la mercancía? Hemos hablado anteriormente sobre el tiempo que se emplea en producirla, pero es importante señalar qué es y en qué consiste ese valor. Ese valor da lugar a un cambio en el sentido de la transacción, de la producción y el consumo, ya que se trata de un tipo de valor que se ha insertado de forma global al igual que la mercancía, de manera que la proliferación de que cualquier objeto adquiriera un valor de cambio es también parte de la mercantilización actual. A este respecto es necesario mirar la estrecha relación entre la mercancía y el valor de cambio, valor definido por Marx como: “La proporción variable en que las mercancías de especie diferente se cambian entre sí.” (Marx, *Los manuscritos económicos y filosóficos*, 34). Aquí el concepto de “valor” es visto como una categoría teórica expresada en una relación social de producción. Dicha relación tan estrecha es importante de recalcar porque la capacidad de valor de cambio en una mercancía, la dota de utilidad, y por tanto la convierte en un objeto de consumo más rentable por la practicidad e inmediatez de la aplicación del uso al que esté destinado.

Vemos que este afán por la utilidad es una característica de la mercantilización y que es un elemento que ha prevalecido al momento de cuestionar el valor de un objeto, por el hecho de

relacionar el valor con la utilidad. Tomar de manera unívoca a la utilidad como criterio en los juicios de valor, es decir, en el solo regirse por el valor instrumental, trae consigo un problema entre las dos categorías de valor planteadas por Marx. Es decir que, el valor de cambio se anteponga al valor de uso.⁴² Pese a que ambas categorías de valor tienen una relación correlativa, cualquier mercancía debe poseer ambos valores no solo uno u otro.

No obstante, la relación entre ambas categorías de valor puede ser resumida en que: “No existe ningún valor (valor de cambio) sin valor de uso (satisfacción de necesidades), pero pueden existir valores de uso (bienes), sin valor (valor de cambio), si bien satisfacen necesidades (según su definición)” (Heller. *Teoría de las necesidades en Marx*, 21). Aquí al ver la relación entre ambas categorías de valor de la mercancía también en la forma de bienes y satisfactores de necesidades, es posible volver la mirada al valor que contribuye inicialmente a producirlas. Una vez más nos referimos al tiempo de trabajo que se empleó en producir las mercancías, pues tal tiempo como productor de valor será el elemento que determine el valor de cambio y el valor de uso de la mercancía misma. Y en gran medida el valor de uso será el que esté más relacionado con el tiempo empleado en la producción de valor como tal:

El valor de uso es por lo tanto la cualidad⁴³; es la vida del cuerpo, de la experiencia existencial o fenomenológica, del consumo de productos físicos, pero también la propia textura del trabajo físico y el tiempo físico (ya no es, entonces, en modo alguno, el tiempo de trabajo la medida de la riqueza” exclama Marx en los *Grundrisse*, sino el *disposable time*⁴⁴ (Jameson. *Representar el capital I* 33).

Es pertinente señalar que el mismo Marx afirme que el tiempo libre es la medida de la riqueza, aunque sea relativo al hecho de que quien compra el tiempo de trabajo gana tiempo para sí

⁴² Henri Lefebvre plantea un ejemplo de esta relación entre las categorías de valor respecto a la producción del espacio dentro del capitalismo. Dicha relación provoca la gentrificación y elevación del valor de renta de determinadas áreas urbanas, exaltando su valor de cambio sobre su valor de uso como espacio, que resulta en muchos casos que su acceso se vea limitado a ciertas clases sociales.

⁴³ Ante la relación de la cualidad con el tiempo, Jameson agrega que: “La cualidad es en sí misma tiempo humano, ya sea en el trabajo en la vida fuera del trabajo: he aquí la profunda constante existencial subyacente a esa cepa utópica del marxismo que vislumbra la transformación del trabajo en actividad estética”. (Jameson. *Representar el capital I*, 33).

⁴⁴ Marx se refiere a dicho término en inglés como “tiempo de no trabajo” o “tiempo libre”.

mismo, que es el sentido de la afirmación de Marx. Pero hay también en ella una intención por la búsqueda de mayor tiempo libre para los trabajadores, es decir, por una distribución más equitativa de la riqueza no solo tangible y de valor mercantil sino del tiempo del que cada uno debe tener derecho para sí mismo, y para que nuestro propio desarrollo no esté solo sujeto al trabajo. De ahí que el ocio sea comúnmente visto en relación al trabajo como complemento suyo y en muchos casos empleado para mejorar las habilidades requeridas para el trabajo o bien en reproducir sus esquemas de la producción en el consumo.⁴⁵

El valor de uso y el valor de cambio conllevan una oscilación interesante al momento de dar un juicio de valor respecto a las mercancías, también señalada por Jameson:

Vale la pena destacar aquí el hecho de que la palabra “valor”, tomada aisladamente tiende a significar “valor de cambio”. Es como si la propia idea de valor solo llegara al mundo cuando tenemos que elegir entre los dos sentidos antiéticos de uso y cambio; si esa alternativa aún no existiera o hubiera dejado de existir, quizás el concepto de valor propiamente dicho desaparecería con ella.) Entre tanto, si el uso nos lleva en dirección a la cualidad definida como el tiempo humano y lo existencial, el cambio nos conduce hacia las abstracciones en las matemáticas y en particular de la ecuación propiamente dicha (*Representar el capital* 34-35).⁴⁶

De lo anterior podemos inferir el motivo por el cual se suele anteponer el valor de cambio al valor de uso. El primero corresponde más a la utilidad en cuanto a las cualidades de la mercancía, y lo que fue necesario para producirla, por ejemplo, la fuerza de trabajo, el tiempo de trabajo y el recurso natural y humano de por medio. Esto es, con todo y su sentido utilitario una posición valorativa del tiempo en la ejecución del recurso humano sobre la naturaleza y la sociedad misma, y por otra parte el valor de cambio como la cuantificación de todo ello en tanto su posibilidad de generar ganancia y plusvalía con su producción e intercambio.

⁴⁵ Esta idea puede ser también una posible respuesta a la alta demanda en adquirir conocimientos técnicos y tenerlos en mayor estima por útiles, sobre los conocimientos que implican valores no tangibles ni utilitarios sino valiosos por sí mismos, como la cultura, el pensamiento y las artes.

⁴⁶ El valor de uso es relativo a las cualidades o propiedades cualitativas de la mercancía y el valor de cambio a sus propiedades cuantitativas.

En suma, se afirma aquí que el detrimento en el valor del ocio causado por la mercantilización radica en el juicio de valor instrumental que impera en ella. Entender el valor del ocio desde las categorías de valor de la mercancía es un error en el que se ha incurrido desde la segunda mitad del siglo XX hasta nuestros días. Baudrillard señala que: “El ocio no es pues, como se supone, una función del goce del tiempo libre, de la satisfacción y del reposo funcional, sino que se define como el consumo de tiempo improductivo” (*La sociedad de consumo* 196). El ocio va más allá del consumo y queda planteado fuera de lo productivo y lo útil, dado que no tiene razón de serlo, sino que aspira a un valor de naturaleza distinta al valor mercantil. El ocio que edifica va más allá del consumo, y suele abstenerse de él, incluso a través del consumo mismo sin que sea éste su fin o parámetro de valor. De esa manera, logra perpetuarse como ese tiempo que se extrae de la utilidad mercantil.

El ocio contiene “abundancia ligada a fines no utilitarios, una verdadera riqueza” (Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, 70). Concebir el ocio como verdadera riqueza es también entenderlo como un tiempo fuera del aprovechamiento de la mercantilización que conlleva el mundo totalizador y utilitario del trabajo y su afán por el rendimiento. Es comprender también el valor en una dimensión que trasciende lo útil en miras de un valor no producido ni instrumentalizado como medio sino configurado como un fin. El ocio es valioso como fin en sí mismo y está en el quehacer y el hacerse a sí mismo de todos los seres humanos y lo que los distingue en sus particularidades, gustos y capacidades para su realización, como se da en el ámbito de la cultura. Puesto que: “el ámbito del ocio es, el ámbito de la cultura propiamente dicha, en cuanto que esta palabra indica lo que excede lo puramente utilitario” (73). Podemos agregar que el ocio entraña un tipo de experiencia más cercana no a valores económicos sino a valores estéticos y espirituales, esto es a un valor cultural. Dado que la cultural emana del ocio, son elementos del mismo ámbito. Tanto el ocio como la cultura contienen un valor que provee condiciones para posibilitar el desarrollo y realización del ser humano.

Ahora bien, hemos mencionado que el ocio se ha visto afectado por el consumo de mercancías en tanto al valor que se le da. Como ya se ha dicho el valor de las mercancías depende del tiempo de trabajo que se usa en producirlas. Pero también éstas obtienen valor en tanto cumplen su objetivo que es satisfacer una necesidad. En ello encontramos el punto

que vincula mercancía y trabajo con ocio. Pues se trabaja para lograr cubrir necesidades a través del consumo de mercancías. En tanto, el ocio se nos presenta también como necesidad tras el trabajo, más que como complemento, como retribución y momento de recreación, realización y desarrollo. Lo cual consideramos necesario para el ser humano, que a diferencia de los animales tiene necesidad de tiempo para sí mismo, es decir, necesidad de ocio. Entonces si el ocio es necesario, ¿Cómo hemos de distinguirlo de las necesidades que las mercancías promueven, crean y pretenden cubrir? Esto aun cuando se ha afirmado aquí que el valor del ocio se ve amenazado por el valor de las mercancías dado que tienen un valor y un sentido distinto.⁴⁷

La necesidad en sí está directamente relacionada con la alienación y la creación de necesidades para el consumo de mercancías. La necesidad por si misma se suscribe a la actividad de la producción, a través del trabajo, y a la del consumo, a través de la satisfacción de necesidades materiales en el consumo de las mercancías. No obstante, de cara a tal paradigma de las necesidades y su propensión a volverse necesidades alienadas, es preciso recordar las necesidades no materiales, es decir, las que no son un medio para satisfacer un fin, las que no implican una producción un bien material como tal. Sino más bien las que transforman al sujeto, al agente de la actividad para su propia mejora, a saber, su realización y desarrollo libre.

Para poder analizar las categorías económicas del capitalismo como categorías de necesidades alienadas (¿no son acaso fenómenos de alienación la necesidad de valoración del capital, el sistema de necesidades impuesto por la división del trabajo, la sucesiva aparición de las necesidades en el mercado, la limitación de las necesidades del trabajador a los «medios necesarios para la vida» o la manipulación de las necesidades?), debe instituirse la categoría positiva de valor de «sistema de necesidades no alienadas», cuya completa expansión y realización queda situada por nosotros en un futuro en el cual la economía estará también subordinada a ese sistema de necesidades «humano» (Heller, *Teoría de las necesidades en Marx*, 26).

⁴⁷ En este aspecto en torno al valor del ocio como fin en sí mismo, en contraste con el valor instrumental de las mercancías dedicaremos el siguiente capítulo, por lo cual ahora no ahondaremos en ello.

Dentro de las necesidades no alienadas encontramos el ocio. La necesidad por un ocio no alienante y que contribuya a la realización y el desarrollo de las capacidades del individuo, es una necesidad de un orden superior a las necesidades materiales. Esto no quiere decir que deba ser antepuesta a las demás necesidades. Sin embargo, es preciso remarcar su carácter de imprescindible.

Respecto a la relación de las necesidades materiales con otro tipo de necesidades, Agnes Heller afirma que: “La satisfacción de la necesidad material no constituye sólo la condición primera de la vida fundamental del hombre, el refinamiento de esas necesidades es asimismo un signo del «enriquecimiento» del hombre; sin embargo, también puede objetivarse una «necesidad espiritual»” (28). La finalidad de plantear una necesidad espiritual como enriquecimiento del sujeto en un sentido no material, contribuye a la noción que pretendemos abordar sobre la crítica a los juicios de valor instrumental en lo relativo al valor del ocio. El ocio como necesidad espiritual se distingue como una actividad sin fines de lucro utilitario ni valoraciones mercantiles. De manera que el ocio es también una necesidad no alienante.

En la discusión sobre las necesidades no alienantes no podemos dejar fuera la influencia del binomio trabajo-ocio. Es decir, no podemos dejar de cuestionar qué tipo de trabajo puede imposibilitar el ocio como tiempo para la realización del individuo. El trabajo resulta en una actividad que es un medio para un fin externo al individuo, al contrario del ocio que es una actividad libre con un fin en sí mismo donde no hay producción como tal, sino que el agente de cambio es la persona misma: “los hombres participan de los bienes conforme a sus necesidades, y no se convierten en primarias las necesidades dirigidas a bienes materiales, sino las dirigidas a las «actividades superiores», particularmente las dirigidas a los otros hombres entendidos no como medio sino como fin” (26). La cuestión de medios y fines lleva implícito el problema del valor. En ese sentido el trabajo como medio, aunque es valioso como tal, lo es más para un fin externo al individuo, en tanto que el ocio no conlleva más el fin en sí mismo, en tanto el fin es el individuo mismo.

El problema no estriba solo en anteponer los medios a los fines, sino más bien en matizar el sentido de ambos para dar lugar a una valoración de las actividades que los representan. Por ello es complejo denostar el trabajo como medio, y aunque no sea nuestra intención es preciso resaltar el por qué existe una inclinación utilitaria de los medios sobre los fines. Tal inclinación posee el riesgo latente de polarizarse a un extremo con tintes utilitaristas que

restan al individuo su valor como fin y lo posiciona solo como medio. De ahí la tendencia a la cosificación y las valoraciones instrumentales en sentido mercantil. Es necesario reparar en que el individuo es el agente de su propia actividad. Sea en el trabajo o sea en el ocio, en ambas le es posible realizarse. No obstante, las condiciones de posibilidad para la realización bajo determinadas condiciones han de evitar el extremo reduccionista y unívoco del criterio de utilitarista para los juicios de valor. Entonces el trabajo como medio no queda fuera de la contribución hacia los fines, es decir, los medios no están aislados de los fines. Pues, el trabajo como medio en relación a un fin contiene por sí mismo la necesidad y la exigencia de la eficacia, lo cual afirma Veblen, en su *Teoría de la clase ociosa*, en el siguiente fragmento:

Por necesidad selectiva el hombre es un agente. Es, a su propio juicio, un centro que desarrolla una actividad impulsora -actividad "teleológica"-. Es un agente que busca en cada acto la realización de algún fin concreto, objetivo e impersonal. Por el hecho de ser tal agente tiene gusto por el trabajo eficaz y disgusto por el esfuerzo fútil. Tiene un sentido de mérito de la utilidad (service ability) o eficiencia y el demérito de lo fútil, el despilfarro y la incapacidad. Se puede denominar a este acto o propensión "instinto del trabajo eficaz"(Instinct of workmanship) (Veblen, *Teoría de la clase ociosa* 23).

De ese instinto del trabajo eficaz se han alimentado el culto al trabajo y el criterio de valor instrumental en sentido mercantil. El afán por la producción y la ganancia es un ejemplo de los estragos de la exacerbación de dicho instinto. El afán por la productividad y la eficacia han estimulado la tendencia por un uso productivo del tiempo, que en sentido utilitario se impone ante el ocio y lo desvaloriza. El trabajo como medio en cuanto tal persigue precisamente la eficacia en su esencia. La eficacia no está dentro de los parámetros de juicio de valor del ocio, pese a que podría pensarse en sentido de contribución a la sociedad por la necesidad espiritual en el tiempo para sí mismo, a través de la recreación y el desarrollo.

Pero en el trabajo, el hombre puede encontrar también desarrollo de sus capacidades. El problema es cuando ese desarrollo queda reducido solamente a dicha actividad. Es entonces cuando el trabajo se considera alienante. En sus *Manuscritos de Economía y Filosofía*, Marx se posiciona de manera crítica respecto a que la capacidad de desarrollarse de los trabajadores

queda reducida al trabajo, el cual ni siquiera le pertenece, sino que, al contrario, le es extraño dado que, no es dueño de los medios de producción.

Mediante el trabajo enajenado no solo produce el hombre su relación con el objeto y con el acto de la propia producción como son poderes que le son extraños y hostiles, sino también la relación en la que los otros hombres se encuentran con su producto, y la relación en la que él está con estos otros hombres. De la misma manera que hace de su propia producción su desrealización, su castigo; de su propio producto, su pérdida, un producto que no le pertenece, y así también crea el dominio de quién no produce sobre la producción y el producto. Al enajenarse de su propia actividad posesiona al extraño de la actividad que no le es propia (115).

Por lo tanto, es evidente que el ocio, al contrario del trabajo enajenado⁴⁸, es condición de posibilidad para el ejercicio de la virtud y el desarrollo de los individuos. El trabajo enajena al obrero por la relación de extrañeza con el producto, producido por él, pero sin serle propio. Tal proceso reduce todo el desarrollo de sus fuerzas a un trabajo donde ha de producir algo que no le incumbe. Por otra parte, el ocio, se centra en la realización del individuo, en donde además es dueño de su propio tiempo al contrario que en el trabajo. La crítica del valor que Marx elabora, radica en que se da menos valor al trabajo por darle más valor a la mercancía. El problema ahí, es que se da más valor a la mercancía que al trabajo, por tanto, según Marx, el trabajador es menos valorado, lo que en términos de Aristóteles equivaldría a otorgar más valor al acto que a la actividad.

2.2.-El cambio de paradigma de la experiencia de ocio.

En el mundo occidental, el avance tecnológico de la era industrial en la modernidad tardía, marcó un hito de lo que vendrían a ser una diversa y cada vez más rápida proliferación de

⁴⁸ Es necesario aclarar que estamos haciendo alusión específica al trabajo alienado como el tipo de trabajo que implica un factor de reducción en las posibilidades de realización del individuo. No obstante, no queremos decir con ello que el trabajo no pueda ser factor de realización o incluso de sentido, dado que eso es posible, tanto en el trabajo como en el ocio. La cuestión no es por tanto si trabajo u ocio otorgan más realización el uno que el otro, sino lo importante es cómo se llevan a cabo y bajo qué condiciones. Así como tampoco esto es motivo de señalar al trabajo como actividad de menor valía ante el ocio, sino que, tomando en cuenta el valor de ambos, pretendemos aquí argumentar en torno al valor del ocio.

cambios en la organización social del tiempo y las experiencias de vida. Los cambios en el uso del tiempo y la división social de éste traída por el capitalismo y la división del trabajo, marcaron una nueva serie de cambios en las experiencias de uso del tiempo. Asimismo, es importante señalar la aparente dicotomía entre trabajo y ocio, no desde una relación de opuestos sino de cómo el ocio se transformó en una extensión de la producción a través del consumo.

El ocio prosiguió a los cambios en las experiencias de las que proveía en el tiempo ganado por el avance técnico, la organización social, y la lucha por los derechos de mejores condiciones de trabajo. De ahí que pueda decirse, en relación a la modernidad: “Los rasgos del paradigma anterior se invierten, realizándose ahora en vivencias privadas, libres, gozosas y autotélicas, que el mercado de consumo se encarga de suministrar. El individuo halla ese género de vivencias en el ocio de un modo eminente, lo que lo convierte en el paradigma de toda experiencia” (J.Cuenca, *Ocio líquido, un nuevo paradigma de experiencia*, 40). El ocio como tal ya había detonado un cambio de paradigma que estaría por renovarse y revalorarse constantemente. Tal paradigma es el de las experiencias que podría proveer el ocio, en tanto a la capacidad de los individuos para disponer del uso de su propio tiempo a voluntad, en un sentido que les fuera edificante más allá de lo retributivo. Sin duda el ocio en la era del capitalismo dista mucho de su raíz clásica griega asociada a la contemplación y la formación de los ciudadanos.

Durante la primera mitad del siglo XX, una época en la que el capitalismo cobró un gran auge, el ocio comenzó a verse en la esfera del tiempo libre como un intersticio que debía ser puesto en oposición al trabajo. Esto afectó en que se convirtiera en un tiempo residual, propio de las élites para las clases altas y por otro lado para las clases media y baja se presentó como un tiempo alienante reducido en su acceso en gran parte al entretenimiento y el consumo. El sentido alienante de éste causó un efecto grave en la clase alta, aletargándola en lo que vino a conocerse como un confort anhelado por las otras clases.⁴⁹ Los efectos de todo esto se vieron reflejados en las supuestas distinciones y oposiciones entre trabajo y ocio. Ambas actividades parecían no solo no oponerse sino perseguir el mismo fin, producir valor. En específico, valor de cambio, ya fuera a través de la producción o bien del consumo.

⁴⁹ En éste punto coinciden varios autores como Veblen y Dumazedier.

En el capitalismo de la segunda mitad del siglo XX el ocio fue vuelto, más que un derecho, una ostentación y un privilegio de clase. Lo cual en gran medida deviene de una precarización del trabajo, de modo que éste es comúnmente entendido como una actividad que genera sufrimiento y explotación, como si fuese la única manera en la que pudiera llevarse a cabo el trabajo, de ahí que el tiempo libre y el ocio funcionen como momentos para la alienación por medio de la evasión.⁵⁰

Esto habría de incidir en la valoración del ocio. Pero más lo sería el sentido que éste tomaría en relación a la experiencia que habría de generar. ¿Qué tipo de experiencia propicia el ocio? Anteriormente, como ya se ha señalado, el ocio estaba vinculado con la contemplación, pero no solamente viene a dar lugar a ello. Sino que también el ocio tiende a la recreación, al descanso y el entretenimiento, de ahí su siempre estrecho vínculo con el juego. Es entonces que podemos afirmar que el ocio implica goce, un reparo, una retribución, que viene a ser lo que se busca, incluso independientemente del tipo de valoración que se haga de él. No obstante, las implicaciones del ocio como actividad consecuente del trabajo, mas no adversa, la distinguen de la ociosidad que en cierta parte se vuelve presente en el entretenimiento y la diversión. En *El Libro de los pasajes*, Benjamin introduce una distinción al respecto:

La ociosidad se puede ver como un antecedente de la distracción o de la diversión. Se basa en la disposición a disfrutar meramente de una serie arbitraria de sensaciones. Pero tan pronto como el proceso productivo comenzó a involucrar a grandes masas, surgió en los que libraban la necesidad de distinguirse masivamente de los que trabajan. A ésta necesidad respondió la industria recreativa (803).

La industria cultural impulsó una industria del ocio y el entretenimiento de masas, que en la óptica de Benjamin no se trataba de ocio sino de ociosidad. “La ociosidad intenta evitar cualquier contacto con el trabajo del ocioso, y en general con cualquier proceso de trabajo. Eso es lo que la diferencia del ocio” (802). Con ello se remarca más aún la necesaria relación entre ocio y trabajo, independientemente de su valoración. Aquí se aboga por una correlación de valor, bajo el entendido de que uno hace valioso al otro, pues, si uno aumenta de valor positivamente, lo hará el otro también, y de igual manera en caso de disminuir. Por otra parte,

⁵⁰ Marx hace una referencia en sus *Manuscritos de economía y filosofía*, respecto a la excesiva ocupación de los obreros en el trabajo enajenado que impedía su realización como individuos.

la ociosidad se desentiende del trabajo como actividad y se remite a los márgenes de la inactividad o de la actividad no retributiva en ningún sentido o incluso en una actividad alienante o nociva, en lo cual tiene un punto de encuentro posible con el ocio mal orientado.⁵¹

La ociosidad viene a propagarse en gran medida con la industria recreativa, la cual ha sido entendida como industria del entretenimiento en un sentido evasivo. Ésta surgió en parte por la necesidad de distinguirse de manera jerárquica según su condición de clase y uso del tiempo. Para Benjamín la distinción entre el ocio y la ociosidad estaba impregnada también de la estrecha relación del ocio con el trabajo: “La experiencia es el fruto del trabajo, la vivencia es la fantasmagoría del ocioso” (800). El ocio se distinguía por formar parte de la experiencia involucrada con el trabajo; en cambio, la ociosidad se dirigía, no a la experiencia, sino a la vivencia, y por tanto contenía una tendencia más proclive a la alienación, de ahí la referencia a la fantasmagoría en tanto fetiche. Por ello es que el mismo Benjamin distingue necesariamente la experiencia de la vivencia, éstas relativas a determinadas actividades y sus consecuentes valoraciones. En *El libro de los pasajes*, encontramos la distinción en cuestión:

Lo que distingue a la experiencia de la vivencia es que no se puede separar de la noción de continuidad, de una sucesión. La vivencia poseerá un acento tanto más fuerte tanto menos tenga que ver con el trabajo de quien tiene esa vivencia, trabajo caracterizado precisamente por saber por experiencia lo que para un outsider constituye una vivencia. (801)

De ahí que se comienzan a valorar las actividades, en tanto regímenes de acción, con base en lo que cada una de ellas produce y causa desde su proceso hasta su culmen. El afán por la producción de mercancías aunado al impulso del desarrollo industrial y técnico, trajo consigo la pretensión de valorar más las actividades que contribuyeran a los procesos de extracción, producción de mercancías, desarrollo y mejoramiento científico-técnico a merced de la acumulación de capital. Por un lado, esto provocó una desvalorización de las artes y las humanidades, por tratarse de ámbitos que no se encuentran del todo circunscritas al marco

⁵¹ “el ocio contemplativo (skholé), que se decía libre y propio del alma, pero que era concebido también como actividad esforzada; como la actividad por excelencia, de hecho podría considerarse como un trabajo espiritual sobre uno mismo es lo que falta por completo en la ociosidad de las sociedades burguesas que, como dice el propio Benjamin resulta más bien «un antecedente de la distracción o de la diversión»” (J. Cuenca. *Hacia la ociosidad interrumpida*, 503).

hegemónico de utilidad técnica y mercantil. En ello es relevante su relación con el cambio de paradigma del valor del ocio porque se trata también de actividades que generan valores intangibles, y que principalmente poseen un valor intrínseco por encima de cualquier valor instrumental o mercantil, del cual en muchos casos carecen. Benjamin comenta que: “En la sociedad feudal, el ocio del poeta es un privilegio reconocido. Es en la sociedad burguesa cuando el poeta se convierte en un ocioso” (802). Para Benjamin esto es un signo fuerte de la pérdida de la experiencia, que va de la mano del aumento en la producción de mercancías que trajeron los cambios en las condiciones del trabajo y la vida de la gran mayoría de las personas, al menos en el mundo occidental. “El proceso de la atrofia de la experiencia empieza ya con la manufactura. Dicho de otra manera, coincide en sus inicios con los de la producción de mercancías” (803, cita de *El capital de Karl Marx*).

No es de extrañarse que el auge de las mercancías y el avance de la técnica trajeran consigo más tiempo, que no necesariamente era de calidad, sino de reproducción del esquema de trabajo en la forma de tiempo “libre”, aparentemente ausente de trabajo o actividad explotada. Toda la acumulación de capital⁵², tanto en la producción como en el consumo viene a determinar en gran parte la valoración del régimen de actividad, sea del ocio, o bien del trabajo. Lo cual es apreciable en una reducción de todo ello al valor instrumental de lo mercantil. Por ello Benjamin ubicó el ocio en el sistema capitalista con la idea de que:

“El ocio también está determinado por el sistema productivo que lo hace posible. Pero hay que dejar en claro lo profundamente que han quedado inscritos en la ociosidad los rasgos del sistema económico capitalista donde esta surgió” (805).

En la idea anterior parece ser más claro aún que para Benjamin el sistema económico capitalista permitió y estimuló más la ociosidad que el ocio. Ambas entonces “se distinguen por el contexto social en que se enmarcan, pero también en el modo en que se experimentan” (J. Cuenca. *Hacia la ociosidad interrumpida*, 503). Es notable que Benjamín plantea que la ociosidad burguesa da lugar al fetiche y la alienación. La división del tiempo social a partir de la misma división del trabajo, dictó a los hombres en qué medida de tiempo y condiciones de producción de valor volcaran su atención y actividad. “Éste Dios del séptimo día es el que el burgués ha tomado como modelo para su ociosidad” (Benjamin, *El libro de los pasajes*,

⁵² La acumulación originaria en Marx.

804). Las jornadas de trabajo y las horas o días de descanso habrían de terminar siendo actividades análogas de producción de valor. Para ello, fue necesario constatar el avance de la técnica en cuanto al haber ganado tiempo que no estuvo del todo ganado en un principio. La socialización de ese tiempo a partir de la sistematización de las experiencias y vivencias fue en gran medida efecto de luchas y movimientos sociales posteriormente aprovechados para que los mismos dueños de los medios de producción buscaran las formas de ofertar determinadas actividades a los trabajadores. Como señala Kracauer en *Los empleados*: “Cuanto más dominada por la monotonía se encuentra la jornada laboral, tanto más necesitan las horas de ocio alejarse de su proximidad; presuponiendo que la atención deba ser desviada de los trasfondos del proceso de producción” (212). En tanto tales actividades fueron cobrando más auge y aceptación con la ayuda de la industria cultural y a través de la actividad del consumo, las exigencias por mejores condiciones de trabajo, y la conciencia por el qué hacer con el tiempo ganado para recrearse y convivir, fueron adormecidas por la alienación, la evasión inherente al entretenimiento y el mero goce. Todo ello tuvo como consecuencia un detrimento del valor y del sentido dado al ocio y en sí al uso del tiempo ganado concebido como libre. Además, la inserción del consumo a la esfera del ocio, es una consecuencia del carácter social de las mercancías, de convertir objetos, situaciones, lugares, momentos, y experiencias en valor de cambio.

De la continuidad y la sistematicidad perversas del trabajo industrial se hace necesario escapar, y es precisamente en la ociosidad donde se encuentra esa vía de escape. «La ociosidad se basa en la disposición a disfrutar meramente de una serie arbitraria de sensaciones». En la ociosidad el trabajador busca las vivencias opuestas a las de su actividad laboral, de ahí la necesidad y afán por la evasión, el goce y la desmesura (J. Cuenca. *Hacia la ociosidad interrumpida* 503).

En ese sentido, el ocio del consumo relativo al mero goce, la evasión, y el entretenimiento, quedaría más conceptualizado dentro de lo entendido por Benjamin como ociosidad burguesa. Por tanto, la ociosidad es a la vivencia. “Las vivencias, según Benjamin, «no tienen ninguna sucesión, y carecen de sistema. Son producto del azar, e incorporan el esencial inacabamiento por el que se distinguen las metas preferidas del ocioso»” (503). De ahí que la ociosidad

tenga que ver más con las sensaciones sucesivas e incluso desordenadas, como lo son las vivencias. Y en cambio el ocio será más relativo al orden de la experiencia⁵³.

2.2.1.-La mercantilización o reificación en el ocio

Anteriormente fueron expuestas las implicaciones de cómo el trabajo y el tiempo libre pueden resultar en un extrañamiento alienante que trunca la posibilidad de desarrollo de los trabajadores, ya no como quiénes ejercen una labor, sino como seres humanos. Ahora es preciso ahondar en cómo dicho proceso se manifiesta no solo en la actividad laboral, de la producción, sino también en la del consumo, y por ende en el ocio del consumo.

La transformación del tiempo de ocio en una mercancía de consumo a través de un uso alienante de él, imposibilita o bien trunca la realización del individuo y el desarrollo de sus capacidades. Tal transformación no es otra cosa que: “la reificación, la transformación de una experiencia potencial en una mercancía o, en otras palabras, en un objeto cosa, en un proceso figurativo, por muy real o social que también pueda ser.” (Jameson, *Representar el capital*, 42). Así la reificación o mercantilización convierte casi cualquier objeto, situación, conocimiento o experiencia, que sean objetos de una necesidad concreta, en una mercancía de consumo. De manera que esto afecta a la valoración dada al ocio, que, en lugar de ser entendido como un fin último, tiende a serlo como un mero instrumento de la evasión, el goce por medio del entretenimiento.⁵⁴

En *Historia y conciencia de clase* (1923), Lukács elaboró un concepto de reificación para la conciencia y fenomenología social. En él hace un contraste entre la reificación y la enajenación de la conciencia de la clase trabajadora que vende su tiempo como mercancía bajo la forma de fuerza de trabajo. La clase trabajadora, carece de los intereses de autocuidado que pueden contribuir a su capacidad de conocerse y desarrollarse. Guy

⁵³ El ocio es relativo a la experiencia como parte del fruto del trabajo que afirma Benjamín, así como lo será también el trabajo: “Debe notarse que Benjamin reconoce en términos generales un vínculo insoslayable entre experiencia y trabajo: afirma tajantemente que «la experiencia es el fruto del trabajo» (J. Cuenca. *Hacia la ociosidad interrumpida* p501).

⁵⁴ Nos referimos concretamente al tipo de entretenimiento que puede causar detrimento en el valor del ocio, es decir, el que se centra en la evasión y el mero placer superfluo.

Debord⁵⁵ en “*La sociedad del espectáculo*”, retoma las ideas de Marx del primer libro de *El capital*, en su capítulo cuatro, sobre el fetichismo de la mercancía. En particular en lo relativo al valor de la mercancía y la división del trabajo, Debord asocia la división de la vida con la escisión entre arte y vida que las vanguardias prometen romper en el arte.

Debord recurre a las ideas de Marx sobre la mercancía para explicar la sociedad de los albores de la primera mitad del siglo xx, la sociedad del espectáculo. Pues “en la concepción de Debord el espectáculo es al mismo tiempo económico e ideológico, un modo de producción y un tipo de vida cotidiana” (Jappe, *Guy Debord*, 35). Para Debord la reducción de la vida humana al valor económico es lo que da lugar a la sociedad del espectáculo que se muestra como otra forma del culto a la mercancía a través de la imagen. Y que además tiene muy estrecha relación con la desvalorización del ocio en sentido estricto. Basta recordar la tesis principal de Debord: “El espectáculo es el capital en un grado de acumulación tal que se ha convertido en imagen.” (Debord, *La sociedad del espectáculo*, 50). El movimiento del espectáculo como medio de acumulación se da desde el consumo de mercancías, y aún en la esfera del ocio. La tesis de Debord expone fuertes implicaciones alienantes a través de la mercantilización, pues supone que ya no sólo se antepone la tendencia del tener a la del ser, sino se impone la del aparentar. De modo que ese efecto se hace notable en el flujo de las mercancías, su consumo y el hecho de que el ocio conlleva el uso del tiempo a voluntad para cada individuo, así como sus relaciones sociales se encuentren mediadas por ellas.

La influencia de Marx en el análisis sobre el fetichismo de la mercancía de Guy Debord surge de su lectura sobre el texto de Lukács “*Historia y conciencia de clase*”: “El primero que retoma en términos serios el concepto de fetichismo es Lukács, en su “*Historia y conciencia de clase*” de 1923” (Jappe, *Debord*, 34). No fue sino hasta después de la segunda guerra mundial que dicho concepto comenzó a difundirse en el terreno marxista, por la reedición que hace Lukács de *Historia y conciencia de clase*: “Según *Historia y conciencia*

⁵⁵ “Guy Debord se volcó de lleno a la tarea de recharacterizar la sociedad de las imágenes que emergía en los años cincuenta (ya una posmodernidad *avant la lettre*), dictaminando que la imagen es la forma final de la reificación mercantil. La teoría posmoderna de la reificación generalizó luego el diagnóstico para poner en evidencia el hecho de que la mercantilización es una enfermedad que se extiende a la naturaleza y el inconsciente, a un mundo exterior en proceso de ser explotado y humanizado...y un mundo de deseos individuales totalmente colonizados por la publicidad y el consumismo” (Jameson, *Representar el capital I*, 43).

de clase el capítulo de *El capital* sobre el fetichismo de la mercancía contiene todo el materialismo histórico, afirmación inaudita en 1923. Lukács llama reificación a éste efecto del fetichismo que transforma los procesos en cosas.” (Jappe, *Debord*, p36). Lukács argumenta que la aportación del análisis económico de Marx, reside en su problematización en torno a la mercancía como categoría universal del ser social. Este último aspecto, es directamente referido por Guy Debord en *La sociedad del espectáculo*. Con ello da a entender que, a partir de la mercancía se estaba constituyendo un modo de proceder ante la vida. La mercancía como categoría del ser social funda toda noción de valor en el valor mercantil, el cual, configuraba todo un espíritu de la época, un tipo de sociedad, que es evidencia de que: “el pensamiento marxiano es, por tanto, una constatación y una crítica de la reducción de toda la vida humana al valor, es decir a la economía y sus leyes” (Jappe, *Debord*, 34). Con ello remarca la vigencia y relevancia del pensamiento de Marx y la manera en que su crítica al capitalismo continúa haciendo emerger elucubraciones y cuestionamientos al acontecer de la sociedad actual.⁵⁶

El consumo está en una estrecha relación con las mercancías, de manera que esto nos remonta a su valor basado en la ganancia y relativo a la remuneración del trabajo y el tiempo ocupado para su producción. Bajo esta representación del valor de la mercancía, se ha observado que su parámetro de valor se pudo expandir en todo el orbe y a toda virtud humana. En consecuencia, a cualquier cosa se le puede adjudicar un valor en forma de precio.

2.2.2.-Mercantilización y consumo en la valoración utilitaria del ocio

El hecho de que todo obtenga un precio vuelve imprescindible el acto del consumo como necesidad vital. A este respecto, Baudrillard define el consumo en un acto del proceder cotidiano y vital que: “Ni comer uvas ni dar fiestas tenía un nombre: consumir. Nuestra época es la primera en la que tanto los gastos alimenticios corrientes como los gastos de «prestigio» se denominan con un mismo verbo: CONSUMIR, una actividad que realizamos todos, según un consenso total” (Baudrillard, *La sociedad de consumo*,248). La era del consumo o bien la

⁵⁶ Así pues, tanto Lukács como Debord presagiaron la relevancia del fetichismo de la mercancía que argumentaba Marx en *El capital*, esto con miras en la sociedad que estaba por venir, la del espectáculo, la del consumo y la mercantilización.

sociedad de consumo brinda una noción de época, una forma de distinguir nuestro tiempo, pues desde la normalización del consumo masivo y la industria cultural, más aún como industria del ocio e industria de conciencias, se dirigió el conocimiento humano a la producción, el trabajo, la técnica y organización a lo referente a la actividad del consumo.

Hoy en día no es aceptable que un producto del trabajo no pueda convertirse en dinero, puesto que sería carente de utilidad y no le sería posible ser concebido como mercancía. “El espectáculo es el momento en el cual la mercancía alcanza la ocupación total de la vida social. No es únicamente el hecho de hacer patente la relación con la mercancía, sino que ya no hay otra cosa más que esa relación” (Debord Guy. *La sociedad del espectáculo*, 55). Marx, en su obra *El capital*, en las páginas dedicadas al consumo sostiene que para que el capitalismo funcione se requiere que las necesidades de cada persona se adapten a las exigencias de los modos de producción del sistema. Pues, propone que el sistema capitalista, debe de inducir cada vez más a nuevas y falsas necesidades. Desde este punto de vista, según Marx, en las sociedades de consumo del sistema capitalista ya no es posible distinción alguna entre lo que es realmente útil y necesario y lo que no lo es. La sociedad de consumo conlleva una forma espectacular que da lugar a lo que se conoce como “fetiche”. Ya que las mercancías adquieren aún más valor del de su mera utilidad, es decir, adquieren un valor basado en una supuesta necesidad creada y en muchos casos falsa pero socialmente aceptada.

El fetiche es entonces un aspecto metafísico de la mercancía, por otorgar el peso espiritual del valor y el sobre-valor del objeto de consumo, a este particularmente dado por el sujeto y transmitido socialmente: “El fetichismo no sería más que un amor excesivo a las mercancías y la adhesión a los valores que estas representan (velocidad, éxito, belleza, etc.)” (Jappe, *El fetichismo de la mercancía (Y su secreto)*. Prólogo. “De lo que es el fetichismo de la mercancía y si podemos librarnos de él”, 9). El culto a la mercancía emana de la sobrevaloración del objeto de consumo, vinculado a las falsas necesidades. En las prácticas de ocio de consumo ligadas al entretenimiento⁵⁷ son en muchos casos necesidades creadas e

⁵⁷ Otro ejemplo que destacar, también vinculado a las prácticas de ocio de consumo, es que actualmente a las generaciones de jóvenes y adultos se les ha vendido la nostalgia como emoción de la sociedad de consumo, representada por las mercancías. Por medio de su consumo se ha creado un fetiche a partir del objeto que logra satisfacer la necesidad de un conjunto de sensaciones, dónde el sentido de la nostalgia es la mercancía. Esto se observa en la compulsión por reproducir las tendencias de la sociedad de consumo de los años ochenta y noventa, que en el consumo predomina la idea de volver a la estética de aquel momento: en el cine, las series

impuestas culturalmente y aceptadas y reproducidas socialmente. Por ejemplo, las apuestas y los juegos de azar, la mercantilización del deporte a través de apuestas y el fetiche en diversas mercancías emblemáticas y distintivas del mismo. El fetichismo en algunas prácticas de ocio es impulsado por la aceptación social de las mercancías promovidas. Como sucede en el caso de las bebidas alcohólicas que por un lado son proclives a la convivialidad, pero por otro también al consumo desmedido en el vicio, que termina por afectar la totalidad de la vida de los individuos, tanto en el trabajo como en su ocio. Con los ejemplos mencionados podemos observar que el fetichismo provoca determinados vínculos entre los individuos, en tanto que las relaciones sociales se encuentran mediadas por las mercancías a razón del consumo: “El fetichismo de la mercancía existe dondequiera que exista una doble naturaleza de la mercancía y dondequiera que el valor mercantil, que es creado por la faceta abstracta del trabajo y representada por el dinero, forme el vínculo social y decida, por consiguiente, el destino de los productos y de los hombres” (Jappe,12). Según Anselm Jappe, Marx en *El capital*, da a entender que el capitalismo, más que lucha de clases es ya y debe ser visto también como “ese proceso más profundo que es la reducción de la vida social a la creación de valor mercantil” (Jappe, 14)⁵⁸. Es dicha reducción de la vida social a lo que nos hemos referido como mercantilización, que se da mediante el fetichismo y culto de las mercancías, en un reduccionismo económico de la vida entre la producción y el consumo.

El culto a la mercancía deviene de una transmutación de los valores al valor mercantil, llegando al extremo de que “Naturalmente, la mercancía no ocupa exactamente el mismo lugar en la vida social que Dios. Pero Marx sugiere que el fetichismo de la mercancía es la continuación de otras formas de fetichismo social como el fetichismo religioso. (Jappe, 19) De ahí que se entienda también el fetichismo como un aspecto metafísico de la mercancía, en tanto a su valor dado y reproducido socialmente, sobretodo en el consumo.

de televisión, la formas de vestir, los peinados y la música. Todo ello como un fetiche de lo que anhelamos del tiempo pasado, de lo memorable, pero sin más sentido que el de la apariencia.

⁵⁸ Aquí es importante recordar que el autor en cuestión hace una recuperación de las categorías de Marx por su vigencia con el funcionamiento del capitalismo actual. Lo cual lo elucubra en un sentido no ideológico sino metodológico para la reflexión sobre la crisis y devenir del capitalismo contemporáneo antes las sospechas de su posible fin o bien las alternativas emancipatorias posibles por medio su postura de la crítica de la teoría del valor.

El fetiche entonces considera a la mercancía en su sentido físico por la ocupación de un espacio y sus caracteres estéticos adquiridos y producidos en virtud de su practicidad de valor de cambio a la vez que objeto de consumo. “El producto solo se convierte en mercancía porque en él se representa una relación social” (Jappe, 18). De ello resulta que las relaciones sociales son mediadas por la mercancía, por el consumo, pues la mercantilización es un movimiento esencial de la sociedad de consumo en la cual se encuentra ahora inserto el ocio.

Ante esto subyace el problema de que la mercantilización haya permeado incluso a los criterios de valor. Es decir, que la producción de valor mercantil ha traído una reducción en los juicios de valor hacía lo utilitario. De manera que la producción de valor, muy ligada al uso del tiempo ha resultado en el consumo una ocupación del uso del tiempo que ha invadido al ocio. El uso del tiempo entonces se ha vuelto una producción de valor, como ya se ha dicho aquí antes, pero, al mismo tiempo, también se ha vuelto una mercancía: “El tiempo que se basa en la producción de mercancías consumibles es él mismo una mercancía consumible” (Debord, *La sociedad del espectáculo* 134-135). Así, el uso del tiempo configurado como mercancía en tanto productor de valor se cierne también al área del consumo.

El ocio de consumo constituye no solo en la mercantilización del tiempo sino también en la valoración instrumental del tiempo de ocio. Así, en las actividades de consumo en las cuales imperan las necesidades creadas o falsas necesidades, de las que afirmamos como falsas por estar fundadas en el fetiche, es evidente que se ofertan también postulados del uso del tiempo. “El capitalismo concentrado se orienta hacia la venta de bloques de tiempo totalmente equipados cada uno de los cuales constituye una sola mercancía unificada que integra cierto número de mercancías diversas. Así ha podido aparecer, en la economía en expansión de los servicios y del ocio, la fórmula del todo incluido” (135). De ese modo, los momentos de recreación, descanso y ocio quedan ligados al consumo, y de ahí que sean como parte del supuesto de las ocupaciones del tiempo libre, una proyección más del trabajo, pues terminan reproduciendo sus esquemas de producción de valor.

Y es entonces que, el uso del tiempo para el ocio de consumo se vuelve deseable, en tanto supone el placer de la desconexión con el trabajo. “La imagen social del consumo del tiempo, está exclusivamente dominada por los momentos de ocio y vacaciones, momentos

representables a distancia y postulados como deseables” (136). Así como las relaciones sociales se encuentran mediadas por las mercancías a través del consumo, esto resulta en una mercantilización del tiempo cuando es llevado al terreno del ocio.

En consecuencia, las actividades de ocio de consumo se tornan deseables socialmente. De manera que, los trabajadores aspiran a obtenerlas mediante la venta de su propio tiempo, en lo que es asimismo la venta de su tiempo libre en el consumo. “La condición previa para elevar a los trabajadores al estatuto de productores y consumidores libres del tiempo mercancía fue la expropiación violenta de su tiempo” (138). Por lo tanto, el uso del tiempo es concebido tanto como mercancía como valor de cambio. Y el ocio de ese modo es desvalorizado, por desvirtuarlo hacía un uso instrumental como medio, proyección y reproducción del esquema de trabajo en el lucro como productor de valor mercantil, y no como agente de cambio y reafirmación de valor en sí mismo para el individuo. Por ello el ocio de consumo implica un extrañamiento del ocio, se dice que es alienante porque dista de lo que el ocio por esencia implica, tomar a la persona como fin y no como medio de entretenimiento, goce y evasión como se hace en el consumo.

La tendencia de ocupar nuestro tiempo libre en un ocio de consumo implica un uso del tiempo que puede llegar a ser alienante. Puesto que ello implica que se desvaloriza al tiempo mismo al darle valor de mercancía de consumo. Así, al igual que en el trabajo el tiempo se vende, en el consumo el tiempo se gasta. Esto nos puede dejar en una errónea valorización del tiempo.⁵⁹ El afán por el trabajo nos puede dejar sin lugar para el ocio, o bien sin tiempo. Si pensamos ambos casos, el quedarse sin tiempo por exceso de trabajo y el ocupar el tiempo libre para el ocio en el consumo de mercancías, significa o bien gastar o bien privarnos del tiempo propio. Pero a diferencia de cuando se nos expropia nuestro tiempo durante el trabajo por cuestión de necesidad, aquí nos quedamos sin tiempo por desvalorizar al mismo. En ambos casos se pierde tiempo, pero en el caso del ocio es más grave, al perder el tiempo para

⁵⁹ Ante esto: “Es necesaria una revitalización de la vida contemplativa...La democratización del trabajo debe ir seguida de una democratización del *otium*, para que aquella no se convierta en la esclavitud de todos” (Chul-Han, *El aroma del tiempo*, 63). Dado que el ideal aristotélico (que se ha mencionado aquí anteriormente) de que trabajamos para tener ocio, trae consigo un orden que impone relevancia al ocio sobre el trabajo, es decir, que el trabajo quede subordinado al ocio y no a la inversa como está sucediendo en la actualidad y por ello se pretende aquí la apología al ocio.

el ocio se pierde tiempo para sí mismo a la vez que se pierde autonomía y libertad sobre el uso de éste. “Éste no tener tiempo es un mayor perderse a sí mismo” (Heidegger, *Conceptos fundamentales de la metafísica*, 169). Y en el sentido de perder el tiempo uno se pierde a sí mismo, por ello el dar valor al ocio nos acerca a darnos valor a nosotros mismos y nos motiva a pensar nuestra realización y sentido de vida.

2.3.-Trabajo, ocio y consumo: crítica a la valoración mercantil del uso del tiempo

Como fue dicho más atrás, el capitalismo ha configurado el uso del tiempo para que este sea un productor de valor, ya sea a través de la producción, durante el trabajo o en el consumo durante el tiempo libre de trabajo. “La división rígida de la vida en dos mitades preconiza aquella cosificación que entre tanto se ha adueñado casi por completo del tiempo libre” (Adorno. “Tiempo libre”. *Consignas*, 59). Esto trajo consigo que el tiempo se pensase en términos de ganancias o pérdidas. Además, esa dimensión valorativa instrumental del tiempo como productor de valor se insertó en la mayoría de los objetos y actividades humanas.

Como bien señala Robert Kurz en *Luces de progreso. El absurdo mercado de los hombres sin cualidades*: “Una de las grandes conquistas del capitalismo es la de haber convertido la tortura del tiempo en medida normal de la actividad humana” (88). De esa manera la medida de la actividad humana moralmente aceptada es la que sea esencialmente productiva y útil.

De ahí el auge y afán por la utilidad y la ganancia en las actividades humanas tanto en lo individual como en lo social. Por tanto, es claro que: “El hombre capitalista de hoy no solo es trabajador cuando está ganando dinero sino también cuando lo gasta” (92). Es entonces que parece difuminarse la línea entre trabajo y vida, y la medida del valor pareciera volcarse a una reducción mercantil de la actividad humana, dejando de lado todo lo que trasciende a él.

La medida del tiempo se vuelve una presión constante, pero no solo en cuanto al tiempo que se vive existencialmente sino al tiempo que se produce y se genera algo que ganar o invertir en lugar de algo que vivenciar, sentir o concientizar. Sin embargo, la medida del tiempo exige esas tres últimas cuestiones, por lo cual, en el tiempo libre de trabajo se buscan a toda costa a través del consumo. “El tiempo libre tiende a lo contrario de su propio concepto, a

transformarse en parodia de sí mismo. En él se prolonga una esclavitud que para la mayoría de los hombres esclavizados es tan inconsciente como la propia esclavitud que ellos padecen” (Adorno 57). La esclavitud de la producción de valor y la presión moral por dicha productividad no cesan en buscar introducirse en la mayoría de las actividades. El tiempo entonces parece haberse erigido como lo más valioso, pero en el sentido de ser un valor de cambio. Se entrega el tiempo propio para producir riquezas para otros y el sustento de sí mismo.

Vendemos nuestro tiempo, y en el tiempo que nos resta para nosotros mismos muchas veces nos volvemos incapaces de saber qué hacer. Pero, ¿qué ocurre en el desempleo? ¿No es curioso que el mismo término desempleo haga alusión a la desocupación del tiempo, como si éste solo pudiese emplearse trabajando? Cuando hablamos de ser empleados siempre es en virtud de que nuestro tiempo es empleado por y para otros. Entonces el desempleado no tiene quién o en qué ocupar su tiempo, en el sentido de emplearse para producir valor mercantil y ganancia para sí mismo u otros. Pero, ¿entonces podría decirse que estar desempleado se trata de un tiempo libre? Hemos de afirmar que no, pues el desempleo genera pobreza y ésta disminuye nuestra libertad, bienestar y calidad de vida. “El desempleo bajo el capitalismo ni siquiera es tiempo libre sino únicamente tiempo de pobreza. No se invalida el tiempo del trabajo sino la existencia de quienes no lo tienen” (Kurz, Luces de progreso, 92). La medida del valor del tiempo en el capitalismo se torna entonces no en un uso libre y autónomo sino en una acción utilitarista e incluso autómeta.

Sea cual sea el caso, se trate de tiempo de trabajo, de tiempo libre o del desempleo lo más complejo supone el que los individuos puedan disponer de sí mismos y su tiempo con entera libertad. Es decir, que puedan hacerse a sí mismos de manera autónoma, disponer de sí en sus acciones y pensar por sí mismos, de modo que puedan captar el verdadero valor de su tiempo. Sin embargo:

“El tiempo libre es inseparable de su opuesto. Esta oposición, la relación en que ella se presenta, le imprime a su vez características esenciales. Además, de modo fundamental, el tiempo libre dependerá de la situación general de la sociedad. Pero, ahora, como antes, esta tiene proscriptos a los hombres. Ni en su trabajo, ni en su conciencia disponen de sí mismos con entera libertad” (Adorno, 56).

Es notable entonces que el tiempo libre no libera en sí a los hombres del trabajo. Y que la actividad humana en relación al uso del tiempo también ha de estar determinada por las condiciones materiales de cada época o bien como afirma Adorno, por “la situación general de la sociedad”. Tal incapacidad de liberación se da concretamente en el caso del trabajo alienado, del cual ya se dieron aquí especificaciones previamente. En el caso del trabajo alienado no hay una recuperación total o parcial durante el tiempo de ocio. Guy Debord en *La sociedad del espectáculo* detalla en particular que:

“...la actual liberación del trabajo en el aumento del tiempo de ocio, no es en modo alguno una liberación en el trabajo, ni una liberación del mundo conformado por ese trabajo. La actividad enajenada en el trabajo no puede nunca recuperarse mediante la sumisión a los resultados de ese mismo trabajo alienado” (48).

Entonces el ocio se nutre también de las condiciones del trabajo. De ahí que en el capítulo anterior se haya afirmado que el ocio es un factor de dignificación del trabajo.⁶⁰ Sin embargo, existe la necesidad de un trabajo no alienado de igual modo con el fin de evitar un ocio alienado, y pueda el ocio mismo ser más que una mera retribución de fuerzas o evasión. “Es evidente que aún no se ha cumplido plenamente la integración de conciencia y tiempo libre” (Adorno 65). Por tanto, las condiciones en las que se lleve a cabo el trabajo, en específico, las condiciones de libertad, serán determinantes para un uso del tiempo de ocio enfocado a la realización, el desarrollo de capacidades y el ejercicio de la virtud. Pero es sabido que las condiciones de trabajo por lo común limitan la libertad y por tanto los derechos entre otras cosas, en lo relativo al uso del tiempo:

“El hecho de que los hombres puedan hacer tan poco con sus horas libres se explica porque les es retaceado de antemano cuanto pudiese hacerles grato el estado de libertad. Tanto les fue negado y denigrado que ya no son capaces de disfrutarlo. Sus diversiones, por cuya superficialidad el conservadurismo cultural los critica o los injuria, les están impuestas por la necesidad de reparar las fuerzas que el

⁶⁰ “En un sistema donde la ocupación constante constituye por sí el ideal, el tiempo libre es también una proyección directa del trabajo” (Adorno 63).

ordenamiento de la sociedad, tan elogiado por ese conservadurismo cultural, les exige consumir en el trabajo.” 61-62

Es preciso analizar que la proyección del uso del tiempo libre en relación al trabajo le resta dicho carácter de libre. Pues podemos preguntarnos si realmente es un tiempo en el que se es libre. Dado que, ciertamente nos resulta tan limitado en cuanto a las opciones que tenemos para ocuparlo y nuestra capacidad de tener determinadas cantidades de tiempo para ocuparlo a voluntad. Y es entonces cuando al trabajo se le resta el verdadero ocio:

“Cuando al trabajo se le quita el contrapeso de la verdadera festividad y del verdadero ocio, se vuelve inhumano; puede conllevarse indiferente o “heroicamente”, pero no deja por eso de ser esfuerzo árido, sin esperanza, comparable al de Sísifo, que de hecho hay que considerar como la encarnación primitiva del trabajador encadenado a su trabajo sin descanso y sin íntimo fruto.” (Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, 71)

Sísifo es el caso aún vivo en el que fundamentamos la presente crítica al trabajo. Pues el trabajo alienado, como se dijo antes, resta la posibilidad de realización y resta también condiciones de posibilidad para un ocio digno y no alienante. Queda de manifiesto con ello que la necesidad del ocio radica en que éste se enfoque en la realización del individuo como fin en sí mismo y no en la evasión de dicha realización, o bien en un obstáculo para ella. Es decir, en concebir y valorar la práctica de ocio como un fin, y no como un mero medio de reposición o distracción, sino como un momento para desarrollar la potencialidad del ser de cada individuo en su edificación y mejoramiento. Por eso es que el ocio debe ser valorado como fin y no como medio, porque lleva consigo la valoración de la persona implícita.

En dicho respecto, en analogía al trabajador moderno, Camus señala con la figura de Sísifo que: “no hay castigo más horrible que el trabajo inútil y sin esperanza” (*El mito de Sísifo*, 155). Sísifo es la representación en un mito de una realidad vigente de los individuos condenados a llevar a cabo un trabajo inútil, tedioso y repetitivo, sin oportunidad de tiempo de ocio para desarrollarse. Tal realidad expone su vigencia en el caso actual de los trabajadores, que se encuentran constantemente sometidos al imperativo de un trabajo explotador con el fin de propiciar su mera sobrevivencia.

La condición del trabajador sujeto a un trabajo alienado, tal como Sísifo implora la necesidad de cambio, de la irrupción de lo continuo de la realidad en forma de condena. Por lo que es valioso el momento en que se puede dar la oportunidad de tomar conciencia de ello: “El obrero actual trabaja, todos los días de su vida, en las mismas tareas y ese destino no es menos absurdo. Pero solo es trágico en los raros momentos en que se hace consciente” (157-158). La condición del absurdo que enfrenta Sísifo, es inherente a la necesidad del ocio. Si trabajamos para tener ocio (como versaba el ideal aristotélico), es preciso recuperarlo como una condición enfocada a un horizonte de sentido que puede resultar del mismo trabajo:

Al final de éste prolongado esfuerzo, medido por el espacio sin cielo y el tiempo sin profundidad, llega a la meta. Sísifo contempla entonces como la piedra rueda en unos instantes hacia ese mundo inferior del que habrá de volver a subirla a las cumbres. Y regresa al llano. Ese Sísifo me interesa durante ese regreso, esa pausa (157).

La pausa de Sísifo puede ser interpretada como descanso, un uso del tiempo libre, que libre del trabajo se torna en un resquicio de liberación. Cuando Sísifo desciende le es posible volver a sí mismo, a su vez, en ese momento puede pensar en sí mismo: “Esa hora que es como un respiro y que se repite con tanta seguridad como su desgracia, esa hora es la de la conciencia...” (157). Es necesario, por tanto, revalorar el ocio como “libertad de desarrollar la capacidad de expropiar el tiempo propio para un uso autónomo” (Maldonado Martínez, G. A. «La Experiencia Del Ocio Ante El Problema Del Tedio». Aitías, 121). Entonces, el tiempo de ocio tiende a ofrecer un resquicio posible de emancipación, así como un ejercicio auto reflexivo.

Aunque el ocio implique libertad, en gran medida el trabajo limita la capacidad de tener ocio y desarrollar la libertad que implica disponer del tiempo propio. Pues si el tiempo propio es ocupado primordialmente en el trabajo, al tener la oportunidad de disponer de tiempo que no sea de trabajo habrá dificultad para saber qué hacer con él: “La pregunta pertinente respecto al fenómeno del tiempo libre sería hoy: ¿Qué ocurre con él en momentos en que aumenta la productividad del trabajo, pero en persistentes condiciones de no libertad, es decir, bajo relaciones de producción en que los hombres nacen insertos y que hoy como antes les dictan las reglas de su existencia? (Adorno. *Consignas* 57) Dicho cuestionamiento pone en duda el carácter liberador del tiempo libre de trabajo, pero más que nada pone en duda la capacidad

de los hombres de disponer con entera libertad de su tiempo, que equivale a disponer a voluntad de sí mismos. Sin embargo: “El ocio no es, por sí mismo, más portador de sentido existencial que el trabajo, y la cuestión es más bien cómo se vive el ocio” (Svendsen. *Filosofía del tedio*, 43). Porque el ocio adquiere sentido según cómo sea vivido, en tanto al contenido de sus prácticas puede ser condición de posibilidad para concebir el sentido. Y frente a tales cuestionamientos hemos de volver a ésta idea abordada en el capítulo anterior:

Si van a aumentar nuestras horas de ocio, en un futuro automatizado el problema no consiste en cómo podrían los hombres consumir todas estas unidades de tiempo libre adicionales», sino «qué capacidad para la experiencia tendrán estos hombres con este tiempo no normatizado para vivir». Si conservamos una valoración puritana del tiempo, una valoración de mercancía, entonces se convierte en cuestión de cómo hacer ese tiempo útil...Pero si la idea de finalidad es el uso del tiempo (...) los hombres tendrán que reaprender algunas de las artes de vivir perdidas con la revolución industrial: como llenar los intersticios de sus días con relaciones personales y sociales más ricas, más tranquilas; como romper otra vez las barreras entre trabajo y vida (Thompson. *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, p291).

Con la posibilidad de tener más tiempo sobrevino la necesidad de entretenimiento a fin de combatir el aburrimiento que podría surgir a causa de la “falta de capacidad para la experiencia en relación al tiempo no normatizado para vivir”. Surge entretanto la industria del entretenimiento auspiciada por la incipiente sociedad de consumo. Y fue el tiempo de consumo lo que delimitó en la división del tiempo la capacidad del mismo para producir valor mercantil. El tiempo de no trabajo, al no ser destinado a la producción, fue orientado al consumo, condición esencial para un auge enorme de toda una industria del ocio y el entretenimiento. El ocio entonces adquirió una estrecha relación con el consumo que persiste hasta nuestros días, pese a que dicha relación da al ocio el riesgo de volverse alienante, y nocivo.

El ocio implica en gran medida reposo, pero más que ser lo opuesto a la actividad, es concretamente la actividad gozosa. Es por eso que muchas actividades promovidas por la industria del ocio buscan el provecho en el lucro de lo reconfortante. De ahí que tengan la intención del alejamiento, la relajación, el descanso y sus prioridades se enfoquen en el confort que ofertan en bloques de tiempo deseables que alientan a la desconexión con la rutina cotidiana del trabajo.

Dado que el ocio nos dota de la capacidad de disponer de nuestro tiempo con libertad, en él es necesario que nuestra conducta sea autónoma en relación con las actividades en las que ocupamos nuestro tiempo. De ello depende que estén preferentemente encausadas a lo edificante a través del desarrollo de las capacidades, y el ejercicio de la virtud. Para Adorno “siempre que la conducta en el tiempo libre es verdaderamente autónoma, determinada desde sí mismos por hombres libres, es difícil que se instale el hastío, allí donde ellos persiguen su anhelo de felicidad... o donde su actividad en el tiempo libre es racional en sí misma como un en sí pleno de sentido” (Adorno, *Consignas*, 61). Sin embargo, hoy en día la tendencia de ligar el ocio a las actividades del consumo de mercancías, conlleva el peligro de que el ocio no logre evitarnos el vacío, y tenga un sentido alienador. Debord advierte al respecto que “...el vacío del ocio es el vacío de la vida en la sociedad actual” (“Sobre el empleo del tiempo libre”, n°4 Internacional Situacionista, 1). Un ocio vacío y sin sentido apunta a lo contrario de lo que el verdadero ocio persigue, más la virtud que el vicio, pues... ¿Un tiempo para nosotros mismos no habría de edificarnos, reorientarnos, emanciparnos y realizarnos más que alienarnos o distraernos? Todo eso implica la urgencia por una vuelta al ocio autotélico, a la esencia del ocio como fin en sí mismo: en tanto experiencia valiosa nos brinda la posibilidad de proveernos de sentido y ser un tiempo para la realización, para la valoración no utilitaria de nosotros mismos y nuestro entorno.

Habría entonces que considerar el contenido que damos a nuestro ocio, y si éste es llevado a cabo con meros fines de entretenimiento, lo cual habríamos de examinar minuciosamente. El entretenimiento es en sí necesario, pero hay que pensar en lo que nos provoca y nos aporta, o qué nos invita a pensar si es que lo hace. Respecto a los aportes que pueda proveernos un ocio relacionado con el entretenimiento, conviene recordar el concepto de ocio de Dumazedier (1962), como un “tiempo para la realización”. En ese sentido hay que cuestionarnos qué tanto nos realizamos durante nuestras prácticas de ocio, o bien qué desarrollamos de nuestras capacidades o virtudes. Cabe entonces la prudencia de preguntarnos ¿Qué es aquello que buscamos en el ocio, más allá de la evasión paliativa de la distracción del entretenimiento, no es acaso un hacerse a sí mismo lo que está de fondo?

Encausar toda concepción de ocio hacia el consumo, viene de la mano con una tendencia reduccionista de limitar la noción de ocio como mero entretenimiento y diversión. “El

problema surge cuando la diversión, como única referencia de ocio, se transforma en medio de manipulación y enajenación” (Cuenca, *Ocio valioso*, 63). Vemos entonces con claridad la desvalorización del ocio cuando se le ubica como contenedor de diversiones alienantes que implican una consecuencia más de la relación entre ocio y consumo.

Por su parte, Dumazedier ubica a la diversión dentro de las funciones básicas del ocio: “El ocio, cualquiera que sea su función, es en primer término, una liberación y un placer. Luego se separa en tres categorías que, en nuestra opinión corresponden a sus tres funciones primordiales de descanso, diversión y desarrollo” (Dumazedier, 1964, 30-29). Sin embargo, en la actualidad dichas funciones del ocio que pueden converger con el juego han sido embestidas por la mercantilización. La sociedad de consumo vicia el aporte de los juegos hacia la mera producción de valor de cambio. Esto ha afectado mucho al ocio en tanto que lo ha degradado a ser visto como un tiempo residual de mera diversión con una connotación que puede ser peyorativa y nociva.

El ocio, más allá de percibirlo como un tiempo libre en función del trabajo, hemos de considerarlo como un tiempo propio usado a voluntad para la libertad, la preservación de nuestra dignidad, el descanso a través del juego y la recreación, la diversión, y el desarrollo de nuestras capacidades y el reforzamiento de la relación con los otros en la convivialidad. Un tiempo para el ocio. Es decir, el ocio entendido como una experiencia dentro de un uso del tiempo a voluntad, un ejercicio de autonomía y libertad que se conjuga con el juego como un tiempo en el cual el individuo se recrea a sí mismo, más allá de una mera reposición de fuerza de trabajo (Cuenca 2009). Lo que dificulta que el ocio sea un remanente de libertad y autonomía del uso del tiempo es su estrecha relación con el consumo puede llegar a hacerlo propenso a la evasión y la desrealización.

El problema con esa relación estriba en que los medios que nos proveen de ocio de consumo están permeados por el valor mercantil, son medio y no de fin. Pero más que eso que implican una distracción al desarrollo de las capacidades y al ejercicio de la virtud. Son entonces un obstáculo, una desrealización y un vicio consecuencia de la expansión de la explotación capitalista y la mercantilización en la proliferación del afán de producción de valor. De ahí que: “Una de las transformaciones decisivas que se producen en la segunda mitad del siglo XX es la extensión de la explotación capitalista a la esfera del consumo y, en

consecuencia, la ya mencionada proletarización del ocio” (Alba Rico, “Sujetos políticos y relevo civilizacional”, 79. En *La clase trabajadora ¿Sujeto de cambio en el siglo XXI?*). Con proletarizado Alba Rico comenta que Stiegler se refiere a que: “Es proletarizado aquel que pierde su saber: el productor proletario pierde su *savoir-faire*, transferido a la máquina, y se convierte en pura fuerza de trabajo; el consumidor proletario pierde su *savoir-vivre*, convertido ahora en modo de empleo, y no es más que poder de compra” (80). De esa manera el uso del tiempo, sea de ocio o de trabajo, recae en una instrumentalización con fines de producción de valor mercantil, que despoja al proletario de su humanidad fincada en su saber hacer y saber vivir que son puestos en venta como mercancías.

En la proletarización del ocio concretamente se pierde libertad y autonomía y el carácter de autotelismo del ocio por el hecho de que: “El trabajador no es dueño de sus medios de producción; el consumidor no es dueño de sus medios de diversión. El ocio se convierte en una fuente mayor de beneficio capitalista” (80). Bernard Stiegler, en su obra *Réenchanter le monde. La valeur esprit contre le populisme industriel* (2006) utiliza la idea de la proletarización del ocio, para señalar la causa de que la industria del ocio sea proveedora de alienación a través del consumo, el cual, resta al ocio mismo de su condición de posibilidad para la emancipación. Stiegler se refiere a que los ociosos no son dueños de sus medios de ocio y no deciden por tanto sobre él, sino que solo se limitan a una variedad de contenidos lo cual se disfraza de libertad limitada a opción de consumo.

Entonces es evidente que todo ello realmente resta autonomía sobre el cómo ha de emplearse el tiempo para sí mismo. “Esta descomposición del sujeto colectivo tiene que ver con procesos materiales asociados a la mercantilización general de la existencia y a la aceleración de la renovación de mercancías” (Alba Rico, “Sujetos políticos y relevo civilizacional”, 80. En *La clase trabajadora ¿Sujeto de cambio en el siglo XXI?*). Tal descomposición en conjunto con la expansión de la explotación capitalista a la esfera del ocio y su proletarización dan cuenta cabal de la desvalorización del ocio y su instrumentalización como medio de lucro. De ahí la necesidad de volverse dueño de los medios que provean de ocio y reafirmen su valor como parámetro de desarrollo humano.

Capítulo 3: Crisis de la valorización: Noción de valor y afirmación del valor del ocio.

El hombre trabaja para evitarse trabajo, trabaja para no trabajar. Son increíbles los trabajos a que el hombre se somete para no trabajar. Y después de todo, ¿quién sabe lo que es y lo que no es trabajar? Unamuno, M.de, En defensa de la haraganería, en Ensayos, Aguilar, Madrid, 1942, pp.442.

Introducción

El principal motivo de este apartado es reflexionar en torno al valor del ocio y sus implicaciones. Por ello dividiré el capítulo en dos secciones. La primera versa sobre el concepto de valor a propósito de lo que se considera valioso. Sin embargo, para ello será importante detallar qué es lo valioso, lo cual, se cierne a una problemática que emana de la modernidad y los cambios respecto al criterio de valorización en esa época. Por ello, habremos de exponer que la intención de todo esto es señalar que el valor de lo que se considera actualmente como improductivo rebasa tal criterio utilitarista que impera en los regímenes de acción aún hoy en día. Asimismo, se expondrá qué entendemos por valor, de modo específico en su relación con medios y fines. De ese modo, al señalar qué es el valor y qué queremos decir cuando afirmamos que algo es valioso a fin de dar pie a la segunda sección de este capítulo. En ella, se contrastará la reflexión hecha en torno al valor y será puesta en cuestión respecto al ocio. Así, será desarrollada la argumentación en torno al valor del ocio.

Al plantear dicho recorrido, es prudente recordar que toda esta investigación se desenvuelve con la intención de pensar el valor del ocio, de proponer pautas de valoración y en sí de defender dicho valor. Esa intención nos ha llevado a buscar en la historia del ocio y sus distintas épocas la genealogía del valor mismo del ocio planteada ya en los apartados anteriores a éste. De ahí que, el presente apartado sea destinado a exponer el valor del ocio que ésta tesis propone sustentar. Por eso es preciso preguntarnos ahora tanto por lo que es el

valor, como por la comprensión sobre lo valioso. De manera que, tales cuestionamientos nos llevan a la necesidad de explicar qué quiere decir que el ocio tenga valor o bien que sea valioso.

La pregunta sobre qué significa actualmente decir que algo es valioso nos remonta a la crisis de valor de la modernidad. Esta no es otra cosa que un cambio de pautas de valoración, que marcó una época en la humanidad en la que la valoración misma de los regímenes de acción cambió significativamente. En la modernidad se rompe la unidad del valor, que existía por ejemplo en Aristóteles, todo iba de la misma mano, bien, bondad y belleza. En el ocio, lo contemplativo es lo más parecido a lo divino, al pensamiento que se piensa a sí mismo. Pero esto ya no es posible en un politeísmo de valores, a causa de los condicionantes que nos pone la modernidad respecto a la idea del valor. El politeísmo de valores que analiza Weber significa que la modernidad funciona con distintos tipos de valoraciones, las cuales incluso llegan a contraponerse. Esa condición de cambio de valoración hacia el politeísmo de valores se observa también en Nietzsche, en que deja de haber un fundamento último de la valoración representado por la idea de la muerte de Dios. Entonces vivimos una situación de politeísmo de valores que se encuentran enfrentados entre sí y que ha afectado nuestros regímenes de acción al menos los últimos tres siglos de la humanidad.

Posteriormente expondremos aquí las concepciones de valor que habrán de ser la base de la posterior distinción de los conceptos entre lo intrínseco y lo extrínseco o instrumental. Con el objetivo de llevar a cabo el desarrollo de un planteamiento teórico sobre el valor del ocio, hemos de remitirnos primeramente a G.E. Moore y Luis Villoro, entre otros, quienes abordan el concepto y teoría del valor, y la distinción entre valor intrínseco y extrínseco.

En el presente capítulo es de suma importancia considerar el hecho de que, hablar de valor es problemático, ya sea desde una atribución de valor a un objeto o de una atribución subjetiva. Por eso, es debido precisar que, aquí hablamos de valor principalmente en dos sentidos. Uno, como predicado, en el sentido de un atributo objetivo y, en segundo lugar, como una aportación agradable o de mejoramiento para los sujetos. El ocio puede ser valioso desde distintas instancias valorativas, desde lo social, lo económico, lo estético, lo moral e incluso lo legal. Decir que el ocio es valioso implica decir si tiene valor intrínseco o extrínseco. En su raíz clásica posee valor intrínseco, pero en la modernidad es mercantilizado

a través del capitalismo, entonces el ocio deja de ser comprendido como fin y pasa a ser un medio.

Por tanto, habremos de proponer un ocio que dotado de valor intrínseco haga frente a la valoración mercantil. En éste apartado se va a plantear la distinción entre valor intrínseco y valor instrumental en relación al ocio. A fin de fundamentar la propuesta de una teoría del valor del ocio, nos enfocaremos en su rasgo característico de tener valor en sí mismo, rasgo por el cual tiende a ser condición para el cultivo de la virtud, la realización de la persona y el desarrollo de sus capacidades. Además, se pretende concebir como edificante al ocio con valor en sí mismo. También se pondrá a consideración la distinción entre valor intrínseco y valor extrínseco en relación al ocio como condición propicia para el cultivo de la virtud.

3.1.-Algunas precisiones sobre la modernidad y sus criterios de valorización

En el primer capítulo de esta investigación ya habíamos abordado la tendencia surgida en la modernidad, que hizo volcar toda la actividad humana y sus regímenes de acción hacía la búsqueda de la utilidad. Dicha tendencia constriñe al ocio en su sentido clásico. De manera que le provoca un cambio de paradigma que lo obliga a avanzar conjuntamente con el desarrollo técnico bajo los imperativos de la utilidad y el lucro, fundamentados en enaltecer valores como la eficiencia y la rapidez. Por lo que el ocio llega a ser visto como tiempo improductivo, pero que más tarde sería percibido como el momento propicio de reafirmación de la individualidad y la identidad.

Los cambios en el ocio y su valoración corresponden a un cambio de época. Por valorización se entiende lo relativo al modo de valorar algo, o lo que nos parece valioso, dicho de otra forma, la manera en que caracterizamos aquello a lo que le adjudicamos valor. Los modos de valorización cobran una influencia fuerte respecto a los imperativos del espíritu de cada época. Bien se ha dicho en esta investigación, ya en capítulos anteriores, que cada época tiene un tipo de ocio distinto, acorde a sus condiciones materiales. No obstante, desde la modernidad el ocio ha padecido cambios significativos que aún en nuestros días siguen afectando el modo en que empleamos nuestro tiempo. Todo ello tiene una fuerte influencia en los valores que fundan nuestros regímenes de acción y nos legitiman a llevar a cabo tal o cual acto en miras de que se trata de algo valioso, importante, prudente o retributivo en sentido beneficioso. Si bien a cada actividad que llevamos a cabo le buscamos algún

provecho o beneficio posible, es porque o bien lo que de ella resulta o la misma acción de hacerla nos parece valiosa.

Pero el que algo nos parezca valioso puede ser motivado por una razón de fin. Por ejemplo, nos parece valiosa cierta actividad porque de llevarla a cabo obtenemos un determinado beneficio, ya sea en lo individual o en lo social. Cuando ese beneficio o resultado de la actividad tiene su efecto en el agente, que es quien lleva a cabo tal actividad, se trata de una actividad que es valiosa en sí misma, pues se realiza en beneficio del agente, su desarrollo y retribución y no para algo externo. Cuando la actividad se lleva a cabo esperando un producto, resultado o beneficio externo al agente, se trata de una actividad que funge como medio. Tal modo de valoración nos remite a la teleología de Aristóteles y su valoración planteada en la distinción entre actividades nobles y serviles, que distinguía además entre hombres libres y esclavos, y es precisamente este tipo de valoración el que queda invertido en la modernidad. La teleología de Aristóteles se fundaba en el debate por el mejor de los modos de vida, la activa o la contemplativa. Esta última era concebida como la actividad más valiosa y con fin en sí misma. Lo que hace evidente que la jerarquía de valor entre un fin y un medio, que más tarde quedaría invertida en la modernidad. “La contemplación es la mejor actividad porque esta puede desempeñar el papel de una fuente de valor; es decir, puede justificar otras cosas” (Korsgaard. *La creación del reino de los fines*, 424). La actividad valiosa en sí misma enfocada a un fin que retribuyera al agente ya no es lo más valioso, sino la actividad que funge como medio y proporciona al agente beneficios o productos externos a él. “La actividad será una cuyo valor sea incondicional⁶¹. El rasgo de esta actividad será que no ganamos otra cosa con ella más que el hecho de hacerla” (436). La actividad valiosa será la que suponga un bien para el agente, en el sentido de retribución, de modo que tendrá una función compensatoria en sentido intrínseco. Sin embargo, ese modo de valoración resultó incompatible con los imperativos de época que surgieron en la modernidad y fue invertido en virtud de la utilidad y la ganancia, es decir del medio. De ese modo lo que era

⁶¹ “Lo incondicionalmente valioso es como lo intrínsecamente valioso en tanto que ambos son objetivamente valiosos. La razón de que haya algo incondicionalmente valioso es que debe haber una fuente de valor” ((Korsgaard. *La creación del reino de los fines*, 423).

valioso como fin, dejó de serlo, en cambio, fue convertido en medio para otra cosa y su valoración cambió.

En la modernidad las actividades con valor en sí mismas, dejan de ser consideradas valiosas, al quedar entonces desprovistas de valor surge la necesidad por recuperarlas. El afán por la utilidad se convirtió en la forma de valorización. Ese afán era también movido por ambición y expansionismo, en otras palabras, por la búsqueda de riqueza, la cual, puso a la razón a su servicio. “El sentido profundo de la riqueza escapa de esta manera a nuestro discernimiento: nuestra necesidad de razonar, es decir, de dar cuenta de todo lo que nos engaña.” (Bataille, *El límite de lo útil*, 31). Para Bataille, lo útil limitada la noción de las actividades y las conductas hacía la mera consecución de la ganancia. Por tanto, que la utilidad persiguiera la riqueza material desprovista de cualquier otro sentido de riqueza fuera la utilidad, era signo de un cambio en el criterio de valorización.

Desde esa perspectiva, Bataille comprende la valoración contraria a lo útil dentro de las conductas gloriosas, o con valor en sí mismas, como las que dan valor a la vida: “Mostrar las conductas útiles sin valor en ellas mismas: solo nuestras conductas gloriosas determinan la vida humana y le dan un valor” (33). Dado que, las conductas con fin en sí mismas pretenden la gratuidad y, por su carácter de valiosas en sí mismas, no buscan afanadamente la utilidad ni fines externos al mejoramiento del agente. Por lo tanto, coincidimos en que las conductas o actividades que son valiosas en sí mismas, son esenciales para dar valor a la vida misma. De igual manera, las actividades valiosas en sí mismas son opuestas a la utilidad, así como las conductas gloriosas que menciona Bataille, pues:

“La primera en oponerse a las conductas gloriosas, es la sociedad de los hombres de provecho. La burguesía considera a la gloria algo ridículo frente a la utilidad...El mundo burgués desprecia las conductas gloriosas. Y las considera inferiores a las conductas útiles. Solo admite las conductas gloriosas en condición de que sean útiles. A decir verdad, la burguesía hace del hombre un animal servil y mecánico” (33)

En ese sentido, el desarrollo tecnológico durante aquella época tuvo una importante influencia sobre el afán por lo útil y el ideal de provecho, aunado a su vez, al afán por la

extracción y posesión de recursos. La modernidad volcó toda su idea de progreso incluso al desarrollo expansionista de obtención de recursos, que tuvo interesantes repercusiones políticas y económicas. En lo político, en cuanto a que la euforia por los territorios más ricos en recursos para su explotación, acarreo movimientos sociales y luchas por la exigencia de derechos y administración de la riqueza, mismas que dieron lugar a la caída de imperios y al surgimiento de distintas formas de gobierno.

Hasta este punto, es importante también señalar, qué se entiende por modernidad, como periodo histórico, pero más aún, cuál es su rasgo característico que incidió en ella para hacerla un punto de inflexión para tantos cambios en distintos ámbitos de la actividad humana. Por tanto, en primer lugar: “Por modernidad habría que entender el carácter peculiar de la forma histórica de totalización civilizatoria que comienza a prevalecer en la sociedad europea en el siglo XVI (Bolívar Echeverría. *La modernidad de lo barroco*, 144). Y, por otro lado, en cuanto a su rasgo más característico, siguiendo la línea que aquí se ha estado comentando: “El fundamento de la modernidad parece encontrarse en la consolidación indetenible de un cambio tecnológico que afecta a la raíz misma de las múltiples civilizaciones materiales del ser humano a todo lo ancho del planeta” (144-145). Por otra parte, las repercusiones económicas, en cuanto al avance de las tecnologías que modernizó el trabajo, evidente en una etapa más tardía de la modernidad, que fue la revolución industrial, trajo otro tipo de experiencias y valorizaciones.

En ese marco de ideas, el trabajo cambió sus condiciones no solo materiales sino humanas y se volvió plenamente industrial, tanto cuanto se enfocó meramente a la producción. Esto implicó otro gran cambio de la valorización en la modernidad. La valorización volcada a lo útil en conjunto con totalización de la razón, fue orientada hacia la acumulación de riquezas. A partir de la modernidad, la idea del valor, había sido suplantada por la de valor de uso, esto en virtud de la utilidad de las cosas. Pero con la industrialización del trabajo, su división y socialización del uso del tiempo, el valor de uso fue avasallado por el valor de cambio. Las cosas ya no solo debían de ser útiles en virtud de su uso, sino que debían tener valor de ser intercambiables, y la propiedad indiscernible de tener un precio. “Bajo el régimen capitalista, los objetos no son producidos primariamente con miras a satisfacer alguna necesidad humana (valor de uso), sino con vistas a ser vendidos en el mercado por una determinada cantidad de

dinero (valor de cambio). Las leyes del mercado fijan esta cantidad, tanto como fijan el salario del trabajador” (Cuenca J. *La producción de valor y sus condiciones*,1). El modo de concebir que algo es valioso o bien que tiene valor había entonces cambiado drásticamente, y se había interrelacionado a la actividad humana bajo el imperativo de que el producto o beneficio de la actividad fuese externo al agente, ya sea por su valor de uso o de cambio. De suerte que, la idea de valor se generalizó hacia el lucro y lo útil. El proceso de valorización se arraigó a la actividad del hombre como parte de la historia de su propia explotación:

A un tiempo fascinantes e insoportables, los hechos y las cosas de esta modernidad manifiestan bajo dicha forma contradictoria aquello que constituye el hecho fundamental de la economía capitalista: la contradicción irreconciliable entre, por una parte, el sentido del proceso concreto de trabajo/disfrute-un sentido “natural”, proveniente de la historia del “metabolismo” entre el ser humano y lo otro- y, por otra, el sentido del proceso abstracto de valorización –un sentido “enajenado”, proveniente de la historia de la autoexplotación del ser humano (Bolívar Echeverría. *La modernidad de lo barroco*, 148).

La valorización en sentido utilitario y mercantil pasó entonces a ser indisoluble ante cualquier actividad. De ahí que, incluso el uso del tiempo fuese considerado en tanto a las actividades en las que lo ocupamos, un recurso destinado a la ganancia o la inversión: “Separar, dentro de la vida cotidiana, el tiempo de la ruptura, como tiempo improductivo, del tiempo de la rutina, como tiempo productivo; depurarlos y repartirlos en la proporción adecuada –que subraya el carácter de excepción que tendría el primero respecto del segundo- es uno de los principales imperativos de la civilización moderna” (193). Así, comenzó la escisión entre trabajo y vida, trabajo aquí entendido como un uso del tiempo destinado a la ganancia a través de la producción. En consecuencia, los rasgos esenciales de la modernidad, como, la totalización de la razón⁶², evidente en avance tecnológico de la industrialización,

⁶² El pensamiento racional tiene la tendencia a reducir la actividad humana a la producción y a la conservación de bienes. Reconoce que la finalidad de la vida humana es desarrollarse, es decir, incrementar y conservar las riquezas. Pero considera el consumo equivalente a un carburante para un motor: no ve en él nada más que un elemento necesario para la producción. (Bolívar Echeverría. *La modernidad de lo barroco*, 35).

puesto al servicio del afán por la utilidad y el lucro, la hacían tender el hacia el capitalismo. En dicho sistema (el capitalista), la valorización imperante es la que dicta el mercado y sus valores basados en el valor de las mercancías. “El hombre de negocios fue el primero en restituir el valor a la utilidad...un mundo de valores nuevos se establecía...la utilidad se convirtió en fundamento del valor moral” (Bataille. El límite de lo útil, 48). Todas las cosas son vueltas mercancías, incluidos lugares, situaciones, experiencias y recursos (naturales y humanos). La valorización cierne su fin hacía el mundo de las cosas, en desproporción hacía el cultivo del espíritu y el valor humano, tal como apuntaba Marx: “La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas” (*Manuscritos económico-filosóficos*, 104). Entonces lo valioso viene a darse por mediación de ciertas actividades y no como algo en sí mismo. La repercusión de esto en los individuos es relativo a sus valores y más aún y de modo más preocupante al despliegue de su espíritu y el desarrollo de ciertas facultas en menosprecio de otras, a saber, de las que no producen utilidad ni valor mercantil.

A este respecto, una postura que merece la pena considerar para hacer frente a este tipo reduccionismos de lo valioso hacía lo útil, es la de Schiller. Pese a ser un pensador previo a la modernidad industrial, pudo avizorar algunos rasgos de su advenimiento, esto al reflexionar las consecuencias de la revolución francesa en una modernidad incipiente en el culmen de la totalización de la razón. En sus *Cartas a la educación estética del hombre*, Schiller escribe una crítica la modernidad. Esto puede apreciarse en su desprecio por el ideal del provecho, el cual logró expandirse hacia todos los regímenes de acción: “El provecho es el gran ídolo de nuestra época, al que se someten todas las fuerzas y rinden tributo todos los talentos” (Schiller, *Cartas a la educación estética del hombre*, 117). Tal ideal como imperativo de la modernidad, constituyó el espíritu de la época, expuesto en la tendencia valorativa hacía la utilidad, la eficacia y progreso técnico en descrédito por el despliegue del espíritu y el cultivo de la sensibilidad. Dicho menosprecio por estos últimos, se fundó en la idea de considerarlos improductivos y por tanto inútiles en términos de lucro.

En gran medida, la crítica que Schiller lanza a la modernidad tiene su causa en la indignación hacía su época, por el hecho de haber sometido al ser humano a una tiránica especialización en todos los ámbitos; en la práctica social y política, en los intercambios económicos y en

todas áreas del espíritu. En sus cartas, Schiller hace énfasis en que tal especialización del ser humano, prioriza algunas de sus facultades en descrédito de otras. Si bien la especialización era llevada a cabo en beneficio del progreso de la humanidad, el polarizar toda la capacidad humana a ella, acarreó el olvido del desarrollo armónico del conjunto de las facultades espirituales. No se trata pues de otra cosa, que del predominio de la razón y su desarrollo a partir de tal especialización. Esta, en menoscabo de la sensibilidad y el goce improductivo, que puede, por ejemplo, ofrecernos la experiencia estética, el contacto con la naturaleza, la convivencia armónica o la contemplación. Pues en ellas puede darse el libre juego de nuestras facultades, a saber, el desarrollo de los individuos que apunta hacia su realización y despliegue de su espíritu.

“...el placer se desvinculó del trabajo, el medio de su finalidad, el esfuerzo de la recompensa. Ligado eternamente a un único y minúsculo fragmento del todo, el hombre mismo evoluciona solo como fragmento; no oyendo más que el sonido monótono de la rueda que hace funcionar, nunca desarrolla la armonía que lleva dentro de sí, y en lugar de imprimir a su naturaleza el carácter propio de la humanidad, el hombre se convierte en un reflejo de su oficio, de su ciencia” (Schiller. *Cartas a la educación estética del hombre*, 149).

La propuesta de Schiller ante tal crítica, consistía en una reivindicación de la dimensión lúdica del ser humano, que contiene implícita una defensa por reivindicar lo inútil e improductivo, a saber, lo que no se considera valioso en virtud del provecho. Para ello, Schiller pretendía entonces una comunión entre la libertad y la necesidad llevada a cabo a través del impulso del juego. Dicho impulso permitiría al individuo el libre juego de las facultades, que sería bien el despliegue y cultivo del espíritu.

La postura de Schiller respecto a su oposición al afán por la utilidad constituye una valiosa crítica a la modernidad. Su intención fue retomada a mediados del siglo XX por Marcuse, quien dirigió su crítica hacia la valoración análoga hacia las personas en relación al trabajo y la productividad ceñidos a la utilidad. Tal efecto no es más que una consecuencia de lo que reflexionaba Schiller, y que aún tras ambos autores seguimos padeciendo actualmente esa tendencia hacia la utilidad en la valorización.

El hombre es valorizado de acuerdo con su habilidad para hacer, aumentar y mejorar cosas socialmente útiles. La productividad designa así el grado en el dominio y la transformación de la naturaleza: el reemplazamiento progresivo de un ambiente natural incontrolado por un ambiente técnico controlado. Sin embargo, mientras más es unida la división del trabajo a la utilidad para el aparato productivo establecido antes que para los individuos —o, en otras palabras, mientras más se apartan las necesidades sociales de las individuales—, más tiende la productividad a contradecir el principio del placer y a llegar a ser un fin en sí misma. La misma palabra llega a tener el olor de la represión o de su glorificación filistea: connota la resentida difamación del descanso, la indulgencia, la receptividad —el triunfo sobre los «bajos fondos» de la mente y el cuerpo, la domesticación de los instintos por la razón explotadora—. (Marcuse. *Eros y la civilización*, 147)

De ahí la falta de valor dado al ocio o bien la confusión en su valoración, esto al ser concebido o bien como una mercancía o medio, o bien como un sobrante de tiempo por ocupar en cualquier actividad evasiva auspiciada por la industria del entretenimiento. Dicha tendencia, sea cual sea el caso, desvaloriza al ocio de condición de actividad valiosa y con posibilidad de afirmar el valor de los individuos en el desarrollo de sus facultades. Y, por otra parte, en la satisfacción tras la actividad, como la calma, el descanso y la retribución de disponer libremente del tiempo propio, tras haber padecido la necesidad de haber vendido el tiempo en el trabajo.

3.1.1.-Crisis de los valores (politeísmo del valor, diversidad de las instancias valorativas en la modernidad)

El problema en torno al valor del tiempo de ocio emana en gran medida de la crisis de valores de la modernidad. En el primer capítulo explicamos que la modernidad se distinguió como una época de la caída del ocio y el primado por la vida activa. En ese primer apartado, ubicamos la causa del declive del ocio en el afán por un uso del tiempo destinado a la producción de valor mercantil, que a su vez era consecuencia de la división del tiempo y la división del trabajo que, con el advenimiento de la sociedad capitalista, transformaron las condiciones de trabajo y el uso del tiempo.

La cuestión expuesta nos muestra una fuerte incidencia en el valor dado al ocio, puesto que éste se subordinaba al trabajo al volverse una proyección suya mediante el consumo de mercancías. A pesar de ello, el problema del valor del ocio en aquella época no solo estaba teñido por esos cambios respecto a las condiciones de trabajo y vida en tanto las formas impuestas de ocupar un tiempo normatizado, sino que todo ello trajo consigo una crisis del valor. En definitiva, la crisis de los valores de la modernidad constituyó un impulso al cambio de valores, donde la contemplación por sí misma parecía ya no tener cabida como la actividad por excelencia según la había designado Aristóteles. Por su parte, dicha crisis de valores, anunciada en el marco de la modernidad tardía, principalmente, por Nietzsche y Max Weber, vendría a abonar el cambio de paradigma del ocio (mencionado en nuestro segundo capítulo) que se gestaba y que daría lugar a un cambio en su valoración.

Así pues, para plantearnos el problema en torno al valor del ocio, en tal caso, el valor entendido como predicado, es decir, como propiedad metafísica, es necesario primero enmarcar las coordenadas teóricas que dieron lugar al cambio de valoración. Para concretar ese primer paso, presentaremos un breve abordaje teórico relativo a la crisis de los valores en la modernidad, desde Nietzsche y Weber. A fin de encausar el cambio de paradigma de valoración hacia la propuesta de valor del ocio que se hará en el siguiente capítulo. En este punto es preciso recordar que en lo dicho anteriormente versa el objetivo de éste capítulo a modo de presentar el argumento medular de la presente tesis, que es la revalorización del ocio.

La problemática que se ha estado planteando en esta tesis sobre el valor del ocio, se enmarca, en primera instancia, en una problemática no solamente respecto de la concepción que se tenga del ocio según la época y sus cambios de paradigma, sino también de lo que se entiende por valor. La concepción del valor, así como su comprensión en cuanto a lo que es valioso en sí, corresponden a un problema de la modernidad, cuya crisis fue enunciada principalmente por Friedrich Nietzsche. Tal crisis de valores suponía la inversión o bien transmutación de los valores últimos, esto era, la desvalorización de lo que hasta entonces eran considerados los valores supremos: Dios, la verdad y la moral. Aunque la crisis de los valores planteada por Nietzsche tenía una connotación más moral que axiológica, estaba

enmarcada en los finales del siglo XIX, una época de auge de la industrialización y la primacía por la ciencia y la razón, de lo que resulta un cierto paralelismo con Weber.

El problema al que nos adentramos, sobre el valor del ocio, supone una noción de valor que esté desprovista de cualquier afán de utilidad en el sentido de valor mercantil, siguiendo así la idea aristotélica de un ocio como uso del tiempo a modo de elogio a lo improductivo y falto de utilidad.

En el pensamiento de Nietzsche, es notable su preocupación por la pérdida de valor de la vida contemplativa ante la vida activa. Tal cuestión era evidente en los modos de vida que imperaban en su época, y que se encontraban (como ahora) envueltos en el torbellino de la idea de progreso impulsada por el caudal industrial, que ponía como prioridad la acción racionalizada e instrumental.

El grave defecto de los hombres activos. Lo que les falta ordinariamente a los hombres activos es la actividad superior, es decir, la actividad individual. Actúan en calidad de funcionarios, de hombres de negocios, de expertos, es decir, como representantes de una categoría, y no como seres únicos, dotados de una individualidad muy definida; en este aspecto, son perezosos. La desgracia de los hombres activos es que su actividad resulta siempre un tanto irracional. No cabe preguntar al banquero, por ejemplo, el objetivo de su compulsiva actividad, porque está desprovista de razón. Los hombres activos ruedan como lo hace una piedra, según el absurdo de la mecánica. Todos los hombres, tanto de hoy como de cualquier época, se dividen en libres y esclavos; pues quien no dispone para sí de las tres cuartas partes de su jornada, es un esclavo, sea lo que sea: político, comerciante, funcionario o erudito. (Nietzsche, *Humano demasiado humano* I, §283).

Es notorio el vínculo que establece Nietzsche respecto a la filosofía de la antigua Grecia y su distinción entre hombres libres y esclavos (ya abordada aquí con antelación). En ella, sitúa a la contemplación como la actividad por excelencia, en estrecha relación con la libertad de disponer de sí mismo con entera voluntad. O bien, disponer del tiempo propio a voluntad como ejercicio de libertad hacia sí mismo, en lo que bien encuadra concebir el ocio como tiempo para la realización. En contraste, los activos padecen la falta de disponer de tiempo, por tanto, de disponer de sí mismos con entera voluntad; por ello es que no son libres y acaece en ellos una falta de espíritu auspiciada por la compulsión por la actividad, el lucro y las apariencias. En suma, los activos no son libres de conocerse a sí mismos ni de preocuparse por ellos mismos, así como tampoco lo son de realizarse y desarrollarse interiormente. En este sentido es que Nietzsche afirma que los activos son perezosos.

El problema del valor en la modernidad es que las valoraciones tendían hacia la utilidad y la eficacia. Tal proceder valorativo fue aplicado de manera evaluativa al uso del tiempo, tal como ya se ha señalado en los apartados anteriores. Sin embargo, la crisis de valor en su tendencia hacia lo útil también emergía no solo de una dimensión axiológica sino también moral. Nietzsche en su *Genealogía de la moral*, se opone al carácter utilitario de los valores. En dicha obra, se denuncia con gran astucia la crisis de valores en la modernidad, afirmada como un error la relación entre lo útil y lo bueno, desde una crítica a la innecesaria y común asociación entre lo útil y las jerarquías de valor o bien valorizaciones:

“El punto de vista de la utilidad resulta el más extraño e inadecuado de todos cuando se trata de ese ardiente manantial de supremos juicios de valor ordenadores de rango” (37-38).

Nietzsche expone la oposición a un rasgo utilitario en los valores, y en relación a lo bueno, en tanto que los juicios de valor no deben ser fincados en la utilidad como criterio de primer orden. Para Nietzsche el valor se encuentra en una crisis en la que es necesario revertir lo que se considera valioso y enunciar una reafirmación de los valores en sentido vitalista. El valor y los valores en consecuencia suponen una revalorización de la vida. La exaltación del valor de la vida presupone la necesidad de un tiempo para la realización, cuya actividad se encuentra durante el ocio.

Para Nietzsche la crisis de los valores, no es otra cosa que la desvalorización de todos los valores, o bien el tránsito hacia la transmutación de los valores. Esa desvalorización es lo que también define como el nihilismo, que implica la desaparición de los valores. Esta se representa con la muerte de Dios, esto es, la desaparición -inevitable en la modernidad- del fundamento último de todas las valoraciones. De acuerdo con Nietzsche, tras a la muerte de Dios como fundamento último de todas las valoraciones, no quedan más asideros metafísicos que brinden consuelo al individuo. Por lo tanto, corresponde a cada uno la creación heroica de nuestros propios valores, como superhombres.

Tal racionalización influye en la noción y teoría del valor, lo cual es apreciable de forma más notable en la obra de Max Weber. “La teoría weberiana de la racionalización sigue siendo una referencia insoslayable a la hora de arriesgar una visión general de las condiciones de valoración en las sociedades modernas” (Cuenca J. *El valor de la experiencia de ocio en la*

modernidad tardía, 44). De acuerdo Weber, la racionalización permea en las valoraciones como rasgo distintivo no solo de su época sino del capitalismo como sistema emergente y ética latente respecto a los regímenes de acción. A su vez, la racionalización trae consigo regímenes de acción basados en criterios que toman a la efectividad y la utilidad como valores esenciales e imprescindibles.

La intelectualización y racionalización recientes, no significan, pues, un creciente conocimiento de las condiciones generales de nuestra vida. Su significado es muy distinto; significan que se sabe o se cree que en cualquier momento en que se quiera se puede llegar a saber que, por tanto, no existen en torno a nuestra vida poderes ocultos e imprevisibles, sino que, por el contrario, todo puede ser dominado mediante el cálculo y la previsión. (Weber, *La ciencia como vocación, en el político y el científico*. 199-200).

La racionalización de la vida entendida en su totalidad, conlleva que todo puede ser abarcado por el cálculo y la previsión, y encausado por tanto a la utilidad en razón de ello. Es preciso recordar que Weber⁶³ se encuentra también con esto pensando en la transición⁶⁴ del siglo XIX al XX, en lo relativo a un incipiente marco hegemónico y casi imperativo de los modos de valorar y racionalizar la vida. En tal momento, parece que todo aspecto de la vida y más aún el tiempo no pueden escapar de la racionalización, de ahí que el momento histórico en el que vivieron y pensaron tanto Weber, como Nietzsche, tengan en común el cambio de paradigma y crisis de los valores. Para Weber la racionalización detona una escisión en las esferas de valor, esto es que, la modernidad provoca una escisión en la que los valores últimos pierden relevancia en los juicios de valor y regímenes de acción. “Los valores últimos pierden su eficacia práctica puesto que no pueden ya dirimir los conflictos entre juicios valorativos enfrentados pertenecientes a esferas que se reconocen autónomas” (Cuenca J, *El valor de la experiencia de ocio en la modernidad tardía*, 48. Ver *Gaya Ciencia* 158-160). Los valores más desprovistos de sensibilidad y duración han sido impuestos en favor de lo inmediato y lo banal. Por ello Nietzsche enfatiza la necesidad de la transmutación de los valores. Weber

⁶³ Respecto a Weber y el problema del valor: “La racionalización conduce al politeísmo de valores” (Cuenca J, *El valor de la experiencia de ocio en la modernidad tardía* 47).

⁶⁴ “Este largo proceso de desencantamiento del mundo comienza para Weber en el profetismo judío y se apoya en el pensamiento científico helenístico, para culminar en el radical rechazo puritano de toda acción mágico-sacramental a la que se le atribuya eficacia salvífica” (Cuenca J 45).

por su parte en la racionalización exacerbada que acarrea un cambio en el paradigma de los valores.

El destino de nuestro tiempo, racionalizado e intelectualizado y, sobre todo, desmitificador del mundo, es el de que precisamente los valores últimos y más sublimes han desaparecido de la vida pública y se han retirado, o bien al reino ultraterreno de la vida de la mística, o bien a la fraternidad de las relaciones inmediatas de los individuos entre sí (Weber, *La ciencia como vocación, en el político y el científico*.229).

La racionalización entonces ha influido de manera avasalladora en la realidad social, sus criterios de valor y juicios evaluativos respecto a sus prácticas y regímenes de acción. Los valores se tornan más en un medio que en razón de fin, por tanto, los valores últimos son desplazados.

La política y la economía modernas configuran una realidad social dominada por la acción racional conforme a fines: esto es, a ninguna práctica se le reconoce valor en sí misma, sino solo en cuanto está integrada en sistemas metódicos de conducta que persiguen la realización de los valores propios de su esfera (Cuenca J, *El valor de la experiencia de ocio en la modernidad tardía*, 56).

Los regímenes de acción y en sí las prácticas que dimanen de los intereses, deseos y necesidades de los sujetos en sociedad, están condicionados por una racionalidad conforme a fines. En cuanto a esos fines, se espera siempre un producto de su actividad, dado que no se le reconoce a ninguna práctica un valor en sí misma, sino por algo externo a ella. Pareciera que lo que se anhela es perder agencia, la cual, por otra parte, se recupera y se reafirma las actividades que tienen valor en sí mismas. En ellas, podríamos decir, en términos aristotélicos, que: “el acto se da en el agente”, puesto que se trata de prácticas que tienen valor en sí mismas, como lo es el ocio. Sin embargo, la racionalización cambia la noción de valor y desplaza o bien invierte los valores, pone a los fines en sí mismos a merced de los medios que se suponía llevaran a tales fines, como por ejemplo la inversión de la jerarquía de valor entre el trabajo y el ocio. De dicha inversión aquí pretendemos elucidar una crítica desde el valor como ya se ha dicho antes, pero nunca señalar que una actividad sea más valiosa que la otra. Por el contrario, indicar que la necesidad valorativa de su

interdependencia está fundada en la dignidad. En ese sentido, es posible afirmar que el ocio tiene valor no solo porque sea bueno o agradable, sino porque reafirma la dignidad de las personas al permitir disponer libremente de su tiempo.

3.1.2.-Lo objetivo o subjetivo del valor.

Cuando hablamos de que algo tiene valor y decimos es valioso, le adjudicamos tal adjetivo en medida en que nos resulta agradable, benéfico o satisfactorio, lo cual no solo suele suceder desde nuestra óptica individual, sino también desde el consenso social. Así, lo valioso, lo es tanto cuanto nos retribuye algo. Sin embargo, hay dos acepciones respecto a esa condición de valor. Una es que eso que nos parece valioso lo sea por sí mismo y no por otra cosa, y que al mismo tiempo por ello mismo justifique a otras cosas. Por otro lado, está lo que es valioso porque despierta nuestro interés o nos produce deseo. Esto se refiere a dos corrientes en las que se piensa el valor: objetivismo y subjetivismo, respectivamente. En adelante expondremos los fundamentos de estas dos posiciones y lo que aquí nos atañe recuperar de ellas para nuestra reflexión sobre el valor intrínseco y sus fines en sí mismos.

“El objetivismo puede representarse con Moore. Según Moore, decir que algo es bueno como fin es atribuirle la propiedad de bondad intrínseca” (419). Entonces eso quiere decir que, lo que tiene un fin en sí mismo es relativo al valor intrínseco, a lo que tiene de bueno por sí mismo y no por otra cosa a lo que se le esté atribuyendo valor. “La bondad intrínseca es una propiedad objetiva y no relacional del objeto; un valor que tiene la cosa muy independientemente de los deseos, intereses o placeres cualquiera” (419-420). En cambio, en el subjetivismo, es el sujeto el que decide qué es lo valioso, según sus deseos e intereses:

“El subjetivismo identifica a los fines con o por referencia a cierto estado psicológico. Incluye tanto las diversas formas del hedonismo como las teorías según las cuales lo bueno es cualquier objeto de deseo o interés” (Korsgaard. *La creación del reino de los fines*, 419).

Identificar los fines con los estados psicológicos del sujeto, de alguna manera hará que estos nos dicten lo que es valioso, lo cual puede hacer muy voluble la capacidad o acto de valorar algo. Pero orientar la idea que algo tenga valor hacia los deseos e intereses de los sujetos,

supone que se reconozca que estos tienen conciencia de lo que puede ser bueno para ellos. “Lo atractivo de las posturas subjetivistas es que reconocen la conexión de lo bueno con los intereses y deseos humanos” (420). Por consiguiente, una postura subjetivista respecto al valor ha de indicar que nosotros mismos podemos atribuir valor a algo según nuestro deseo o interés, de modo que sea nuestra voluntad decidir lo que sea valioso y esto no radique en el objeto en cuestión. Dejar la atribución de valor a la deliberación del sujeto comprende una cercanía a las posturas de Nietzsche, en la que los individuos debían crear sus propios valores. O la de Weber, donde las diversas esferas de valores incluso contrapuestas habrían de dar tal atribución según fuera el caso. Ambas posturas suponen una vuelta a la reafirmación de las individualidades, muy propia de la modernidad.

Dentro del marco de pensadores de la modernidad ya en sus últimas fases donde su crisis de valor era más evidente, podemos recurrir a Simmel, quien influenciado por Nietzsche y Weber, puso en la mira de sus reflexiones las cualidades que fundan el valor desde las percepciones subjetivas. Tales cualidades son percibidas por el agente que las percibe desde la actividad en que se relaciona con ellas:

Al hallarnos frente a ciertas cosas, personas o acontecimientos, suponemos que no solamente nosotros las experimentamos como valiosas, sino que serían valiosas aun cuando nadie las apreciara. El ejemplo más sencillo es el valor que atribuimos al sentimiento de los seres humanos, a lo moral, elegante, poderoso y bello. Que estas cualidades interiores se manifiesten o no en los hechos, que permitan u obliguen el reconocimiento de su valor, e incluso, que su mismo agente, provisto del sentimiento de este valor peculiar, reflexione sobre ellas (Simmel, *Filosofía del dinero*, 51).

Las cualidades hacen dimanar el sentimiento que nos permite justificar o no un determinado valor dado a las cosas, personas o situaciones. Según Simmel, ese sentimiento nos permite dimensionar el valor de algo. “Por supuesto, todo valor que sentimos como tal es, precisamente, un sentimiento; lo que queremos expresar con este sentimiento es un contenido significativo en y para sí, que el sentimiento realiza psicológicamente” (52). Las cualidades que hacen surgir tal sentimiento dan lugar a un interés particular por ellas, esto es, el valor, del cual pueden también estar estrechamente relacionados la necesidad y el deseo.

Simmel otorga una carga subjetiva al valor, y dicha carga se define por determinados intereses. Estos intereses están en una relación causa-efecto con el deseo que provocan en relación al impulso por buscar al mismo y su posterior disfrute. “Los procesos subjetivos del impulso y el disfrute se objetivan en el valor, esto es, de las relaciones objetivas, surgen obstáculos, carencias, exigencias de algún precio” (63). La carga subjetiva del valor reside en los intereses de los que surge el deseo, su impulso y el disfrute. Todo ello queda objetivado en el valor, que da lugar a las relaciones objetivas desde el mismo. Así, para nosotros algo que puede no ser valioso puede serlo para alguien más, o viceversa. El deseo surge en virtud de su relación con las cosas. En otras palabras, el deseo es, en gran medida, extrínseco. No obstante, el deseo por sí mismo en sentido intrínseco está en relación con la necesidad, y como la necesidad siempre es en virtud de algo externo da paso a que el deseo sea de carácter extrínseco a partir de su relación con las cosas. De ahí que se pueda hablar también de una carga objetiva en el valor.

Para Simmel el sujeto objetiva sus intereses y deseos en el valor: “La relación práctica con las cosas, por el contrario, produce un tipo muy distinto de objetividad, esto es, cuando las circunstancias de la realidad separan el contenido del deseo y el goce de este mismo acontecer subjetivo y, de este modo, producen precisamente aquellas categorías particulares a las que llamamos valor” (64). El valor en cuanto tal surge entonces de esa relación práctica con las cosas, en un movimiento que va de lo interior a lo exterior, del sujeto a los objetos, a través de esa separación del contenido del deseo del acontecer subjetivo con la realidad. En dicho proceso surge la noción del valor.

Las reflexiones de Simmel en torno al valor tienen una clara tendencia social, no por nada el mismo Simmel habría de elucidar gran parte de su teoría del valor en la relación que, como sujetos, tenemos con el dinero como objeto. En su *Filosofía del dinero*, Simmel detecta desde su época de auge industrial, una inclinación a desarrollar una psicología del valor a partir de algo que aparentemente y por sí mismo no podría tener valor, sino solamente en razón de otras cosas, tal es el caso del dinero. De igual modo, para Simmel esas elucubraciones sobre el valor son reflejo de una extrema racionalización de la sociedad que va en incremento a la par de la industrialización.

3.1.3.-El valor en medios y fines

El valor es aquí entendido en forma de predicado, es decir, como una propiedad del objeto. Es entonces preciso explicar lo que se entenderá por valor de aquí en adelante. Cuando algo tiene valor, es generalmente porque provee beneficios relativos al disfrute, se trata de algo, sea objeto o situación que posee una función compensatoria y, por lo tanto, gratificante. Por ello, coincidimos con Villoro en qué: “Podemos entender por valor las características por las que un objeto o situación es término de una actitud⁶⁵ favorable” (Villoro, *El poder y el valor*, 13). Podemos vincular el valor también a los intereses, entendiendo por estos las actividades que remiten al gusto y la satisfacción, además de lo favorable y lo benéfico: “Valor, podemos decir, es para cada quién lo que responde a su interés” (15). Aquí se pueden decir dos cosas al respecto, algo es valioso porque al realizarlo nos remite al gusto y a la satisfacción o la fuente de su valor está en el gusto y satisfacción que nos produce. Cabe resaltar que la primera parte del disyunto es una concepción objetiva del valor y que tengamos satisfacción es una cualidad secundaria del objeto, mientras que la segunda es una concepción subjetiva del valor cuya fuente está en las experiencias agradables del sujeto.

Concebir una actividad con valor lleva a la necesidad de vivirlo como experiencia. Esto es posible pensarlo en términos de lo que entendemos por valor en relación a nuestras necesidades en tanto aquello que nos hace falta, en palabras de Villoro: “Toda captación de un valor sea dado en la experiencia o proyectado en la imaginación, implica la vivencia de una falta” (15). En consecuencia, el valor también puede ser pensado en términos de alivio: “Valor es pues, lo que aliviaría una privación, aplacaría la tensión del deseo, cumpliría el anhelo, volvería pleno un mundo carente” (16). El alivio de una privación es tan valioso como necesario, más aún cuando se trata de un alivio que nos es favorable y que propicia diversos beneficios por sí mismo. Una actividad valiosa por sí misma, en tanto que el beneficio radica en el agente que lo lleva a cabo, en éste caso en el hombre, y por ello no tiene necesidad de

⁶⁵ Para una comprensión más amplia de lo que refiere Villoro respecto a actitud: “Actitud...se refiere a una disposición adquirida que se distribuye de otras disposiciones por su dirección favorable o desfavorable hacia un objeto, clase de objetos o situación objetiva. Lo que la caracteriza es pues, su carga afectiva hacia algo...Una actitud es una disposición emocional que tiene por término uno o varios objetos o situaciones específicas. Cuando es positiva, favorable al objeto, llamamos, en un primer sentido “valor” a las propiedades del objeto o situación que se refiere. Las actitudes pueden analizarse en dos componentes: creencias y afecto” (Villoro, *El poder y el valor* 13).

un producto o fin externo, ya que se trata de un fin y no un medio para otra cosa. Para definir esa cualidad del valor es importante exponer qué es un valor en sí mismo y matizar las diferencias de estos como medios o fines. Es decir que, es preciso enfatizar en las definiciones y distinciones entre lo intrínseco y lo extrínseco.

El valor intrínseco es la forma más pura del valor. Esta precede a todo valor y tiende a ser un fin en sí mismo. El hecho de que algo posea valor intrínseco significa que es fuente de valor, es decir que no depende de algo más para poder tener valor. Todas las cosas tienen valor intrínseco, pero valen como tal en cuanto no son fuente de algo más. Cabe destacar que entenderemos aquí el valor extrínseco, como valor dado por algo más; y el valor instrumental como un medio, un valor en función de medios y fines.

Por el contrario, lo autotélico, a ser valioso en sí mismo, en tanto que es un fin. Lo autotélico es relativo a lo intrínseco, en tanto que se trata de un fin que es valioso en tanto fin por sí mismo. Del valor intrínseco surgen todas las demás cualidades del valor: "...al valor propiamente dicho, al que apreciamos por él mismo, podríamos llamarlo valor intrínseco" (16). El valor intrínseco es la forma originaria del valor, es decir, es la fase previa a todas las otras formas de valor.

Pero de ahí surge otro valor que vincula al objeto o situación con las condiciones externas a él mismo, "también llamamos valor, en el lenguaje ordinario, a todo aquello que produce, sirve o conduce a un valor intrínseco. A éste valor en sentido amplio lo denominaremos extrínseco" (16). La diferencia fundamental entre valor intrínseco y extrínseco se funda en la valuación entre fines y medios. Se dice que algo tiene un valor intrínseco por qué su valor lo adquiere por sí mismo y no en función de otra cosa externa. Por el contrario, cuando algo tiene valor extrínseco es por qué adquiere su valor en función de algo más, a saber, como medio que pretende un fin concreto, es decir, que, "se conoce por su propiedad de propiciar la realización de otra situación (...) Un objeto tiene valor extrínseco solo si posee las propiedades que se requieren para obtener un determinado valor intrínseco "(17). Un medio posee valor extrínseco, en medida que posibilita lo indispensable para el fin.

La condición del valor intrínseco como fin radica en que: "un objeto o situación tiene valor intrínseco si posee las cualidades requeridas para satisfacer nuestra tendencia afectiva hacia él, y remediar nuestra carencia" (17). Esto implica una necesidad por comprender qué es lo

que realmente tiene valor. “La disposición de captar lo valioso puede ser educada. Se requiere entonces de experiencias anteriores que agudicen la capacidad de percibir el valor en un campo determinado. La educación de la sensibilidad a su vez está condicionada por un medio cultural determinado” (21). Por eso es que su valor está en tanto que es un fin: “Atribuir valor a un fin es pretender, en realidad, que su realización será valiosa” (31). Así, la disposición hacia lo valioso, es una capacidad que puede desarrollarse, e incluso, debe ser educada.

Ante esto es prudente recordar la distinción entre valor intrínseco y extrínseco nuevamente, pero más aún, desde lo entendido como valor, que como tal radica en el valor intrínseco, más en el fin que en el medio.

“La moral se refiere de tal modo a los medios que parece casi inmoral considerar cualquier cosa en relación exclusiva con su valor intrínseco. Pero es evidente que nada tiene valor como medio, a menos que aquello de lo que es medio tenga un valor por sí mismo. Se deduce de esto que el valor intrínseco es lógicamente anterior al valor como medio” (Villoro, *Bertrand Russell: Antología*, 244).

La distinción entre un tipo de valor y otro obedece a un orden, lo que es un medio para llegar a un fin se vuelve valioso más que como medio por sí mismo, por su relación con dicho fin. Por tanto, medios y fines han de tender hacia lo bueno o valioso para considerarlos dentro de los márgenes de una determinada moral. Sin embargo, la importancia de tal tendencia se funda en los fines, pues estos son los que rigen a los medios, si el fin es bueno, el medio no necesariamente lo será, pero es más propenso a inclinarse a ello.

3.1.4.- La cuestión del valor intrínseco y extrínseco.

Cuando se hace referencia al valor de algo, el valor intrínseco es lo más próximo al valor como tal, lo cual nos lleva a pensar en que eso que se dice valioso es bueno. Entonces asociamos el valor con la idea de lo bueno. Para mayor fundamento en la argumentación sobre el valor intrínseco desde el campo de la filosofía, es preciso hacer referencia a G.E Moore. Pese a las diferencias con los autores y tradiciones citados en esta investigación, recurrimos a dicho autor por tratarse de un pensador imprescindible para teorizar respecto al valor intrínseco. Particularmente porque Moore sentó las bases de una teoría del valor

fundada en la distinción entre valor intrínseco y extrínseco. No solo marcó la diferencia entre estos, sino también sus puntos de encuentro en acciones morales, en relación con lo bueno y la virtud misma. Además, es oportuno mencionar que Moore enfatizaba la importancia de la razón de fin en relación al valor intrínseco o extrínseco, lo cual resulta de amplia relevancia para esta investigación que trata de mantener ese aspecto en la presente propuesta. Por lo cual, de Moore hemos de tomar su predilección por tender a considerar los fines y el valor intrínseco como de mayor valía, cercanos, por ende, a lo bueno, a la virtud y lo edificante. “Siempre que se piensa en el ‘valor intrínseco’ o ‘importancia intrínseca’, o siempre que dice que una cosa ‘debe ser’, tiene ante sí un objeto único —una propiedad única de las cosas— que doy a entender con ‘bueno’” (*Principia ética*, 15). Bajo tal idea de conexión sobre lo bueno con lo que es un fin y por ende valioso en sí mismo, podemos preguntarnos sobre la relación entre lo bueno y los medios, pues en ello suele haber una relación causal como tal.

Sobre la distinción entre medios y fines, Moore se inclina más hacia la valorización por los fines, dada la identificación de estos con el valor intrínseco. Moore señala: “Siempre que juzgamos que una cosa es ‘buena como medio’, estamos juzgándola con respecto a sus relaciones causales. Juzgamos, a la vez, que tendrá un efecto de un género particular y que este efecto será bueno en sí” (19). Entonces podemos decir que los medios serán buenos siempre y cuando persigan fines buenos. Es decir, que el medio ha de causar un efecto bueno al llevarse a cabo para un determinado fin. Por lo tanto, los medios también pueden ser buenos y al mismo tiempo valiosos. Un valor extrínseco o medio no es necesariamente perjudicial. Que sean perjudiciales o no, no depende en su naturaleza como extrínsecos, sino en que su valor es dado por otro objeto. Así, si el objeto por el que x tiene valor extrínseco es malo, entonces el valor de x será malo, de igual manera si dicho objeto es bueno, entonces x será bueno. No obstante, su valor no reside en que sea extrínseco, de lo contrario su valor sería intrínseco en vez de extrínseco, ya que tendría valor en sí mismo.

En el caso de un medio, esto dependerá del fin.⁶⁶ Pero elaborar un juicio así supondría asumir una clara superioridad del fin sobre el medio. Esto no significa que uno sea más valioso en

⁶⁶ Esto fue tratado en el capítulo anterior, donde al analizar las ideas de Marx respecto al trabajo alienado, dimos cuenta de cuál es el tipo de trabajo que trae en consecuencia una instrumentalización o mercantilización del ocio, en tanto que lo desvirtúan de modo que su fin no es en sí mismo el individuo, sino algo externo a él. De ahí que el trabajo alienado traiga como consecuencia una proletarización del ocio, o bien un ocio alienado.

sí que otro; ambos tienen valor, pero de manera distinta. Lo mismo ocurre con el valor del trabajo y el ocio. Sin embargo, según Moore, un valor intrínseco puede considerarse como superior a un valor extrínseco mientras su razón de fin sea buena en sus efectos a diferencia del medio para llegar a él:

“Los juicios de valor intrínseco tienen la superioridad sobre los juicios de medios en que, una vez verdaderos, son siempre verdaderos; mientras que lo que es en un caso un medio para un buen efecto, no lo es en otro. Por esta razón, el dominio de la ética que sería más útil elaborar como guía práctica, es aquel que examina qué cosas tienen valor intrínseco y en qué grados” (157).

En el caso de la cita expuesta habría que recordar una vez más que, el valor intrínseco es lo que precede al extrínseco, a saber, el fin da valor al medio. Todo medio tiene valor en virtud de su fin. No obstante, el fin no se logra sin el medio, para que el fin se consuma, sea realizable y valioso, el medio debió haberlo sido también. Por ejemplo, trabajar para tener ocio, es a llevar a cabo un medio para llegar a un fin que permita disfrutar del esfuerzo de aquel medio, de su consecuencia.

Aquí es relevante apreciar que las acciones que se ejercen como medio en aras de un fin, de un valor, también pueden ser valiosas y buenas, y éstas estarán motivadas por las consecuencias que se busquen en el fin a alcanzar. Pero las acciones se pretenden por un interés que ha de implicar tanto el fin como el medio. “Lo que es de mi interés puede también ser un medio para lo mejor posible” (161). Si me interesa algo es porque pienso que es favorable y benéfico para mi persona, lo que equivale a que sus efectos serán buenos. Aquí es donde, en el caso del valor del ocio, se presenta la condición de posibilidad para la virtud, en lo relativo a buscar los mejores efectos posibles a través de un medio para llegar un fin movidos por cierto interés. De acuerdo con Moore, en tal caso, “una virtud puede definirse como una disposición habitual a llevar a cabo ciertas acciones que generalmente producen los mejores resultados posibles” (162). En este sentido el ocio puede ser medio propicio para el cultivo de la virtud.⁶⁷

⁶⁷ Dicha idea fue planteada por Aristóteles en *La política*, cuando afirmaba que: “se necesita del ocio para el nacimiento de la virtud (1329a)

Moore añade a lo que entiende por virtud que: “las virtudes son comúnmente consideradas como buenas en sí. El sentimiento de aprobación moral, con que generalmente las consideramos, consiste en parte en atribuirles valor intrínseco” (162). Entonces la virtud posee valor intrínseco, por ser consideradas buenas en sí, pero también pueden ser un medio valioso para llegar a otros fines por medio de acciones que requieran del ejercicio mismo de la virtud. Es decir, la virtud es valiosa por sí misma, por ello es buena, y puede ser un medio valioso para determinados fines. El valor de la virtud está estrechamente ligado al valor en su más puro sentido, lo que lo liga de igual modo al valor de lo humano, un valor que se comprende como incalculable en términos mercantiles y aún más allá de toda utilidad instrumental. El valor de la virtud está entonces más cercano a la concepción de un sentido o fin último de la vida humana.

Lo que puede ser entonces considerado como valioso de manera indiscutible es lo que se asocie al valor del ser humano, de modo que, el ser humano es la fuente del valor: “El único valor que existe es el que les dan los seres humanos a sus vidas. Nosotros debemos ser, pues, la fuente del valor” (Korsgaard. *La creación del reino de los fines*, 461). Y así nos corresponde cargar los criterios de valor de modo que se encuentren influidos por esa fuente del valor es la vida humana.

El valor no es solo intrínseco de manera aislada, puede ser valioso también en relación a otras cosas. Una actividad puede ser valiosa, por ejemplo, por el hecho de que no se trata de una obligación sino de una acción impulsada por el gusto o afición, que puede servir para fomentar virtudes o el desarrollo de capacidades. Pero no por el hecho de tener valor como medio para algo más que supone un bien, significa que se trate de un valor instrumental. Es aquí conveniente recordar nuevamente que, la distinción entre valor extrínseco e instrumental radica en que, el valor extrínseco se refiere a un valor dado por algo más, mientras que el valor instrumental se refiere a un medio, esto es, a un valor en función de los medios-fines.

3.2.-El valor del ocio

El ocio tiene una condición en la que por sí mismo es percibido como experiencia favorable, en tanto que valioso por sí mismo, podemos vincular su valor también a los intereses, entendiendo por estos las actividades que remiten al gusto y la satisfacción, además de lo

favorable y lo benéfico que pueda resultar de ellas. Así, el ocio recupera los intereses que escapan a las dinámicas del trabajo, las cuales remiten más al terreno de la obligación. Por tanto, el ocio es valioso en gran medida porque nos remite al gusto y a la satisfacción. EL ocio entonces propicia una inclinación subjetiva del valor cuya fuente está en las experiencias agradables para el sujeto. De ahí que el valor intrínseco del ocio implique que se espere una retribución positiva de este. Por ejemplo, un rasgo esencial del ocio es dar lugar al juego y la recreación, ambos, están estrechamente ligados a la necesidad del descanso, a la vez que son necesarios en un sentido de liberación del trabajo.

Concebir el ocio como una actividad con valor lleva a la necesidad de vivirlo como experiencia. El ocio se considera como una experiencia con valor puesto que conlleva una necesidad de un tiempo para sí mismo, para el desarrollo tanto personal como social, para el deseo, la recuperación, la recreación, el descanso más allá de la reposición y la evasión. Aristóteles concibe el ocio como valioso, imprescindible y necesario para una vida feliz. Puesto que para Aristóteles el ocio es una actividad valiosa por sí misma, en tanto que el beneficio radica en el agente que lo lleva a cabo, en éste caso en el hombre, y por ello no tiene necesidad de un producto o fin externo, ya que se trata de un fin y no un medio para otra cosa.

Todas las cosas tienen valor intrínseco, pero valen como tal en cuanto no son fuente de algo más, como veremos que sucede con el ocio. El ocio en sí mismo puede tener valor intrínseco, mientras que, dependiendo del contexto, puede contribuir a ser medio para fines beneficiosos. Es importante señalar que, en ese tenor, el ocio puede llegar a tener no solo valor intrínseco sino también extrínseco o instrumental.

Por definición, el ocio tiende a lo autotélico, a ser valioso en sí mismo, pues se trata de un fin. Sin embargo, podemos observar que el ocio existe en relación a un vínculo moral con el trabajo, necesario para captar el valor de ambas actividades. Es necesario valorar el trabajo para poder dar valor al ocio. Sin embargo, tales actividades implican una distinción en tanto a la distinción entre el valor que contienen y su condición de medio y fin.

El trabajo necesita del ocio. Según Aristóteles, trabajamos para tener ocio. Aunque dicha idea proviene de un contexto de polarización y desprecio al trabajo, en realidad se refiere a un determinado tipo de trabajo. No obstante, esta idea es más que nada enfocada a la necesidad

del paso de la actividad a la no actividad: tal como se afirma en la raíz misma del ocio, (ya comentada en el primer capítulo) “estamos no ociosos para tener ocio”. De esa manera es posible concebir el trabajo como medio, en el sentido en que es también un medio para llegar al ocio. No obstante, como medio, el trabajo posee un valor extrínseco. En relación al ocio el trabajo, como medio, tiene valor extrínseco, en tanto que brinda las condiciones legítimas que se requieren para tener derecho al tiempo libre que puede ser destinado al ocio, entendido como el fin de aquel medio, como el valor intrínseco conseguido.

El ocio es una necesidad humana en tanto tiempo para hacerse a sí mismo, para formarse como sujeto, de ahí que sea propicio para el cultivo de la virtud y el desarrollo de capacidades. De ahí también su condición de valor intrínseco. Pese a esto, el ocio puede caer en una valoración instrumental cuando se le concibe solamente como medio para el mero placer, el vicio, y cualquier actividad alienante que vaya en contra del desarrollo y realización del individuo. El problema de esto estriba, como se ha señalado en el capítulo anterior, en reducir el ocio al mero entretenimiento evasivo y alienante, en lugar de orientarlo al cultivo de la virtud, la recreación y el descanso. Por tanto, el ocio es valioso en tanto nos forma como seres humanos y potencia nuestras posibilidades de desarrollo, así como nuestra sensibilidad y promoción hacia ciertos valores.

Por otra parte, el trabajo se subordinaba al ocio en su raíz clásica, bajo la premisa de que el ocio era más importante que el trabajo. Por otra parte, en la actualidad conocemos un orden inverso, en el que el trabajo subordina al ocio e incluso lo pone a su servicio. Por ejemplo, durante su tiempo de ocio muchos trabajadores se empeñan en aprender y desarrollar habilidades enfocadas al trabajo mismo. De ese modo resulta que su tiempo de no trabajo termina convirtiéndose en una reproducción del esquema de su tiempo de trabajo. O bien, suele suceder que, por falta de capacidad para tener ocio, incurren en ocupar dicho tiempo para sí mismos en actividades evasivas y poco edificante e incluso autodestructivas.

Además, la subordinación del ocio al trabajo lo posiciona al ocio mismo como una actividad residual y de menor valía, a la vez que lo vuelve propenso a ser mal orientado. Tal subordinación representa una inversión de la máxima aristotélica de “trabajamos para tener ocio”, y supone además una valorización instrumental del tiempo de ocio. Concebir el ocio como medio para reponer la fuerza de trabajo o para su mercantilización en el afán de

consumo a través de entretenimientos cuyos fines son la evasión y el vicio, implica someterlo a una valorización instrumental con razón de fin externa al agente. En cambio, establecer el valor del ocio en las virtudes y valores que puede propiciar en lo social y lo individual, lo orienta a tomar sentido como actividad emancipadora y recreativa.

El ocio tiene valor en virtud de que potencia el desarrollo de los individuos y los beneficia en sí mismos. El ocio tiene valor intrínseco, pero puede tener también valor en relación a algo. Su valor no es solo intrínseco de manera aislada, puede ser valioso también en relación a otras cosas, por el hecho de que no se trata de una obligación sino de una acción impulsada por el gusto o afición, que puede servir para fomentar virtudes o el desarrollo de capacidades. No por ello se trata de un valor instrumental. Es aquí conveniente recordar nuevamente que, la distinción entre valor extrínseco e instrumental radica en que, el valor extrínseco se refiere a un valor dado por algo más, mientras que el valor instrumental se refiere a un medio, esto es, a un valor en función de los medios-fines.

El valor intrínseco es fuente de valor, no depende de algo más para ser valioso. Todo valor deriva de la felicidad (Aristóteles) y la buena voluntad (Kant). Todas las cosas tienen valor intrínseco, pero valen como tal en cuanto no son fuente de algo más, como el ocio. Esto nos hace ver que también la concepción de Moore puede llegar a ser muy ambigua. El ocio en sí mismo puede tener valor intrínseco, mientras que dependiendo del contexto puede contribuir al cultivo de virtudes, es decir, que puede tener también valor extrínseco. Esto es, puede ser valioso en función de otras cosas. Por ejemplo, como medio para la recreación, el descanso, la convivencia o la desconexión, o bien para las virtudes y el desarrollo de capacidades, como se ha señalado ya.

El ocio entendido desde el concepto de Dumazedier (1964), como “tiempo para la realización”, tiene una amplia relación formativa con el cultivo de virtudes. En el desarrollo del individuo está presente la necesidad de ejercitar la virtud, lo cual se encuentra implícito en el fin del ocio, que ha de ser el mejoramiento del individuo, el cambio y beneficio en el agente mismo y no en algo externo. Ya en *La política*, al hacer alusión a la correcta formación de los ciudadanos y su participación en la *polis*, Aristóteles hace notar el vínculo entre ocio y virtud: “se necesita ocio para el nacimiento de la virtud y para las actividades políticas” (1329a4). El ocio da lugar al cultivo de la virtud, que resulta indispensable para el

mejoramiento del individuo y la potencia de su ser. Por esto último, es también que el ocio posee valor.

¿Qué relación hay entre el valor y la virtud? En el ocio, el valor es el criterio que valida a la virtud, pues la virtud refiere a los hábitos y el valor al criterio sobre en qué emplear el ocio. Entendemos aquí que, las virtudes “no son ni facultades ni pasiones, sino modos de ser” (Aristóteles, *La ética* 1106a10). Por tanto, ligamos al ocio con virtudes como: prudencia, gratitud y cordura. De ahí que retomamos a Macintyre quién define las virtudes en:

Aquellas disposiciones que no sólo mantienen las prácticas y nos permiten alcanzar los bienes internos a las prácticas, sino que nos sostendrán también en el tipo pertinente de búsqueda de lo bueno ayudándonos a vencer los riesgos, peligros y distracciones que encontremos y procurándonos creciente autoconocimiento y creciente conocimiento del bien (*Tras la virtud*, 161).

Definir las virtudes desde rasgos de carácter por medio de disposiciones en prácticas de autoconocimiento y conocimiento del bien, direcciona nuestro entendimiento por la virtud hacia la realización fundada en determinados valores previos. El desarrollo de la capacidad para tener ocio⁶⁸ propicia la virtud. Esta última, puede entenderse dentro de las tres siguientes acepciones: como carácter, como sensibilidad y como habilidad. La virtud como sensibilidad puede darse en el ocio en su función de desarrollo a partir de la creatividad, que puede ser también propiciada por la función del descanso a través de la recreación. En ese sentido, podemos plantear en el ocio la creatividad como virtud. La creatividad como virtud en el ocio abre la posibilidad para una vía emancipadora del ocio.

Por otra parte, el buen empleo del tiempo de ocio y la razón de fin, así como el enfoque de sus prácticas son también escenario para el ejercicio y cultivo de la prudencia. La prudencia,

⁶⁸ Respecto a la capacidad para tener ocio, ya mencionada por Aristóteles, podemos agregar que se trata de “una verdadera capacidad de las personas para decidir autónomamente sobre sus vidas, de modo tal –dirá Leif– que a la disposición del tiempo para uno mismo se añada la disponibilidad de un tiempo para/con los demás, como una exigencia inherente a cualquier proceso de socialización que sea estimable. Como un tiempo no solo libre, sino liberado de coacciones (en el trabajo, las rutinas diarias, etc.), dejará de ser un tiempo secundario para tener valor en sus concepciones y en sus significados (José Antonio Caride Gómez. “Lo que el tiempo educa: el ocio como construcción pedagógica y social.” P306 ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura Vol. 188 - 754 marzo-abril (2012) 301-313)

o fronesis constituye una habilidad práctica. Por otra parte, la virtud, es también entendida como rasgos de carácter, en tanto es adquirir la excelencia y el hábito. Aunque, la virtud como habilidad tiene más que ver con las prácticas.

De las virtudes que propicia el ocio consideramos principalmente a la prudencia y la gratuidad. La primera por implicar un buen uso del tiempo en tanto desarrollar la capacidad de tener ocio y emplearlo en actividades edificantes. La segunda, por implicar la satisfacción de carácter intrínseco y no mercantil-utilitario que el ocio no propicia en tanto que es fin en sí mismo y dentro de él está el enfocarse en el desarrollo y mejoramiento del individuo. Es importante en este punto remarcar que, el ocio puede ser benéfico en lo social y en lo individual⁶⁹. Se encuentra permeado por una ética e implica en sus prácticas la promoción de determinados valores y ello puede implicar o no cierta inclinación moral.

No obstante, en esta investigación nos inclinamos por una visión del ocio cercana a una ética de las virtudes, la cual implica una distancia con una moral enfocada al deber. “Las acciones que repercuten en uno mismo tienen que ver con la prudencia, no con la moralidad, en la medida en que no afectan a otros”. (Ortiz, “¿Tenemos deberes hacia nosotros mismos?” en Platts, *Conceptos éticos fundamentales*, 156). Esto es que, el tener buen ocio o desarrollar la capacidad para tenerlo, no necesariamente debe de ser una obligación. Esto le daría una connotación moral centrada en el deber. En cambio, para desarrollar la capacidad para tener un ocio edificante que propicie la virtud, es necesario que nuestra agencia, esta entendida como nuestra capacidad de actuar, sea un ejercicio de la virtud misma, en este caso, de la prudencia.

La “moralidad” tiene que ver con aquellas de mis actividades que se dirigen a otros. La “prudencia” tiene que ver con aquellas de mis actividades que se dirigen a mí mismo. [...] A la “moralidad” le interesan las relaciones; se trata de una fuerza que prevalece entre los seres. [...] Dada la perspectiva que dicta el sentido común, no es

⁶⁹ El ocio de ha distinguido por su importancia individual en tanto tiempo para sí mismo, pero posee también una relevante carga social al propiciar la recreación y la convivialidad. Dado que se trata de un uso de tiempo que posee: “un máximo posible de oportunidades individuales y colectivas en su “gestión” del tiempo; esto es, el derecho a poder disponer por sí mismo “de las condiciones temporales de su cotidianeidad y, a partir de su propio significado, poder compaginar mutuamente la vida propia, la familia, las relaciones entre géneros y entre generaciones, el empleo y la vida pública” (Mückenberger, 2007, 271. Citado por José Antonio Caride Gómez. “Lo que el tiempo educa: el ocio como construcción pedagógica y social.” P 306 ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura Vol. 188 - 754 marzo-abril (2012) 301-313 ISSN: 0210-1963 doi: 10.3989/arbor.2012.754n2004

para nada sorprendente que no haya A morales para con el yo... (J. Driver, "Review of Fram Morality to Virlyue", p. 506. Citado por Ortiz, 156).

La prudencia influye en el ocio, puesto que, al servirnos libremente de ella, podemos saber cuál será el ocio edificante, de ahí que la virtud de la prudencia sea necesaria para desarrollar la capacidad de tener ocio. El dirigir nuestro empleo del ocio con prudencia permitirá que mesuremos nuestra propia actividad. El ocio por ser valioso en sí mismo resulta benéfico, pero esto radica en mayor medida en los hábitos y virtudes que se cultivan a través de él o no. Llevar a cabo el ejercicio de la virtud en nuestro ocio nos ayuda a saber distinguir cuándo es que éste nos trae un beneficio y cuándo nos produce daño. En todo esto, se apela a una racionalidad práctica, en tanto apoyo para elucidar la distinción entre daño y beneficio, en lo que la razón de fin será lo que indique si el agente está potenciado o mejorando alguna de sus capacidades o bien porque no se encuentre en un ocio en función de descanso. El ocio, independientemente de su actividad, es benéfico y puede dejar de serlo no porque sea malo en sí mismo, sino porque el agente, al carecer de formación, virtud y criterio respecto al valor del ocio, no lleva a cabo una racionalidad práctica en sus actos que le hagan ver la frontera entre lo que puede ser benéfico o dañino para él.⁷⁰ De ahí que las implicaciones del ocio en el ejercicio de la virtud sean pertinentes a una ética de las virtudes.

Lo importante de lo anterior, es que el ocio es bueno y valioso en sí mismo, y ello no depende de las actividades que se lleven a cabo en él ni de si es un medio o un fin. Su modo nocivo entonces dependerá de la incapacidad de los sujetos para fijar límites, lo que podría pensarse también como falta de virtud o bien de prudencia. Por tal motivo, es indispensable la formación para el ocio, cosa que ya Aristóteles anuncia en *La política*, en lo relativo a la importancia de la educación de los jóvenes y la formación del ciudadano. Resulta claro entonces, que el ocio se conecta con las virtudes, más aún, cuando se trata de un ocio concebido como tiempo para la realización (Dumazedier 1964). Particularmente, la

⁷⁰ De ese modo, el ocio puede entenderse también como una expresión del cuidado (como veremos más adelante) o preocupación por nosotros mismos, pero "tampoco hay por qué pensar que las preocupaciones por nosotros mismos tienen que ser simples cuestiones de interés propio, porque a veces constituyen un medio para la búsqueda de los ideales altruistas: cultivando nuestro propio carácter moral, a través de virtudes como la autoestima, la autonomía y la dignidad, podremos estar más dispuestos a ocuparnos de los demás y a perseguir metas altruistas de manera más general" (Ortiz, "¿Tenemos deberes hacia nosotros mismos?" en Platts, *Conceptos éticos fundamentales*, 157).

prudencia como virtud cultivada por el ocio se encuentra estrechamente ligada con un desarrollo social e individual:

Si algo podemos aprender de Aristóteles, y del reciente resurgimiento de la ética de la virtud, es que la moralidad también tiene que ver con los asuntos y el comportamiento que recaen directamente en nuestra persona, a saber, con preocuparnos por nosotros mismos, con nuestro desarrollo moral, con el respeto personal, con el mejoramiento de nuestro carácter moral y con la persecución de ideales morales propios⁷¹ (Ortiz, “¿Tenemos deberes hacia nosotros mismos?” en Platts, *Conceptos éticos fundamentales*,157).

El ocio tiene una influencia moral que va de lo individual a lo social. En su dimensión social puede propiciar la recreación y la convivencia. Por lo que como uso de tiempo propio para el individuo influye directamente en el mejoramiento de nuestro carácter moral, por tanto, en nuestra relación con los demás. Finalmente, el ocio no solamente puede propiciar la virtud, sino que en él cabe la posibilidad de una ética de las virtudes. Un ocio virtuoso tiende al mejoramiento del individuo desde la preocupación por sí mismo y su repercusión de ella en los otros, poniendo como prioridad nuestro desarrollo y realización.

3.2.1-Ocio y valores

Joffre Dumazedier y Manuel Cuenca, considerados por su vasta obra en los Estudios del ocio afirman que el ocio no solo está asociado con valores, sino que es en sí mismo un valor. A continuación, discutiré lo que abordan estos autores sobre la idea de que el ocio es un valor; sin embargo, he de reiterar que aquí el sentido de retomar esa idea para la reivindicación del ocio está encaminada a enfatizar el valor del ocio.

⁷¹ El ocio tiene una carga no solo individual sino social. Es decir, tiene en su dimensión social, repercusiones con nuestras relaciones morales con lo demás. Se trata de un tiempo para nosotros mismos que también influye en nuestra relación con los otros, pues llega a ser también tiempo para el contacto con ellos. “A fin de cuentas, todo esto repercutirá en nuestras relaciones interpersonales, en nuestras relaciones morales con los demás; sin embargo, las virtudes que tienen que ver con nosotros mismos no son valiosas simplemente por las repercusiones que tienen en nuestras relaciones con los demás, son buenas en sí mismas independientemente de sus consecuencias en dichas relaciones. Son buenas porque nos ayudan a desarrollar rasgos de carácter constitutivos”. Ortiz, “¿Tenemos deberes hacia nosotros mismos?” en Platts, *Conceptos éticos fundamentales* 157-158

Para continuar con la reivindicación es necesario seguir abogando por la importancia del ocio, por su valor, el cual ha de orientarse a la realización, al cultivo de la mente y el ejercicio de la virtud en el desarrollo de las capacidades humanas. Y es ahí donde es posible detectar un punto en común entre Dumazedier y Manuel Cuenca, en el vínculo del ocio con la felicidad, la realización y la promoción de valores: “El ocio es un valor en sí mismo, pero también un valor relacionado con otros valores más amplios, como la felicidad, asociada a la autorrealización de la persona” (Cuenca. *Los valores del ocio, cambio choque e innovación*, “Valores que dimanan del ocio humanista” 38). Así, en la recapitulación de estos puntos en común conviene recuperar, para nuestro discurso de reivindicación, el rumbo del empleo que es justo darle al ocio: la realización, la felicidad, los valores. Con ello, es posible afirmar que el ocio tiene valor por sí mismo, y que ese valor honra a la humanidad en el sentido en que pretendemos aquí desarrollar a fin de una reivindicación.

Es indispensable una reivindicación del ocio para enaltecer los valores de corte humanista ante los valores mercantiles, pues la proliferación de los valores mercantiles que priman por la utilidad ha traído un detrimento en la noción y el uso del tiempo. Desde la perspectiva de la ética kantiana, el valor humano, planteado en la idea de seres valiosos en sí mismos, puede conectarse con nuestra idea del valor del ocio, dado que, existe un paralelismo de carácter teleológico. Si partimos del supuesto de que el ocio es un fin en sí mismo, éste es paralelo a que el ser humano es un fin en sí mismo, de manera que su valor es concordante por apuntar a la realización y edificación del ser humano.

Ya hemos esbozado con antelación la tendencia a asociar el valor con lo bueno, lo que a su vez asociamos con lo agradable. Comúnmente se dice que algo es bueno porque es de nuestro gusto o agrado, sin embargo, eso es muy subjetivo. En cambio, cuando se dice que algo es bueno, llega a ser consensuado con mayor objetividad y racionalmente. Kant distingue lo bueno de lo agradable:

Lo bueno, en términos prácticos, es lo que determina a la voluntad mediante las representaciones de la razón, por ende, no por causas subjetivas, sino objetivas, o sea, por principios que sean válidos para cualquier ser racional en cuanto tal. Se distingue de lo agradable o aquello que sólo ejerce influjo sobre la voluntad mediante la sensación basada en causas meramente subjetivas, que sólo valen para el sentido de éste o aquél y no como principio de la razón (Kant, *Fundamentación para una metafísica de las costumbres* 113).

De frente a la distinción citada, es posible ahondar en que en lo bueno resalta la objetividad y la razón, de modo que podemos fiarnos más de lo que entendamos por bueno que por lo agradable, que refiere más a la subjetividad. A fin de alejarnos de una dicotomía y abonar más a la comprensión del valor, lo bueno y lo agradable contribuyen a este, aunque el primero lo haga en mayor medida que el segundo. Bueno y agradable suelen ser cualidades de valor agregadas a otra, que es, lo útil.⁷² Aunque lo útil pueda encontrarse en una escala de valores como veremos más adelante, no buscamos asociaciones pragmáticas al respecto sino más bien desligar lo útil del valor a fin de revalorar lo que no es necesariamente útil al menos en el sentido mercantil.

La destreza y el celo en el trabajo tienen un precio de mercado; el ingenio, la imaginación vivaz y el humor tienen un precio afectivo; en cambio, la fidelidad en las promesas o la benevolencia por principios (no por instinto) poseen un valor intrínseco. Tanto la naturaleza como el arte no albergan nada que puedan colocar en su lugar si faltasen la moralidad y la humanidad, porque su valor no estriba en los efectos que nacen de ellas, ni en el provecho y utilidad que reporten, sino en las intenciones, esto es, en las máximas de la voluntad que están prestas a manifestarse de tal modo en acciones (149).

De igual forma, el valor del ocio no radica en la utilidad sino en las intenciones, en concreto, se torna valioso en el modo en que lo orientamos. Por ese motivo el valor del ocio se asocia al valor de las personas. Debido a que su vínculo transita en un paralelismo que incluye el hecho de que el ocio es un uso del tiempo que representa una necesidad propia del ser humano, relativo a desarrollar lo mejor de este en virtud de que se trata de un ser valioso en sí mismos. En vista de que empleen su tiempo en una capacidad que pueda educarse, un uso del tiempo con un fin en sí mismo que le provea a todo ser humano la oportunidad de ahondar en su propio valor.

En cuanto a los valores en conjunto, existen planteamientos interesantes sobre las jerarquías de valores que especifican en concreto ciertos tipos particulares de valores. Aquí nos interesa traer a colación el planteamiento de Max Scheler, Él sugiere una jerarquía de valores que propugna a unos como de mayor valía en relación a otros: “Los valores más inferiores son, a

⁷² Aquí nuevamente recordamos que: “Nunca puede ser una persona “agradable” o “útil”. Estos valores son esencialmente más bien valores de cosas y sucesos (Scheler *Ética Nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético* 77).

la vez, los valores esencialmente “más fugaces”; los valores superiores son, al mismo tiempo, valores “eternos” (*Ética Nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético* 158). En cuanto a jerarquizar valores eternos por encima de los fugaces, lo consideramos aquí análogo a entender la duración como de mayor valía que la aceleración, debido a que el ocio implica la contemplación, la pausa y la demora. Los cuales actualmente se ven amenazados por los ritmos de vida orientados a la aceleración, la constante actividad y la atomización del tiempo. Por lo que se presentan como antivalores que las mercancías impregnan al uso del tiempo, de modo que no dejan lugar al ocio, sino que lo desvalorizan y relegan como actividad residual.

Sobre esa jerarquía de valores de Scheler, Adela Cortina menciona que:

Existen distintos tipos de valores, entre los que cabría incluir: Sensibles (Placer/dolor; alegría/pena), Útiles (Capacidad/incapacidad; eficacia/ineficacia), Vitales (Salud/enfermedad; fortaleza/debilidad), Estéticos (Bello/feo; elegante/inelegante; armonioso/caótico), Intelectuales (Verdad/falsedad; conocimiento/error), Morales (Justicia/injusticia; libertad/esclavitud; igualdad/desigualdad; honestidad/deshonestidad; solidaridad/insolidaridad), Religiosos (Sagrado/Profano) (Cortina, *Siglo XX mirando hacia atrás para ver hacia adelante*, “Valores morales y comportamiento social” 321)

Tales valores pueden insertarse en el ocio a través de sus prácticas, las cuales generan vínculos con valores: “Las experiencias de ocio pueden relacionarse con la escala de valores que las motivan o promueven” (Cuenca. *Los valores del ocio, cambio choque e innovación*, “Valores que dimanan del ocio humanista” 45). Dentro de dicha jerarquía de valores encontramos los que son promovidos por el ocio, especialmente, aquellos con una inclinación hacia los valores morales y sociales, sensibles, intelectuales, vitales, estéticos y religiosos. Todos ellos pueden aplicarse a las prácticas de ocio en vista de enriquecer los elementos que dan valor al ocio: la realización, la felicidad, y el desarrollo de las capacidades basado en la dignidad y la libertad de la persona. De igual manera, los valores que el ocio promueve pueden ligarse a ciertas virtudes, como prudencia, gratuidad y cordura.

3.2.2.-Ocio como expresión de libertad y dignidad.

Ahora que ya hemos señalado los matices del valor aplicado al ocio, es preciso destacar qué valores contiene y promueve para acentuarlo aún más como experiencia valiosa. Por ello, es preciso referirnos a los principales valores promovidos por el ocio que se ven amenazados

con la desvalorización actual a raíz de su mercantilización. Como hemos señalado anteriormente, el ocio, por ser valioso en sí mismo, genera un bien en quien lo practica. El ocio con valor en sí mismo tiene resquicios positivos y una fuerte influencia del ocio en sentido clásico, que aporta sobre todo por definición principalmente libertad y dignidad.

Para fundamentar nuestra inclinación hacía una defensa del ocio desde una crítica a su desvalorización que se pretende en ésta tesis, es necesario justificar constantemente dicha defensa en aras más que de una apología, de la necesidad de una reivindicación de su valor. Esto involucra que, si afirmamos una desvalorización del tiempo de ocio causada por la división del tiempo en la división del trabajo y proliferada por la mercantilización, es necesario acentuar en qué valores debe ser concebido y reivindicado el ocio. Es decir, desde qué valores ha de reivindicarse, y en tanto que señalemos tales valores en él podemos fundamentar la afirmación de que el ocio tiene valor a la vez que involucra valores. Respecto a los valores que involucra el ocio Manuel Cuenca, sugiere que:

Se puede considerar que, conceptualmente, el sentido del ocio clásico queda plasmado en la actitud del ocio autotélico, aquel ocio que tiene su fin en sí mismo y que, con un matiz u otro, es considerado el núcleo, la esencia del ocio. Los valores que se asocian a este ocio son tres: libertad, satisfacción y gratuidad (Cuenca M. “Valores que dimanan del ocio humanista” en *Los valores del ocio, cambio choque e innovación*, 34).

En las reflexiones que hemos estado abordando se ha comentado la estrecha relación del ocio con la libertad⁷³. Además, su definición misma lo circunscribe a la liberación de las ocupaciones, esto es, también, a estar libre de toda obligación. Pero esa libertad en el ocio debemos ubicarla aquí dentro de la doble condición del ocio que se mencionó anteriormente: del ocio como tiempo y como experiencia. Por un lado, en el ocio tenemos la libertad de tener uso pleno de nuestro propio tiempo a voluntad. Por otra parte, en el ocio como experiencia es posible concebir la libertad en la elección del tipo de experiencia o bien en el hecho mismo de que podamos tener la libertad de tener dicha experiencia. La experiencia de ocio da

⁷³ “El ocio es el ámbito de la libertad, frente al trabajo que es el ámbito de la necesidad” (35).

libertad y entraña por sí misma una asociación con diversos valores. “Las experiencias de ocio pueden relacionarse con la escala de valores que las motivan o promueven” (45). También es posible considerar que la libertad puede ser una condición capaz de ampliar el aprovechamiento de la experiencia de ocio y vincularla con otros valores. Sin embargo, no repararemos mucho en esto, porque en las siguientes líneas nos vamos a centrar en la idea del ocio en tanto tiempo y éste como promotor del ejercicio de la libertad a la vez que elemento que destaca la dignidad de las personas.

Cuando hablamos del uso del tiempo de ocio, nos referimos a que se tiene la libertad de usar el tiempo propio a voluntad, pues el ocio ya sea que se lo viva individual o socialmente supone el uso de mi propio tiempo y no el de alguien más. “La experiencia de ocio guarda por ello una relación estrecha con la liberalización de la persona. La realización del ocio personal, no manipulado, es un ejercicio de autonomía, la afirmación de una vida liberada de obligaciones e, incluso, de la opresión del tiempo” (35). La libertad entonces funge ahí como un valioso elemento para que cada individuo por sí mismo logre deliberar en qué emplear su ocio. Esto alimenta en cada uno la capacidad de ser autónomos, si vemos a “la libertad entendida como autonomía, como la capacidad de darse leyes a sí mismo” (Cortina *Para qué sirve realmente la ética* 33). La libertad supone un papel fundamental en cuanto a la reflexión sobre el tiempo de ocio, ya que por implicar disponer del propio tiempo a voluntad el ocio es un acto puro de libertad. Puesto que la capacidad de ejercer dicha libertad conlleva la autonomía, entendemos aquí la libertad como autonomía en el ocio. “La máxima expresión de autonomía de la persona es la capacidad de auto organización y auto determinación, la posesión y el uso de la libertad.” (Cuenca. *Los valores del ocio, cambio choque e innovación, “Valores que dimanan del ocio humanista”* 35) Y el uso del tiempo propio es libertad, tanto como el ocio lo es.

La libertad en relación al ocio ha de entenderse de dos maneras según comenta Cuenca: “como libertad de y libertad para” (35), siendo en ésta última, libertad para, la que sirve como principio de acción, que a través del acto volitivo valora, juzga y elige para hacer tal o cual actividad o inclinarse ante tal o cual experiencia. El ocio por ser un acto de libertad conduce al ejercicio de la autonomía, y se enlaza con la dignidad, en tanto que: “La autonomía es el fundamento de la dignidad de la naturaleza humana y de toda naturaleza racional. (Kant,

Fundamentación a la Metafísica de las Costumbres 150). La libertad inscrita durante el tiempo de ocio nos conduce a ejercer nuestra voluntad de manera autónoma de modo que nos encausa a relacionarnos con otros valores, y nos invita a valorar al mismo tiempo. “La base de toda nuestra vida activa es la capacidad de valorar. Sin ella no podríamos preferir unas cosas a otras, y, por tanto, no podríamos hacer elecciones, ni tampoco tomar decisiones” (Cortina, *¿Para qué sirve realmente la ética?* 52). Esa capacidad de valorar que es posibilitada por la libertad puede cultivarse en el ocio, por ser un tiempo para la realización y el desarrollo de nuestras capacidades.

La razón que nos inclina por valorar de tal o cual manera un tiempo o experiencia determinado proviene de lo que concebimos como valioso en conexión con lo que entendemos por valor. Pero en esto hemos de reparar más delante al analizar el valor del ocio. La capacidad de valorar puede llegar a atentar contra lo que nos lleva a poder poseer la libertad misma, esto es, la dignidad. Pues una valoración mal orientada, encausada únicamente a valores como la utilidad y la eficiencia, es propensa a limitar la libertad y la dignidad apartándose de tenerlas en prioridad. Por ejemplo, “una persona nunca puede ser “agradable” o “útil” del todo. Estos valores son esencialmente más bien valores de cosas y sucesos” (Scheler, *Ética Nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético* 150). El valor del ocio ha de estar conectado al valor de las personas. Aunque no sean el mismo valor, están en relación. El ocio, en tanto tiempo y experiencia, enaltece el valor de las personas, enriquece su dignidad e invita al ejercicio de la libertad y la autonomía. Porque el ocio es condición de posibilidad que conduce a las personas a realizarse y desarrollar sus capacidades. Entonces el ocio que enaltece el valor de las personas debe considerarse valioso. A pesar de ello el ocio actual ligado al consumismo puede llegar a atentar contra los valores de las personas, en tanto se rige por valoraciones de criterio mercantil. La mercantilización del ocio desvaloriza dada su propensión a la utilidad, puesto que:

En sociedades como las nuestras, en las que todo está sometido al principio de intercambio...hay seres que no deben estar jamás en el mercado, seres a los que no se les puede fijar un valor de cambio, porque no hay nada equivalente con lo que podrían intercambiarse. Valen por sí mismos, no para otras cosas. Tienen dignidad y no un simple precio (Cortina, *¿Para qué sirve realmente la ética?* 111).

El ocio transita de manera paralela con el valor humano en tanto que vale por sí mismo por ser un fin en sí mismo. Esto se ve amenazado porque la mercantilización connota toda valoración en utilidad, en valor de cambio, en precio, de manera que se entiende por igual precio y valor. Lo que constituye un mal que se ha extendido desde las cosas hasta los seres humanos:

Es verdad que todo necio confunde valor y precio. No es lo mismo el valor que el precio, aunque hayamos acabado creyéndolo así por esta obsesión de convertirlo todo en mercancía que puede intercambiarse por un precio, hasta las relaciones humanas...como decían los primeros representantes de la Escuela de Frankfurt, hemos abonado el triunfo de la razón instrumental, que lo convierte todo en medio para otras cosas (Cortina, *¿Para qué sirve realmente la ética?* 111).

Las reflexiones sobre el valor de las personas que nos muestra Cortina tienen una fuerte influencia de Kant, quién propugnó una ética y valores que distinguieron a la modernidad y que actualmente pasan por una crisis pese a que no han sido del todo refutados. Kant, en su *Fundamentación a la Metafísica de las Costumbres*, erige sobre el imperativo categórico las bases del deber en relación al ser y al hacer. Tal imperativo provee elementos prácticos para entender el sentido desde el cual se ha de valorar a las personas. Este ha de partir siempre de la dignidad a modo de tomar a los seres humanos siempre como un fin y nunca como un medio, ya que se trata de los seres más valiosos por sí mismos⁷⁴.

Kant plantea el reino de los fines, donde cada persona trataría a la otra y a sí mismo como el fin de toda acción y nunca como medio para otros fines diferentes. El ideal queda expresado en el imperativo práctico del Fin en sí mismo: “Obra de tal manera que trates a la humanidad, tanto en tu persona como en la de cualquier otra, siempre al mismo tiempo como un fin y nunca solamente como un medio” (*Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres* 139). El valor radica en que la persona, el ser humano, sea el fin último de todas las actividades. La idea de Kant de que el valor del ser humano sea el fin último de todas las actividades, concuerda paralelamente con la idea de Aristóteles del ocio como fin de sí

⁷⁴ Aquí es conveniente recordar la valoración retomada por Aristóteles en cuanto a su teleología de medios y fines, en la cual predomina el valor de la actividad que no requiere de un producto externo sino que su beneficio radica en el agente mismo que la lleva a cabo: “En La fundamentación de la metafísica de las costumbres Kant distingue entre dos tipos de seres: aquellos que tienen valor en sí mismos, que valen por sí mismos, y aquellos que, por el contrario, solo valen para otra cosa distinta a ellos mismos” (Cortina, *Siglo XX mirando hacia atrás para ver hacia delante*, “Valores morales y comportamiento social” 323).

mismo, pues el ocio por ser valioso en sí mismo ha de ser enfocado a potenciar lo mejor del individuo.

El ocio es una actividad humana, su valor se finca en ello y resulta incalculable. El valor de los seres humanos es aún más incalculable, y podemos fundamentarlo en la dignidad, puesto que: “En el lugar de lo que tiene un precio puede ser colocado algo equivalente; en cambio, lo que se halla por encima de todo precio y no se presta a equivalencia alguna, eso posee una dignidad” (148). Lo cual incurre en una defensa de lo considerado inútil frente a los criterios de valor utilitarios. Tales criterios conllevan el peligro de la deshumanización⁷⁵, que no es otra cosa que, el peligroso triunfo de la razón instrumental.

La dignidad de las personas es el fundamento de los derechos humanos. El ocio viene aquí a colación por tratarse también de un derecho. Los primeros movimientos sociales de los trabajadores por reivindicar el ocio durante el siglo XIX, que en aquel entonces vieron surgir la noción del tiempo libre, exigían condiciones dignas de trabajo. Entre ellas estaba, principalmente, la reducción de la jornada laboral, con lo cual se ganó tiempo. “El ocio no podía desarrollarse mientras fuese tan larga la jornada de trabajo. La primera reivindicación tenía que afectar a la reivindicación del horario de trabajo” (Dumazedier, *Hacia una civilización del ocio* 52). Fue esa la primera reivindicación del ocio a través de la exigencia del tiempo libre como derecho. “Justamente la dignidad de las personas se ha convertido en el fundamento de los derechos humanos, en razón de ser de aquella Declaración que se proclamó en 1948” (122). Ya en el artículo 24 de dicha declaración se encuentra el derecho al tiempo libre, como fruto de aquellas primeras luchas por su reivindicación. Que el ocio sea un derecho es resultado del esfuerzo por dignificar a las personas, pero sobre todo por dignificar y dar valor a la relación entre tiempo, trabajo y ocio.

3.2.3.- El derecho al ocio como dignificación del trabajo.

Todo derecho se encuentra fundado en una necesidad. El tiempo para el ocio se volvió una necesidad cuando se negó a los trabajadores, que, en su lugar, debían culminar los días con extenuantes jornadas de trabajo. El advenimiento de la revolución industrial trajo consigo

⁷⁵ “Humanizar significa potenciar a los seres que son valiosos en sí mismos, cualquier persona, incluidos nosotros mismos, mientras que deshumanizar, significa instrumentalizar a esos mismos seres” (323)

cambios en las condiciones del trabajo y la concepción del mismo, que volvieron necesaria una reivindicación del ocio. Esta primera reivindicación fue a partir de las luchas de los trabajadores por exigirlo como parte de sus derechos. El avance de la técnica en la revolución industrial provocó un excedente de tiempo que, a pesar del afán por la producción, fue exigido por los trabajadores, quienes tenían condiciones inhumanas en sus extenuantes jornadas. El primer indicio de la búsqueda por este derecho fue la necesidad del descanso para la reposición de fuerzas. Pero la exigencia se propagó y ello contribuyó a una búsqueda por la revaloración del ocio frente a la moral del trabajo que lo condenaba como actividad inútil que no producía valor mercantil.

La valoración instrumental del trabajo y el afán por la producción trajeron consigo nuevamente la necesidad del ocio. Las extenuantes jornadas laborales exigían una reivindicación del ocio por parte de los trabajadores, mediante el paso de una necesidad a un derecho. Aunque en un principio las reducciones en las jornadas laborales fueron mínimas y llevadas a cabo con fines más dirigidos a la productividad de los trabajadores que a su salud, dignidad y bienestar, éstas no cesaron hasta establecerse por el rigor de la ley. Las luchas de los trabajadores por su derecho al ocio, deben ser entendidas también como una exigencia de su dignidad y su valor, no solo en lo relativo al trabajo sino de su condición humana.

A finales del siglo XIX Paul Lafargue escribe *“El derecho a la pereza”*, obra que él mismo calificó como “una refutación del derecho al trabajo” (10). En ella, situaba al trabajo como la causa de la pobreza y miseria en el mundo: “una locura que no es sino el resultado de las miserias individuales y sociales que, desde hace siglos, torturan a la triste humanidad. Esta locura es el amor al trabajo.” (11). En su argumentación sobre el derecho a la pereza como refutación al derecho al trabajo, Lafargue resalta la importancia del ocio y de la pereza; además, enfatiza cómo las grandes civilizaciones de la antigüedad, como los griegos de la edad de oro, despreciaban el trabajo y situaban en una alta estima el descanso y el ocio⁷⁶. En alusión al capítulo sexto del evangelio según San Mateo, Lafargue afirma que el propio Cristo predicó la pereza: “Contemplad el crecer de los lirios en el campo: ellos no trabajan ni hilan,

⁷⁶ El tipo de trabajo que era despreciado por los griegos era el de los esclavos, el trabajo repetitivo, monótono y tedioso, que era incluso despreciado por los dioses por ser todo lo contrario al ocio.

y sin embargo, yo os digo, Salomón jamás estuvo, con toda su gloria, tan brillantemente vestido como ellos.”⁷⁷

La condición actual de la cultura occidental y su concepción de trabajo y ocio, han cambiado mucho, pero en sus raíces, el ocio era más valioso que el trabajo, tanto que el trabajo quedaba subordinado al ocio y no a la inversa como ocurre hoy en día. Y es en esas mismas raíces de la cultura occidental (la cultura griega y romana, el cristianismo) donde se puede rescatar también el valor del ocio ante el trabajo. Con ello no se pretende despreciar ni dejar de lado el valor del trabajo, sino más bien recordar que el ocio le da valor al trabajo. Un ocio digno es obtenido en virtud de un trabajo digno. De esa manera es posible valorar que el ocio dignifica al trabajo.

Los antiguos griegos tenían un especial valor por el tiempo de ocio, de modo que lo entendían enmarcado en una dimensión espiritual.⁷⁸ Según Aristóteles, concebían una sociedad donde se trabajaba para tener ocio, que era considerado más valioso que el trabajo y como una actividad a la cual éste quedaba subordinado. Así, el valor del ocio surge no solo en la esfera de lo individual, sino en la de lo social, pues para los griegos el ocio también debía educarse y dirigirse a la formación de los ciudadanos y su participación en la *polis*.

Queda entonces por decir que “un ocio dirigido a la educación, a las artes, a la formación del ciudadano, a la convivencia, a la contemplación y el cuidado de sí refiere mucho más valor y dignificación al trabajo que un ocio de consumo de mercancías” (Maldonado Martínez G. A y J. Cuenca. “Espacios de ocio para el desarrollo humano” en *Terra* (8), 634). En muchos casos, es el mismo trabajador quien produce esas mercancías y las consume de modo alienante, haciendo un uso del tiempo espectacular donde no se cultiva ni la formación ni un valor de la convivencia que no sea bajo los parámetros de valor de la mercancía misma. Por esto es necesario distinguir a qué ocio tenemos derecho, a qué uso de tiempo libre para deliberar de manera crítica nuestro uso y valor del tiempo en virtud de las actividades en que lo empleamos y los valores que éstas promueven.

⁷⁷ Evangelio según San Mateo, cap. VI.

⁷⁸ También el cristianismo le daba un valor espiritual al ocio, especialmente en Tomás de Aquino, quien concebía el tiempo en una dimensión de lo sagrado, tanto del descanso como de la contemplación, la cual se vinculaba a la oración y reflexión hacía Dios.

El derecho al tiempo libre y al ocio, se encuentra relacionado con las luchas de los trabajadores por reducir la jornada. Como ya se ha mencionado, ésta fue la primera reivindicación del ocio, que pese a dar como resultado un tiempo en función del trabajo, permitió un resquicio para dar lugar a una experiencia más allá del descanso. La jornada de ocho horas de trabajo fue instaurada en Estados Unidos en 1866, como una de las consecuencias de la guerra de secesión. En el caso de México, se establece a partir de la constitución de 1917 a través del artículo 123. Por su parte, en algunos países de Europa fue implementada a principios del siglo XX, por ejemplo, en Francia y en España fue hasta 1919.

Hoy en día tenemos derecho al trabajo y a condiciones dignas del mismo, pues más que derecho, es una necesidad, un imperativo de la sobrevivencia. Dentro de las condiciones dignas, la que más ha de valorarse es el derecho a tener ocio, o bien tiempo libre. Según el artículo 24 de la declaración universal de los derechos humanos: “Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas”.⁷⁹

La calidad en la relación necesaria entre descanso, ocio, tiempo libre y trabajo, constituye un indicador de desarrollo que proporciona condiciones de vida digna. Por ello, si el tiempo libre es un derecho, ha de serlo también un tiempo de trabajo dignificado por éste, es decir, regulado, de manera que también el derecho al trabajo implique el derecho al salario como condición universal: el coste de un tiempo libre digno y de calidad y un tiempo de trabajo digno han de ser consecuencia de tal derecho. El derecho al ocio y la subordinación del trabajo ante él son necesarios para una democratización del tiempo libre, para que su acceso pueda ser más generalizado. A este respecto el avance de las tecnologías trae consigo una contribución de gran relevancia. Tal fue lo que Paul Lafargue señalaba al recordar el ideal Aristotélico sobre una sociedad ociosa en la que las máquinas liberan del trabajo al

⁷⁹ “El derecho al ocio supone una defensa del ocio en sí mismo, es decir, del ocio considerado como fin, como experiencia vital diferenciada, no como medio para conseguir otras metas. El derecho al ocio forma parte de la categoría jurídica de los derechos humanos, es decir, del conjunto de atributos innatos, de las cualidades cuyo origen no ha de buscarse en la ley humana sino en la propia dignidad del individuo. El derecho al ocio aparece, de forma legal explícita, dentro de la segunda generación de los derechos del hombre, especialmente a partir de las declaraciones que siguen a la II guerra mundial (1948). En un primer momento el ocio aparece como elemento contrapuesto al trabajo: derecho al descanso laboral, vacaciones pagadas, etc. Pero con la tercera generación de los derechos humanos, también llamados derechos de la solidaridad, se hablará del derecho al ocio en cuanto elemento primordial de desarrollo social y colectivo.” (Cuenca, Ocio humanista 75)

hombre en gran medida para poder ganar tiempo para el ocio, considerado lo más valioso. Frente a ello Lafargue se preguntaba:

“¿a qué hombres concede ociosidad la esclavitud capitalista? ...a todos esos inútiles esclavos de sus vicios.

El prejuicio de la esclavitud dominaba al espíritu de Pitágoras y de Aristóteles. Y sin embargo Aristóteles previa que: si cada útil pudiera ejecutar sin colaboración o por sí mismo, su función propia, y ello del mismo modo que las obras maestras de Dédalo se movían por sí mismas o que los tridentes de Vulcano emprendían espontáneamente su trabajo sagrado, si por ejemplo las lanzaderas de las tejedoras tejieran solas, el encargado del taller no necesitaría más ayuda, ni el amo más esclavos. El sueño de Aristóteles es nuestra realidad...La máquina es la redentora de la humanidad, el dios que la rescatará del trabajo asalariado y le dará ocio y libertad” (*El derecho a la pereza*, 55).

El sueño del estagirita que comentaba Lafargue ya se había vuelto realidad en aquellos años a finales del siglo XIX. En razón de ello se alude hoy al gran avance tecnológico que en gran medida nos ha traído tiempo libre y la posibilidad de emplearlo en el ocio. Sin embargo, aquí podría decirse que no ha sido la máquina, en sí el avance tecnológico no ha sido la gran redentora ni ha liberado del todo a los obreros del trabajo asalariado. A pesar de lograr reducir tiempos de producción de ciertas mercancías para su mayor producción y consumo, el tiempo libre, el ocio que al que nos ha dado lugar tal avance no es precisamente aprovechado en el sentido de ejercicio de la libertad. Es decir, del uso del tiempo libre a voluntad, lo que sucede también por valorar al tiempo libre bajo los parámetros de valor de las mercancías.

Ese ocio, producto del tiempo ganado por el trabajo de las máquinas junto con el de los seres humanos, es hoy en día, y desde la mitad del siglo XX, una realidad. El problema respecto a este ocio lo ha constituido la orientación, el contenido y el sentido que le atribuye cada individuo desde su experiencia. El ocio se orientó a la mera reposición de fuerzas y el entretenimiento y, con ello, dio lugar a un ocio de masas que no necesariamente coincidió con el ideal, un tanto utópico, de Aristóteles, Lafargue y Russell. El ocio ganado, ese tiempo ganado hasta como un derecho, no fue bien orientado del todo. Al confundírsele con el consumo y entrar en la dinámica de la mercantilización, se pervirtió su sentido. Como resultado, se volvió residual al grado de ser comúnmente llevado a cabo en función del trabajo, más que nada, sublevado a él. A pesar de todo eso, las luchas por los derechos de los trabajadores continúan hasta el presente, incluso la del derecho al ocio y al descanso, como

medidas de dignificación del trabajo. Siguen siendo una necesidad. Por ello ahora hemos de volcar nuestra reflexión a cómo valorar y hacia dónde orientar ese ocio que surgió en gran medida como producto de la civilización técnica, para comprender más aún la necesidad que hay de él y su incipiente revaloración en relación al trabajo.

Lo que necesita decirse no es que una forma de vida es mejor que otra, sino que es un punto de un problema mucho más profundo; que el testimonio histórico no es sencillamente uno de cambio tecnológico neutral e inevitable, sino también de explotación y resistencia a la explotación; y que los valores son susceptibles de ser perdidos y encontrados (Thompson. *Tradición, Revuelta y Conciencia de clase* 289).

El cambio de paradigma y valoración del uso del tiempo no ha sido promovido del todo con las mejores intenciones, sino que fue llevado a cabo por medio de la explotación de recursos naturales y humanos. En ese sentido, por la explotación de recursos de un valor incalculable puestos a merced de un proceder instrumental y mercantil desprovisto de fines más allá de la acumulación de riquezas. Esto es apreciable en la historia del trabajo, que en los últimos tres siglos, no es otra cosa que la historia de la sobrevivencia, en sí de la humanidad, que cada vez más reafirma ese paso en su proceder instrumental de la dominación sin límites sobre el uso del tiempo. Tal tiempo es distinguido por su explotación y resistencia de alienación y control frente a los resquicios siempre alternos de emancipación que buscan el rescate de esos “valores susceptibles de ser perdidos o encontrados”. De ahí que aún hoy en día el derecho al ocio siga siendo necesario para dignificar al trabajo, y la democratización del ocio a su vez sea todavía un asunto pendiente en la mayor parte del mundo, en tanto a posibilidades de acceso más generalizadas.

Una vez que se reconoce que el ocio tiene un valor se puede argumentar que también cubre necesidades. Al cubrir necesidades, el ocio podría ser considerado como un derecho. Así, en esta parte convendría argumentar cómo el ocio cubre necesidades y eso implica que sea un derecho. Además, como parte de este argumento, se puede incluir cómo el ocio otorga dignidad al ser humano. Justificar la idea de necesidad requiere de conexión con la del derecho, pues los derechos surgen para satisfacer una necesidad. (David Wiggins. 2006). El valor del derecho compete a la necesidad en la que se fundan los derechos. Un derecho se crea porque hay una necesidad práctica. Los derechos son valiosos porque cubren una

necesidad. En suma, puesto que el ocio es dador de la dignidad humana, su valor está en función de la dignidad que otorga el ser humano. La necesidad que cada individuo tiene de disponer, libremente y a voluntad, de tiempo para sí mismo y su desarrollo y realización, es causa de que el ocio se considere un derecho.

El derecho al ocio es asimismo derecho al desarrollo personal, de ahí la importancia por cultivar la capacidad de tener ocio: “Tengo derecho a desarrollarme (o a realizarme) como ser humano”, podría haber dicho. Es realmente el lenguaje de los derechos el que nos ayuda a dar una fuerza moral más contundente a la búsqueda de ideales de virtud (Ortiz, “¿Tenemos deberes hacia nosotros mismos?” en Platts, *Conceptos éticos fundamentales*, 161). El derecho a tener ocio surge de la necesidad práctica del tiempo para sí mismo, que se constituye también como una expresión del cuidado de sí. Pues para ejercer el cuidado tenemos la necesidad de un tiempo para nosotros mismos, es decir, de ocio. Y esta necesidad al ser satisfecha tiene efectos en el mejoramiento del agente, pero no solo en él, sino en los otros, en quienes forman parte de su contexto. Esta es parte de la retribución que brinda el valor del ocio. Dentro de ello, podemos concluir entonces, que, el ocio tiene principalmente un tipo de valor, del cual se derivan los demás que promueve y le competen. A saber, el ocio tiene valor social, a la vez que valor moral.

Recapitulación

Hasta este punto de la investigación hemos visto latente la necesidad por preguntarnos por el valor del ocio, y además de proponer una alternativa. En el primer capítulo se esboza el contexto respecto a la valoración histórica del ocio, su relación con el trabajo y los cambios en sus condiciones en relación a la cultura y los regímenes de acción hegemónicos que han perdurado hasta nuestros días. Todo ello con la intención de tener un punto de partida para preguntarnos por el valor del ocio y formular una crítica respecto a los paradigmas de valoración y sus cambios en relación al ocio.

Por su parte, el segundo capítulo fue centrado en señalar la problemática valorativa del ocio como consecuencia de la mercantilización. En lo referente a que si al ocio se le da valor como a una mercancía está siendo desprovisto de su rasgo de ser un fin. El ocio no tiene valor como medio en el sentido que se le da a través de la mercantilización. Se trata entonces de un cambio en la valoración del ocio, en el que esta es centrada hacia lo útil, reafirmado en un

reduccionismo de la noción de valor centrada en lo económico. Asimismo, en tal apartado se afirmó como consecuencia de ello una desvalorización del ocio, que es también producida por la mercantilización al dar lugar al trabajo alienado, que constituye un obstáculo para la realización de los individuos, y a su vez para el ocio.

Dado que esta tesis pretende una propuesta sobre el valor del ocio, es necesario plantear una crítica sobre el valor que se le da al ocio, y sobre el significado de que algo sea valioso y el sentido en el que lo es. Por lo tanto, es importante en este tercer capítulo, habernos centrado en explicar qué estamos entendiendo por valor y qué queremos decir cuando afirmamos que algo es valioso. Por ello, se planteó la crisis de la concepción del valor en la modernidad, expuesta principalmente por la idea de Weber del politeísmo de valores, que en gran medida afecta no solo al ocio sino a las valoraciones de forma general.

Posteriormente se hizo referencia al concepto de valor y su sentido mediante la distinción entre valor intrínseco y extrínseco. Finalmente, en la segunda sección del tercer capítulo se expuso el desarrollo sobre el valor del ocio, como una continuación a la explicación del valor ya aplicada al fenómeno del ocio. Mientras que, en el cuarto capítulo hemos de sustentar la propuesta de valor del ocio como lo edificante y con fin en sí mismo, a modo de reafirmar el sentido de su valor intrínseco.

Capítulo 4.-El ocio edificante.

Introducción.

Este apartado final tiene como propósito presentar la propuesta de ocio edificante que se pretende fundamentar en esta investigación para una revalorización del ocio. Para tal cometido tras haber esbozado en el capítulo anterior las consideraciones sobre el valor del ocio, ahora es necesario matizar qué aspectos del ocio exaltan su valor. Parte de la propuesta de ocio edificante consiste no solo en reafirmar y repensar el valor del ocio, sino también de explicar las pautas de qué es lo que lo hace edificante, pues esto ha de ser análogo a lo que lo hace valioso.

Para el cometido sobre el cual versa este capítulo se recurría a diversas fuentes filosóficas sin un compromiso fijo con autores ni corrientes en cuanto al posicionamiento sobre el ocio, sino con la intención de traer a discusión la propuesta ya mencionada. En suma, los contenidos del presente apartado persiguen aclarar en qué sentido puede entenderse que el ocio es tanto valioso como edificante.

En la última sección del capítulo anterior se tomó como reafirmación de la dignificación del ocio el considerarlo como un derecho, en tanto que esto retribuye de manera positiva la relación valorativa del binomio ocio-trabajo. El ocio como retribución para el trabajo es valioso y edificante en el sentido en que remunera tiempo al individuo para que este disponga de él libremente. El derecho al tiempo para sí mismo, es el derecho al tiempo libre que da lugar al ocio, y es también un tiempo de recuperación del individuo en todos sentidos. No solo recupera tiempo para sí, sino que lo emplea en sus propios intereses y gustos que son también una muestra de lo que le resulta valioso.

En el marco de estas actividades se inscribe a asimismo la conciencia del valor del tiempo propio que involucra al cuidado de sí. El derecho al tiempo para sí mismo es causal del cuidado de sí, es decir da lugar a este y es imprescindible para llevarlo a cabo. Dado que, el cuidado contribuye no solo a preservarnos sino a mejorarnos a sí mismos, es parte de nuestra

edificación y por ende se trata de algo que reafirma lo valioso en cada individuo y sus acciones. Por ello es que se conecta con el ocio que procura el tiempo para la realización.⁸⁰

El ocio que edifica no será entonces un mero paliativo para el trabajo, sino un resquicio para la emancipación, posible a través de la afirmación de la individualidad. Resquicio desde el cual, será fundamental su desarrollo en el cultivo de buenos hábitos, que retribuyen positivamente no solo al individuo en sí mismo, sino a la sociedad en la que este se desenvuelve.

Así, continuaremos la reflexión en torno a la valorización del tiempo de ocio con la parte final de esta investigación, presentando la propuesta de un tipo de experiencia de ocio en particular, a saber: “El ocio edificante”. Este consiste en el uso del tiempo para el ejercicio de la virtud y el cultivo del espíritu. De manera que se trata de un ocio que responde a la necesidad del individuo de hacerse a sí mismo, y permite a su vez el mejoramiento de sí.

A) Preámbulo: La valoración del tiempo propio.

Hasta aquí hemos visto que el ocio es valioso porque propicia el ejercicio de la virtud, la realización de la persona y el desarrollo de sus capacidades. Asimismo, el ocio nos permite también valorar nuestro tiempo, por el hecho de involucrar prácticas que seleccionamos deliberadamente y por ende corresponden a nuestro gusto, lejos de toda obligación. Fuera de la ocupación del trabajo, de no ser por el tiempo para la experiencia de ocio difícilmente podríamos emplear a voluntad de nuestro tiempo, y enfocarlo al desarrollo libre de nuestras capacidades para actuar en ese tiempo no normatizado. De ahí, que sea posible que el ocio sea edificante.

No obstante, tal postura debe ponerse a discusión desde la óptica de valoración del binomio ocio-trabajo, principalmente en dos cuestiones. En la primera, el derecho al trabajo es inseparable del derecho al ocio y que en medida que el ocio sea valioso lo será el trabajo. “La democratización del trabajo debe ir seguida de una democratización del *otium* para que aquella no se convierta en la esclavitud de todos (Byung Chul-Han, *La sociedad del cansancio*, 163). Es decir, el ocio se presenta como un tiempo que apremia al desgaste de la

⁸⁰ Se comenta esto en referencia al concepto de ocio de Dumazedier, desde quien se concibe como tiempo para la realización, al cual se ha estado haciendo referencia durante esta investigación.

actividad y que ofrece sosiego en el descanso y por lo tanto su acceso debe proveerse a las mayorías. La segunda cuestión, converge a preguntarse cómo le es posible realizarse al ser humano, si a través del ocio, o por medio del trabajo. En primera instancia podríamos afirmar que esto es posible por ambas vías, pero no en todos los casos. La diferencia estriba aquí en que el trabajo es un medio en todo sentido y no un fin. Distinguir entre el trabajo y el ocio nos lleva nuevamente a una cuestión de la antigua Grecia, sobre la distinción entre las artes libres⁸¹ y las serviles, tratada en el primer capítulo. En concreto:

Es la antigua cuestión acerca de la justificación y sentido de las artes liberales; de las «artes libres». ¿Pero qué son las «artes libres»? En su comentario a la Metafísica aristotélica, Santo Tomas de Aquino da una definición: «Únicamente se llaman libres aquellas artes que están ordenadas al saber; aquellas, en cambio, que están ordenadas, mediante el ejercicio de una actividad, al logro de un bien útil, se llaman... «artes serviles» (Pieper. *El ocio y la vida intelectual*, 34).

De ahí que el trabajo, identificado dentro de las artes serviles, puede ser valioso porque es útil como medio, pero su valor no es el de un fin en sí mismo. El valor del trabajo tiende a ser instrumental, es referido a poseer un valor extrínseco. En cambio, el ocio tiene valor en sí mismo, y su valor es intrínseco; por tanto, comprende aspectos distintos a los del trabajo en lo que concierne al campo de las necesidades y las obligaciones. “El problema es si el mundo del hombre se agota con ser un «mundo del trabajo», si el hombre consiste simplemente en ser funcionario, «trabajador», si la existencia humana adquiere su plenitud siendo exclusivamente existencia que trabaja cotidianamente”. (37). El ocio, en su ímpetu por la contemplación, el sosiego y la durabilidad, se antepone a los ritmos acelerados actuales del rendimiento y exigencia del trabajo, que, en sus condiciones actuales, distan mucho de ser terreno para la realización humana. El ocio como tiempo para sí mismo enfocado a la realización, supone que cada individuo se preocupe, más no se obligue, de mejorarse a sí

⁸¹ Pieper, basado principalmente en Aristóteles y Santo Tomás, asocia las artes libres con el ocio, por su carácter esencial de libertad que implica como capacidad para disponer de sí y del tiempo propio con entera libertad: “Las «artes libres» son aquellos modos de actuación humana que tienen su sentido en sí mismos, y las «artes serviles» los que tienen, por el contrario, su fin fuera de sí mismos, fin que consiste concretamente en un efecto útil realizable mediante una práctica. La «libertad», por tanto, de las «artes libres» está en que no están dispuestas para fin alguno, no necesitan legitimarse por su función social, ni por el hecho de que sean trabajo” Pieper. *El ocio y la vida intelectual*, 34.

mismo. Parte de esa preocupación implica el cuidado de sí, lo cual apreciaremos a continuación como pauta para considerar valioso del tiempo de ocio.

4.1.-El cuidado de sí como pauta de valor del ocio.

El problema que se ha planteado en esta tesis sobre el valor dado al tiempo de ocio, su desvalorización y necesidad de reivindicarlo, tomará de aquí en adelante una acentuación humanista, puesto que el ocio como tiempo para nosotros mismos, resulta indisociable del valor dado a nuestro tiempo de existencia, es decir, a nuestra vida. Se trata de parte de nuestro tiempo de vida, en el que, estando libres de obligaciones, nos mejoramos a nosotros mismos y hacemos lo que nos gusta, nos preocupamos y ocupamos con y de otros, además de conocer más de nosotros mismos y de los demás.

El ocio conforma una parte medular de nuestro tiempo en sentido existencial y puede ser además un factor constituyente del sentido de dicho tiempo. Muchas veces se ignora que el tiempo de ocio es parte fundamental de nuestra existencia, del cómo la concebimos, el modo en que nos relacionamos y el cómo es posible aprovecharla. Es decir, dirigirla hacia un fin determinado, encaminarla hacia un proyecto, dotarla de sentido, dado que: “el sentido del existir humano es la temporalidad” (Heidegger, *Ser y tiempo* 331). Por ello es posible resaltar la necesidad de valorar nuestro propio tiempo y la temporalidad desde la existencia propia. Así, darle valor al ocio es también valorar la vida, nuestro tiempo de vida, y no solo desde la esfera de lo individual sino desde lo social. Ante la visión de dotar de valor al tiempo y considerar al ocio como un tiempo valioso, es preciso reafirmar lo que estamos entendiendo por valor en éste sentido y a qué tipo de valor se está haciendo una crítica, lo cual ya se ha señalado en los apartados anteriores.

El valor que esta investigación propone dar al ocio radica en una recuperación de la esencia del mismo concebida por la antigua filosofía griega y en particular por Aristóteles. La primacía de los fines sobre los medios, en la actividad por excelencia, es la que perpetúa el cambio y el beneficio en el agente que la lleva a cabo por ser un fin en sí misma y sin necesidad de ser valiosa por un fin externo. Es, en todo sentido, un criterio de valor contrario al de la utilidad y la eficiencia, asociados comúnmente a los valores de la producción y el

consumo de mercancías. El criterio de valor que implica el ocio es en esencia anti utilitarista. Recuperarlo es reafirmar el valor de lo improductivo, a la vez que elogiarlo.

El ocio a pesar de estar distante hoy en día de su esencia clásica, por sí mismo provee la condición de posibilidad para volver a ella y constituirse como una actividad edificante. Sin embargo, para ello es indispensable su valoración más allá de su utilidad. El valor del ocio se enfrenta a una actualidad regida por el principio de la utilidad en el hacer y el producir, desde la cual se encuadran todos los valores. “Todos los valores son absorbidos en el hacer y el producir. En consecuencia, las cosas y la naturaleza en su conjunto corren el riesgo de perder toda sacralidad, es decir, su estatuto y su independencia ontológica. Su sentido queda reducido casi íntegramente al hecho de ser servible, a su utilidad” (Reale, *La sabiduría antigua* 83). La problemática estriba en que la idea de valor sea reducida a lo útil.⁸²

De igual manera como sucede con el concepto de desarrollo, que llega a ser reducido a una instrumentalización de la técnica, “Para el ser humano actual es cada vez más complicado sentir interés por cualquier cosa que no implique un uso práctico e inmediato para fines técnicos” (Ordine, *La utilidad de lo inútil*, 72). En los juicios de valor las reducciones hacia lo útil pueden resultar muy perjudiciales. En ello cabe destacar que durante todo este apartado nos hemos referido al valor en un sentido ajeno a fines utilitaristas. De ahí que los valores promovidos por el ocio, y que se han resaltado aquí, como la libertad, sean más cercanos en cuanto a sus beneficios, a la gratuidad que a la eficiencia y al lucro.

Es necesario recordar también que el ocio está ligado al desarrollo de la persona como fin último, tal como señala Dumazedier en *Sociologie empirique du loisir* (1964):

“Ce contenu du temps orienté vers la réalisation de la personne comme fin dernière. Ce temps est octroyé à l’individu par la société lorsque ce dernier s’est acquitté, selon les normes sociales du moment, de ses obligations professionnelles familiales, la régression des obligations socio-spirituelles et la libération des obligations socio-politiques rendent disponible ; l’individu se libéré à sa guise de la fatigue en se délassant, de l’ennui en se divertissant, de la spécialisation fonctionnelle en développant de façon intéressée les capacités de son corps ou de son esprit. Ce temps disponible n’est pas le résultat d’une décision d’un individu ; c’est d’abord le résultat d’une évolution de l’économie et la société.

⁸² Recordando que: “No todo lo que no se puede incluir en el concepto de útil es inútil”. Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, 38

Comme nous l'avons dit plus haut, c'est une nouvelle valeur sociale de la personne qui se traduit par un nouveau droit social, le droit pour elle de disposer d'un temps dont la fin est d'abord la satisfaction d'elle-même"(93)⁸³

Sin embargo, el valor de las personas, del sí mismo, o del cultivo del espíritu o el ejercicio de la virtud (que es el sentido en que lo relacionamos con el ocio), no coincide con los ideales de desarrollo que imperan actualmente. Estos encausan los criterios de valor hacía lo útil y, en consecuencia, el desarrollo hacía los valores que promuevan lo utilitario, como la eficiencia y la productividad. Entonces: "Sin desarrollo no pueden surgir, evidentemente, nuevos valores. Pero estos no son consecuencia necesaria del desarrollo. En un orden universal del tipo tecnocrático, el mismo desarrollo, en un sentido más estrechamente reductivo del término, se considera la quinta esencia de la creación de nuevos valores" (Reale, *La sabiduría antigua*, 85). Así, la reducción del desarrollo a un progreso utilitario es también pauta para la propagación de ciertos valores que están asociados a su vez a ciertas necesidades.

La reducción de las ideas de valor y desarrollo a lo útil en sentido pragmático y técnico, ha provocado una desvalorización de lo humano influenciada por la mercantilización.⁸⁴ Lo útil es compatible con los medios, y no con los fines. De ello se sigue que la mercantilización del ocio sea también una manera de desvalorización del ocio mismo. La mercantilización instrumentaliza al ocio, de modo que lo desvirtúa y trivializa al posicionarlo como un medio de propensión al fetiche y la evasión a través del consumismo promotor de las necesidades alienantes, que no son otra cosa que falsas necesidades. "Prisionero de la necesidad, ya no está en condiciones de entender que lo útil, puede transformarse en un peso inútil, agobiante" (Ordine, *La utilidad de lo inútil*, 74). Lo útil puede entonces llegar a convertirse en algo inútil para el ser humano, en la medida en que puede ser un obstáculo para el encuentro con

⁸³ "Ese contenido de tiempo orientado a la realización de la persona como fin último. Ese tiempo que se otorga al individuo por la sociedad cuando éste cumple sus deberes según las normas sociales del momento de sus obligaciones profesionales y familiares, en disminución de sus obligaciones socio espirituales y la liberación de sus obligaciones sociopolíticas a su disposición; el individuo se libera de la carga de la fatiga y se relaja del aburrimiento y se divierte, en especial en función de su desarrollo de manera desinteresada de las capacidades de su cuerpo y de su espíritu. Ese tiempo disponible no es resultado de una decisión del individuo; es en efecto un resultado de la evolución de la economía y la sociedad. Como nosotros ya hemos dicho anteriormente, es un nuevo valor social de la persona que se traduce en un nuevo derecho social, el derecho de disponer de un tiempo cuya finalidad es la satisfacción de sí mismo. (Traducción propia)

⁸⁴ Véase el capítulo segundo de esta investigación, dedicado a la reflexión en torno al valor económico y la desvalorización del ocio desde el pensamiento de Marx.

nosotros mismos, para nuestros juicios de valor y determinadas prácticas que pueden contribuirnos a nuestro desarrollo.

La primicia por lo útil como obstáculo para la relación con sí mismo, conduce al extrañamiento de sí, esto es, a la alienación. Eso se da cuando dicha primicia nos lleva a una constante necesidad por lo útil. Dicha necesidad a diferencia del ocio, no constituye un ejercicio de libertad, sino que posee una connotación alienante por definirse en función de la utilidad. En este punto es conveniente reparar nuevamente en la valoración aristotélica respecto al ocio. El afán por la utilidad remite a un producto externo al agente, a diferencia del ocio, que supone un beneficio para el agente mismo.

Así, el afán por la utilidad nos invita a pensar en el exterior, a diferencia de lo que es valioso en sí mismo, como el ocio, que implica un encuentro con nuestra interioridad. "Nuestra civilización, que da primacía al exterior sobre el interior, conduce a confiar principalmente en terceros, psiquiatras o psicoanalistas la exploración de nuestros problemas interiores y el tratamiento de nuestros males psíquicos." (Morin, *Ética*, 102). Esa primicia por el exterior lleva a los individuos a un olvido de sí que culmina en la alienación, en muchos casos promovida por falsas necesidades a modo de evasión. En cambio, la búsqueda y promoción de necesidades desalienadoras como señalaba Agnes Heller en su *Teoría de las necesidades en Marx*, (dentro de las que ubicamos al ocio enfocado al desarrollo de la persona como fin último) refuerzan la necesidad de lo improductivo, rasgo esencial del ocio y en cual basamos su valor.

Reafirmar el valor del ocio desde la necesidad por lo improductivo es también señalar los límites de lo útil⁸⁵. Es también por ello que ha sido constante en esta investigación en torno al valor del ocio, el énfasis por recuperar el concepto y valoración del ocio anti utilitaria desde la filosofía antigua, concretamente, en el pensamiento de Aristóteles.⁸⁶ En este orden de ideas, también es importante recordar que: "El mensaje de la sabiduría antigua nos enseña que el hacer por el hacer mismo y el producir siempre más conciernen solo a lo exterior: no

⁸⁵ O bien la necesidad de diferenciar entre dos sentidos diferentes de la palabra utilidad.

⁸⁶ En el primer apartado del primer capítulo se analizó ya lo que se retomaría del pensamiento de Aristóteles respecto al ocio como valioso en sí mismo. Respecto a la crítica a la utilidad que abordamos en estas líneas, es conveniente recordar que para Aristóteles: "El buscar en todo la utilidad es lo que menos se adapta a las personas magnánimas y libres" (Aristóteles, *La Política*, 1338b).

llenar al hombre, sino que, por el contrario, lo vacían.” (Reale, *La sabiduría antigua*, 95). La sabiduría antigua otorga mayor valía a los fines no utilitarios, esto es, a lo que se considera como valioso en sí mismo, como el ocio, la contemplación y la felicidad, en el caso de los griegos.

En consecuencia, sus principios morales consistían en que lo importante está en el ser y no en el hacer. Es relevante mencionar que, para la sabiduría antigua, en especial para los filósofos griegos “El problema verdadero no es qué hacer sino qué ser” (Reale, *La sabiduría antigua* 95). Entonces lo más valioso iba a estar dirigido no a lo útil o a las cosas sino a los seres humanos. Por eso es que en la filosofía antigua los principios morales más importantes eran relativos a una vuelta al sí mismo. El cuidado de sí y el conócete a ti mismo⁸⁷ como principios morales estaban centrados en el mejoramiento del género humano y han sido de gran influencia para la cultura occidental⁸⁸. El ocio tiene cabida en relación a estos dos principios, pues como tiempo para sí mismo, el ocio implica tanto el cuidado de sí y el conocimiento de sí⁸⁹. No obstante, hemos de remarcar en las líneas siguientes una propensión mayor del ocio hacía el cuidado. Es decir, que explicaremos en adelante la pauta de cómo el ocio puede ser una forma de cuidado de sí con la intención de acentuar su valor.

4.1.1.-El ocio como expresión del cuidado; Una lectura de Hadot, Foucault y Heidegger.

En la filosofía antigua, el cuidado de sí estaba presente como un principio necesario en la actividad, era necesario llevarlo a cabo en los modos de vida. “El cuidado de sí constituyó no solo un principio sino una práctica constante” (Foucault, *Las tecnologías del yo*, 50), de manera que fue su principio moral más importante. La noción de cuidado indica como

⁸⁷ En cuanto a la relación entre cuidado de sí, como preocuparse de sí y el conocerse a sí mismo, Pierre Hadot, en su planteamiento sobre la historia del cuidado, afirma que: “Preocuparse de sí es conocerse a sí mismo, conocimiento que, de hecho, por la toma de conciencia que lo constituye, es una transformación, un mejoramiento de sí.” (*Historia del cuidado: de Platón a Heidegger y Foucault, las diferentes aproximaciones a una noción fundamental y ambigua*, 37)

⁸⁸ A este respecto, Foucault señala que: “ha habido una inversión entre la jerarquía de los principios de la antigüedad, preocúpate de ti mismo, y conócete a ti mismo. En la cultura grecorromana el conocimiento de sí se presentaba como la consecuencia de la preocupación por sí. En el mundo moderno, el conocimiento de sí constituye el principio fundamental (Las tecnologías del yo, 55).

⁸⁹ El cuidado de si consiste en conocimiento de sí (Foucault, *Las tecnologías del yo* 59).

principio moral una preocupación por el bienestar de la vida interior en relación al modo de ser. Tal noción sitúa al cuidado en una dimensión no utilitaria, sino por el contrario en una espiritual. Por eso los griegos lo vinculaban al interés por el alma y su sosiego.

Cuando uno se preocupa del cuerpo, uno no se preocupa de sí. El sí no es el vestir, ni los instrumentos, ni las posesiones. Ha de encontrarse en el principio que usa esos instrumentos, un principio que no es del cuerpo, sino del alma. Uno ha de preocuparse por el alma: esta es la principal actividad del cuidado de sí. El cuidado de sí es el cuidado de la actividad y no el cuidado del alma como sustancia (Foucault, *Las tecnologías del yo* 59).

El cuidado comprende un criterio de valor ajeno a lo útil porque lo que pretende es una aprehensión relativa a un beneficio interno en virtud de un mejoramiento de sí y no a un fin externo como ganancia o beneficio. El cuidado comprende, de esa manera, una relación directa no hacia los medios sino hacia a los fines que son valiosos en sí mismos, como lo es el ocio.

Desde una perspectiva platónica, Pierre Hadot matiza la noción de cuidado en la preocupación por sí mismo. Al respecto comenta: “Los atenienses tienen la preocupación de los asuntos políticos, de sus de sus riquezas, y de su reputación, de sus cuerpos, de todas las cosas que no son ellos, pero no tienen preocupación de sí mismos, es decir de la calidad de su propio ser, de su modo de ser” (*Historia del cuidado: de Platón a Heidegger y Foucault, las diferentes aproximaciones a una noción fundamental y ambigua*, 35). Entonces, el cuidado de sí implica necesariamente una vuelta a sí mismo, en el sentido de replantearse tanto el valor propio como su relación para con las actividades que llevamos a cabo.

Para Hadot, “el cuidado designa entonces el gesto que hace que se vuelva sobre sí, y que, volviendo sobre sí, se cambie su escala de valores” (35). La vuelta a sí mismo a la que invita el cuidado es también una revaloración de sí mismo y parte del proceso que es hacerse a sí mismo. Lo cual, no es otra cosa que desarrollar un modo de ser. Y ello implica una conciencia del valor, en sentido intrínseco, de que cada individuo es valioso por sí mismo. Siguiendo nuevamente a Hadot, “se da valor a aquello de lo que se tiene cuidado” (*Historia del cuidado: de Platón a Heidegger y Foucault, las diferentes aproximaciones a una noción fundamental*

y *ambigua*, 36). El cuidado de sí es movido por esa conciencia de lo que es valioso, en tanto que lo es por sí mismo, como un fin y no como un medio.

El cuidado de sí no será otra cosa, entonces, que el ocuparse de sí mismo. De ahí que Foucault entienda el cuidado dentro de lo que define como “Tecnologías del yo”, debido a que las tecnologías del yo, suponen el modo en que uno actúa consigo mismo:

Tecnologías del yo, que permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad. (Foucault. *Las tecnologías del yo*, 48).

Las nociones de cuidado aquí planteadas, incluso como “tecnologías del yo”, coinciden plenamente con el ocio que hemos considerado valioso durante esta investigación. Pues desde el concepto de ocio en el que nos hemos basado, de tiempo para la realización (Dumazedier 1962), el cuidado está implícito en el desarrollarse, como parte de la preocupación y el ocuparse de sí mismo. Por otro lado, es preciso matizar que el ocio como cuidado también tiene una estrecha relación con el tiempo. Se precisa de un tiempo necesario para el cuidado de sí, para la realización, para el cultivo del espíritu, el ejercicio de la virtud y lo edificante.

El ocio entonces es necesario como tiempo para el cuidado. Para dar cuenta de ese matiz del ocio como el tiempo para el cuidado, y que al mismo tiempo implica la reafirmación del valor del ocio, recurrimos al pensamiento de Martin Heidegger. Para este filósofo, el cuidado tendrá una importancia esencial para la existencia humana. Heidegger comprende la existencia desde el ser y el ser desde su relación con el tiempo. Para establecer esa relación utiliza el término en alemán *Dasein*: “El ser que somos, Heidegger lo resume, efectivamente en la palabra clave *Dasein* (ser-ahí). Pero el autor de *Ser y Tiempo* quiere que a través de ella se entienda la idea de una irrupción temporal, de un ahí-donde yo soy el que soy” (Grondin, *Introducción a la metafísica*, 316). El punto de confluencia entre el tiempo y el ser remite a que el ser se despliega en un determinado tiempo de vida, esto es, de existencia. Para Heidegger todo el proceso de ser del *Dasein*, es decir, toda la existencia humana en lo entendido como vida desde el nacimiento hasta la muerte está regido por el cuidado (*Sorge*).

Esta estructura fundamental es la condición de posibilidad de que tengan lugar las “preocupaciones de la vida” y la “dedicación (a algo)” (Santiesteban 2014).

El cuidado entendido desde el plano existencial se vincula con el tiempo, de manera tal que Heidegger equipara al ser con el tiempo mismo. El cuidado debe ser considerado como algo originario, es decir como una estructura constitutiva del ser. En su obra sobre *El concepto de tiempo* Heidegger remite la pregunta por el tiempo a estas cuestiones:

“La pregunta acerca de qué es el tiempo ha acabado por remitir nuestra investigación al ser-ahí, si por ser-ahí se entiende el ente en su ser que conocemos como vida humana; este ente en el respectivo instante de su ser, el ente que somos cada uno de nosotros mismos, el ente al que apuntamos en la afirmación fundamental: yo soy. La afirmación «yo soy» es la auténtica enunciación del ser que ostenta el carácter del ser-ahí del hombre” (Heidegger, *El concepto de tiempo*, 34).

De acuerdo con Heidegger, el ser se despliega en un cierto campo de acción determinado por su relación con los útiles, pero de manera más importante consigo mismo. El ser del individuo, de manera concreta, para Heidegger el ser-ahí, está determinado por el tiempo⁹⁰ y por su actividad, y ese ser-en-el-mundo es definido por el cuidado.

El ser-ahí, entendido como ser-en-el-mundo, significa ser de tal manera en el mundo que este ser implica manejarse en el mundo; demorarse a manera de un ejecutar, de un realizar y llevar a cabo, y también a manera de un contemplar, de un interrogar, de un determinar considerando y contemplando. El ser-en-el-mundo está caracterizado como un «cuidar» (Heidegger, *El concepto de tiempo* 36).

Entonces el cuidado será lo que distinga al ser. “El cuidado es siempre, bien sea tan solo privativamente, ocupación y solicitud.” (Heidegger, *Ser y Tiempo*, 216). Es importante agregar también que, Heidegger refiere las dos acepciones ónticas que posee el cuidado como la Cura, por un lado, “afán ansioso” y por otro, “cuidado” y “dedicación”. Identificar al ocio como cuidado radica en que se trata de un tiempo de dedicación a sí mismo o a otros, todo ello sin fines utilitarios sino de desarrollo en un sentido de mejoramiento humano, de cultivo

⁹⁰ “El ser-ahí, concebido en su posibilidad más extrema de ser, no es en el tiempo, sino que es el tiempo mismo” (Heidegger, *El concepto de tiempo* 47).

del espíritu, de promoción de valores y ejercicio de la virtud. Podemos, entonces, relacionar el modo en que ocupamos el tiempo con lo que somos, de manera que nuestra ocupación del tiempo es equiparable a lo que somos: “En cierto modo yo mismo soy aquello con lo que trato, aquello de lo que me ocupo, aquello a lo que me ata mi profesión; y en eso está en juego mi existencia. Las ocupaciones del ser-ahí han puesto en cada caso el ser en el cuidado” (Heidegger, *El concepto de tiempo* 39). El ser y sus ocupaciones están bajo el resguardo del cuidado⁹¹. El ser se desenvuelve en el tiempo, a la vez que es el tiempo de nuestras ocupaciones. El ocio es posible porque somos cuidado.

El tiempo de ocio permite abrir al ser un tiempo para su posibilidad. El tiempo de ocio es también una posibilidad del ser. Es posible afirmar entonces el valor del tiempo, indispensable como recurso no solo por su carácter de irreversible sino porque su ocupación incide en hacernos a nosotros mismos, en forjar nuestro ser de manera libre y autónoma como puede ser a través del ocio. Por consiguiente, nuestro uso del tiempo nos marca una pauta de qué tan dueños somos de nosotros mismos, es decir qué tan libres somos, por ello el ocio es considerado un ejercicio de la libertad.

Reparar en que el ocio sea un ejercicio de la libertad como uso del tiempo propio a voluntad, nos recuerda a la noción de hombres libres que da Sócrates en el diálogo del *Teeteto* de Platón:

Los hombres libres disfrutan del tiempo libre al que tú hacías referencia y sus discursos los componen en paz y en tiempo de ocio. (...) Y no les preocupa nada la extensión o la brevedad de sus razonamientos, sino solamente alcanzar la verdad. Los otros, en cambio, siempre hablan del tiempo con la urgencia del tiempo, pues les apremia el flujo constante del agua⁹² (172c-d).

Dicha libertad expresada en el ocio, constituye un importante rasgo dentro de la potencia que hay en el hombre, en tanto las posibilidades de ser que puede llegar a tener, y en las que el ocio se manifiesta en tanto expresión del cuidado, como tiempo para potenciar tales

⁹¹ “Este fenómeno no expresa, pues, en modo alguno, una primacía del comportamiento práctico sobre el teórico. La determinación puramente contemplativa de algo que está-ahí, no tiene menos plenamente el carácter del cuidado que una acción política o un distraerse recreativo. Teoría y praxis son posibilidades de ser de un ente cuyo ser debe ser definido como el cuidado” (Heidegger, *Ser y tiempo* 215).

⁹² Con la afirmación sobre el flujo constante del agua, Platón hacía alusión al reloj de agua conocido como clepsidra, que era común en los tribunales griegos.

posibilidades. La cita de Platón nos remite también a la relación que Heidegger establece entre el tiempo y lo que se hace con él, es decir entre el tiempo y el ser, puesto que somos tiempo: “este ser-ahí que calcula el tiempo, dice constantemente: «no tengo tiempo». Procediendo así, ¿no se delata a sí mismo en lo que hace con el tiempo, no se delata como el que es él mismo el tiempo? ... ¿Soy yo mi tiempo?” (Heidegger, *El concepto de tiempo* 60). Para Heidegger somos tiempo y la estructura constitutiva de ese ser tiempo se encuentra en el cuidado. Sí el ser solo puede ser expresado en el tiempo, y en el ser está implícito el cuidado, el ocio será una expresión del cuidado, una manifestación de éste para potenciar al ser mismo, lo cual, reafirma su valor. Sócrates observa que quien tiene tiempo es libre y por tanto se tiene a sí mismo. Para Heidegger no tener tiempo equivale a perderse a sí mismo, a no tenerse. En *Conceptos fundamentales de la metafísica*, Heidegger afirma:

¿Por qué no tenemos tiempo? ¿En qué medida no queremos perder tiempo? Porque lo necesitamos y queremos emplearlo. ¿Para qué? Para nuestras ocupaciones cotidianas, de las que desde hace ya tiempo nos hemos vuelto esclavos (...) este no tener tiempo es un mayor perderse a sí mismo que aquel desperdiciar el tiempo que se deja tiempo” (169).

Somos el tiempo que tenemos, y a ello podemos agregar que, somos de manera más auténtica en el tiempo del cual disponemos con mayor libertad. Ese tiempo del que disponemos con mayor libertad, es el del ocio en el que nuestras posibilidades de ser son potenciadas para su desarrollo. De manera que, todo ello solo será viable en un ocio que propicie las condiciones para potenciar y desarrollar las posibilidades del ser. Es importante aludir a que, según Heidegger, la posibilidad es inherente al Dasein como poder ser, como posibilidad de ser. En cambio, en un ocio que sea trivial o alienante eso no será plausible. Pues la trivialización del ocio presupone una banalización del tiempo, que es también en cierto modo no poseer el tiempo, al menos de manera libre y autónoma, o bien no tener preocupación por él. La trivialización del ocio, lo es también de la posibilidad del ser de la existencia, y en consecuencia se trata de una desvalorización del tiempo y del ocio. Cuando no tenemos tiempo no nos tenemos, por tanto, no podemos dilucidar posibilidades del ser, de modo que, sin tiempo no es posible ser en sentido pleno. De acuerdo con Heidegger, la falta de tiempo es signo de una existencia inauténtica:

Perdiéndose a sí mismo en sus múltiples quehaceres, el irresoluto pierde su tiempo. De ahí procede ese decir que le es tan característico: “no tengo tiempo para nada”. Y así como el que existe en forma impropia pierde constantemente el tiempo y nunca “tiene tiempo”, así también el carácter distintivo de la temporeidad de la existencia propia es que esta existencia, en su resolución, nunca pierde el tiempo, y que “siempre tiene tiempo” (*Ser y tiempo*, 425).

Ese perderse a sí mismo a causa de no tener tiempo es relativo al olvido del ser, esto nos muestra que en el plano existencial todo queda subordinado al tiempo. Es importante señalar al respecto aquí que, esa falta de ser por falta de tiempo que culmina en una existencia inauténtica, puede ser aludida por el cuidado, que, como ser del *Dasein*:

Se trata de una inquietud que no caracteriza solamente al *Dasein*, sino que le acosa en lo más íntimo de su ser, de modo que uno de sus mayores cuidados será liberarse de la misma, de sustraerse por tanto de la pregunta demasiado vertiginosa que él es para sí mismo. De ahí la huida del *Dasein* ante la cuestión de su ser. El *Dasein* se situará las más de las veces en el modo de ausencia de sí. (...) Heidegger ha hablado a este respecto de un *weg-sein*, de un estar-en otra parte, de un estar lejos de uno mismo (Grondin, *Introducción a la metafísica*, 322).

Ese estar lejos de uno mismo es causa de la trivialización del tiempo y del ocio, que no es otra cosa que su desvalorización. No obstante, como se ha dicho anteriormente, el cuidado es constitutivo y originario en el ser; por ende, el cuidado es algo de lo que no se puede escapar. Asimismo, de ese estar lejos de sí que trae consigo la huida ante la cuestión del ser, se sigue el olvido de sí, o bien olvido del ser: “El olvido de sí del *Dasein* remite, con toda certeza, a una huida ante su temporalidad o ante su mortalidad” (323). Según Grondin, para Heidegger esa huida toma dirección hacía lo inauténtico, por negar la condición que es propia al *Dasein*, es decir, el tiempo, y la muerte, esta última, entendida como lo que “podría determinar todos sus proyectos” (323). El *Dasein* no soporta vivir inmóvil, de ahí emerge la necesidad de su huida hacia lo inauténtico. Ante esto, el ocio como expresión del cuidado supone una vuelta de tuerca que posiciona al *Dasein* hacia el poder ser, hacia el desarrollo de sus posibilidades mismas. De ahí que el ocio suponga también no solo una clara reafirmación

del valor del tiempo, sino un momento para el desenvolvimiento del ser, un momento para tener tiempo, por tanto, un tiempo que brinda la conciencia de lo valioso de la existencia.

En suma, el cuidado implica una exaltación sobre el valor del tiempo de ocio. El ocio como cuidado reafirma el valor de nuestro uso libre y autónomo del tiempo propio. “El cuidado del *Dasein* por su ser no es otra cosa que un cuidado del tiempo” (Santiesteban, *Comentario introductorio a la obra de Ser y Tiempo*, 258). El ocio emana del cuidado, funge como cuidado del tiempo en tanto cuidado de sí. El ocio es una expresión del cuidado, lo que lo sitúa en una valoración no utilitaria y reafirma el valor intrínseco del ocio, así como su importancia y condición de posibilidad para el ejercicio de la virtud.

Comprender el ocio como una expresión del cuidado es una manera de revalorizar el tiempo. Dar valor al ocio, tal como se ha dado a entender en esta tesis, está directamente vinculado con la comprensión e interiorización del valor del tiempo. Tal comprensión e interiorización son por sí mismas también, una expresión del cuidado de sí. De esa valoración emana un ocio enfocado a la realización, con una razón de fin dirigida al mejoramiento de sí, al desarrollo, o, dicho de otra manera, al ser, en tanto hacerse a sí mismo.

4.2.-El ocio, de la reafirmación de la individualidad al tiempo para hacerse así mismo; Tras el espíritu de Nietzsche y Montaigne

La consigna de hacerse a sí mismo puede sonar a obligación, pero al vincular al tiempo de ocio con tal cuestión queda desprovista del carácter de obligación. Dado que ya en el capítulo anterior se ha señalado aquí una posición en la que consideramos que no existen obligaciones o bien deberes hacia nosotros mismos⁹³. Además, el ocio como tiempo para la realización converge más a la voluntad que a la obligación, pues se trata de una liberación de la obligación. Entonces hablamos de un hacerse a sí mismo libre y a voluntad, o bien de una libertad de realizarse o desarrollarse, de ahí lo valioso del uso del tiempo para el ocio.

⁹³ La “moralidad” tiene que ver con aquellas de mis actividades que se dirigen a otros. La “prudencia” tiene que ver con aquellas de mis actividades que se dirigen a mí mismo. [...] A la “moralidad” le interesan las relaciones; se trata de una fuerza que prevalece entre los seres. [...] Dada la perspectiva que dicta el sentido común, no es para nada sorprendente que no haya obligaciones morales para con el yo... (J. Driver, “Review of From Morality to Virtue”, p. 506. Citado por Ortiz, “¿Tenemos deberes hacia nosotros mismos?” en Platts, *Conceptos éticos fundamentales*, 156)

No obstante, es prudente preguntarse, ¿En qué se hace uno a sí mismo? ¿Bajo qué actividad? ¿En el imperativo del trabajo o en la libertad del ocio? Proponemos aquí una respuesta a esta cuestión que no polarice la necesidad ante una u otra actividad. Realmente es en esa relación en la que uno se forja a sí mismo, en que se forja el propio ser.

El ocio tiene valor en medida que contribuye a la realización del individuo. En cambio, pierde valor como tiempo para la realización en proporción en la que ha ganado valor en sentido mercantil. Lo ha hecho bajo la forma del trabajo, esto a través del auge de la industria del ocio y el entretenimiento. Pues su fin, en lugar de enfocarse a ser un tiempo valioso para la realización, tiende a volverse un tiempo ofertado para el mero placer o bien para ser destinado a ampliar la jornada laboral. Ocio y trabajo son expresiones de un uso del tiempo. Si el ocio se subordina al trabajo, entonces el tiempo propio en forma del ocio está en mayor medida a merced de terceros. Por tanto, una revaloración del ocio equivale a la necesidad de revalorar el trabajo. El trabajo configura el uso del tiempo en virtud de la utilidad y la ganancia. Se trata de una actividad que, (recordando la cuestión de la valoración de medios y fines) como medio resulta útil para una ganancia fundada en una necesidad de subsistencia. Por lo que el ocio, frente a esa dinámica, puede mostrarse inútil y moralmente reprobable. Pero su rechazo ha de tener más que ver con la incapacidad ante el tiempo para sí mismo.

Por el bosquejo que se ha hecho de la figura del trabajador vemos que dicha figura está caracterizada, ante todo, por estos tres rasgos: la más extrema tensión de las fuerzas activas, absoluta abstracta disposición para el padecer, e inserción total en el sistema racional de planificación de la organización utilitaria social; desde este punto de vista, repetimos, el ocio solo puede aparecer como algo completamente imprevisto, extraño, incongruente, incluso absurdo, moralmente hablando como algo impropio, sinónimo de holgazanería y pereza (Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, 40).

Ese tiempo no normatizado para vivir, en es precisamente el que nos retribuye el tiempo que se nos expropia en el trabajo, y que en gran medida alivia los sufrimientos que este nos pueda provocar. De tal suerte que, en ese tiempo que ganamos para disponer de él libremente, podemos desarrollar la capacidad para tener ocio y ejercer no solo el descanso y la diversión, sino también, el cultivo de virtudes y la realización del ser de cada individuo en tanto su mejoramiento. Sin embargo, la pereza poco tiene que ver realmente con el ocio, pues éste último no se trata de la inacción o un mero no hacer nada. “La falta de ocio, la incapacidad para el ocio, está en relación estrecha con la pereza; de la pereza es de donde procede el

desasosiego y la actividad incansable del trabajar por el trabajo mismo” (41). Entonces, la pereza no corresponde al ocio pues se trata de una falta de capacidad para éste, y por tanto para el tiempo de la realización, del desarrollo de sí mismo e incluso del cuidado.

En este punto recordamos que, como se comentó en el desarrollo del capítulo 2, el trabajo, en particular el trabajo alienado, constituye un obstáculo para el individuo, puesto que: “La actividad desasosegada de un fanatismo suicida por el trabajo procede de una deficiencia en voluntad de realización” (41). El afán por la producción, el reducir el valor del tiempo solo a un aspecto de valor mercantil reflejado en la imposición de la totalización del trabajo ante la vida, contribuye a esa falta de voluntad para realizarse, sobre todo en los aspectos que no implican utilidad ni lucro. En ese sentido, el trabajo se torna en una actividad desasosegada. La vida de los individuos se ve reducida a la producción y el consumo, lo cual no permite el sosiego que brinda el tiempo para sí mismo. Por el contrario, dificulta el ocio y el cuidado, así como la realización y cultivo del espíritu. Pieper hace referencia a éste tipo de pereza en relación a la *acedia* como una carencia de los individuos de encontrarse consigo mismos:

Para la antigua doctrina de vida, la pereza significa, ante todo, que el hombre renuncia al rango que se le fija en virtud de su propia dignidad; que no quiere ser lo que Dios quiere que sea, lo cual quiere decir que no quiere ser lo que realmente y en última instancia es. La *acedia* es la «desesperación de la debilidad», de la que dijo Kierkegaard que consiste en que uno «desesperadamente no quiere ser el mismo». El concepto teológico-metafísico de la pereza significa, por tanto, que el hombre no asienta en última instancia a su auténtico ser; que después de toda su enérgica actividad, no se encuentra consigo mismo (Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, 41-42).

Tal idea de pereza coincide con una falta de voluntad para disponer de sí. En la obra de Nietzsche, la idea de la pereza de realizarse, o bien del desarrollo de la individualidad del ser, se encuentra en la *Tercera consideración intempestiva*. En ella, la pereza es presentada como algo común en todos los hombres, como una falta de voluntad ante sí mismo.⁹⁴

⁹⁴ Al preguntársele cuál era la característica de los seres humanos más común en todas partes, aquel viajero que había visto muchas tierras y pueblos, y visitado muchos continentes, respondió: la inclinación a la pereza. Algunos podrían pensar que hubiera sido más justo y más acertado decir: son temerosos. Se esconden tras costumbres y opiniones. En el fondo, todo hombre sabe con certeza que sólo se halla en el mundo una vez, como un *unicum*, y que ningún otro azar, por insólito que sea, podrá combinar por segunda vez una multiplicidad tan diversa y obtener con ella la misma unidad que él es; lo sabe, pero lo oculta como si le remordiera la conciencia. ¿Por qué? Por temor al prójimo, que exige la convención y en ella se oculta. Pero, ¿qué obliga al

El trabajo que les ocupa a los individuos la mayor parte del día, impide el ocio; por tanto, impide la libertad de disponer de sí mismo, de encontrarse consigo mismo: por ende, de realizarse. “Solo puede haber ocio cuando el hombre se encuentra consigo mismo, cuando asiente a su auténtico ser, y la esencia de la *acedia* es la no coincidencia del hombre consigo mismo. Pereza y falta de ocio se corresponden. El ocio se opone a ambas” (44). El tiempo de ocio como tiempo para sí mismo, converge a nuestra existencia en sentido personal, a la interioridad y lo que hacemos con nosotros mismos, es decir, el modo en que desplegamos o desarrollamos nuestro ser. Pero también a la manera en la que percibimos a conciencia la duración de un momento o acontecimiento, o bien lo que se sigue a este en nuestra relación con las cosas. Invariablemente, el tiempo se destina a un determinado uso que por sí mismo puede implicar una actividad o no. Aunque es cierto que nunca ocupamos nuestro tiempo haciendo nada, más común es no saber qué se está haciendo o no saber qué hacer, pero ya solo el no saber qué hacer representa estar haciendo algo.

“Por falta de sosiego, nuestra civilización desemboca en una nueva barbarie. En ninguna época se han cotizado más los activos, es decir, los desasosegados. Cuéntese por tanto entre las correcciones necesarias que deben hacerle al carácter de la humanidad el fortalecimiento en amplia medida del elemento contemplativo” (Nietzsche, *Humano demasiado humano*, 180).

El ocio se asocia con no estar activo. Con un mero no hacer nada, incluso, con perder o matar el tiempo, como si se llegase a tratar de algo que sobrara. En cambio, el trabajo se vincula

único a temer al vecino, a pensar y actuar como lo hace el rebaño y a no sentirse dichoso consigo mismo? El pudor acaso, en los menos; pero en la mayoría se trata de comodidad, indolencia, en una palabra, de aquella inclinación a la pereza de la que hablaba el viajero. Tiene razón: los hombres son más perezosos que cobardes, y lo que más temen son precisamente las molestias que les impondrían una sinceridad y una desnudez incondicionales. Sólo los artistas odian ese indolente caminar según maneras prestadas y opiniones manidas y revelan el secreto, la mala conciencia de cada uno, la proposición según la cual todo hombre es un milagro irreplicable sólo ellos se atreven a mostrarnos al ser humano tal y como es en cada uno de sus movimientos musculares, único y original; más aún, que en esta rigurosa coherencia de su unidad es bello y digno de consideración, nuevo e increíble como toda obra de la Naturaleza y en modo alguno aburrido. Cuando el gran pensador desprecia a los hombres, desprecia su pereza, porque por ella se asemejan a productos fabricados en serie, indiferentes, indignos de evolución y de enseñanza. El hombre que no quiera pertenecer a la masa únicamente necesita dejar de mostrarse acomodaticio consigo mismo; seguir su propia conciencia que le grita: «¡Sé tú mismo! Tú no eres eso que ahora haces, piensas, deseas. (Nietzsche, *Tercera consideración intempestiva. Schopenhauer como educador*. I)

comúnmente a la actividad. “Frente al exclusivismo de la norma ejemplar del trabajo como actividad está el ocio como la actitud de la no-actividad, de la íntima falta de ocupación, del descanso, del dejar hacer, del callar” (Pieper. *El ocio y la vida intelectual*. 45). Ante esto, se ha señalado ya aquí, el ocio implica necesariamente una actividad: aspira a la contemplación, como ya se ha dicho, a la actividad gozosa. Trabajo y ocio corresponden a actividades de uso de tiempo disponible. Ese tiempo disponible corresponde también a la dimensión existencial de los individuos.

Nuevamente en Nietzsche⁹⁵, alude a la preocupación por distinguir a los activos, como los que no son dueños de sí, en tanto que no lo son de su propio tiempo. Los individuos que son dueños de su tiempo y pueden disponer de él con libertad, son los que tienen ocio. Entonces tener tiempo para el ocio, equivaldrá a tener disponibilidad para la actividad individual, esto es, para sí mismo.

“El grave defecto de los hombres activos. Lo que les falta ordinariamente a los hombres activos es la actividad superior, es decir, la actividad individual. Actúan en calidad de funcionarios, de hombres de negocios, de expertos, es decir, como representantes de una categoría, y no como seres únicos, dotados de una individualidad muy definida; en este aspecto, son perezosos. La desgracia de los hombres activos es que su actividad resulta siempre un tanto irracional. No cabe preguntar al banquero, por ejemplo, el objetivo de su compulsiva actividad, porque está desprovista de razón. Los hombres activos ruedan como lo hace una piedra, según el absurdo de la mecánica. Todos los hombres, tanto de hoy como de cualquier época, se dividen en libres y esclavos; pues quien no dispone para sí de las tres cuartas partes de su jornada, es un esclavo, sea lo que sea: político, comerciante, funcionario o erudito.” Nietzsche, *Humano demasiado humano* I, §283, 179.

Si el trabajo ocupa la mayor parte de nuestro tiempo, eso equivale a que no somos dueños de nuestro tiempo. Por otra parte, que el ocio ocupe todo nuestro tiempo no es posible para la mayoría de las personas. Corre el riesgo de convertirse en ociosidad y en consecuencia perdería su sentido de tiempo para la realización. Tener tiempo para sí mismo y emplearlo en lo que se desee libre de obligaciones, equivale también a poder disponer de sí mismo.

En la obra de Nietzsche las aseveraciones a las que hemos dado aquí cita, conducen a la idea de la necesidad de la formación de un espíritu libre, que él mismo pretende plasmar en

⁹⁵El pensamiento de Nietzsche es notablemente crítico del protestantismo, vertiente religiosa impulsora del culto al trabajo, que aparece indirectamente en la mira en el fragmento de *Humano demasiado humano* en que Nietzsche denuncia la falta de sosiego de los activos en pro de la necesidad del elemento contemplativo, esto puesto que él mismo se quejaba de la falta de buenos pensadores en su época. De ahí que, “la filosofía del idealismo alemán, a la que Nietzsche solo veía como el climax de una apología del protestantismo hostil a los sentidos. Toda obra de Nietzsche se debe entender como una crítica a esta tradición, que había devaluado la vida, sometiéndola al progreso de la historia” Frey. *En el nombre de Dionysos. Nietzsche, el nihilista antihilista*, 155.

algunas de sus obras, como por ejemplo a través de Zaratustra. Herbert Frey en *El nombre de Diónysos. Nietzsche, el nihilista antihilista*, expone las ideas sobre el espíritu libre en Nietzsche, en alusión a la influencia de este respecto a los *Ensayos* de Montaigne. El filósofo de los *Ensayos* era una de las pocas figuras que influenciaron Nietzsche, al grado de la admiración. Frey, siguiendo en las huellas de Montaigne en Nietzsche, presenta una breve correlación entre las ideas de ambos autores. Una de las más sobresalientes, además de las ya mencionadas, es la relevancia por el valor de la vida fundado en la voluntad, que en Montaigne se encontraba en cierta medida volcada hacía el sí mismo, y en Nietzsche hacía la recuperación de los valores que afirmasen la vida. “En el centro de los ensayos de Montaigne⁹⁶ está el individuo que, inmerso en un mar de opiniones, tiene que tomar sus propias decisiones independientes para poder autodeterminar su vida” (161). Montaigne desarrolló sus “*Ensayos*”, en gran parte, gracias a su formación y capacidad para tener ocio, pero también a su posición social que le permitió retirarse a su castillo para disponer de tiempo para el ocio. Lejos de pretender utilidad o ganancia alguna⁹⁷, buscó el énfasis de su estudio en el cultivo del espíritu, así como en el goce de su propio cuidado y conocimiento de sí. En consecuencia, “Montaigne había defendido de manera vehemente el derecho a disponer de sí mismo” (167), y lo hizo en la escritura de sus *Ensayos*, que fueron durante su tiempo de ocio⁹⁸, que no fue otra cosa que un tiempo para la realización en su obra y, a su vez, para sí mismo.

Intento no requerir de nadie de manera apremiante. Toda la esperanza la deposito en mí (...) Qué destino tan lamentable y tan amenazador tener que depender de otro. Ni siquiera nuestro yo, nuestro propio y más seguro refugio, nos otorga seguridad suficiente: no tengo nada mío más que a mí mismo, incluso esta posesión es incompleta y parcialmente prestada. Por lo tanto, busco seguir desarrollando tanto mi

⁹⁶ Montaigne expresa en su obra, la cual es producto de su ocio, la necesidad de los individuos por realizarse de manera autónoma, a fin de desarrollar un espíritu libre. En palabras de Herbert Frey: Montaigne, “Fue uno de los primeros en dirigir la mirada hacia el individuo, que libre de ataduras sociales e ideológicas se hace responsable de su propia existencia. Con ello, Montaigne no hace otra cosa que retomar los problemas tal como fueron planteados por las filosofías del helenismo y la tradición romana”. Frey. *En el nombre de Diónysos. Nietzsche, el nihilista antihilista*, 160.

⁹⁷ Así lo afirma él mismo en su obra: “Estudio en este momento para distraerme, nunca por la ganancia”. Montaigne. *Ensayos* III, 1238.

⁹⁸ “Montaigne no quiere ni la vida contemplativa hostil a los sentidos, ni la vida dedicada al trabajo. En una época en que la ética laboral calvinista empezaba a asentarse en Europa, Montaigne se apegaba al ideal antiguo del ocio”. Frey. *En el nombre de Diónysos. Nietzsche, el nihilista antihilista*, 170.

valor (que es lo más importante) como mis capacidades para vencer al destino, con el fin de poder encontrar en ello mi satisfacción en caso de que todo lo demás me abandone (Montaigne, *Ensayos* III, 10: 486)

Tal confesión, nos lleva a plantearnos que el mismo Montaigne logró llevar a cabo un ocio que consideraríamos aquí como edificante. Se centró en el mejoramiento de sí mismo, en el desarrollo de su ser, en tanto a sus capacidades y realización en el ejercicio de la virtud. Se trata entonces de un individuo que mediante todo lo dicho anteriormente más la conciencia del valor de su tiempo propio (que lo llevo, además, a la conciencia del valor de sí mismo), logró conocer de manera autentica el valor del tiempo que hemos tratado de explicar. Por ello, es preciso dedicar el último apartado de este capítulo a concretar brevemente lo que se ha ido abonando a esta reflexión en todas las partes que la componen, es decir, a presentar la propuesta de un ocio edificante como valoración del tiempo.

4.3.-El ocio edificante: Valoración del tiempo no utilitario

El carácter edificante del ocio reside en la acepción del término como una actividad en vías de la realización, de un mejoramiento que contribuye a un hacerse a sí mismo. Dicho mejoramiento es también un hacerse a sí mismo, una suerte de cuidado, esculpirse, formarse, edificarse incluso forjarse un carácter, de ahí que nos invite al cultivo de la virtud. Además, lo edificante aquí se entiende como relativo a la fuente de todo valor, a saber, lo humano⁹⁹. De ahí se sigue que sea posible afirmar que el valor del ocio radica en su carácter edificante. Por tanto, lo edificante conlleva lo valioso. Con esta mención, merece la pena, aclarar la distancia tomada con la tradición filosófica respecto al término edificante. En ese sentido, nos posicionamos a distancia de la concepción peyorativa que Hegel plantea respecto a lo edificante, que si bien lo señala dentro de una dimensión ética que implica una suerte de

⁹⁹ El mejoramiento que conlleva lo edificante como expresión del valor guardar una estrecha relación con el sentido y las acciones de los agentes. De ese modo, plantear el valor del ocio implica ahondar en su sentido como tiempo y en sí como parte de nosotros mismos. “No hay un solo acto en la vida del hombre que no esté amagado por la exigencia del valor. Todos corremos vertiginosamente tras nosotros mismos, dirigidos siempre por estas indicaciones que prefiguran y aluden a la plenitud de nuestro propio ser. El valor nos atrae como un torbellino en cuyo centro nuestro propio yo aparece iluminado por su aura. Todos nuestros actos se ordenan hacia la realización de algún valor” (Portilla. Fenomenología del relajo, 32).

mejoramiento lo deslinda de toda pretensión de valor, de trascendencia y seriedad. Es decir, de cualquier tipo de rasgo o carga filosófica.¹⁰⁰

De igual modo tomamos distancia de la interpretación kierkegaardiana de lo edificante. Contrario a la posición hegeliana, Kierkegaard entiende lo edificante en relación a lo valioso y lo dota de una fuerte carga ética, pues comprende esa carga como lo fundamental de la acción de edificar: “Edificar significa levantar algo en altura desde los fundamentos” (Kierkegaard. *Las obras del amor*, 255). Sin embargo, en Kierkegaard, la razón de fin de lo edificante no es el de un mejoramiento o el del cuidado de un hacerse a sí mismo como se pretende aplicar el término en el caso del ocio. Sino que, en cambio, lo edificante en Kierkegaard se trata de “el atributo esencial de toda religiosidad” (Kierkegaard. *Postscriptum no científico y definitivo a las migajas filosóficas*, 561), de manera que su razón de fin, es otra, en tanto mejoramiento.

Así, tras los matices debidos sobre nuestra posición respecto a la tradición en la definición de lo edificante, cabe destacar que, en definitiva, el término es aquí usado a fin de enfatizar un valor, que es el del tiempo de ocio. Afirmar que el ocio es edificante conlleva comprender que el ocio es un tiempo sin valor utilitario. Hablar en torno a un tiempo que edifica es concebir un valor al tiempo que no implica utilidad ni ganancia sino descanso y satisfacción emanadas de la realización y el desarrollo. Cuando agregamos al término ocio el adjetivo de edificante queremos referirnos a una cualidad que implica el mejoramiento de sí, en tanto puede implicar el desarrollo de capacidades, la realización, el goce y el cultivo de virtudes. Decir que el ocio debe ser edificante podría parecer un imperativo moral, pero el ocio por sí mismo está fundado en el desinterés y más aún en la voluntad, a saber, en la libre determinación de hacer lo que nos gusta. Esa libre elección en tanto sea disfrutable resulta benéfica, lo que significa también que nos invita con prudencia a evitar cualquier tipo de daño a nosotros mismo o a otros.

¹⁰⁰ En la Fenomenología del espíritu, Hegel señala que la Filosofía debe guardarse de ser edificante, esto con la intención de afirmar que la filosofía no es un discurso edificante o que implique un mejoramiento moral o relativo a nuestros valores, sino que la filosofía nos permite pensar y comprender la realidad pudiendo prescindir de una necesidad ética: “Quien sólo busque edificación, quien busque envolver entre nieblas la multiplicidad terrenal de su existencia y de su pensamiento, y reclame el indeterminado placer de esta indeterminada divinidad, puede ir mirando dónde lo encuentra; fácil le será encontrar por sí mismo los medios para alucinarse con alguna fantasmagoría y hacer alarde de ello. Pero la filosofía tiene que guardarse de querer ser edificante” (Hegel, *Fenomenología del espíritu*, 8).

El hecho de que el ocio sea o no benéfico dependerá por una parte de la formación de los agentes.¹⁰¹ Y, por otra parte, dependerá de los hábitos y virtudes que se cultiven. Un ocio empleado con prudencia, que por ello tiende a la virtud, conduce al despliegue de las capacidades propias en beneficio del disfrute. Además, nos ayuda a saber distinguir cuándo determinada práctica en él nos trae un beneficio y cuándo nos produce daño. De tal forma que, si el agente carece de formación, virtud o criterio, no lograría distinguir entre lo que puede ser benéfico o dañino. Entonces la posibilidad de que el ocio llegue a volverse una práctica nociva estará sujeta a la capacidad o incapacidad de los agentes. Dicho de otra manera, en su capacidad de actuar con prudencia.

Entre tanto, puesto que el ocio supone libertad ante cualquier obligación, es también un escenario propicio para poner en práctica una ética que no se enfoque solo en la moral sino en la virtud. Esto es, en la prudencia de la sabiduría práctica para saber en qué emplear nuestro ocio y evitar a toda costa el desperdicio, la nociva desmesura, y el despilfarro. “La sociedad emergente gira en torno a la consideración del tiempo como un bien de gran valor, bien por la reducida disponibilidad del mismo, bien por la falta de calidad de aquel del que se sobredispone” (San Salvador del Valle Doistua R. “La aceleración del tiempo y el fenómeno del ocio” en Cuenca M y Aguilar E. *El tiempo de ocio: Transformaciones y riesgos en la sociedad apresurada*,29). El valor del tiempo del que disponemos para nosotros mismos, a fin de cuentas, está detrás de toda valoración del tiempo. Si bien ese valor del tiempo se refiere al ocio, representa en muchas ocasiones el motivo por el cual se trabaja extenuantemente.

El trabajo no es un fin. El fin de éste supone una ganancia de tal actividad, dado que se trata de un medio. Pero el fin del cual el trabajo es medio, no implica del todo al trabajo mismo. Se trabaja para sobrevivir, pero también para evitar el trabajo mismo. Se trabaja, como decía Aristóteles, en miras del ocio. Inclusive, la ganancia obtenida por medio del trabajo se dedica a las diversiones del ocio, al tiempo de las vacaciones, a la desconexión y el descanso, o, simplemente, al retraining o a llevar a cabo prácticas que sean de nuestro gusto. Todo ello bajo una lógica de esperar una recompensa tras el esfuerzo, que al final no se aleja mucho de

¹⁰¹ Por agentes entenderemos los individuos con capacidad de actuar, esto es, con agencia.

centrarse en el valor del tiempo a través de nuestro esfuerzo en el trabajo. Es por eso que el valor, tanto del ocio como del trabajo, suelen ser indisociables.

Por otra parte, Kant también sugiere un uso del tiempo cercano a lo aquí propuesto como edificante en lo relativo a ocupaciones que tengan grandes fines como propósito.

...llenar el tiempo con ocupaciones que avancen metódicamente y tengan por consecuencia un gran fin propuesto (*vitam extendere factis*), es el único medio seguro de estar contento de la propia vida y al mismo tiempo saciado de vivir. «Cuanto más hayas pensado, cuanto más hayas hecho, tanto más largamente habrás vivido (incluso en tu propia imaginación)». Concluir la vida de este modo va acompañado de satisfacción. Es inasequible al hombre ni en sentido moral (estar satisfecho de sí mismo en cuanto a la buena conducta), ni en sentido pragmático (estar satisfecho del bienestar que el hombre piensa proporcionarse con su habilidad e inteligencia) Kant. (*Antropología en sentido pragmático* 161-162).

Kant esboza con estas ideas anteriormente citadas, una notable pretensión por un uso del tiempo que tenga una razón de fin ligada a la satisfacción en concordancia con la moral. Dicho uso del tiempo que supone un bien para el agente es cercano al ocio edificante aquí propuesto; y lo es también a las enseñanzas de Benjamin Franklin relativas a un empleo racional y secular del tiempo de ocio, que nos recuerdan no malgastar el tiempo. El vínculo del ocio con la satisfacción que lo distingue como tiempo liberado y desprovisto de toda obligación, nos recuerda también a las advertencias de Aristóteles al instar a no desperdiciar el tiempo, sino a emplearlo en el ocio.

Ya desde *La política*, Aristóteles se plantea la importancia sobre en qué debemos emplear nuestro ocio, sobre lo cual Pieper también reflexiona: “El problema principal es saber con qué clase de actuación hay que llenar el ocio” (*El ocio y la vida intelectual* 65-66). A saber, un uso del tiempo para sí mismo, para hacerse a sí mismo, relacionarse por tanto consigo mismo, que implica entonces cultivar el espíritu en la libertad de disponer del tiempo, o bien, disponer de sí mismo.

La reflexión acerca del valor del tiempo que disponemos, nos recuerda a la noción a la que habíamos aludido en el primer capítulo, sobre Benjamín Franklin, quién se adelantaba en su época a plantear una visión del valor del tiempo secularizada, lejos del sesgo protestante que imperaba: “Emplea bien tu tiempo, si quieres adquirir el ocio, y no pierdas una hora, pues no

estás seguro de un minuto. El ocio es tiempo para hacer algo útil: solo el hombre diligente puede darse este ocio, que jamás podrá lograr el perezoso.” (Franklin, B.: “The way of wealth” en *Autobiography and other writings*. Oxford University Press, Oxford-New York, 1993, p268. Citado por Cuenca J. *El valor de la experiencia de ocio en la modernidad tardía*, p51). Benjamín Franklin se refería a emplear el tiempo de ocio con prudencia, o bien al uso del tiempo desde una sabiduría práctica, que no solo pretendía evitar una moral reprobable respecto al ocio sino fomentar la voluntad y la capacidad para éste. Esta prudencia, en tanto sabiduría práctica para emplear nuestro tiempo de ocio, hoy en día se encuentra estrechamente ligada al desarrollo tecnológico¹⁰²

En la actualidad nuestras ocupaciones relativas al ocio y al trabajo están en gran medida en una relación de dependencia respecto al uso del tiempo con fines productivos y eficaces. Además, se encuentran bajo la operatividad de las tecnologías, que nos suponen el ahorro de tiempo para cualquier tarea a ejecutar:

El desarrollo del paradigma científico-tecnológico ha ido dando respuestas al proyecto de un ser humano preocupado por recorrer mayores distancias en menor tiempo, en realizar un mayor cúmulo de tareas con un menor consumo de tiempo, hasta el punto en el que el espacio se supedita plenamente al tiempo. Pero, la liberación de tiempos por una mayor velocidad, eficiencia y precisión en la gestión de las tareas, del desplazamiento y la comunicación, no ha revertido en una mayor percepción de tiempo disponible. El tiempo rescatado de tareas básicas o reproductivas se ha ido invirtiendo en un desplazamiento por un hábitat personal más amplio espacialmente (trabajo-educación-ocio-consumo) y una obsesión por la conectividad permanente (a todas horas en cualquier lugar) (San Salvador del Valle Doistua R. “La aceleración del tiempo y el fenómeno del ocio” en Cuenca M y

¹⁰² “Se ha producido un largo proceso de cambio en la relación entre el hombre y la categoría tiempo: desde el tiempo universal al tiempo personal, pasando por el tiempo social. Se trata de una evolución marcada por la referida evolución del paradigma científico-tecnológico que, en primer lugar, provocó la artificial convención del tiempo social y, en segundo lugar, la personalización del tiempo” (San Salvador del Valle Doistua R. “La aceleración del tiempo y el fenómeno del ocio” en Cuenca M y Aguilar E. *El tiempo de ocio: Transformaciones y riesgos en la sociedad apresurada*,28).

Aguilar E. *El tiempo de ocio: Transformaciones y riesgos en la sociedad apresurada*,27).

Durante el tiempo para el ocio se busca la relajación y la tranquilidad, de ahí que hemos hablado de la necesidad del sosiego. Entonces se pretende una pausa o entretiempo de la tensión del trabajo, del afán de rendimiento en éste y del ritmo acelerado que acarrea a nuestras vidas. De ahí que el trabajo, por estar relacionado a la eficacia y la utilidad, se identifique con la aceleración. En cambio, el ocio no requiere de la preocupación por medir el tiempo, pese a que para él sea necesario, a semejanza con la contemplación, la durabilidad y el sosiego. Para percibir el tiempo desde la duración, que trae consigo la conciencia de que se trata también de un tiempo en sentido personal, social y existencial, acorde a las alusiones respecto al tiempo a las que ya hemos acudido desde Heidegger. No obstante, en cuanto al vínculo entre tiempo y duración es necesario establecer una relación entre ambos conceptos. A fin de aclarar tal idea, recurrimos a Henri Bergson, quien, desarrolla qué es la duración en relación a concebir el tiempo como la duración, en que la conciencia capta el tiempo como duración:

“El tiempo no se puede confinar dentro de una o varias representaciones conceptuales. ¿Qué pasaría si tomamos la duración, en su forma verdadera, interior, como la sucesión de nuestros estados de conciencia? Porque la duración es eso: es lo que encontramos en el fondo de nosotros mismos, cuando nos miramos, cuando nos permitimos vivir la vida de la conciencia, la vida interior” (Henri Bergson, *Historia de la idea del tiempo* 97).

El tiempo está vinculado con nuestra interioridad, a saber, con nuestra conciencia, y esa conciencia da lugar a la noción de duración, que a su vez da lugar a la idea de tiempo. Asimismo, la duración deviene de la conciencia del tiempo. Si somos conscientes del valor de la duración entonces somos capaces de percibir el valor del tiempo. El desarrollo de la capacidad de poseer dicha conciencia del tiempo interior, en relación recíproca con lo exterior, en la sociabilidad del trato con los otros, está directamente vinculado a la capacidad de tener ocio. Y, por consiguiente, a la capacidad de concebir el valor del ocio como actividad necesaria y edificante. De ese modo, lo que el ocio es entendido como un tiempo valioso por ser tiempo para sí mismo y la disposición de usarlo a voluntad. La comprensión sobre lo

edificante del ocio y su valor, viene entonces de concebir el ocio como acto libre que existe como tiempo para el agente y no para otra cosa. La experiencia de la duración contribuye a la conciencia del valor del tiempo. Esto importante para el ocio, pese a que en el tiempo de ocio que nos propicia sosiego llega perderse cierta noción del tiempo o bien de la duración misma. Pero, al mismo tiempo y en mayor grado de importancia en el tiempo de ocio la experiencia de la duración permite contrarrestar el afán por la inmediatez, la cual no da lugar al sosiego que posibilita que el ocio pueda ser edificante.

La duración deviene en el ocio de su parte relativa a la actividad contemplativa, lo que la sustrae de la inmediatez de la ganancia, la producción y el consumo relativos a la actividad. Posicionarse en contra de la inmediatez y las prisas generalizadas que nos acontecen en la actualidad es en cierto grado recuperar la necesidad de calma y sosiego que se nos arrebatan al afanarnos en el rendimiento de la producción y el trabajo excesivo. Dicho afán, no es otra cosa que la pulsión capitalista porque el tiempo sea productivo en sentido mercantil. La máxima *time is money* que afirmaba Benjamin Franklin, es llevada al exceso a través de la producción y el consumo. “El consumo y la duración se contradicen. Los bienes no duran. Llevan inscrita la caducidad como elemento constitutivo” (Chul-Han *El aroma del tiempo*133). El tiempo dedicado al consumo está inmerso a la inmediatez del intercambio por poseer valor de uso y valor de cambio, de ahí que, tiene un valor mercantil. Por tanto, es de valor distinto al del tiempo de ocio.

A pesar de todo, un ocio de consumo no es necesariamente nocivo o utilitario por sí mismo. Esto dependerá en gran medida de que el fin de dicho ocio no sea el consumo como tal, además del contenido y sentido de su actividad. Entre menos vinculado esté el ocio al consumo en sus prácticas, ya sea en tanto a sus fines o incluso como medio para otra cosa que pueda ser buena, será en mayor medida un tiempo propio para el sosiego, el cultivo del espíritu y el mejoramiento de sí.

El ocio nos brinda la oportunidad de un tiempo para nosotros mismos y nuestra edificación. Tener ocio equivale a tener tiempo, dado que este remite al gusto y la satisfacción a través de la voluntad con la que disponemos de él. La relación entre el tiempo y el ocio radica en la distinción de uso. Sin embargo, el tiempo como tal es previo a nuestra disposición y se ocupa o se gana a voluntad u obligación:

El tiempo es una dimensión a priori, trascendente, preexistente a sus contenidos. Está allí, lo espera a uno. Si es un tiempo alienado, esclavizado en el trabajo, entonces «uno no tiene tiempo». Si es tiempo fuera del trabajo o fuera de las obligaciones, «uno tiene tiempo». Dimensión absoluta, inalienable, como el aire, el agua, etc., se convierte durante el ocio en propiedad privada de todo el mundo¹⁰³ (Baudrillard. *La sociedad de consumo*, 188).

La falta de ocio es también una falta de tiempo. Si no podemos subordinar al menos un momento a las lindes de nuestro gusto y satisfacción, eso quiere decir que, no tenemos voluntad sobre nuestro tiempo, por tanto, no nos gobernamos. El ocio permite que podamos poseer el tiempo, y emplearlo a nuestro gusto, esto es, hacerlo nuestro, ya sea para desplegar la potencia de nuestro ser, buscar nuestra realización o desarrollar capacidades y buenos hábitos.

...el ocio contemplativo (*skholé*), que se decía libre y propio del alma, pero que era concebido también como actividad esforzada; como la actividad por excelencia (...) podría considerarse como un trabajo espiritual sobre uno mismo es lo que falta por completo en la ociosidad de las sociedades burguesas que, como dice el propio Benjamin resulta más bien «un antecedente de la distracción o de la diversión» (Cuenca J, *Hacia la ociosidad interrumpida*, 503)

Ese trabajo espiritual que es el ocio admite distinguir la necesidad que tenemos de él respecto al otro tipo de trabajo. Es ahí donde la subordinación actual del ocio ante el trabajo, sitúa a este último como totalizador y necesario inclusive por el poder. La marginación del tiempo para el ocio como residuo auspiciado por la automatización capitalista, y el imperativo del tiempo productivo que no hace más que reproducir los esquemas del trabajo deja en claro que se trata de una desposesión o bien expropiación de nuestro tiempo. En tal proceso el

¹⁰³ Este último punto es esencial: deja entrever que el tiempo bien podría ser el producto de cierta cultura y, más precisamente, de cierto modo de producción. En ese caso, está necesariamente sometido a la misma condición que todos los bienes producidos o disponibles en el marco de ese sistema de producción: la de la propiedad privada o pública, la de la apropiación, la del OBJETO, poseído y alienable, alienado o libre y que participa, como todos los objetos producidos según ese modo sistemático, de la abstracción reificada del valor de intercambio (Baudrillard, *La sociedad de consumo*, 188).

tiempo de los agentes se vende, se presta al intercambio, se le adjudican valor de uso y de cambio destinados a la producción de ganancias. Esto quiere decir que, pasa a ser propiedad de otro, y a la vez, queda sujeto a la posibilidad de confundir su valor con el valor del mercado. Lo cual, es un problema, pues nuestro tiempo al ser empleado para el ocio se vuelve valioso y el sentido de su valor deviene de que su fin sea nuestra edificación. Es decir, que, nuestra posesión del tiempo al tender al mejoramiento y la edificación del sí mismo al estar con él, deja de manifiesto el valor del ocio, basado en la libre determinación sobre el empleo de nuestro tiempo disponible.

Aportaciones y conclusiones de la investigación

Este último apartado de la investigación pretende exponer las conclusiones finales del análisis en conjunto de cada capítulo en relación a la tesis en cuestión y sus objetivos. Así, la conclusión del problema planteado de esta investigación será traída a colación, así como la justificación de la posición teórica presentada en el conglomerado de capítulos presentes. Posterior a ello, se analizarán las limitaciones de investigación, con el propósito de rendir cuenta de ciertas aporías, paradojas y precisiones necesarias relativas al valor del ocio y su actualidad. Finalmente, serán desarrollados los principales aportes aquí reunidos.

Conclusiones

Preguntas de investigación y capitulado

Para dar inicio al desarrollo de las conclusiones, metodológicamente, es importante destacar dos aspectos primordiales: Las conclusiones acordes a los temas tratados por capítulo que respondieron al tratamiento de los problemas planteados en las preguntas de investigación de esta investigación. Y, en segundo lugar, el cumplimiento de los objetivos de investigación. Tras la presentación de estos dos aspectos, vendrá una conclusión general que tiene como fin aglutinar las principales cuestiones finales del análisis de la investigación completa.

Ahora bien, a continuación, se comentarán las preguntas de investigación, como se afirmó en el primer aspecto a tratar, comenzando por la cuestión principal:

Pregunta principal: ¿De qué manera la experiencia edificante puede reivindicar al ocio?

Bajo el supuesto de que el ocio es concebido y valorado en una subordinación hacia el trabajo, que resulta en una desvalorización misma del ocio como un tiempo residual o de mera reposición y entretenimiento evasivo, se propone en esta investigación, concretamente en el cuarto capítulo, un ocio edificante, basado en el elogio del uso del tiempo improductivo como una expresión del cuidado de sí dirigido a la realización y el mejoramiento a través del cultivo

de la virtud. Tal alternativa busca difuminar la confusión de valor que existe para con el ocio. Es decir, aclarar cuál es el valor del ocio y porque dicho valor no debe concebirse como un valor mercantil.

1.- ¿Cómo argumentar una posible democratización del ocio? ¿Cómo educar respecto al uso y valor del tiempo? ¿En qué consiste la dignificación del trabajo y cuáles son las críticas más relevantes sobre su culto? ¿No es acaso el descanso lo que hace también digno al trabajo?

El segundo y tercer capítulo responden a esta cuestión. El segundo en la crítica al trabajo alienado como un tipo de trabajo que imposibilita el ocio e implica una actividad desprovista de desarrollo para el individuo, por tanto, alienante. Al mismo tiempo que cualquier momento fuera del trabajo se limita a ser una reproducción de este, a través del siguiente reduccionismo de la actividad humana: sino se produce se consume, sin más opción.

Y el tercer capítulo responde a que la actividad del trabajo debe remunerarle el tiempo invertido y/o vendido en este al individuo. Esa remuneración de tiempo, se refiere al tiempo libre, que puede emplearse en el ocio. Y ello constituye en un derecho humano fundamental para todo trabajador, cuyo beneficio en él concierne en poder tener un momento de libertad lejos de la obligación, para así, poder disponer de su propio tiempo a voluntad.

“Habíamos creído en la afirmación del individuo mediante el trabajo, pero ahora nos estamos dando cuenta que la modernidad permite la afirmación de las individualidades en el tiempo propio de uno, en el tiempo libre y disponible” (Sue, “Hacia la educación para todos a lo largo de toda la vida”, en Bindé J. (dir.) *¿A dónde van los valores?* 130. Citado por Cuenca M, “Valores que dimanan del ocio humanista” en *Los valores del ocio: cambio, choque e innovación*, 19).

El valor de ese derecho compete a la necesidad que cubre, pues, como todo derecho se crea porque hay una necesidad práctica, el ocio responde a la necesidad que tenemos de tiempo. Esto hace valioso a ese derecho, que, como todos los derechos, se vuelve valioso porque cubre una necesidad. En este sentido, el ocio como derecho es vehículo de dignidad humana. Por esa razón, su valor está en función de la dignidad que otorga el ser humano. Y de forma

más concreta, ese valor es dado por la necesidad que cada individuo tiene de disponer, libremente y a voluntad, de tiempo para sí mismo, su desarrollo y realización.

El reino de la libertad en la tradición materialista pasa por la liberación del trabajo a través de la reapropiación de las condiciones de existencia y, principalmente, de la tecnología como medio de proporcionar un ocio que nada tenga ya que ver con la pereza y el abandono y mucho con la actividad en libertad (Royo, *El capitalismo como negación del ocio*, 193)

El ocio conlleva libertad, incluso por definición tiene cercanía con ella, por eso es que es bueno y valioso en sí mismo. Por eso podemos afirmar que el derecho al ocio es derecho al desarrollo personal y a realizarse como ser humano, por consiguiente, es también una expresión pura de libertad.

2.- ¿Bajo qué usos o prácticas podría deslindarse el tiempo de su valor mercantil? ¿Cuál es el valor del tiempo? ¿Cuáles son las perspectivas/parámetros/enfoques del valor del tiempo?

El capítulo cuarto responde a esta cuestión al tratar lo edificante en relación a un ocio contrario a los criterios de utilidad de los valores del mercado. En su lugar, se expone un ocio como tiempo para sí mismo, en tanto que se presenta también como expresión del cuidado de sí. Ambos elementos, el ocio en miras del elogio de lo improductivo, y el ocio como expresión del cuidado, nos dan pautas para una comprensión del valor del tiempo. Bajo los supuestos que se establecen en dicho capítulo a partir de Heidegger, Foucault y Hadot, en lo relativo al cuidado, queda claro que el valor del tiempo tiene una relación directa con el valor de nuestra existencia. Asimismo, nuestro existir es tiempo y somos ese tiempo, de ahí que el ocio sea también una expresión de lo que somos, dado que compete prácticas que dimanen de nuestros gustos y aficiones.

En contraste y en respuesta la pregunta sobre “¿Cuál es el valor del tiempo?”, en el primero y segundo capítulo, fue abordada una crítica a la valoración mercantil del tiempo y del reduccionismo de este a un mero productor de valor mercantil. Esto resulta muy importante, pues esta tesis pretende aclarar que el valor del tiempo de ocio no es de carácter mercantil. En cambio, se expone en el tercer capítulo que el valor del ocio es relativo a la fuente de todo

valor, que es el ser humano, es por tanto promotor de valores y necesario para la virtud. Además, propicia otros valores y principalmente, por tratarse de un derecho, promueve la dignidad. Por ello, es que, en esta conclusión, en su parte general, más adelante será retomado el planteamiento del valor del ocio, acordando que este es comprendido como social y moral.

3.- ¿Qué valores promueven las prácticas de ocio y cómo se valora el tiempo en las actuales condiciones de trabajo y derechos de los asalariados en la sociedad de rendimiento?

Ante esta cuestión, en el tercer capítulo se dedica un apartado sobre los valores que son promovidos por el ocio. De estos se hace alusión a aquellos con una inclinación hacia los valores morales y sociales, sensibles, intelectuales, vitales, estéticos y religiosos. “Las experiencias de ocio pueden relacionarse con la escala de valores que las motivan o promueven” (Cuenca M. “Valores que dimanan del ocio humanista” en *Los valores del ocio, cambio choque e innovación*, 45). Dichos valores pueden verse reflejados en las prácticas de ocio que edifican y contribuyen a la realización, la felicidad, y el desarrollo de las capacidades basado en la dignidad y la libertad de la persona. El ocio por sí mismo promueve la libertad, implica una elección y decisión por gusto, esto es implica un ejercicio de voluntad.

Análisis del cumplimiento de objetivos de investigación

Objetivo general

- **Reivindicar el valor del ocio como experiencia edificante**

Este objetivo se logra si bien de manera indirecta en el grueso de la investigación hasta el tercer capítulo, no es sino hasta el cuarto donde explícitamente a través de la propuesta de ocio edificante se concreta reivindicar el valor del ocio como experiencia edificante. Esto, por medio de la argumentación que conecta el valor del ocio con lo edificante como lo que da valor al tiempo propio, cuyo valor no está dentro de los valores de mercado. Pues se trata de un valor incalculable que es más cercano a lo humano.

- **Objetivos Específicos**
- **Plantear cómo la sociedad actual del rendimiento necesita del ocio.**

La consecución de este objetivo, se encuentra en particular en el primero y segundo capítulo. Esto es, en que, por un lado, en el primero, se argumenta en torno al elogio a lo improductivo y desprecio por lo útil, como una crítica a lo que el ocio vale en lo que retomamos de los rasgos esenciales de sus raíces, en contraste con lo actual. Donde luego se hace una

caracterización crítica del ocio que lo distingue del tiempo libre para reafirmar la necesidad que se tiene del ocio mismo. Por otro lado, en el segundo capítulo se aborda el problema de la necesidad del ocio en relación a las falsas necesidades auspiciadas por la alienación de la industria del entretenimiento y socavadas por el trabajo alienado, el cual llega a ser inclusive un obstáculo para la realización, y asimismo, para el verdadero ocio.

- **Identificar el valor de lo edificante en la experiencia de ocio.**

El cumplimiento de este objetivo se encuentra en el tercer y cuarto capítulo, en específico en la conexión entre la argumentación del valor del ocio y lo edificante que hay en este, que es en sí lo que lo hace valioso. Es decir, el ocio es valioso en medida que es edificante. Y es edificante en virtud de que logra o no contribuir positivamente en el mejoramiento del individuo, su realización y desarrollo a través del cultivo de buenos hábitos.

Conclusión general

El problema aquí respecto a valorar el tiempo y en sí del ocio como tiempo, es que, es que existe una tendencia generalizada en la que se valora más el dinero que el tiempo. Esta es la principal inquietud de preguntarnos por el valor del ocio. Así, la paradoja cotidiana oscila en elegir entre el tiempo y el dinero. Pero, ¿Qué es lo que preferimos tener realmente? ¿Tiempo o dinero? ¿No es la inmediatez un regulador siniestro de esta elección cotidiana? En gran medida la inmediatez afecta por el hecho de que al elegir entre el tiempo y el dinero lo que se compra es el tiempo, esto con el afán de dinamizar cualquier proceso, sea de producción o de consumo. Al final, quien tiene la capacidad adquisitiva compra tiempo. Sin embargo, ante esta cuestión, el punto de vista que defiende el mercado es el de la libertad, en el sentido de tener libertad de elección, (pese a que esta se vea reducida a tener opciones de consumo) pero esto puede llegar a ser inmoral.

La confusión por el concepto de ocio remite a su valor, la confusión como tal radica en su valor. Se confunde el valor moral con el económico. O bien, se confunden los fines con los medios. La desvalorización del ocio consiste entonces en que su valor se confunda con el de las mercancías, con el de los medios y no los fines, o bien más concretamente, con medios utilitarios y no con el mejoramiento de los sujetos, la virtud y el cuidado.

“Poner un precio a las cosas buenas de la vida puede corromperlas. Porque los mercados no solo distribuyen bienes, sino que también expresan y promueven ciertas actitudes respecto a las que se intercambian” (Sandel. *Lo que el dinero no puede comprar. Los límites morales del mercado*, 17).

¿No es grave e inmoral el hecho de que el valor monetario o el mercado condicione nuestra libertad para el uso del tiempo? ¿Por ejemplo, su influencia respecto a en qué empleamos nuestro ocio?

“En ocasiones, los valores mercantiles desplazan a los valores no mercantiles que merecen ser protegidos” (17)

La confusión por el concepto de ocio remite a su valor, la confusión como tal radica en su valor. Se confunde el valor moral con el económico. O bien, se confunden los fines con los medios. “El tiempo de ocio, como el del consumo en general, pasa a ser el tiempo social fuerte y marcado, productor de valor, dimensión no de la supervivencia económica, sino del estatus social” (Baudrillard, *La sociedad de consumo*, 195). La desvalorización del ocio consiste proviene de una confusión respecto a su valor. Esta es, que su valor se confunda con el de las mercancías, con el de los medios y no los fines, o bien, con medios utilitarios y no con el mejoramiento de los sujetos, la virtud y el cuidado. Tal confusión está entre el valor económico y valor moral, la cual, como hemos visto en el recorrido planteado en esta investigación, surge con la crisis de valores de la modernidad, que más tarde da lugar a la mercantilización.

El tiempo toma el valor de las mercancías, en sí se vuelve valor de cambio, se transforma en dinero. El ocio precisa un uso de tiempo. Pero el ocio en sí mismo no tiene valor monetario, pese a que pueda ser también un productor de valor en sentido económico a causa de la industria que a partir de él se ha generado. El valor económico no es el mismo que el moral. El ocio es bueno y es valioso en sí mismo, fomenta valores y buenos hábitos. El problema aquí estriba en el límite entre estos valores, el moral y el económico, pues en la teoría la distinción se muestra más nítida que en la práctica. Esto implica que el decidir sobre nuestros ocios contiene una notoria brecha entre la práctica y la teoría. Incluso, si consideramos que el tiempo es dinero y el capitalismo impone una pulsión que nos obliga a que nuestro tiempo debe de ser productivo, ¿cómo sería posible plantear límites morales en el uso del tiempo?

La respuesta a esto, necesariamente incidiría en las jornadas laborales, y más aún en la libertad sobre nuestro tiempo, ya sea en nuestro trabajo o en nuestros ocios.

El valor del ocio es social, puesto que involucra diversos factores sociales que contribuyen al desarrollo en sentido humano. De ahí su especial vínculo con:

El valor de una vida humana no puede ser sólo el de la energía socialmente necesaria para su construcción, porque la materia orgánica no es moldeable de la misma manera que la inorgánica; en el ser humano es la inversión social una variable entre otras, ya que también es posible, simultáneamente, la autoconstrucción individual, el trabajo gastado en la producción de uno mismo; y el objeto humano no es sólo un valor, sino, junto a la naturaleza, una fuente de valor. Royo, *El capitalismo como negación del ocio*, 213).

Precisamente el ocio como momento para la realización incide en esa producción de uno mismo. El tiempo para sí mismo es tiempo para hacerse a sí mismo, lo cual ya ha dicho en el cuarto capítulo que es uno de los objetivos del ocio, y, por lo tanto, uno de los motivos que lo hacen valioso y edificante. Hacerse a sí mismo involucra un proceso valioso, que al mismo tiempo involucra ciertos valores. El ocio como tiempo para la realización, el ocio como tiempo para lo edificante, resulta como se ha dicho antes, expresión del cuidado, pero también expresión del tiempo en que nos desarrollamos como seres humanos en el despliegue de nuestro espíritu. Esto es, el tiempo en el que logramos edificar lo que somos con libertad, a toda vez que cuidar y conocer la propia capacidad. De lo contrario, con la falta de ocio:

“la gente sufre porque no es consciente de su propia potencia: “La miseria es siempre el no ver satisfecha la propia potencia (...). En el momento en el cual te ves reducido a instrumento de producción te vuelves miserable”, sufrimiento mucho mayor ahora que antaño, pues, sigue Negri: “mi abuelo no era desdichado, era una bestia”. Esto es, el desarrollo es también desarrollo de la sensibilidad y de la potencia y mayor percepción de la contradicción y de la impotencia (Negri. *Estudios del malestar*, 64. Citado por Royo en “La sociedad capitalista como negación del ocio”, 221).

Es en estas últimas líneas donde se expresa lo que supone el desarrollo que se gesta en el ocio. Se trata de un desarrollo de la sensibilidad, de la potencia y la percepción, de los propios

límites y alcances. Pero dicho desarrollo es amenazado por la precariedad laboral que no deja resquicios de tiempo para el ocio. El trabajo alienado y precarizado es una desrealización para el individuo, la expropiación de su tiempo le infringe una desposesión de sí mismo. La necesidad de vender su tiempo para subsistir no le permite la libertad de disponer de ese tiempo para hacerse a sí mismo.

Pues ya que el capitalismo se fundamenta en la negación del ocio resulta necesaria su consecución ahora que vivimos en una sociedad en la que nunca había habido tantas posibilidades de liberación del trabajo y, a la vez, nunca se había trabajado tanto (193).

El capitalismo ha traído consigo una amplia diversidad de opciones para el ocio, sin embargo, también ha restado tiempo para este, y en su sentido más edificante. Esta paradoja del capitalismo ante el ocio es uno de los principales embates que vuelven urgente la revalorización del ocio para evitar una constante desvalorización. Dicho de modo más directo, la necesidad de ocio está más presente que en ninguna otra época. Tal necesidad invita a revalorar el ocio mismo, y por consiguiente a revalorar el trabajo. Tanto ocio como trabajo necesitan una revalorización que apunte hacia lo edificante, como se ha señalado aquí con el ocio. Una revalorización que, no es más que un mejoramiento de sus condiciones, pues el binomio ocio-trabajo es valorado e infravalorado en medida del tiempo que se destina a ellos, así como del sentido y valor que a dicho tiempo se otorga.

En conclusión, el ocio tiene valor, eso ha quedado claro, su valor es relativo a lo humano y su mejoramiento, que tiene impacto tanto en lo individual como en lo colectivo. Por ende, puede decirse que el ocio tiene valor social que comprende también una relación directa con la moral, tiene entonces ambos valores presentes en sus prácticas, el valor social, y el valor moral, pues ambos apuntan a una fuente de valor en común, que es el ser humano. Por lo que si el ocio es encausado hacia dicha fuente de valor, también ha de estarlo el trabajo.

Limitaciones

Una de las limitaciones principales de esta investigación es la dificultad de encuadrar la problemática del ocio en una cuestión en particular, pues se trata de un concepto muy amplio. El ocio como problema de investigación puede abordarse desde distintas aristas, eso complica

la delimitación de la investigación, y suele ser uno de los embates comunes de los Estudios del Ocio.

Asimismo, encausar el ocio hacia la cuestión del valor concierne un fuerte compromiso teórico desde la filosofía. Dado que, en filosofía argumentar en torno al valor de algo requiere necesariamente de una amplia argumentación y posicionamiento, no solo a la aclaración por el concepto de valor, sino también a sus implicaciones morales y al precisar hacia qué tipo de valores nos inclinamos por justificar o no. Por eso es que, en esta investigación se buscó ofrecer con recatada amplitud una discusión sobre el valor, previa al concepto de este, pero conectada con la preocupación principal, que es el ocio.

Otra de las cuestiones que pueden considerarse dentro de las limitaciones es la conexión entre las referencias bibliográficas y el contexto en que se desarrolla la investigación. Esto en lo relativo al poco uso de autores latinoamericanos, lo cual no contribuye de ninguna manera a un menosprecio sino más bien a que la tradición de los Estudios del Ocio corresponde principalmente a Europa y Norte América. En el caso del contexto Latinoamericano se encuentra apenas en un desarrollo latente, que bebe de las dos tradiciones mencionadas, pero con las adaptaciones necesarias acordes a las precisiones de cada contexto.

Dentro de los elementos distintivos de una investigación filosófica y humanística de corte bibliográfico, y que puede contemplarse a su vez como una limitación, es que no hay un grupo social en el que se refleje un impacto directo con los resultados generados. No obstante, esta investigación surgió no solamente de una cuestión teórica, sino de una disección evaluativa del concepto en cuestión y su relación con la actualidad y el contexto. De suerte que, este nos posicionó en la necesidad de precisar conceptos relacionados y replantearlos para proponer categorías de análisis en miras de acciones futuras y alternativas viables desde las humanidades.

Aportaciones

Uno de los aportes al realizar esta investigación es la contribución al poco trabajo existente sobre estudios del ocio en el contexto en el que se llevó a cabo la investigación, no solo en el ámbito filosófico sino en las humanidades en general dentro del contexto mexicano. Dado

que el ocio y aspectos como su democratización son aún una asignatura pendiente en México, este tipo de investigaciones abonan a la reflexión en miras de acción respecto a pensar la necesidad del ocio, y, por consiguiente, su valor.

Esta investigación contribuye a un aliciente para la lucha por el derecho al ocio, una de las principales aristas de las problemáticas que convergen a los Estudios del Ocio, su democratización y el esfuerzo por garantizar su acceso y calidad para las mayorías. En el contexto de México esta es una de las asignaturas pendientes, que abarca una responsabilidad no solamente de Estado y concerniente a las políticas públicas y la formación ciudadana, sino también de las instituciones educativas e incluso de las empresas. Se trata de un compromiso de incidencia multidisciplinar que llama a la participación socioformativa y consciente de las problemáticas de contexto, y que clama la presencia de las humanidades.

Además, afirmamos que esta investigación contribuye a la invitación a pensar tal problemática con miras a la acción puesto que se trata de una realidad de contexto, donde el valor mismo del ocio, tema medular en esta tesis, enmarca la condición de posibilidad para la democratización misma. Tal como se afirmó al final del tercer capítulo, el ocio dignifica, y esto reafirma su valor a la vez que reafirma y dignifica el valor del trabajo mismo. Esa revalorización del ocio supone un movimiento necesario de llevar a la práctica, y no solo en la esfera de lo individual sino también de lo social. A propósito de este último aspecto, en las conclusiones generales se afirmó que el valor del ocio se trata de un valor social, y que el sentido edificante del ocio lo vincula también con un valor moral, de modo que ambos tipos de valor provienen de la fuente de todo valor, que es el ser humano. De manera que, si el ocio contribuye al mejoramiento de sí mismo, a la retribución positiva del agente a través del carácter autotélico del ocio y no por otra cosa, dicho mejoramiento impactará en el contexto del agente y con quienes este se relacione.

Es así como puede hacerse presente el carácter social y moral del valor del ocio desde lo edificante. Puesto que, si gracias al ocio logramos desarrollar buenos hábitos en aras de nuestra realización, no solo estamos cultivando virtudes y promoviendo el cuidado de sí para nuestro mejoramiento y beneficio propio, sino también para los otros. Pues el valor del ocio y su sentido edificante para formar nuestro espíritu no se logra concebir a través de una

interiorización o ensimismamiento sin más, sino que, es la conciencia del valor del tiempo la que nos impulsa a emplearlo adecuadamente.

No hay que olvidar que el ocio en su raíz nace en el seno de la cultura. El ocio ha sido necesario para el nacimiento y desarrollo de la cultura. Por ello, los ocios marcan épocas, identidades y promueven valores, que si bien se transmiten socialmente y cambian o varían moralmente solo logran mantenerse o superarse gracias al valor que se perciba o no en ellos. Entonces, identificar el valor del ocio resulta fundamental, o bien constitutivo para la democratización del ocio. Tener en cuenta este valor puede brindar condiciones de posibilidad para hacer frente a la precariedad laboral y ser, como se dijo antes, un aliciente para la lucha por el derecho al ocio, como parte de las mejoras necesarias en las condiciones de trabajo, mismas que han de abogar por su dignificación.

Obras Consultadas.

Alba Rico Santiago., “Sujetos políticos y relevo civilizacional”, en *La clase trabajadora ¿Sujeto de cambio en el siglo XXI?*. Tarín Saénz Adrián y Rivas Otero José Manuel. Siglo XXI. Barcelona 2018.

Adorno Theodor. “Tiempo libre”, en *Consignas*. Amorrortu/Editores pp56-65, Buenos Aires, 2009.

Arendt Hanna. *La condición humana*. Paidós. Barcelona. 2015.

Aristóteles. *La política*. Editorial Gredos, Madrid. 1985.

Aristóteles. *La ética*. Editorial Gredos, Madrid. 1985.

Aristóteles. *La Metafísica*. Editorial Gredos, Madrid 1985.

Bataille George. *El límite de lo útil*. Losada, Barcelona 2005.

Baudrillard Jean. *La sociedad de consumo*. Editorial Siglo XXI. Madrid. 2006.

Bergson Henri. *Historia de la idea del tiempo*. Paidós. Ciudad de México, 2016.

Benjamín Walter. *Libro de los pasajes*. Editorial Akal. México. 2013.

Caride Gómez José Antonio. “Lo que el tiempo educa: el ocio como construcción pedagógica y social.” P306 ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura Vol. 188 - 754 marzo-abril (2012) 301-313 ISSN: 0210-1963 doi: 10.3989/arbor.2012.754n2004

Ciceron. *Sobre el orador*. Madrid. Gredos. 2002.

Cuenca Amigo Jaime. *El valor de la experiencia de ocio en la modernidad tardía*. Universidad de Deusto. Bilbao 2012.

Cuenca Amigo Jaime. “La existencia valiosa” en *Claves de la existencia el sentido plural de la vida humana*. Ortíz-Osés, Andrés; Solares, Blanca, Garagalza, Luis (eds.) CRIM-UNAM, Anthropos, México 2013. pp449-470.

Cuenca Amigo Jaime “Hacia la ociosidad interrumpida. Transmisión literaria y crisis de la experiencia en Walter Benjamin” Revista: Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica, vol. 70 no 264, 2014, pp. 495-514. ISSN 0031-4749.

Cuenca Amigo Jaime. *La producción de valor y sus condiciones*,1. A*DESK CRITICAL THINKING. 17 de mayo de 2011. <https://a-desk.org/magazine/la-produccion-del-valor-y-sus-condiciones/>

Cuenca Amigo Jaime. “Ocio líquido, un nuevo paradigma de experiencia” en *La experiencia de ocio: una mirada científica desde los Estudios de Ocio*. Instituto de Estudios de Ocio. Monteagudo Sánchez María de Jesús. (Ed.) Universidad de Deusto. Bilbao 2008.

Cuenca Cabeza Manuel. *Ocio y formación*. «Documentos de Estudio de Ocio», n. 16, Publicaciones de la Universidad de Deusto, Bilbao. 1999.

Cuenca Cabeza Manuel. *Ocio humanista*. Universidad de Deusto Bilbao 2009.

Cuenca Cabeza Manuel. *Ocio valioso*. Universidad de Deusto Bilbao 2014.

Cuenca Cabeza Manuel, en *Valores que dimanan del ocio humanista, Los valores del ocio, cambio choque e innovación*. Maradiaga Ortuzar Aurora y Cuenca Amigo Jaime (Eds.) Universidad de Deusto. Bilbao 2011.

Cuenca Cabeza Manuel. y Aguilar Eduardo. (eds.). *El tiempo de ocio: transformaciones y riesgos en la sociedad apresurada*. Bilbao, Universidad de Deusto, 2009

Cortina Adela. *¿Para qué sirve realmente la ética?* Paidós. Barcelona 2013.

Cortina Adela, en *Valores morales y comportamiento social. Siglo XX mirando hacia atrás para ver hacia delante*, García de Cortázar Fernando (Coord) FAES Fundación. Madrid 2001.

Echeverría Bolívar. *La modernidad de lo barroco*. Ediciones era. Ciudad de México. 2017.

Engels Friedrich. *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. Colofón. México, 2010.

Damián Araceli. *El tiempo, la dimensión olvidada en los estudios de pobreza y bienestar*. Colegio de México. Ciudad de México. 2014.

Debord Guy, *La sociedad del espectáculo*. PRE-TEXTOS, Valencia. 2012.

Debord Guy. Sobre el empleo del tiempo libre, n°4 Internacional Situacionista, Literatura gris. Madrid. 2001.

De Grazia Sebastián. *Tiempo, trabajo y ocio*. Tecnos. Madrid 1966.

Dumazedier Joffre. *Hacia una civilización del ocio*. Estela. Barcelona, 1964

Dumazedier Joffre. *Sociologie empirique du loisir*, Editions du le Seuil, Paris, 1974.

Foucault Michel. *Las tecnologías del yo*. Paidós. Barcelona 1991.

Frey Herbert. *En el nombre de Dionysos. Nietzsche, el nihilista antinihilista*. Siglo XXI. México, 2013.

Hadot Pierre. Historia del cuidado. De Platón a Heidegger y Foucault, las diferentes aproximaciones a una noción fundamental y ambigua. Conversación con Pierre Hadot, profesor honorario del Colegio de Francia quien recientemente ha publicado *¿Qué es la*

filosofía antigua? En: Lámpara de Diógenes, revista de filosofía, números 28 y 29, 2017; pp 35-43.

Han, Byung-Chul. *El aroma del tiempo*. Herder. Barcelona 2015.

Han, Byung-Chul. *La sociedad del cansancio*. Herder. Barcelona 2012.

Hegel Georg Wilhelm Friedrich. *Fenomenología del espíritu*. Gredos. Madrid 2014.

Heidegger Martin. *El concepto de tiempo*. Editorial Trotta. Madrid 2003

Heidegger Martin. *Los conceptos fundamentales de la metafísica*. Alianza Editorial. Barcelona. 2007.

Heidegger Martin. *Ser y tiempo*. Editorial Universidades. Santiago de Chile 1993.

Heller Agnes. *Teoría de las necesidades en Marx*. Ediciones Península. Barcelona, 1986.

Hernández De la Fuente David. La escuela del ocio: tiempo libre y filosofía antigua. Edición digital a partir de Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 747 (septiembre 2012), pp.77-99. España. 2012.

Huizinga Johan. *Homo Ludens*. Alianza, México 2007.

Jameson F. *Representar el capital I*. Fondo de Cultura Económica. México, 2013.

Jappe Anselm. *Debord*. Anagrama. Barcelona 1998.

Jappe Anselm. *El fetichismo de la mercancía (Y su secreto)*. Prólogo. De lo que es el fetichismo de la mercancía y si podemos librarnos de él. Pepitas de calabaza. Logroño, España 2016.

Jappe Anselm. *Las aventuras de la mercancía*. Pepitas de calabaza. Logroño, España. 2016.

Jappe Anselm, Kurz Robert, Ortlieb Claus Peter. Luces de progreso en *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades*. Pepitas de calabaza. Logroño, España. 2014.

Kant Immanuel. *Antropología en sentido pragmático*. Alianza. España, 2004.

Kant Immanuel, *Fundamentación para una metafísica de las costumbres*. Alianza Editorial. Barcelona 2012.

Kierkegaard Soren. *Postscriptum no científico y definitivo a las migajas filosóficas*. Universidad Iberoamericana. México 2008.

- Kierkegaard Soren. *Las obras del amor*. Ediciones Sígueme. Salamanca 2006.
- Kracauer Sigfried. *Los empleados*. Gedisa, España. 2008.
- Korsgaard Christine. *La creación del reino de los fines*. Traducción de Dulce María Granja Castro y Eduardo Charpenel Elorduy. UNAM: UAM: UACH: México 2011
- Lafargue Paul. *El derecho a la pereza*. MAIA Editores. España 2011.
- Ley Federal del Trabajo. Texto vigente. Última reforma publicada 23/04/21.
- MacIntyre Alasdair. *Tras la virtud*. Editorial Crítica, Barcelona, 2001.
- Madariaga Ortuzar Aurora y Cuenca Amigo Jaime. *Los valores del ocio: cambio, choque e innovación*. Universidad de Deusto. Bilbao 2011.
- Maldonado Martínez, G. A., y Cuenca, J. «Espacios de ocio para el desarrollo humano». *TERRA. Revista de Desarrollo Local*, Vol. (8), julio 2021, pp. 628-644. DOI, 10.7203/terra.820365
- Maldonado Martínez, G. A., y J. E. Mendoza Negrete. «El Sentido Liberador Del Juego a través Del Ocio». *Cuerpo, Cultura Y Movimiento*, Vol. 10, n.º 1, enero de 2020, pp. 155-72, doi:10.15332/2422474x/5966.
- Maldonado Martínez, G. A. «La Experiencia Del Ocio Ante El Problema Del Tedio». *Aitías, Revista De Estudios Filosóficos Del Centro De Estudios Humanísticos De La UANL*, vol. 1, n.º 2, octubre de 2021, pp. 103-29, doi:10.29105/aitias1.2-4.
- Maquiavelo. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Gredos. México, 2019.
- Marcuse Herbert. *Eros y la civilización*. Sarpe, Madrid 1983.
- Marx Karl, *El Capital*. Fondo de cultura económica. México 2010.
- Marx Karl, *Manuscritos económico-filosóficos*. Ed. Alianza. Madrid 1980
- Merleau Ponty Maurice. *Fenomenología de la percepción*. Editorial Planeta. México. 1985.
- Montaigne Michael. *Ensayos*. Acantilado. Barcelona 2007.
- Monteagudo Sánchez María de Jesús. (Ed.) *La experiencia de ocio: una mirada científica desde los Estudios de Ocio*. Instituto de Estudios de Ocio. Universidad de Deusto. Bilbao 2008.
- Morin Edgar. *El método VI, La Ética*. Cátedra. Madrid 2006.
- Moore G.E. *Principia Ethica*. Universidad Nacional Autónoma de México 1959.
- Nietzsche Friedrich. *Humano demasiado humano*. Akal. México 2006.

- Nietzsche, *Tercera consideración intempestiva. Schopenhauer como educador*.
- Ordine Nuccio. *La utilidad de lo inútil*. Acantilado. Barcelona 2017.
- Ortiz, G (2006) “¿Tenemos deberes hacia nosotros mismos?” en Platts, *Conceptos éticos fundamentales*, 147-166. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- Palmero Cámara Carmen, Jiménez Martín Jesús, Jimenez Eguizábal Alfredo. Ocio, política y educación. Reflexiones y retos veinticinco siglos después de Aristóteles. Revista de pedagogía. Año LXXIII, n° 260, enero-abril 2015. 5.21. Universidad de Burgos.
- Peláez Martín Julio Francisco. Ocio y contemplación en Santo Tomás de Aquino. Tesis doctoral en teología. Universidad de Navarra. 2015.
- Platón. *Diálogos, Apología de Sócrates*. Editorial Gredos Madrid, España. 2012.
- Platón. *Diálogos, Teeteto*. Gredos. Madrid 1988.
- Platts Mark (Comp.), *Conceptos éticos fundamentales*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas. 2006
- Pieper Joseph. *El ocio y la vida intelectual*. Editorial Rialp. Madrid. 1979.
- Portilla Jorge. *Fenomenología del relaxo*. Fondo de cultura económica. México. 1984.
- Postone Moishe. *Tiempo, trabajo y dominación social*. Cambridge University Press. Chicago 1993.
- Quintana Oriol. *La pereza*. Barcelona, Fragmentada editorial, 2019.
- Reale Giovanni. *La sabiduría antigua*. Herder. Barcelona 2000.
- Rousseau Jean-Jaques. *Discurso sobre las ciencias y las artes*. Gredos. Barcelona, 2014.
- Rousseau Jean-Jaques. *Les confesions*. Gallimard. France, 1997.
- Royo Hernández Simón. “La sociedad capitalista como negación del ocio: historia de una paradoja actual”. Logos. Anales del semanario de Metafísica. Vol. 35 (2002): 193-222. ISSN: 1575-6866
- Sandel Michael J. *Lo que el dinero no puede comprar. Los límites morales del mercado*. Debate. España 2021.
- Santiesteban Luis Cesar. *Ser y Tiempo de Martin Heidegger, Comentario introductorio a la obra*. Editorial Aldus. Universidad Autónoma de Chihuahua 2013.
- Séneca. *Sobre el ocio*, en *Diálogos*, pp. 262-272 (Madrid, Tecnos). 1986.

- Scheler Max. *Ética Nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético*. Caparrós editores. España 2001.
- Schiller Friedrich. *Cartas a la educación estética del hombre*. Anthropos, Barcelona 1990.
- Simmel George. *Filosofía del dinero*. Paidós. Ciudad de México 2016.
- Sue R. (2005). “Hacia la educación para todos a lo largo de toda la vida”, en Bindé J. (dir.) *¿A dónde van los valores? Coloquios del siglo XXI*. Barcelona: Editores Unesco.
- Stiegler Bernard. *Réenchanter le monde. La valeur esprit contre le populisme industriel*. Flammarion. Barcelone, 2008.
- Svendsen Lars. *Filosofía del tedio*. Tusquets. Barcelona. 2006
- Ley federal del trabajo. Tabla de vacaciones. <http://laeconomia.com.mx/tabla-de-vacaciones/>
- Thompson. EP. *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona, Grijalbo, 1979.
- Unamuno, M.de, *En defensa de la haraganería*, en *Ensayos*, Aguilar, Madrid, 1942, pp.442.
- Veblen. *Teoría de la clase ociosa*. Fondo de Cultura Económica. México, 1994.
- Villoro Luis. *El valor y el poder*. Fondo de Cultura Económica. Ciudad de México 2012
- Weber Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Akal. Madrid, España. 2013.
- Weber Max. *La ciencia como vocación, en el político y el científico*. Alianza, Madrid 1985.
- Weber Erich. *El problema del tiempo libre*. Estudio antropológico y pedagógico. Madrid. Editora Nación.
- Weil Simone. *La condición obrera*. El cuenco de plata. Buenos Aires 2010.